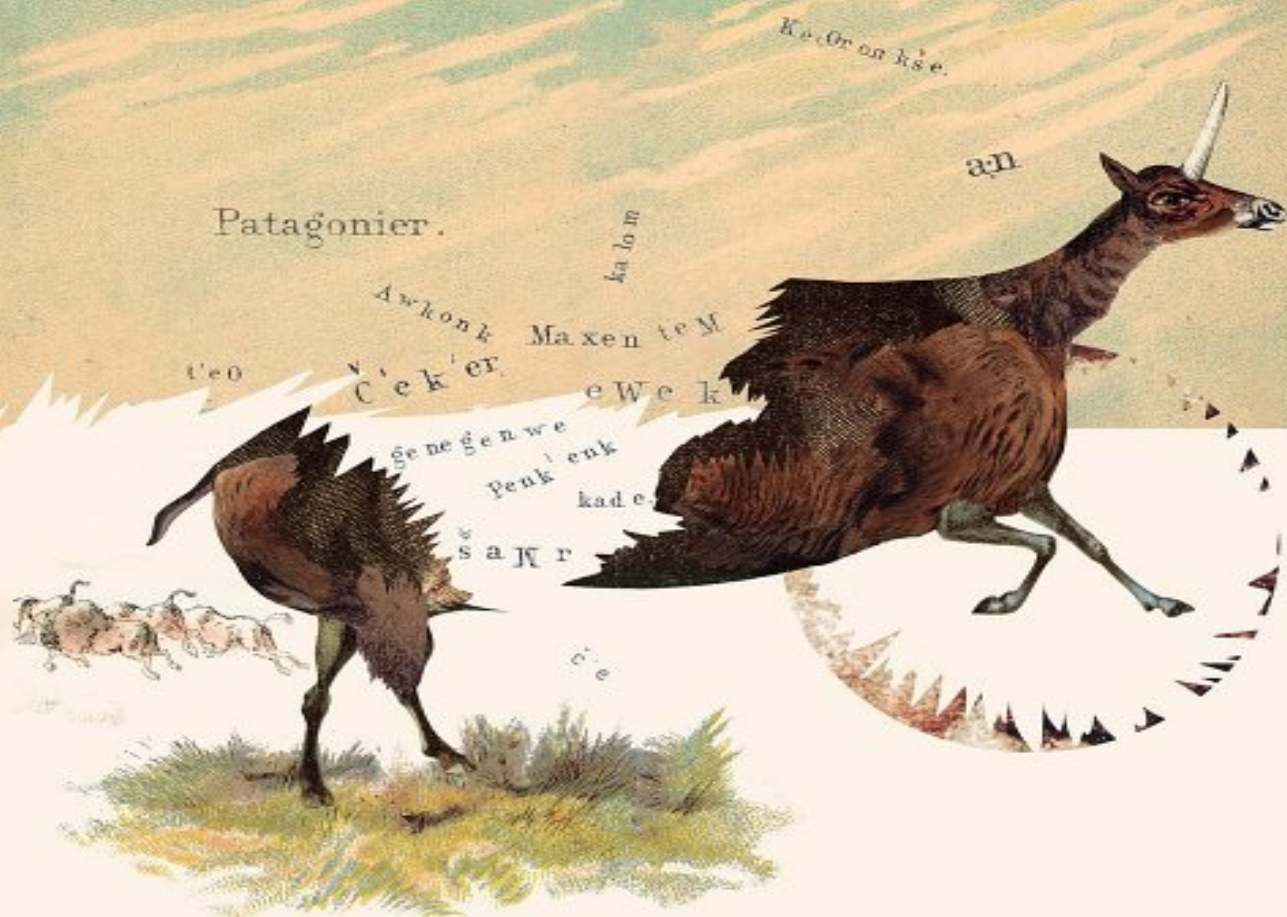


Fabián Martínez Siccardi

Los hombres más altos



Fabián
Martínez
Siccardi
Los hombres
más altos

ALEAGUARA


Para Reyes y para todos los hombres y mujeres tehuelches y mapuches que hicieron más feliz mi infancia.

Uno

¿En una sola palabra? Lo describiría como una fuerza. ¿Una fuerza maligna? No es maligna, Padre, aunque sí capaz de hacer el mal. Un mal que depende de la mano que la use, como la navaja que hoy nos afeita y mañana nos degüella. ¿Insiste en que es un animal, hermano? Sin duda es un animal, un animal enorme y poderoso. ¿Como alguno que conocemos? La cabeza podría ser de un bisonte o de un toro salvaje. El cuerpo podría pertenecer a un percherón o incluso a un búfalo. Pero después está el cuerno, un cuerno ancho y curvo, un cuerno tosco que nace entre las cejas y apunta hacia el cielo como en los rinocerontes. ¿Desde cuándo le aparecen estas imágenes? Comenzaron a insinuarse en Argentina, unos meses antes de tomar el barco, pero desde mi arribo a Turín se han vuelto más reales. ¿Con qué frecuencia tiene esos sueños? A diario. Pero no son sueños, o no son *solo* sueños. Las más de las veces a la bestia la veo despierto, mientras lavo la vajilla o ayudo en la huerta o hago cualquier cosa que lance mi mente a la deriva, en esos momentos aparece tan vívida como el temblor de una montaña y la escucho rascar el suelo con las pezuñas. ¿No serán las pezuñas una señal del Demonio? No es el Demonio, Padre. ¡No es el Demonio! ¿A qué huele? A animal macho. Huele a carnero, a toro enojado, un olor agrio que me repele y me atrae. ¿Lo atrae carnalmente? No sabría decirle con certeza. No es un anhelo de acople entre cuerpos, eso lo sé, aunque debo admitir que se produce algo similar a un acople. ¿Entonces existe un deseo lascivo? Hay un deseo, que en otras circunstancias podría llamarse lascivo. Y también un acople, pero no son del tenor que usted sugiere. ¿De qué tenor serían? Algo así como una metamorfosis, una fusión. Cuando la bestia se corporiza, entro en un trance y me pierdo dentro de ella y ella se pierde dentro de mí y nos convertimos en una sola cosa. ¿En un centauro? Más bien un minotauro. El torso y la cabeza encornada son de la bestia y el resto del cuerpo, o sea el vientre, el trasero y las patas, es mío. ¿No ve la conexión entre el minotauro y el becerro de oro, no le preocupa que el Demonio esté buscando corromper su alma de seminarista? Repito que no es el Demonio. ¿Entonces dígame quién, quién si no el mismísimo Satanás podría plantar semejantes ideas en su cabeza?

Detuve la confesión sin dar explicaciones. Aunque podría haber agregado que cuando me fundía con la bestia los músculos se me agrandaban, las arterias se me hinchaban para dar paso a los litros de sangre que avanzaban al tun-tun de nuestro corazón, que nos cubría el cuerpo un pelambre áspero y que nuestro sudor olía montaraz, a animal indómito. Podría haberle dicho que una vez disuelto en el bisonte mi humildad trocaba en deseo de insultar, mi paciencia en apremio de tomar las armas, que mi estoicismo devenía en ganas de decir no a todo y que ese formidable

poder me embriagaba hasta el espanto o hasta el éxtasis, es difícil decir. Pero no mencioné nada más ese día, ni en ninguna otra de mis confesiones. Tampoco volví a hablar del bisonte unicornio con nadie dentro de la Iglesia, a todas luces el peor sitio para dirimir ese asunto.

Pero no por callarlas las apariciones se hicieron más débiles ni más esporádicas, sino todo lo contrario. Bien sabemos los seminaristas que las perturbaciones reprimidas suelen desatarse de maneras nefastas, y los retornos de la bestia me mantenían en una intranquilidad constante. Pero el tiempo, el mejor de los maestros, me fue mostrando que esas apariciones no eran deseos travestidos, menos aún perturbaciones, sino más bien una señal y para descifrar esa señal debía sacar al bisonte del mundo de la imaginación (tan aterrador, tan lleno de libertad) y llevarlo al terreno de lo concreto. Y en ese camino de investigar textos populares y arcanos, de atar cabos y encontrar conexiones que en un primer momento parecían descabelladas, unos años después salí en búsqueda de ese animal mítico, de ese bisonte unicornio que, de acuerdo a una infinidad de indicios, debía seguir merodeando la meseta patagónica.

Sé que me adelanto, me adelanto demasiado y a este paso no será sencillo seguir el hilo de la historia, pero no siempre es fácil elegir un buen principio. Los comienzos, según los versados en las artes del narrar, templan la historia o le tuercen el rumbo, por eso hay que escogerlos bien. Será irónico elegir el más convencional de los inicios para una vida que ha luchado tanto contra las convenciones, pero si he de asumir mis limitaciones de narrador, no se me ocurre nada mejor que arrancar por mi infancia.

Fui bautizado el primero de diciembre de 1904 como Manuel Palacios Ranel, aunque en mis documentos figuro como Manuel Palacios. El apellido de mi madre, como los de tantas otras, no perduró más allá de la partida de nacimiento. Mi padre pudo haber venido de Asturias, aunque también del País Vasco o de Galicia o de cualquier otra región del norte de España, pero lo más probable es que fuera asturiano como la mayoría de los españoles que llegaban a Santa Cruz a principios del siglo veinte. Mi madre era una hija de la tierra, una india patagónica o tehuelche o aonek'enk, ese nombre musical que usan para llamarse a sí mismos. De mi padre no queda ninguna fotografía ni nadie que recuerde sus rasgos y la única información que nadie discute es que era un puestero de la estancia Bajo el Amor que vivía acollarado con una india tehuelche.

Mi padre murió antes de que yo cumpliera un año y en circunstancias poco claras. Perdura la versión que mientras recorría a caballo los potreros de la estancia el revólver calzado en la cintura hizo un disparo involuntario y le atravesó la femoral desangrándolo en medio del campo. Pero puede que alguien le haya disparado o incluso que no haya habido ningún disparo y que el asturiano (o el vasco o el gallego) haya hecho mutis por el foro de un día para el otro y para siempre y alguien inventó esa historia para justificar su ausencia. Más allá de la causa, después de su muerte los dueños de la estancia, una familia de apellido Cunningham, nos llevaron a mí y

a mi madre al casco principal para que ella ayudara en las tareas domésticas. Así pasamos a vivir en una habitación pequeña separada de la casa, un cuarto de paredes de piedra y techos de chapa en medio de un bosque de tamariscos, ciruelos, álamos y sauces, un bosque que en mi mente de niño parecía encantado. Y fue la familia Cunningham, o más bien la señora Roberta Cunningham, quien convenció a mi madre de que, al cumplir diez años, me enviara pupilo al colegio salesiano de Rawson. Pero he vuelto a adelantar la historia.

El señor Cunningham era un inglés malvinero, como casi todos los ingleses que se afincaron en el territorio de Santa Cruz a fines del siglo XIX. Su esposa era de New Hampshire, algo inusual pues más allá del par de forajidos que se escondieron durante esos años en la Patagonia (de los que me enteré de boca de Bruce Chatwin mucho tiempo después), a estas tierras casi no llegaban estadounidenses. Del señor Cunningham recuerdo la cara redonda y la nariz roja, invariablemente roja, pero no por beber demasiado whisky, como sería de esperar en cualquier otro inglés o cualquier chileno o cualquier argentino que hubiera pasado tiempo suficiente en el sur patagónico. Las creencias religiosas, impuestas estrictamente por la señora Roberta, impedían a la familia Cunningham consumir alcohol, de modo que la nariz roja debió ser más bien un rasgo de herencia o de raza o de nacionalidad, como el celeste glacial de los ojos, la torpeza al mover el cuerpo y la habilidad del señor Cunningham para hablar por horas sin hacer ningún gesto con las manos.

De la señora Roberta, alta y severa, con faldas hasta los talones y blusas hasta la barbilla, lo que recuerdo es la voz, su acento que al hablar en inglés omitía y agregaba erres, que no pronunciaba la g al final de los gerundios, pero por encima de todo recuerdo su sonoridad. *Baa, baa, black sheep, have you any wool? Yes sir, yes sir, three bags full. One for my master, one for my dame, and one for the little boy that lives down the lane.* Han pasado casi setenta años y en esos raros días en que me dejo atrapar por la melancolía esas rimas aún suenan como cuando las escuchaba en la voz de la señora Roberta, las tardes en que me llamaba a reunirme con sus hijas para leernos poesías e historias, para hacernos dibujar y colorear, para enseñarnos a escribir las primeras letras y a leer las primeras palabras. Y por algún motivo, ese *little boy* que vivía al final del camino, al que tarde o temprano le llegaría una bolsa repleta de lana, en mi mente siempre fui yo. O sea que a Roberta Cunningham no solo le debo los rudimentos de mi educación y el dominio del inglés, sino también la convicción de ser un niño al que tarde o temprano la vida le haría llegar lo que le correspondía. Pocas cosas más fuertes, y más ingenuas, que una convicción de infancia.

Mi madre era de hablar poco y acaso por eso del aonekko solo recuerdo palabras sustantivas, como *keyôit*, *téuk'n* y *tép'n*, palabras sin verbos que las activen ni preposiciones que las conecten, como si me hubiera hablado en sustantivos enhebrados con silencios. De ella también

recuerdo la delgadez, los pómulos descarnados, los ojos hundidos, el respirar agitado, aún la veo asirse del respaldo de la cama para ponerse de pie y aún escucho su tos, su perpetua tos. Mi madre falleció de tisis el año en que empecé la primaria en el colegio salesiano de Rawson. A veces pienso que esperó que me marchara para que no la viera morir.

De ella tampoco quedan fotos, aunque yo conservo una, que si bien no es de ella ha cumplido la función de retrato, una foto que encontré en una revista *Caras y Caretas* en la biblioteca del colegio de Bahía Blanca donde cursé el secundario. En la foto hay siete hombres y una mujer tehuelches, todos de pie y cubiertos con sus capas de guanaco; y también hay una niña detrás de la mujer. Era el grupo seleccionado por el gobierno argentino para exhibir en la Exposición Universal de Saint Louis de 1904. Arranqué la página de la revista (que aún guardo conmigo) y de tanto mirar la cara de esa mujer, con esa niña a medio esconder detrás del quillango, sus rasgos se convirtieron en los de mi madre, o los de mi madre en los de ella.

El internado salesiano de Rawson, comparado con la estancia de los Cunningham, era un lugar solitario y hostil. Las diferencias, como la belleza, están en los ojos de quienes las observan, y entre más de treinta pupilos altos y bajos, delgados y fornidos, de cabellos oscuros y pieles pálidas, de cabellos rojos y pieles pecosas, de cabellos rubios y pieles morenas, yo era el único diferente. O el más diferente de todos, que para el caso es lo mismo. Si eso solo hubiera implicado ocupar los extremos en las mesas largas del comedor, deambular por los pasillos hablando conmigo mismo o pasar las horas de la tarde en la biblioteca en vez de la cancha de fútbol, las circunstancias habrían sido tolerables, pues vivir al lado de mi madre me había hecho apreciar el silencio. Pero a la soledad se añadían las bromas: un chico montado en la espalda de otro lanza flechas imaginarias, otro grita golpeándose la palma contra la boca, otro se bambolea dando gruñidos y simulando comer una banana. También estaban los manoseos en el patio, en el dormitorio y en las duchas. Y por último las temibles *azotainas*, palabra cuyo origen desconozco y definía el ataque de varios contra uno usando trompadas, patadas, escupitajos o lo que se les ocurriera en ese momento, lo que en cualquier otro lado se llamaría simplemente una tremenda paliza.

Durante los primeros meses acuné la esperanza, acaso más voluntad que esperanza, de que el rechazo a mis rasgos mestizos aminorara gracias a otra cualidad que me acercaba a una de las categorías de pupilos. En el internado estaban los que hablaban castellano con corrección y velozmente y los que lo balbuceábamos, contaminándolo con gramáticas y fonéticas extrañas, pues la mitad de los chicos, puede que más de la mitad, eran hijos de croatas, alemanes, galeses, sirios, portugueses, bóers, italianos, ingleses malvineros y otras nacionalidades que no recuerdo, criados en pequeñas comunidades o en estancias aisladas donde apenas se escuchaba el español. Pero las veces que intenté hablar con los ingleses (y fueron más de una) me miraron como si estuviera loco o como si les fuera inconcebible que un indígena (la categoría de mestizo se rendía ante la de indio) hablara inglés. Mis particularidades lingüísticas pasaron a ser entonces una

rareza más del paria, de ese paria acoquinado en un rincón que solo es visible cuando las otras castas quieren divertirse.

Después de la muerte de mi madre regresé a Bajo el Amor un solo invierno (las vacaciones escolares en esa época de la Patagonia austral eran de junio a agosto). Nuestro cuarto en el bosque encantado lo ocupaba una pareja recién llegada de Croacia (una mujer delgada y nerviosa que limpiaba la casa de los patrones y un hombre corpulento que atendía la quinta) y pasé a alojarme en la casa de la *gente*, o de los peones, con un par de chilotes y un galés que estuvo solo unas semanas. Aunque había pocas tareas por las escasas horas de luz, el señor Cunningham me ordenó sumarme al trabajo en lo que hiciera falta, *to pay my keep*. El trabajo es lo más digno que tiene un hombre, me dijo, especialmente un chico desafortunado como vos. Solo el trabajo puede rescatarte de esa ruina de vida que te ha tocado, *Mañuel*. Y así pasé de la voz cadenciosa de la señora Roberta, de Humpty Dumpty y Jack Be Nimble, a la voz áspera del señor Cunningham, una voz que se volvía más áspera cuando el enojo le llenaba de sangre la nariz.

El invierno siguiente obtuve permiso para quedarme en el colegio y ya no regresé a la estancia. No es que mi gratitud hacia los Cunningham hubiera mermado, nunca lo hizo, pero al verme cerca de terminar como mi padre, un puestero de estancia, con suerte *acollarado* con una india, el alma se me ceñía como la cincha de un caballo. Y no era solo eso, las tardes en la biblioteca del colegio me habían despertado un amor por el aroma del papel, por perderme en esas grandes enciclopedias donde todo el conocimiento del mundo se concentraba en unos miles de páginas. Y así dejé de ver a los Cunningham y di comienzo a la siguiente etapa de mi vida.

Dos

La vida es una cadena de minúsculas decisiones que nos conducen hacia un gran destino, a ese inevitable destino para el que hemos venido a este mundo. La resolución de pasar ese primer invierno en el colegio me permitió conocer a Ayzó, lo que a su vez condujo a otras decisiones que con el tiempo he conectado como una ruta, o mejor aun como una constelación: el conjunto de estrellas que al unirse dibujan el sentido de una vida.

Faltaba poco para el almuerzo y luego de lavar una parva de ollas, pelar una montaña de papas y desplumar tres gallinas, me dirigía al baño a quitarme el olor a plumas cuando vi a un chico apoyado contra la pared. Las paredes de los pasillos tenían dos colores. La franja inferior, que llegaba al metro ochenta o tal vez más, estaba pintada de un marrón oscuro y brillante, mientras que la superior era blanca al igual que el cielo raso. Ninguno de los alumnos que había visto apoyado contra esa pared superaba la línea entre la pintura marrón y la blanca, pero la cabeza de este chico la franqueaba por completo. Y no solo eso me llamó la atención. El chico era un indio, mucho más indio que yo, y a juzgar por la altura solo podía ser tehuelche.

Un poco más tarde lo encontré sentado al final de una de las mesas largas del comedor mirando seriamente su plato de sopa. Apoyé mi plato frente al suyo. A corta distancia, sus rasgos eran deslumbrantes. Ese chico poseía todos los atributos de la raza tehuelche sobre los que versaban los libros. Su altura no tenía rival, no por nada eran considerados los hombres más altos de la Tierra. Y a eso se sumaba el tinte cobrizo de la piel, el cabello lacio y tupido, los ojos pequeños pero penetrantes, la nariz redonda, los pómulos abultados y los labios carnosos. Su estirpe y su belleza eran imponentes, y me gusta pensar que allí, en ese primer instante en que lo tuve en frente, se gestó en mí la noción (esa noción infecciosa que me arrastraría años más tarde a la enloquecida búsqueda del bisonte) de que una persona con semejantes adjetivos debía provenir, no simplemente de una raza mejorada por la genética o por el albur de la selección natural, sino de un pueblo selecto, de un pueblo elegido por Dios.

Lo que ocurrió en ese primer encuentro lo recuerdo con una nitidez asombrosa. El alma, mil veces más sabia que la mente, presiente cuando se enfrenta a un evento memorable y alista ojos, las orejas, la nariz y hasta las yemas de los dedos para registrar los aromas, las imágenes y los movimientos y enviarlos a un lugar resguardado de la memoria. Ese mediodía, y de esto no tengo la menor duda, Ayzó y yo nos saludamos con una precisión matemática. Nuestros movimientos de cabeza fueron especulares como si su gesto guiara el mío o el mío el de él, o como si algo más grande nos hiciera mover las cabezas en sincronía. Y cuando Ayzó dijo *waienguesh* (¡al

reconocerme como otro tehuelche!), yo dije *waienguesh* a la par, o tal vez con esa milésima de retraso que hizo falta para recordar el saludo de mi madre. Recuerdo también que era viernes porque los viernes traían merluzas y langostinos del puerto de Rawson, y que Ayzó bebió todo el caldo de su sopa y después comió las papas, las zanahorias y los nabos (que a mí me parecían revulsivos) y me dejó que comiera su merluza y sus langostinos. Recuerdo que él llevaba un pulóver de lana teñida en rojo y azul, que debió pertenecer a algún ex alumno galés, pues esas eran las madres que teñían la lana con las cochinillas rojas que infectaban las hojas de laurel y con el pellejo azul de los calafates. Recuerdo que el pulóver le quedaba chico y una camisa blanca le desbordaba por el cuello, que los pantalones de franela gris le ceñían los muslos y apenas le llegaban a los tobillos, y también puedo asegurar que iba descalzo, aunque dentro del comedor el frío transformaba en niebla el aliento.

Antes de terminar el almuerzo, el padre director y el hermano Spinoza, un laico que se encargaba de tareas administrativas y de acompañarnos en las salidas escolares, se acercaron a nuestra mesa y me pidieron delante de Ayzó que me ocupara de su *adaptación*, esa fue la palabra que usaron, que lo ayudara a adaptarse antes del inicio de clases que llegaría en pocas semanas. Me aboqué a la tarea con entusiasmo, un entusiasmo desmedido, no solo por la importancia que confiere a un chico de doce años guiar a otro de dieciséis, sino porque la llegada de Ayzó me produjo la sensación inédita de convertirme en una bisagra, en un nexo entre dos mundos —indio y europeo, aborigen e invasor, exótico y familiar o cualquiera de las dicotomías que fui dilucidando con el tiempo—, dos mundos que solían entrar en pugna dentro de mí, pero que al transformarme en ese puente, en esa conexión, se alineaban como los haces del cáñamo al formar una sogá, haces que se enfilan, se unen y se hacen más fuertes.

Ayzó había llegado al colegio de mano del padre Milanesio, un misionero que llevaba décadas recorriendo en carreta, a caballo o a pie campamentos indígenas desde el río Colorado hasta Tierra del Fuego. A Ayzó lo había traído del lago Cardiel, un aike que fue reservado para concentración de indígenas por un decreto precario firmado por el presidente Yrigoyen, y lo único que Milanesio contó de él, o lo único que llegaría a mis oídos, era que había perdido a su familia y lo mejor que se podía hacer por él era educarlo. Solo esa historia conocía de Ayzó, una historia trunca, plagada de oportunas omisiones, una historia que años después, cuando escuché narraciones completas de boca de los tehuelches del Cardiel, del lago Viedma y de las otras zonas donde estaban concentrados, cuando escuché sobre las muertes por la viruela, la tisis y el alcohol, y las historias de los hombres y los muchachos mandados a la zafra del azúcar en Tucumán, mientras las madres y las hijas quedaban atrás como empleadas domésticas, cuando escuché las historias de esas iniquidades sin nombre de las que nadie quería oír hablar, imaginé la vida de Ayzó mucho más trágica, pero en ese momento, con los escuetos datos aportados por Milanesio, el pasado de Ayzó se escondía bajo un halo de misterio.

Los días que compartimos fueron dichosos, en especial mientras estuvimos solos y

recorríamos el colegio a nuestras anchas como príncipes de una comarca abandonada o, más apropiadamente, como ratones en ausencia de gatos. Por las mañanas ordenábamos el dormitorio, traíamos leña para encender la caldera, limpiábamos baños y ayudábamos en la cocina. Por las tardes salíamos a caminar por el pueblo, a menudo por la costa del río, el único sitio donde los árboles y la gramilla eran verdes, un verde que brillaba y nos hacía olvidar que estábamos rodeados por un erial, el verde de las costas del río Chubut que avanzaba manso después de descargar en la meseta el brío de las montañas. Y en las vegas de ese río, en el lomo de un pinto y de un tobiano que el carnicero Abdul nos dejaba montar porque *en invierno los caballos se enariscan y en verano ya no hay quien los mande*, salíamos a cabalgar en pelo. Apenas dejábamos el pueblo nos lanzábamos a galopar y yo decía *arriba Ayo* y Ayo se arrodillaba sobre el lomo sin detener el galope, y yo decía *abajo Ayo* y él mordía las riendas y se acostaba sobre la grupa extendiendo los brazos y las piernas como si volara. Y Ayo decía *arriba Manuel* y yo me arrodillaba sobre el lomo, pero enseguida me bajaba para no perder el equilibrio, y él decía *abajo Manuel*, y yo me abrazaba del cogote del tobiano y así galopábamos a la par, mi cara apretada contra las crines del pinto y el cuerpo de Ayo sobre el tobiano surcando el aire como un pájaro. Y en las aguas de ese río, en un codo protegido por el viento, nos bañábamos las tardes en que el sol de invierno calentaba un poco. Yo daba unos pasos sobre el fondo lodoso hasta que el agua me llegaba a las rodillas, mientras Ayo se sumergía entero y nadaba como un pez y a veces cruzaba hasta la margen contraria y desde allí me saludaba sacudiendo los brazos, unos brazos vigorosos como los de un luchador, y me gritaba *Manuel cruzá* y yo decía que no, que ni con el Diablo mordiéndome los talones me iba a zambullir en esas aguas más frías que un témpano.

La adaptación de Ayo marchó por buenos carriles. Tenía predisposición para aprender cosas nuevas y una capacidad envidiable para adquirir destrezas, fuera pelar papas quitando la piel en un solo trozo, o romper huevos con una mano sin derramar una gota de clara o recordar la secuencia estricta de dobleces para hacer la cama al estilo salesiano. Aunque solo aprendió a decir vocablos sueltos, su entendimiento del español era aceptable, o al menos suficiente para seguir con el abecedario y la escritura de letras y palabras. Después de tres semanas, ni el padre director, ni el hermano Spinoza ni el resto de los curas tenían dudas de que Ayo estaba listo para comenzar las clases. Lo que nadie sospechaba era que su aparente calma podía mutar, en un santiamén, en una ira enloquecida, casi criminal.

El primer pupilo en retornar al colegio fue Jeremiah Coetzee, o Jeremías como lo llamaban los curas, un hijo de bóers cuyos padres preferían educarlo con los salesianos. Era uno de los menos violentos y, en los días que estuvimos solos, pasó tiempo con nosotros y nos contó que su familia venía escapando de la guerra de Sudáfrica, que los ingleses les habían destruido las cosechas de trigo y de sorgo, les habían matado las vacas y las cabras, les habían quemado las casas y los campos con antorchas y querosén, habían envenenado los pozos de agua y desparramado sal en

los lotes de cultivo y, como si eso no fuera suficiente, habían detenido a sus hermanos y a su madre en un campo de concentración donde dormían, junto a otros miles, en carpas de lona blanca embarrada en un predio rodeado por alambre de púas.

Años más tarde, después de leer en libros de historia las infamias de Europa, de Asia y de África, pensé en cuántos padecimientos como los de Jeremías habría detrás de los otros alumnos, de los sirios oprimidos por los otomanos después de haber sido subyugados por los árabes, de los croatas dominados por los austrohúngaros después de haber sido sometidos también por los otomanos, de los galeses avasallados por los británicos, de los italianos explotados por los mismos italianos, historias humillantes y tenebrosas que lanzaron a algunos hasta el confín de este continente, a este sitio olvidado de la mano de Dios, a esta Tierra Prometida que no hacía más que incumplir promesas, y cuánta de esa opresión que habían traído debajo de sus uñas y dentro de sus almas se disparaba ahora contra el blanco más fácil, sea yo o Ayzó o cualquier otro. Nada excusa la maldad, pero pensar en eso me ha servido para hallar en mi corazón una amnistía, para dejar de lado la autocompasión (el peor cáncer del alma) y recordar esos años en Rawson no como un sufrimiento sino por lo que realmente fueron: el germen de la prodigiosa aventura en que se convirtió mi vida.

Cuatro semanas después de que regresara el resto de los pupilos y empezaran las clases, Ayzó dejó el colegio. Hubo otras explicaciones, pero era indiscutible que su partida se debió a los golpes en las duchas. En el colegio había peleas entre los alumnos, algunas terminaban en castigos disciplinarios y otras no. También estaban las azotainas, que recibía yo con regularidad y otros pupilos de tanto en tanto, a las que los curas hacían la vista gorda. Pero lo de esa noche fue distinto. Acaso por su altura, al principio nadie se animaba a tocar a Ayzó (y por extensión tampoco a mí, pues éramos inseparables), pero las burlas habían comenzado desde la llegada de los pupilos. Los instigadores eran los primos croatas Mirko y Adrián, tipos bajos pero musculosos que se vanagloriaban de levantar cuatro fardos de alfalfa a la vez y ser capaces de arrancar con las manos la cabeza de un ñandú. Nos pusieron los moteles de mono grande y mono chico, lo que Ayzó, entre su inmutabilidad y el poco entendimiento del español, ignoró por completo. Una noche al acostarnos sentimos una picazón que nos hizo salir corriendo hacia las duchas. En la oscuridad del dormitorio era difícil darse cuenta, pero una vez en el baño descubrimos que nos habían puesto azúcar entre las sábanas. Esperaron a que nos metiéramos en las duchas y aparecieron. Eran más de diez. Adrián le agarró el brazo derecho a Ayzó, Mirko el izquierdo y a tirones lo llevaron al centro del baño. Darren, un chico galés, le tomó el cuello desde atrás como si quisiera asfixiarlo, mientras otros dos, no recuerdo quiénes, lo agarraban de las piernas. Una horda de pequeños goliats intentando derribar a un David gigantesco. De ahí en más todo fue confuso. Recuerdo cuerpos que cruzaban de un lado a otro, golpes contra el piso y las paredes, la sangre que salía a borbotones de la ceja de Darren y de la nuca de Adrián y, por supuesto, la escena que nadie olvidaría: Mirko contra la pared, una mano de Ayzó le sujeta el

cuello mientras la otra se mete dentro del calzoncillo, le agarra el miembro y los testículos y comienza a jalar. Mirko grita y grita pero Azyo no se detiene. Mirko sigue gritando y el resto también grita, le pide a Azyo que pare, pero Azyo sigue jalando y jalando hasta que los brazos de Jeremías, el único que se anima a reaccionar, logran separarlo antes de que la hombría de Mirko terminara en el piso, extirpada de cuajo como la cabeza de un ñandú.

A Azyo lo llevaron detenido a la sala en que se reunían los profesores; Adrijan, Darren y Mirko fueron al hospital y los demás regresamos a los dormitorios. Esa noche, un viento que retumbaba sobre los techos como el galope de un guanaco, un viento que más que soplar parecía llorar o gemir, me mantuvo en un duermevela. En uno de los breves instantes en que logré dormirme, tuve un sueño. De espaldas a mí Azyo miraba hacia una tierra yerma que se prolongaba hasta el infinito, una tierra que no por yerma era callada pues se oían voces, acaso de animales o del viento que silbaba entre los pocos molles y calafates, o quizá lo que se oía eran voces de personas, no lo sé, pero más allá de dónde viniera, el murmullo era incesante. De pronto Azyo se daba media vuelta, o tal vez menos de media vuelta pero lo suficiente para mirarme de reojo, y se deslizaba a paso lento hasta perderse en esa meseta que lo reclamaba. O tal vez no era la meseta, sino algo mucho más grande.

A la mañana siguiente Azyo ya no estaba.

Tres

La partida de Ayzó me dejó aturrido como el estruendo de una bomba, me transformó en un autómatas que solo buscaba la oscuridad y el silencio, aislarme de un mundo que me aterraba aun más que antes. En mi consternación, y en mi reprochable inmadurez, deseé con toda mi alma que Ayzó hubiera matado a Mirko, a Adrián, a Darren y a cualquiera de los otros, y que en ese colegio virgen de muerte se invirtiera el orden del primer asesinato, que en vez de Abel fueran los Caínés del mundo quienes quedaran enterrados bajo el primer montículo de tierra.

Una semana después desperté con fiebre. El cuerpo me ardía. El cuello me dolía al punto de no poder moverlo. El médico diagnosticó meningitis y me llevaron de inmediato al hospital para aislarme. Me alojaron en una habitación con camas separadas por cortinas blancas que se mantuvieron recogidas durante mi permanencia. Había una ventana pequeña (que estuvo siempre cerrada) y el único adorno que colgaba de la pared era una imagen de Jesús con un corazón que flotaba delante de su pecho lanzando rayos de luz. Con la mano izquierda Jesús señalaba el corazón flotador y con el índice de la derecha apuntaba hacia arriba. Había visto imágenes similares en las paredes del colegio, en los libros de catequesis, en estampitas, pero en el sopor de la fiebre esta imagen parecía la más grande, la más real, y de tanto mirarla, los ojos de Jesús se confundían con los de Ayzó, esos ojos pequeños que antes me intrigaban y ahora me producían pena.

Las enfermeras debieron ser varias, pero las recuerdo como una sola mujer con olor a menta o a alcanfor o a alguno de esos aromas de hospital en las manos, una mujer que entraba y salía de mi cuarto con cara de intranquilidad. Dos o tres días después de mi llegada, el médico (cuidando que yo no lo oyera) le advirtió al hermano Spinoza que, si la fiebre no cedía, era posible que no pasara la noche. Spinoza se mantuvo al lado de mi cama dándome de beber cucharaditas de té frío desde un tazón de porcelana rosa. De esa noche eterna, recuerdo el ir y venir de la cucharita repetido hasta la angustia y mi primera conversación con Dios.

La piedad indiscutida que se exige de un hombre de la Iglesia, de un futuro soldado del Señor, no me había alcanzado todavía. En las misas, sentado siempre en los últimos bancos, repetía el amén, el Señor es contigo, rezaba cada padrenuestro y cada avemaría, pero nunca entregaba por completo mi mente, mi mente infantil vagabunda y saltarina, que en esos momentos también se distraía recordando fotos de enciclopedias o pasajes de algún libro de aventuras, que a los salmos de alabanza al Señor superponía las rimas de la Mamá Gansa que me leía la señora Roberta. Y si hablamos de las Escrituras, las langostas que convertían en noche los cielos de Egipto, Noé al

timón de una barcaza por las turbulentas aguas de un mar infinito, el maná que llovía como si las nubes del desierto fueran de azúcar, incluso los milagros de Jesús que transformaban dos peces en cien o devolvían el alma al cuerpo de un muerto eran historias que me entusiasmaban tanto como una novela, pero *creer* en ellas, lo que se dice creer de la manera ciega, incontrovertible, axiomática en la que un devoto debe creer en estas cosas, nunca había creído. Hasta esa noche.

En ese desvelo febril y consciente de cuán cerca estaba la muerte, entre delirios abrevados por sorbos de té tuve una conversación con Dios, un intercambio como el que se podría escuchar en un mercado o entre dos buenos amigos, un intercambio sencillo pero al mismo tiempo fundamental. Le propuse al Señor un pacto, le prometí que mi fe en Él no tendría límite, que mi devoción por Su causa sería invariable y que me convertiría en un inagotable defensor de Sus principios a cambio de que Él me demostrara que también creía en mí, en otras palabras: que me curara de la meningitis. A partir de ese momento, la fiebre bajó y mi devoción inició su ascenso.

Los días de convalecencia sirvieron para recuperar las fuerzas y terminar de consolidar mi fe, lo que debió ser evidente para los salesianos porque a partir de mi regreso al colegio, además de hablar con maravilla del milagro de mi sanación, me encomendaron las primeras tareas en la preparación de la liturgia, labores típicas de monaguillo, como disponer hostias y vino para las ofrendas, llevar la cruz y las velas, sostenerle el libro al sacerdote cuando leía lejos del atril, quehaceres de orden menor pero que me colocaron en un pequeño lugar de privilegio. Ese acercamiento a los sacerdotes, sumado a las reminiscencias de terror que habría dejado Ayzó en la pelea del baño, me confirieron un cierto respeto entre los pupilos, un respeto que nunca trocó en amistad pero sirvió para que me dejaran en paz. Y así culminaron mis años de colegio primario, cada vez más cerca de los sacerdotes, de las ceremonias religiosas, sumergido en lecturas que ya no exploraban solo enciclopedias y novelas sino también los Santos Evangelios, acompañado incesantemente por el espíritu de Ayzó que a veces se me presentaba como un ángel y otras como un demonio desbocado.

Por sugerencia del hermano Spinoza, que a partir de la meningitis ofició de algún modo como mi tutor, continué los estudios secundarios Bahía Blanca, fuera de la Patagonia. Casi mil kilómetros al norte de Rawson, la ciudad de Bahía Blanca estaba en la provincia de Buenos Aires y ya en la década de los años veinte era cien veces más grande que cualquiera de los pueblos patagónicos, con edificaciones de más de una planta, avenidas surcadas por tranvías, veredas alumbradas por las noches, cafés y restaurantes, un espíritu de metrópolis, o de periferia de metrópolis, fundamentalmente distinto al de la Patagonia. El estudiantado también era diferente, tal vez por provenir de las zonas ganaderas del sur de la pampa húmeda, tierras con menos viento y más lluvias, tierras de una benevolencia que promovía el avance de la civilización, en las que los deportes desplazaban el trabajo físico y las artes se abrían espacio entre los oficios.

En el colegio salesiano de La Piedad, los alumnos varones debían optar entre una disciplina deportiva y una artística. Opté por el atletismo, donde descubrí una buena aptitud para las

carreras de velocidad, y por la clase de pintura que impartía un profesor húngaro, de nombre Nándor, en el colegio de María Auxiliadora ubicado en la manzana contigua al nuestro. Esas clases sucedían en una enorme sala con ventanales que subían hasta los techos y cruzaban de pared a pared y largas mesas donde se desparramaban pomos de óleos, pinceles sucios, paletas embadurnadas de colores y trapos con olor a trementina. Entre las esculturas a medio terminar se acumulaban trozos de arcilla seca, docenas de lienzos se apoyaban desordenados contra la pared o sobre listones de madera que pendían del techo como columpios. En los vidrios del ventanal y entre las patas de las sillas colgaban telarañas con cadáveres de moscas, avispas, libélulas y cualquier otro insecto que hubiera tenido la distracción o la mala fortuna de acabar en ellas. Dentro del estricto orden de la nación salesiana, ese taller era el protectorado extranjero de la anarquía.

Nándor tendría unos setenta años y era calvo, lo que compensaba con una barba angosta y blanca que colgaba hasta la mitad del pecho, barba similar a la del mago Merlín o a la de un Gran Visir, pero que en vez de terminar en punta lo hacía en ángulo recto. Vestía chaquetas a cuadros rojos y amarillos, o verdes y violetas y nunca se quitaba el chambergo gris. Detrás de unas gafas de carey con marcos muy delgados, le brillaban los ojos más celestes que jamás hubiera visto, ojos que tenían la tendencia, tal vez por la edad o acaso por la suciedad reinante, de lagrimear con frecuencia, lo que él contrarrestaba con una risa socarrona que según quién la escuchara podía parecer inocente o inequívocamente perversa. Nándor nos alentaban a indagar en la imaginación, a mirar dentro de nosotros mismos, a conectarnos con los sentidos tanteando los objetos del taller con los ojos vendados mientras él nos leía sonetos.

A costa de grandes esfuerzos logré los primeros progresos, más bien tímidos y circunscritos a la teoría de los colores y al manejo de la perspectiva, pero que durante unos meses nos mantuvieron entusiasmados a Nándor y a mí. Pero más temprano que tarde el estancamiento se hizo evidente y no quedó sospecha de que yo carecía por completo de imaginación o de las formas de conectarme con ella, o de ambas cosas, ya que cualquiera de mis pinturas *imaginadas* las podía hacer mejor un niño de seis años, y no estoy hablando de un niño particularmente imaginativo, hasta que por accidente (o por fortuna) Nándor descubrió los dibujos en mi libreta de notas. Durante las visitas a la biblioteca, en mis estudios de los Evangelios, incluso cuando leía novelas y revistas, llevaba siempre conmigo una libreta donde tomaba notas de palabras o frases que me resultaban curiosas, o que serían de utilidad más adelante, y entre esas anotaciones cada tanto me distraía haciendo bocetos, en general copias de fotos o dibujos que encontraba al leer, un elefante de la India o una máquina voladora de Leonardo da Vinci, y a veces, cuando me salía de la lectura por completo, dibujaba los objetos que estaban a mi alrededor, como la lámpara que me alumbraba o la moldura de un techo. Mientras pasaba las hojas de la libreta, deteniéndose aquí o allá cuando algún boceto le llamaba la atención, Nándor fue profiriendo monosílabos ininteligibles que concluyeron en: *¡Illusztrátor! ¡Illusztrátor!* Me apoyó la mano

sobre la espalda y, como si de un pésame se tratara, me dijo: Verás, Emánuel, el mundo se divide en dos tipos de hombres, los que crean cosas nuevas, o encuentran formas nuevas de conectar cosas viejas, que es lo más parecido a crear algo nuevo, y los que copian. Tú estás entre los que copian, Emánuel, de eso no cabe duda, pero los hombres que copian también se dividen entre los que copian mal y los que copian bien, y afortunadamente tú estás más cerca de estos últimos. Con movimientos desmañados, tal vez por el entusiasmo o acaso por los achaques de la edad, Nándor reemplazó el lienzo de mi atril con una tabla donde clavó con chinchas una gran hoja de papel blanco. En la parte superior escribió *L'anatomie de la libellule*, en letras grandes y ornadas, quitó una libélula muerta de una de las telarañas y me indicó que la dibujara. Se quedó un rato observándome, asintió con la cabeza mientras se acariciaba la barba, dijo *pas mal* un par de veces, y después de un suspiro largo, que bien podía ser una señal de alivio o de resignación, volvió a recorrer la clase con las manos tomadas detrás de la espalda. Durante los cuatro años que concurrí al taller de Nándor, dibujé escarabajos negros con cuernos, mariposas anaranjadas con ojos en las alas, moscas violetas y langostas amarillas con patas de pinzas, dibujé hojas verdes y hojas secas, hojas a las que los insectos solo les habían dejado las nervaduras, dibujé uvas y manzanas y también los frutos de las moreras que daban sombra a las veredas, frutos que empezaban blancos y pequeños y terminaban hinchados de un jugo púrpura que explotaba en la boca, dibujé un gorrión que apareció muerto en el patio y un nido de paloma que con mis compañeros de atletismo bajamos de un árbol, dibujé todas las especies de flores que encontré en la plaza frente al colegio, las cultivadas y también las silvestres, y los dibujos fueron tantos que cuando llegué al número cincuenta dejé de contar, pero a cada uno le escribí, sin falta, un título, una leyenda o un epígrafe con caligrafías copiadas de letras ornamentales que aparecían en esos libros con olor a polvo que Nándor había conseguido para mí.

Cuatro

A la luz del tedio en Rawson, mis días en Bahía Blanca parecían un torbellino, una efervescencia que me llevaba del dibujo a la gimnasia, de las matemáticas a la historia y de la misa al comedor sin tiempo para pensar, y los únicos momentos de sosiego y reflexión eran las horas de lectura. La biblioteca del colegio, diez veces más grande que la de Rawson, ocupaba una sala de veinte o treinta metros con techos altísimos que hacían necesaria una escalera sobre rieles para alcanzar los volúmenes más lejanos. Y esa sala, con una mesa de consulta que podían compartir más de diez personas, se conectaba a su vez a otra más pequeña con sillones de cuero negro donde apoltronarse para una lectura privada y silenciosa. En ese universo de enciclopedias y obras clásicas, de novelas y textos escolares, di por primera vez con las crónicas sobre los tehuelches escritas por los viajeros que habían explorado el sur de la Patagonia en los siglos XVIII y XIX, ingleses en su mayoría, como el jesuita Thomas Falkner, el vicealmirante Robert Fitz Roy y en particular George Musters, cuyo libro *At home with the Patagonians* se convirtió instantáneamente en mi favorito, no solo por sus textos llenos de energía, sino también por las ilustraciones que retrataban la vida tehuelche antes de la llegada de los argentinos. Musters había vivido nueve meses con los tehuelches en 1870 y había compartido con ellos una travesía desde Santa Cruz a lo largo de la cordillera hasta la confluencia de los ríos Neuquén y Limay, y desde allí hacia el Atlántico hasta Carmen de Patagones, el único asentamiento invasor que en esos momentos mantenía una población estable en la Patagonia. Esa travesía de miles de kilómetros, que por momentos parecía más motivada por la insaciable necesidad de desplazamiento que por el producto del trueque con otros aborígenes o con los argentinos, Musters la narraba como una crónica de viaje, aunque en verdad, según cómo uno la leyera, podía ser una aventura, una aventura apasionante que leía y volvía a leer hasta retener páginas enteras en la memoria, una aventura que me mantenía tan absorto que cuando estaba solo en la sala pequeña de la biblioteca, si quitaba la vista del libro y la dejaba deambular por los rincones, perdía noción del tiempo y del espacio, las paredes se esfumaban y me encontraba de pronto frente al toldo de Orkeke, y entonces veía al jefe salir con la primera luz y mover los brazos para anunciar el orden de la marcha, el sitio señalado para la cacería, lo escuchaba elevar la voz para exhortar a los jóvenes a estar alertas en la caza, y si miraba hacia un costado veía a las mujeres desarmar los toldos, doblar los cueros de guanaco, atar los palos con tientos, mientras en el otro costado los jóvenes alistaban los caballos que montarían en pelo en la cacería, los de carga que llevarían los palos y los cueros de los toldos y también los más mansos sobre cuyas monturas de cojines rojos y

amarillos viajarían los niños más grandes y también las mujeres, aquellas que transportaban a sus bebés en cunas de cañas forradas de cueros de chulengo y aquellas que en vez de niños llevaban sus perros falderos dentro de bolsas. También escuchaba el barullo de las órdenes, sentía el aire exaltado contra mi cara y veía por fin salir al galope a los primeros jinetes para marcar con fogatas el coto de caza, mientras la caravana de mujeres y niños iniciaba la marcha.

Un niño se cae de la montura. Una madre le sacude el polvo y lo ayuda a volver a montar, mientras los jinetes rezagados van encerrando guanacos y avestruces hasta tenerlos a tiro de las boleadoras. Los niños mascan trozos de carne seca mientras el silbido de las boleadoras rasga el aire. Las bolas golpean el cráneo de un guanaco, la sangre se derrama y las mujeres siguen avanzando. Los hombres se bajan de los caballos para trozar las presas, para separar lo que comen los hombres, lo que comen los perros y lo que nadie come. La caravana de mujeres se detiene y se vuelven a clavar los palos y a desdoblar los cueros. Los hombres regresan con las picanas de avestruz y con las mollejas de guanaco y con todo lo que se va a comer y a usar, mientras las mujeres terminan de montar el campamento y preparar los fuegos para cocinar la cena. Ahora se sientan en círculos a compartir la carne asada y la conversación cansada, después se encienden las pipas y se juega a los naipes hasta que el sueño les llega a todos menos a los perros, que siguen ladrando la noche entera entre los toldos.

A esas lecturas sobre la gloriosa vida tehuelche se contraponían otras más tardías, como las de Ramón Lista, un naturalista que acompañó la Campaña del Desierto y que después de enamorarse de una mujer tehuelche se había vuelto su más acérrimo defensor. Treinta años después de Musters, Lista decía: *“la tristeza es el detalle que se advierte al primer golpe de vista, un aire doliente, pesado, lánguido e indiferente a la vez... el tehuelche retrataba en su semblante la desolación...”*. ¿Qué había sucedido en esos treinta años?

En la biblioteca también había revistas y en una de ellas, mientras leía en la soledad de la sala pequeña, encontré la foto de mi madre, o de la sustituta de mi madre. Al recuerdo de esa mujer consumida por la tisis y al de la figura hercúlea de Ayo, se superponían las descripciones contradictorias de Musters y Lista. ¿Fuertes o débiles? ¿Presentes o a punto de desaparecer? ¿Cómo eran los tehuelches? Y quizá por esa confusión, la foto de la revista *Caras y Caretas* me atrajo como un imán. En la foto están los ocho indios (nueve si contamos a la niña que aparece al lado de la única mujer) seleccionados por el gobierno argentino para enviar a la Exposición Universal de Saint Louis en 1904. Delante de una cerca de varillas en lo que parece ser un descampado, si contamos desde la izquierda hay seis hombres de pie con vinchas en las cabezas, chiripás en las piernas y quillangos que caen como capas hasta las rodillas o hasta arriba de los talones, quillangos que ellos sujetan desde adentro, algunos a la altura del pecho, otros de la cintura. Luego sigue la mujer, que también lleva vincha pero cuyo quillango arrastra hasta el suelo. Y detrás de ella está esa niña, algo escondida, como temerosa de la cámara. El viento levanta un mechón detrás de la nuca de la mujer y lo eleva hacia la izquierda, delatando que su

cabello es más largo que el de los hombres. En el extremo derecho y separado casi un metro de los demás, está el último indio, más viejo y con aire ceremonioso, que en vez de vincha lleva sombrero y uno puede suponer que es Circacho, el cacique mencionado en la revista pero que el epígrafe no identifica. En relación con la imagen que aparece más abajo —la cara nítida de Vicente Cané, el hombre de traje y bigote encargado de *conducir* a los tehuelches hasta Saint Louis—, la foto de los indios es más pequeña y los detalles más borrosos, pero eso no le impide confirmar la excepcionalidad física de los tehuelches y abrir también otros interrogantes. Algo en las circunstancias de esos indios, de pie contra la soledad de la meseta santacruceña, prestos a partir hacia Punta Arenas unos días o unas semanas más tarde para abordar el barco que los llevará a miles y miles de kilómetros de distancia (hacia el mismo sitio al que Buenos Aires estaría en ese momento despachando los toros y carneros que representarán la pujante ganadería argentina), se contradice con la solemnidad del cacique, con la masculinidad exultante de los hombres, incluso con la belleza de la mujer que vira levemente el cuerpo en una pose femenina que no erosiona un ápice su temple. La dignidad que exhiben es incongruente con un grupo de indios a punto de ser subido a un barco con rumbo desconocido. ¿Hay una confianza ciega (y letal) en el hombre blanco? ¿Es acaso una resignada aceptación del destino? ¿O acaso una ceguera absoluta para ver lo que estaba sucediendo, o lo que estaba por suceder? Arranqué la hoja de la revista y la guardé conmigo, con la esperanza de develar algún día ese secreto y también porque mirarla me reconfortaba. Y así fue como en los años que siguieron, de tanto observar esa foto terminé encontrando en la cara de esa india el rostro de mi madre.

Cinco

Mis años de secundario oficiaron como una expedición al interior de mí mismo y lo que fui descubriendo —la maestría en el dibujo, la resistencia para el ejercicio físico y la excelencia académica— operó en mí una metamorfosis. Después de mi primer año en Bahía Blanca poco quedaba de ese chico esmirriado e inseguro, y si no me había convertido en la resolución y la audacia personificadas, estaba bastante cerca. Al mismo tiempo, mis responsabilidades como monaguillo, los retiros espirituales y los almuerzos que a veces compartía con los sacerdotes terminaron de estrechar mis lazos con los salesianos y me convirtieron en una especie de hijo de la Iglesia, un hijo adoptivo o tal vez un entenado que nunca se hallaría del todo cómodo entre sacerdotes blancos y puramente europeos, pero un hijo al fin de cuentas, una relación que para un mestizo, un chuchó, un muchacho sin familia ni raza definida, era una de las mejores opciones que podía ofrecerle la vida.

Para sellar mi destino con la Iglesia, al terminar la secundaria continué con el noviciado, el primer paso en la carrera religiosa que me ayudaría a confirmar la vocación divina, a temprar la mente y el corazón según el estilo de vida salesiano, pero más que nada a demostrar que mi idoneidad y mi intención eran genuinas y verdaderas. Para ello me enviaron de regreso a la Patagonia, más bien a la frontera de la Patagonia, al pueblo de Fortín Mercedes, un asentamiento fundado un siglo atrás como puesto de avanzada de los argentinos europeos. Situado unos cien kilómetros al sur de Bahía Blanca y cerca de la ribera norte del río Colorado, era una de las puertas de la Patagonia, una puerta de entrada o de salida, un punto de acceso clave a un territorio que en tiempos de guerra requería vigilancia. Y para que nadie olvidara antiguas batallas preservaba el mangrullo, una atalaya construida con troncos desde cuyo mirador se vigilaba la aparición de los indios, de las *fuerzas enemigas* durante lo que se dio en llamar la Conquista del Desierto. Aunque estrictamente hablando (perdón aquí la digresión) se podría haber llamado la Conquista de la Patagonia, pues de *desierto*, lo que uno imagina al hablar de las dunas del Sahara o de las tundras de Gobi o de los hielos del Ártico, poco de eso había, y de *deserción*, de tierra abandonada por sus hombres, mucho menos aún, porque en ese territorio, que era la mitad de grande del argentino original, no solo vivían los patagones que le daban el epónimo, sino también los mapuches y los yaganes, los shelk'nam y los kaweskar, los haush y otros tantos grupos, naciones que habían estado allí desde siglos antes de la llegada de cualquier argentino.

Fortín Mercedes era un pueblo más pequeño que Rawson y poco ofrecía aparte del colegio y la

iglesia, una capilla en honor a la Virgen María, un museo especializado en flora y fauna locales y culturas aborígenes (que dirigía el padre salesiano Clemencio Marraschino) y una pulpería que oficiaba de almacén de ramos generales y como el único bar donde los hombres se juntaban a matar el tiempo tomando café o alcohol y jugando a las cartas. A mi felicidad de regresar a la Patagonia, o al menos a su frontera, la eclipsaba el temor de que ese pueblo adormecido me obligara a despedirme del ritmo de Bahía Blanca, un ritmo frenético pero que me tensaba como quien alista las cuerdas de un violín para que toque sus mejores notas. Mis temores, como tantos otros temores en la vida, eran infundados. Poco antes de mi llegada, el padre Marraschino había llevado al museo a Ricardo Orsini, un científico italiano encargado de realizar trabajos de paleontología y biología, quien además de proveerme de más obligaciones de las que tenía en Bahía Blanca, sería un puente insospechado en el encuentro de mi gran teoría, en mi camino hacia el bisonte unicornio.

Orsini tenía el pelo rubio y las manos grandes. Era intempestivo, poco higiénico y, posiblemente, el hombre más enérgico del mundo. Se despertaba a las cinco de lunes a domingo para realizar ejercicios de calistenia, luego se duchaba con agua fría, verano e invierno, y después de un desayuno exuberante (donde acompañaba el café con polenta chirla espolvoreada con pimienta, huevos apenas pasados por agua, fetas de panceta frita, rebanadas de pan casero y bifés de capón a la plancha) comenzaba una jornada de trabajo que podía prolongarse por catorce o quince horas. Detestaba la Patagonia con vehemencia, en particular el viento, pero más aún la fealdad de las mujeres (y con ellas se refería a las que frecuentaba en el único burdel del pueblo, hábito que los salesianos pretendían ignorar aunque fuera de dominio público). Había nacido en Erice, un antiguo pueblo amurallado en el noreste de Sicilia donde Eneas había erigido un templo a Venus, razón por la cual, según su razonamiento, nacían allí las mujeres más bellas de Sicilia, las más bellas del mar Mediterráneo y probablemente de toda Europa. ¿Qué motivo lo traía a la Patagonia? En Europa no queda nada por descubrir, decía, pero en esta *terra incognita* aún se puede hallar algo espectacular, algo que me saque del anonimato al que estoy condenado, por italiano y por siciliano, en ese continente agonizante del que vengo. Y tal vez fue esa ambición (prima hermana del delirio), combinada con su tendencia a encontrar conexiones inexplicables entre cosas a las que más tarde les daba un sentido inusitado (afección que Klaus Conrad, en su renombrado libro *Die Beginnende Schizophrenie*, bautizaría años después como epofenia), lo que lo llevó a organizar una expedición a Santa Cruz para relevar unas pinturas rupestres que, en su mente, nunca dudó de que fueran jeroglíficos. Y esa expedición fue mi primer encuentro con el bisonte.

Comencé a trabajar con Orsini apenas llegar gracias a un hecho fortuito. Mis pertenencias se habían despachado antes de mi partida en un camión, pues los pullmans de pasajeros que iban a Fortín Mercedes tenían lugar apenas para un pequeño equipaje. Las cajas habían llegado por error al museo (que estaba en el mismo edificio de la residencia de novicios) y Orsini, con esa

impaciencia que lo caracterizaba, las había abierto sin mirar el destinatario. Confundido, escarbando entre la ropa, la foto de mi madre, una Biblia y otros objetos que ya ni recuerdo, encontró algunos de los dibujos que había hecho en el taller de Nándor. De inmediato averiguó a quién pertenecían y le pidió (o quizá le ordenó) a Marraschino que me apersonara ante él apenas llegara al pueblo. Marraschino era, efectivamente, el director del museo, pero un director ausente y desapasionado desde donde se lo mirara, uno de esos que saben elegir al subordinado que ejecutará las tareas, y que antes también las imaginará, diseñará, planeará, etcétera, etcétera, mejor que él, un subordinado que tendrá el buen tino de dejarlo asumir reconocimiento ante las jerarquías más altas pero al que en el ínterin lo dejará hacer y deshacer a sus anchas, cosa que Orsini hacía con total desparpajo.

El despacho de Orsini era un cuartucho sin ventanas con un escritorio atiborrado de libros, papeles y tazas de café a medio terminar, entreverados con cajas y frascos con plumas, ramas, hojas, insectos y trozos de animales. *Emanuele, ¡como Vittorio!*, dijo, al escuchar mi nombre, y luego habló un rato largo de animales prehistóricos, de insectos, de árboles, y de cosas que ya no recuerdo, y su voz retumbó como un trueno que nunca termina de estallar, una voz que hablaba un mal castellano pespunteado con los nombres en latín de las especies, y cuando le dije que mi vocación eran la teología y el servicio al Señor y que si iba a ser sincero poco sabía de las ciencias naturales o de la naturaleza en sí, su voz lanzó una carcajada que se asemejó a la erupción de un volcán (pero no llegó a serlo), se puso de pie de un salto y me apoyó las manos sobre los hombros, unas manos con dedos gruesos que hubieran sido capaces de triturarme, y con la cara a diez centímetros de la mía me dijo: la Naturaleza, Emanuele, es el único sitio donde la presencia del Señor es indiscutible. Así quedé bajo su autoridad absoluta.

Mi memoria ya no es lo que era, pero aún recuerdo la primera lámina que dibujé para el registro de piezas botánicas. *Larrea cuneifolia*, un arbusto de jarilla macho de más de dos metros que Orsini trajo entero al gabinete, sus hojas pequeñas con los folíolos soldados y cubiertas de cera, sus diminutas flores amarillas y esos frutos extraños que parecían cápsulas escondidas bajo una pelusa blanco-grisácea. Como si me estuviera viendo (mejor que si me estuviera viendo) recuerdo la triste figura que debí componer frente al papel, trazando y borrando, acercando y alejando una rama aquí, unas flores allá, volviendo a borrar y dibujar mientras observaba de reojo la reacción de Orsini que en sus movimientos alocados por el gabinete no parecía prestar atención a nada. Cada tanto se detenía y sin preámbulos me indicaba aquello que no estaba saliendo bien, y yo era todo duda e incertidumbre, como si la confianza ganada en Bahía Blanca se hubiera esfumado de repente, hasta que finalmente me abrí paso entre la ciénaga de vacilación que me nublaba la vista y acometí con el alma afligida pero también lista para sortear cualquier obstáculo que Dios tuviera a bien poner en mi camino, y al terminar el dibujo de la jarilla, con un detalle de las hojas arriba a la izquierda, y un detalle de los frutos arriba a la derecha y las leyendas y las explicaciones abajo al centro, Orsini detuvo su incesante deambular y luego de

escrudiñar la lámina durante unos minutos dijo: Una obra maestra, Emanuele, *veramente* maestra.

En breve las tareas incluyeron inscripciones de huesos y fósiles, y más tarde se extendieron a trabajos de taxidermia (con sus desagradables vahos de formol), la limpieza del gabinete e incluso prepararle el café y hacerle los mandados. No sin reservas, al menos al principio, me entregué a mis nuevas responsabilidades con la mejor predisposición, no solo porque la energía enloquecida de Orsini era contagiosa y su pasión desenfrenada el mejor antídoto contra la languidez de ese pueblo dormido, sino porque trabajar en el museo era la manera más palmaria de mostrarles a los salesianos que mi idoneidad y mi intención eran más férreas que el titanio.

Unos meses después de mi arribo, pasó por Fortín Mercedes un viajero suizo, un hombre manco de nombre Frédéric que después de perder un brazo en la guerra y abandonar su carrera de pianista se había lanzado a recorrer el mundo buscando inspiración para su poesía. Frédéric era uno de esos viajeros que pasaban cada tanto por Fortín Mercedes, viajeros con motivaciones tan incomprensibles como irreprochables y que no siempre explicaban bien por dónde habían andado, puede que por la costa observando pingüinos y lobos de mar, o por la cordillera atravesando bosques de lengas y escalando paredes de roca, o por la meseta, en una travesía interminable en la que acaso habían perdido el rumbo, por accidente o a propósito, y al llegar a Fortín Mercedes, o a cualquier otro pueblo, volvían a hallarlo, o al menos eso creían, y se quedaban más de lo necesario, o más de lo justificable para las pocas atracciones que esos poblachos ofrecían. Algunos se quedaban para recuperarse de la Patagonia, otros para tratar de entenderla, y unos pocos, los más desafortunados, para dejarla atrás, para enterrarla en el olvido y no llevarse consigo ni un grano de ella de regreso a casa.

Frédéric viajaba con una máquina Leica, un prototipo de las cámaras portátiles con negativos de treintaicinco milímetros que pronto serían de uso corriente, pero que en el año veinticuatro, y más aun en Fortín Mercedes, era una rareza tan fascinante como un alambique de oro o un dispositivo para adivinar el futuro. La había obtenido en Alemania directo del fabricante con el fin de fotografiar esos paisajes míticos de los que tanto había oído y leído, y los paisajes, por una gran diferencia, era lo que más había retratado: valles y montañas, glaciares y estrechos, fiordos y estepas. Pero entre esas tomas con perspectivas imponentes que mostró a los parroquianos en el bar, había otras más pequeñas, más íntimas, un arbusto de calafate, un guanaco sobre un peñasco, el porche de la casa en una estancia, una oveja que mira a la cámara, y también cinco fotos de pinturas rupestres. Las pinturas eran dibujos de líneas simples, algunas más gruesas y otras más delgadas. Había una flecha con una de las barbas en firulete y el astil atravesado por una raya, un rombo interrumpido por dos trazos paralelos y el vértice conectado a una cruz, las demás eran rayas unidas por las puntas que encerraban triángulos, cuadrados y otros polígonos deformes a los que no sé dar nombre. Orsini, que iba por el tercer vaso de ginebra cuando aparecieron esas fotos, mostró un entusiasmo más desmedido del habitual que le hizo sudar hasta empaparse la

camisa como una lluvia de verano. Con la excusa de mostrarle colecciones que finalmente nadie miró, Orsini convenció al suizo de que nos acompañara al museo. Aunque la verdadera intención era entretenerlo mientras yo copiaba en papel, y en tamaño más grande, las imágenes minúsculas de las pinturas, que hasta no regresar a Europa y echar mano a una ampliadora el suizo solo podía revelar apoyando los negativos contra el papel fotográfico. Frédéric, que iba tal vez por el cuarto vaso de ginebra, nos acompañó encantado y siguió charlando y tomando más ginebra con Orsini mientras yo hacía los dibujos.

A la mañana siguiente, después de curar la resaca con uno de sus desayunos dionisiacos, Orsini desparramó las cinco hojas con mis dibujos sobre la mesa del gabinete y se abocó a hacer conexiones peregrinas entre el rombo y la cruz, los triángulos y los trapecios, que fueron cambiando a medida que variaba el orden o la posición de los dibujos, hasta convencerse de que los signos que tenía delante encerraban secretos ancestrales de los tehuelches, secretos que ni los tehuelches actuales entenderían y cuyo descubrimiento, que acompañaría con una deslumbrante publicación académica, no solo le garantizaría el respeto científico sino que, si encontraba la piedra de Rosetta que descifrara esos jeroglíficos, se convertiría en un referente mundial sobre los indios patagónicos, sobre la lengua tehuelche y, con algo de suerte, daría por fin con la Ciudad de los Césares, un sitio legendario repleto de oro y plata del que, en algún momento u otro, habían hablado no solo los tehuelches, sino también los mapuches, los chilenos y hasta algunos argentinos.

Cuando Orsini se cansó de dar vueltas a la mesa y decidió que era hora de embalsamar la pareja de maras que esperaban en formol desde hacía dos días, notamos que Frédéric se había olvidado en el respaldo de la silla un morral de lona verde. Corrí hasta la pensión para devolvérselo, pero el suizo ya había partido en el pullman de las diez de la mañana. De regreso al museo, Orsini hurgó el morral en búsqueda de una dirección a donde enviárselo, pero lo único que encontró fueron unos lápices y unas hojas con manuscritos que parecían poemas, o ensayos de poemas, porque algunos habían sido tachados y vueltos a escribir. Uno de los versos tachados permaneció nítido en mi memoria, al punto de que cuando volví a escucharlo de boca de Bruce Chatwin, cuarenta años más tarde, lo reconocí de inmediato. *Il n'y a plus que la Patagonie, la Patagonie qui convient à mon immense tristesse*, decía el verso suprimido, y debajo de ese se leía: *Ce n'est pas vrai. La tristesse de la Patagonie est encore plus immense que la mienne. Il n'y a pas plus grande tristesse que celle de la Patagonie.*

Orsini no prestó atención a ninguno de los poemas, puso los papeles a un costado y siguió trabajando. El morral flotó durante un tiempo por el gabinete hasta que finalmente desapareció (es posible que la mujer que limpiaba lo tirara a la basura). Al día siguiente al encuentro con el suizo, Orsini le comunicó a Marraschino que viajaría hasta la desembocadura del río Santa Cruz para relevar un yacimiento de pinturas rupestres, un yacimiento de dimensiones *extraordinarias*, le dijo, porque según Frédéric sus fotos no eran más que la primera hebra de un pajar, una

minúscula roca en una inagotable cantera de arte primitivo. El director aceptó sin titubear, pero cuando se habló del financiamiento solo obtuvo dinero para cubrir, escasamente, el transporte en barco (que los salesianos conseguían a precio de descuento por un acuerdo entre el gobierno nacional y las empresas navieras) y poco más para los otros desplazamientos y la estadía. Orsini, enamorado del prototipo de Leica, insistió en que le enviaran una cámara igual desde Alemania para fotografiar todas las pinturas rupestres que quisiera, pero ante la negativa de los salesianos en Buenos Aires, decidió llevarme como dibujante en reemplazo del dispositivo portátil.

Seis

En el puerto de San Antonio Oeste subimos al buque mercante *Comodoro Rivadavia*, que transportaba pasajeros y mercaderías entre los puertos patagónicos y Buenos Aires. Después de una semana en el mar que me dejó consumido por los vómitos, desembarcamos en San Julián, desde donde un camión lanero nos llevó a Paso Ibáñez, pueblo en el que alquilamos dos caballos para llegar a Bi-Aike, la estancia donde el suizo había tomado las fotos. Orsini no sabía cómo ensillar un caballo (es posible que no estuviera seguro de que había que ensillarlos), así que eché mano a mis recuerdos de Bajo el Amor y coloqué el mandil, la silla, la cincha y el cojinillo con una habilidad que impresionó tanto al italiano que en el ímpetu al montarse por poco se cae del otro lado del caballo. Después de dos días de cabalgata y una noche en la estancia Australasia, en Bi-Aike nos recibió la familia Horteloup, con la que Orsini había intercambiado cartas gracias al contacto que había hecho Frédéric. Los Horteloup estaban encantados con nuestra visita y sorprendidos de que tantas personas se mostraran interesadas en los garabatos que los indios habían dibujado en su estancia. Las pinturas se hallaban a unos diez kilómetros del casco, por lo que nos ofrecieron un tercer caballo para llevar una tienda de campaña (que tuvieron la amabilidad de prestarnos junto con dos sacos de dormir) y las viandas y provisiones que la mujer de la familia preparó para los dos o tres días que estimaba Orsini nos llevaría relevar los casi cinco kilómetros de farallones de basalto que acompañaban el curso del arroyo Lechuza hasta el Potrero de los Carneros.

Salimos temprano al día siguiente y luego de bordear un cañadón ventoso y atravesar una pampa apenas interrumpida por calafates solitarios y tocones de paja brava, llegamos a la horqueta donde confluían el arroyo El Moro y el Lechuza. A partir de ese punto un farallón de basalto de más de diez metros se elevaba abruptamente y acompañaba el angosto valle del Lechuza resguardándolo del viento del oeste, el más tenaz e inclemente, el sempiterno padre de todos los vientos que azotan la meseta. Al amparo de esa pared de roca, que viraba del gris al ocre según le diera el ángulo del sol, el valle se erigía como un santuario, un santuario verde y vegetal gracias al riego constante del arroyo, el sitio ideal para que una comunidad de nómades recuperara las fuerzas consumidas en las interminables caminatas hasta la siguiente tropilla de guanacos o hasta la próxima bandada de ñandúes, hombres y mujeres extenuados de armar y desarmar cientos de veces los campamentos, cruzar ríos crecidos con aguas heladas, pasar hambre en las noches en que la caza no había sido próspera, en otras palabras hastiados por meses de peregrinación a través de lugares cien veces más inhóspitos que este apacible vergel

que, en esta parte del mundo, se podía considerar una excepción topográfica. Subimos el curso del Lechuza unos metros, armamos la carpa en un claro entre matas de calafate y salimos a explorar las paredes de roca y también las grutas, que abundaban en la base del farallón y tenían tamaño suficiente para albergar a más de una familia. Frédéric no se había excedido un ápice; el valle era pródigo en grabados y pinturas, no solo las abstractas que él había fotografiado, sino también escenas de cacería. Tres guanacos escapan al galope de la lanza del cazador, una guanaca preñada pasta inocente de la presencia de los dos hombres que la acechan por detrás, huellas de ñandúes y pumas avanzan en meandros sobre la piedra, también hay lagartos con colas ondulantes y dedos larguísimos, arañas y serpientes y otros animales que no era capaz de distinguir. Pero lo que predominaba eran las manos, manos grandes y pequeñas, unas estampadas en la roca con pintura blanca y roja, negra y ocre, y después las otras, las más profusas, pintadas como si los pigmentos se hubieran escupido sobre manos apoyadas en la piedra, manos que al retirarse dejan la marca de su ausencia, espacios fantasmales de manos verdaderas de personas verdaderas que se multiplicaban y superponían con una abundancia sobrecogedora que hacía imposible que uno se sintiera solo. Habíamos hallado un paraíso escondido, el sitio elegido a través de los siglos por generaciones de tehuelches trashumantes para registrar el ciclo de la vida, para que cada vez que regresaran esas pinturas se lo recordaran y ese recuerdo los ayudara a reencontrar la paz en la incesante incertidumbre del nómade. En las paredes habían impreso un lenguaje de signos que contaba historias, figuraba los movimientos de los animales, documentaba la presencia de hombres, mujeres y niños, signos de tal vitalidad que parecían salirse de la roca y a la luz titilante del quinqué se animaban como una película de cinematógrafo. Nándor nos había mostrado cómo los renacentistas aprendían de los griegos, los impresionistas de los japoneses y así hasta el hartazgo, pero estos hombres habían inventado todo de la nada: el pincel, los pigmentos, el concepto mismo de la imagen.

En las noches dentro de la carpa, entre el gorjeo del arroyo y los sonidos corporales de Orsini, que desplegaba al dormir una energía similar a las horas de vigilia, me mantenía despierto e imaginaba que el valle se poblaba de tehuelches ancianos, jóvenes y niños, tehuelches que faldeaban el farallón hasta detenerse cerca de nuestra carpa para que las mujeres armaran sus toldos sobre la gramilla, para que los niños jugaran a ser hombres lanzando varas a animales imaginarios, para que las niñas ayudaran a las viejas a trenzar cartílagos de ñandú o a asar carne. Y en esas horas de insomnio, entre los tehuelches también vi a Ayzo, ya hecho un hombre, y a mi madre, más joven y más bella. Aunque es posible que eso lo haya agregado en sueños.

Una llovizna persistente limitó el trabajo de los primeros días al interior de las grutas, en las que Orsini iluminaba con el quinqué y yo dibujaba. El tercer y último día amaneció soleado y pudimos registrar las paredes exteriores, donde algunas pinturas no eran más que vestigios maltratados por la intemperie. Durante el descanso del almuerzo el sol daba pleno contra el peñón y Orsini notó una saliente del tamaño de un balcón donde un ave había construido un gran

nido. Con el instinto rapaz de coleccionista de museo, Orsini me convenció de que me colgara un morral a la espalada y bajara el nido. Está abandonado, dijo. Las instrucciones de Orsini para escalar la roca sonaban mil veces más sencillas en su voz de trueno que al llevarlas a la práctica, pero después de superar dos o tres traspiés en lo que casi me desmorono alcancé el balcón con el nido, que en efecto no mostraba signo alguno de habitación. Con la respiración agitada me senté unos instantes para disfrutar de la vista completa del valle, que a esas alturas parecía más aún un valle de ensueño, y cuando me di vuelta para incorporarme, en una pared a unos dos metros de donde me encontraba vi una pintura que la protección de un alero había mantenido casi intacta. Tenía unos cincuenta centímetros de lado y era una escena de caza en sepia, un sepia tirando a rojizo que en partes se había vuelto anaranjado. Un guanaco a la derecha mira hacia fuera del dibujo con el cuerpo tenso, a punto de tomar carrera. Otro guanaco avanza al galope hacia la izquierda, lo que resulta incomprensible porque desde esa dirección se aproxima una lanza en trayectoria directa a su cogote. La lanza la arroja un hombre, o más bien la imagen borrosa de un hombre (es difícil saber si se ha esfumado con el tiempo o fue pintada así), un hombre que la figura, de algún modo, sugiere como de gran fuerza. Y por encima de ese hombre, o de esa imagen borrosa, aparece la bestia: un animal dos veces más grande que cualquiera de los guanacos, con el pecho tres veces más grande que los cuartos traseros, la cabeza mira hacia abajo, como si bufara y escarbaba el suelo para una embestida, y por encima de los ojos le nace un cuerno, un cuerno ancho y curvo apuntando hacia el cielo.

Cuando el alma se enfrenta a lo inconmensurable, el corazón se achica y la mente se ciñe. Puede que por el estupor o acaso por la incredulidad (la prima hermana del temor) o quizá porque en ese instante el alma les dice a la mente y al corazón, en ese modo callado pero contundente en que hablan las almas, que después de haber visto eso que están viendo la vida tomará un giro absolutamente insospechado. Y quizá esa fue la razón por la que me dije a mí mismo, y le repetí a Orsini al bajar con el nido dentro del morral, que había visto la pintura de un toro, de un bóvido cornado, y fue el siciliano, con una observación sencilla y demoledora, quien me sacó de la negación que coartaba mi mente. No puede ser un toro, dijo, señalando el balcón que vuelto a mirar desde el llano parecía aun más elevado. ¿Por qué?, dije. ¿Los indios usaban andamios?, dijo. Supongo que no, dije. Estamos parados sobre el antiguo lecho de un océano, dijo Orsini (lo que era creíble porque en las orillas del arroyo, a pesar de estar a más de cien kilómetros del mar, habíamos encontrado fósiles de peces y valvas de moluscos petrificadas). Cuando las aguas de ese mar descendieron, dejaron sedimentos hasta la altura de ese balcón, o incluso más arriba. ¿Y cómo es que ahora...?, balbuceé con el mentón trémulo. Miles de años de vientos patagónicos, Emanuele, estos ciclones han volado a los quintos infiernos el suelo que pisamos, lo han erosionado hasta hacerlo descender desde ese balcón ahí arriba hasta donde estamos ahora parados. Esa pintura se hizo miles de años antes de que los españoles trajeran las vacas a América.

La teoría de Orsini era irrefutable. Debajo de esa pintura caía un precipicio de más de seis metros que tornaba insostenible cualquier otra explicación: habían pintado ese bisonte cuando el piso del valle estaba seis metros más arriba. Amén de irrefutable, la conclusión de Orsini abría otros interrogantes. Si un bisonte como el de la pintura había habitado el sur patagónico desde hacía miles de años, ¿por qué nadie lo había visto? Y si se había extinguido, ¿por qué nadie había hallado restos fósiles? Se habían encontrado fósiles del caballo patagónico, ese caballito fornido y más pequeño que el europeo, se habían hallado también de esa cruce entre guanaco y llama que los científicos llamaban paleolama, también de la pantera patagónica, del tigre de dientes de sable, del milodón y del mastodonte y de tantas otras especies de la megafauna que supieron merodear la meseta. ¿Por qué no había aparecido ningún resto de ese bisonte unicornio? Y después estaba el cuerno, que sin ningún género de duda era un único cuerno. Las patas traseras y delanteras de los guanacos los indios las pintaban siempre dobles, las patas del bisonte las habían pintado dobles, pero el cuerno, ese cuerno ancho y curvo, era uno solo. Volví a trepar hasta el balcón con lápices y papel en el morral y reproduje la pintura con el mayor de los cuidados. Cuando se la mostré a Orsini (mi mano entusiasta hacía temblar el papel) él la miró de reojo, puede que haya asentido con la cabeza, y luego ordenó que retomáramos el relevamiento pues nos quedaban solo las horas de esa tarde para terminar. A la mañana siguiente, mientras ordenábamos nuestros bártulos para regresar al casco de Bi-Aike, Orsini desparramó sobre el suelo unos diez o veinte dibujos, todos de pinturas abstractas (los animales, los hombres y las manos, incluso el bisonte, quedaron en la pila). Dando zancadas en círculo, ora rascando el mentón ora frotando la cabeza como un pirata valuando su botín, me preguntó qué me parecían. Qué quiere que le diga, le respondí, son garabatos, como dicen los Horteloup, las otras pinturas son más valiosas (aunque en realidad quise decir *la* otra pintura es *la* más valiosa). El italiano siguió dando vueltas como si yo no hubiera hablado, y recuerdo que me dije a mí mismo que Orsini era como un árbol, un árbol en cuyas ramas dejaba posar, como pájaros inquietos, teorías peregrinas que nunca lo conducirían a nada, que ese anonimato al que estaba condenado no era ni por italiano ni por siciliano sino por necio, por su incapacidad de ver las conexiones subterráneas entre las cosas, por dejar que sus ramas se llenaran de pajaritos frívolos y errantes. En los tres días que pasamos en el valle del Lechuza confeccioné trescientas cuarenta y siete láminas de pinturas rupestres, algunas de gran belleza, sea por los colores, por la composición o por las historias que contaban, otras notables por sus formas extrañas, pero ninguna se comparaba con la bestia cornada. Orsini era un necio. Un necio que ni Dios podía redimir.

Siete

Después de tres días de viandas frías, el almuerzo de regreso en Bi-Aike fue como un sol de mediodía tras una tormenta. La señora Horteloup (de apellido Bäcker) sirvió repollo en vinagre con trozos de tocino, un costillar de cordero horneado con cebollas, nabos y zanahorias cultivadas en su huerta y una torta de chocolate rellena con mermelada de calafate. Se descorcharon botellas de vino y se departió durante horas acerca de Francia y la Patagonia, de Italia y la Patagonia, de Buenos Aires y la Patagonia, y la conclusión a la que arribaron Orsini y el señor Horteloup (que eran los únicos que hablaban) fue que la Patagonia era una especie de purgatorio, un purgatorio que solo resistían las almas templadas y afanosas, las almas que en aras de hacerse de una estancia, de fama o de dinero, o de las tres cosas juntas, esa especie de cielo en la tierra al que aspiran los hombres probos, hallaban la fuerza para domar esa tundra ventosa, esa tundra distante de todo el confort de la vida moderna, qué hablar del confort, distante de todo y de todos, amén de olvidada por todos, olvidada por Francia, por Italia, por Buenos Aires y por el resto del mundo. Y cuando no olvidada, idealizada, difícil decidir qué era peor, idealizada por las historias que contaban los viajeros soñadores y por los daguerrotipos que mostraban los fotógrafos románticos, los artistas, los eternos incapaces de ver las cosas por lo que realmente son, que andaban por el mundo repartiendo una imagen falsa de la Patagonia con paisajes extáticos y leyendas hipnóticas, una imagen que se despeñaba estrepitosamente, y desafío al que lo quiera comprobar a que venga, que vengan a pasar una semana (el señor Horteloup señalaba hacia algo que estaba por detrás de nosotros), qué digo una semana, que vengan dos o tres días a trabajar a cualquiera de estas estancias, que vengan a alambrar así ven la odisea desde el principio, que vengan a tender cien metros de alambrado en esta tundra pedrosa y ya me dirán lo romántica que es la Patagonia. La señora Horteloup iba con platos sucios, venía con más comida, traía café, cebaba mate, mientras yo los escuchaba con la sonrisa cohibida, eso es lo que me queda en la memoria, mi sonrisa cohibida y mis ojos cohibidos que escondían ganas de decirles que la meseta (no la tundra) estaba lejos de ser un purgatorio, que si tanto la sufrían por qué no se marchaban, que si tanto la odiaban por qué no se iban de una vez por todas a otra parte, o es que no se daban cuenta de que su mera presencia, que esos mismos alambrados que tanto les costaba plantar eran la plaga, entre tantas otras plagas que los europeos ya habían traído, que estaba convirtiendo la meseta patagónica en un tormento, en un infierno en la tierra, en un purgatorio si tanto les gustaba esa palabra, para quienes nunca la habían considerado un purgatorio.

Los Horteloup nos sugirieron regresar por la vera opuesta del río Santa Cruz, por la vera sur. Una balsa podía cruzarnos con los caballos en Cóndor Cliff y del otro lado continuaríamos a Paso Ibáñez por un camino que, amén de ofrecer paisajes diferentes a los que habíamos visto, atravesaba una reserva tehuelche. Así de paso compra uno de esos quillangos que soban las indias, dijo la señora Horteloup, no hay nada mejor que un edredón de chulengo para las noches patagónicas. Orsini dudó, el desvío agregaba dos horas de cabalgata, pero yo insistí. La mera idea de que a pocos kilómetros, con solo cruzar un río, encontraría una comunidad tehuelche, una comunidad que acaso ya no fuera como las que habían descripto las crónicas de viajeros en el siglo pasado o como la que yo había recreado en mi mente en las horas de insomnio a orillas del Lechuza, pero una comunidad de tehuelches al fin de cuentas, tehuelches de carne y hueso, vivos, me producía un entusiasmo indescriptible. La mera posibilidad de verlos se me metió en el vientre como una bandada de calandrias, una bandada que revoloteaba y cantaba la canción más alegre que hubiera sonado jamás en mi estómago, qué digo en mi estómago, que hubiera sonado jamás en ninguna otra parte de mi cuerpo. Atenta a mi entusiasmo, la señora Horteloup trajo de su dormitorio uno de esos quillangos tehuelches. Compruébelo usted mismo, dijo. Orsini lo acarició, se lo pasó por la cara y luego afirmó que, efectivamente, el pelaje era de una finura incomparable y el cuero sobado por las indias tenía la suavidad de la seda. Se aceptó el cambio de ruta y los Horteloup, considerando que ya eran las cinco de la tarde, insistieron en que hiciéramos noche en Bi-Aike para salir con la primera luz del día siguiente. Y así transcurrió el resto de las horas dentro de esa casa, tomando mate y comiendo, con el constante tintineo del señor Horteloup sobre la Patagonia y Europa, sobre la Patagonia y Argentina, y sobre el valor, la resistencia y la ingeniosidad (vocablo que se utilizó varias veces) de los pioneros que habían venido a domar este territorio agreste, un tintineo que se repitió hasta la repugnancia. Menos mal que la señora Horteloup me invitó a jugar a las damas.

Una llovizna despiadada, una llovizna que más que de las nubes parecía emanar del cielo mismo nos fue calando la ropa camino a la balsa y, en el tiempo que llevó encontrar al balsero y convencerlo de cruzarnos a pesar del mal tiempo, nos terminó horadando hasta el tuétano. El balsero se llamaba João, o así le decían, y vivía en una casucha reparada del viento por un cañadón que la escondía del río. Era un hombre anciano, delgado como la pata de un ñandú, con la barba despeinada y unos ojos ardientes que me recordaban las ventanillas de la caldera de Rawson. Llevaba una camisa gris metida en un pantalón que le quedaba grande, ambos ceñidos con una faja tan grasienta como el resto de la ropa. Con lluvia no cruzo, dijo João. Puede llover todo el día, dijo Orsini. Hasta que no pare no cruzo, dijo João. Puede llover durante una semana, dijo Orsini, maldiciendo entre dientes el cambio de ruta. Y así se empantanó la conversación hasta que recordé que llevaba conmigo el mazo de estampitas que un seminarista de Sevilla nos había dejado en su paso por Fortín Mercedes. Tomé la imagen de Nuestra Señora de las Aguas, a todas luces la más apropiada por su rostro calmo, su cabeza ornada con una corona de reina y ese

velo que cae sobre el manto de gobelinos bordados en oro, imagen que encendió los ojos de João más de lo que estaban (si es que eso era posible) y lo convenció de cruzarnos sin más demora.

A la precariedad de la balsa, a los flotadores de metal abollados y los tablones partidos, se sumó la amenaza de un cielo cada vez más oscuro, de la llovizna cada vez más vehemente y de ese río, ese río impetuoso que a diferencia del manso Chubut no había perdido nada de la furia de la cordillera. Las calandrias en mi vientre se fueron callando y sus trinos se reemplazaron con otros sonidos, sonidos angustiosos como de violines desafinados. Todas las señales eran inequívocas. ¡Oh, Señor mío, qué inequívocas eran! Pero hubo que llegar a la reserva tehuelche para comprender que atravesar el río Santa Cruz no sería el simple sorteo de un obstáculo en el camino (como seguramente pensó Orsini), sino el cruce de una barrera en el tiempo o, más precisamente, de la barrera entre el triunfo de una civilización y la derrota de otra.

Engrandecería la madurez de mis veinte años (que apenas tenía) si dijera que ese primer encuentro con los tehuelches bastó para entender cabalmente la fatalidad de sus últimas décadas, las razones detrás de las disparidades que se vislumbraban entre el apogeo que narraba Musters y la decadencia que denunciaba Lista, pero sí puedo asegurar que esa tarde, cuando nuestras cabalgaduras tomaron el desvío que conducía al asentamiento, cuando vi salir de las casuchas de adobe y de los toldos de piel de yeguarizo a esos hombres, a esas mujeres y a esos niños que más que hombres, mujeres o niños en ese instante me parecieron espectros flanqueados por perros altos y flacos, cuando los vi acercarse en la lluvia para darnos la bienvenida, cuando los vi iluminarse ante la bolsa de caramelos que Orsini sacó del bolsillo, bolsa que le había dado la señora Horteloup porque los indios son todos golosos, los grandes y los chicos, todos se mueren por un dulce, pobrecitos, son como niños, y cuando los vi llevarse los caramelos a la boca con una sonrisa que en esa mañana gris no llegaba a ser una sonrisa, y más tarde cuando los ancianos regresaron a los toldos y una familia joven nos invitó a pasar a uno de los ranchos de adobe en donde el humo dificultaba la respiración y el hollín que caía del techo teñía de negro el pelo rubio de Orsini, cuando vi todo eso solo pensé que Ramón Lista se había quedado corto, que el pueblo tehuelche, tal como lo había conocido y narrado Musters, no estaba desapareciendo, directamente ya no existía o se había convertido en otra cosa. Recordé uno de los sonetos que nos leía Nándor mientras pintábamos, un soneto que hablaba de los fulgores de un rescoldo que reposa entre las cenizas como en un lecho de muerte, cenizas que ahora lo consumen cuando antes lo mantenían vivo, y ese soneto no me dio pena sino todo lo contrario, mi corazón se ensanchó más allá de los límites del pecho para dar espacio a un sentimiento que me desbordaba, un sentimiento muy semejante al odio o a la rabia que como todo buen novicio intenté aplacar, que intenté convertir en compasión, en misericordia o en cualquiera de esas palabras que nos estaban permitidas. Poco sabía entonces que los sentimientos no se convierten y que la rabia y el odio solo se aplacan cuando se extingue el fuego que los enciende.

Dentro del rancho, una vez acostumbrados los ojos al humo y a la poca luz, vimos los cueros

de oveja donde el hombre nos indicaba que nos sentáramos. Orsini ganó confianza enseguida y con su voz de estruendo, pero sin perder el tono de científico, les preguntó cómo vivían. El indio joven, en un español más correcto que el de Orsini, le contestó pausadamente. Es difícil cazar, dijo el indio, los colonos antes nos dejaban entrar a los campos a guanaquear, tanto guanaco había que los dejaban sin agua para las ovejas, pero ahora les agarraron miedo a nuestros perros, dicen que les matan los corderos. ¿Y es verdad que matan los corderos?, dijo Orsini. A veces sí, dijo el indio. ¿Qué es esta carne?, dijo Orsini, tomando uno de los pedazos que nos habían servido en un plato de metal. Yeguarizo, dijo el indio, de la tropilla que tenemos. Muy buena, dijo Orsini, casi tan buena como la *pastissada* de Verona. El indio sonrió una sonrisa de dientes blancos. ¿Tienen muchos caballos?, dijo Orsini. Unos cien, dijo el indio, pero el campo tiene pocas aguadas y poco reparo en el invierno, así que cada año se nos mueren varios. ¿De qué viven entonces?, dijo Orsini. De los mantos de guanaco y de las plumas de avestruz, de lo poco que se hace con lo poco que se caza, dijo el indio. ¿Van a vender a los pueblos?, dijo Orsini. A veces vamos a los pueblos y a veces pasan los mercachifles y nos los trocan por yerba y harina y ropa y otras cosas, dijo el indio, y así siguió hablando con una calma que me estaba haciendo perder la calma mientras en mi cabeza resonaba *encierro y muerte, encierro y muerte*, y me preguntaba cómo alguien había podido concebir que nómades que surcaban miles de kilómetros al año buscando las mejores tierras para obtener caza suficiente podrían sobrevivir en una reserva, honestamente me lo pregunté, cómo habían tenido el coraje de forzarlos a vivir en un espacio inferior al que le daban a una familia de colonos, en un campo sin reparo para el invierno, con aguadas insuficientes para sus caballos, cómo el gobierno de la nación argentina había tenido la desvergüenza de darles a esos indios que habían insertado a la Patagonia en el mapa del mundo mucho antes de que Argentina existiera como nombre, a estos indios que habían acogido, guiado y ayudado a cuanto europeo se le ocurrió perderse o aventurarse por estos lares desde el principio de la colonización, cómo podía el gobierno de la nación argentina tener el descaro, me preguntaba, seriamente me lo preguntaba, de otorgarle a esta gente, a estos cientos de personas, una parcela que no superaba las que le daba a una familia de recién llegados.

Mientras Orsini charlaba con el indio, y la carne de caballo y las tortas fritas me aplacaban el hambre, el cielo se fue despejando y un rayo de sol se coló por la ventana e iluminó a un grupo de niños, los ocho hijos de la familia que nos observaban desde una pila de cueros. Las caras sonrientes me entibieron el alma, me ayudaron a emerger de mi consternación y eso me impulsó a salir del rancho, a explorar el resto de la reserva. Un par de niños me siguió y luego se sumaron otros y luego otros más hasta convertirme en un flautista de Hamelín que caminaba por el cañadón rodeado de niños, niños que me hablaban en un idioma que yo entendía, y a los que les daba gracia que yo lo entendiera, y frase va y frase viene llegamos a uno de los toldos más grandes y sin anunciarnos nos metimos.

¡Qué diferencia con el rancho de adobe! El interior del toldo era todo limpieza, el aire era

cálido y transparente, una chimenea invisible parecía arrastrar hacia afuera el humo de la fogata. Abrigado por un manto de guanaco decorado con cruces rojas y blancas, un anciano se sentaba alrededor del fuego en un círculo que incluía a tres mujeres, también ancianas y abrigadas con mantos, y a algunos niños a los que se sumaron los que venían conmigo. ¿De dónde conozco a ese hombre?, pensé. El anciano me invitó a sentarme y me preguntó cómo me llamaba y de dónde venía, y entre mates que apenas tenían sabor a mate le conté sobre mi madre, sobre mis estudios con los salesianos y él me contó sobre la leona que les había comido cuatro potrillos y la nevazón del invierno anterior que los había dejado aislados por dos meses y, mezclando aonekko con castellano, continuamos la charla mientras yo seguía preguntándome de dónde lo conocía. El sol también se metió dentro del toldo e iluminó la cara del anciano y entonces el alma me dio un vuelco, otro vuelco más en ese viaje que se asemejaba a una de esas montañas rusas que conocería años más tarde en Turín. Enderecé la espalda y acepté un mate. A usted lo vi en una foto, dije. ¿Qué foto? La que les sacaron antes de ir a Saint Louis, dije. El anciano sonrió. ¿Porque usted es...? Circacho, dijo el anciano. Le pregunté cómo había sido el viaje y Circacho me contó el tormento de las semanas en barco (con lo que no podía estar más de acuerdo) pero que lo demás no había estado tan mal, la comida era buena, las camas blandas, amén de que los habían elegido la mejor raza india entre todas las razas. Continuamos con el mate, que a esas alturas no era más que agua caliente, y mientras me contaba más detalles de ese viaje, una pregunta se me escabullía, una pregunta se me escapaba hacia un costado y hacia otro de la lengua como si tuviera temor de salir. En uno de los silencios largos y ampulosos de Circacho tomé coraje y dije ¿conoce a Ayzó? No recuerdo a ningún Ayzó, dijo Circacho. Y así seguimos hablando por un tiempo que no pudo superar las dos horas, pero que a mí me parecieron días o semanas o meses, hasta que Orsini irrumpió en el toldo con los dos quillangos que había comprado.

¿Dónde te habías metido, Emanuele?, dijo. Si no salimos ahora no nos alcanza la luz para llegar a Los Colorados. Inclinando la cabeza les agradecí los mates a las mujeres y saludé a los niños. Me puse de pie y Circacho también se puso de pie. Me miró a los ojos, unos ojos que habían empezado a lagrimear como los de Nándor, aunque en su caso se debía a que el cuerpo de Orsini estaba tapando la entrada del toldo y no dejaba salir el humo. Durante un momento, el brevísimo momento que me tomó comprender el sinsentido de la idea, tuve el impulso de quedarme con ellos, de preguntarle si en la reserva había lugar para mí. Dubitativo aún, le estreché la mano y Circacho me estrechó la suya y nos deseamos suerte. Cuando estaba saliendo del toldo, le escuché decir Ayzó en un tono que sonó a pregunta. Creo que me acuerdo de Ayzó, dijo. ¿Qué se acuerda?, le dije. ¿Ayzó del Cardiel? Sí, del Cardiel. ¿A sus padres los mató la peste? Es posible, dije. ¿Muchacho alto? Muy alto, le dije. Ese Ayzó se robó una tropilla de yeguarizos, dijo Circacho, se fue con veinte caballos y hace años que nadie le ve el pelo.

Cabalgamos cinco horas hasta Los Colorados y durante esas cinco horas, acompasado por el

subibaja del caballo, en ese escenario de cañadones y pampas y ríos tuve un estallido de devoción similar a la de la noche febril de la meningitis, solo que esta vez el objeto no fue Dios. Con el viento en la cara, un viento que amén de abofetearme me decía algo que no lograba discernir, resolví que mi aspiración suprema, que mi razón capital para estar en este mundo sería convertirme en un apóstol, en un cruzado, en un salvador de la raza tehuelche, y esa convicción tuvo una fuerza tan contundente que, entre la excitación y el espanto, comprendí que cada vez que el destino me obligara a elegir entre mi apostolado por la Iglesia y mi apostolado por los indios no tendría otra opción que traicionar el primero.

En Los Colorados Orsini consiguió que nos dejaran pasar la noche en la casa de los peones, que más que casa parecía un hotel o más apropiadamente una pensión de mala muerte donde se alojaban las docenas de hombres que mantenían en funcionamiento una estancia que imaginé diez veces más grande que la de los Cunningham (donde nunca habían más de dos o tres empleados) y que en reemplazo del dueño era administrada por un capataz, un hombre serio de sombrero negro con el que habló Orsini para que nos autorizara a quedarnos. Además de los dormitorios con camas desvencijadas y mantas sucias, unas covachas que apenas mejoraban los ranchos de adobe de los indios y empalidecían al lado del inmaculado toldo de Circacho, la casa tenía una gran sala que servía de cocina y comedor, atravesada por una mesa donde cabían quince o veinte personas por lado. Excepto la cocinera, una mujer con un enorme lunar entre las cejas casada con uno de los ovejeros, eran todos hombres, unos más callados que otros, unos más serios que otros, unos más prudentes que otros, pero todos, sin excepción, hombres fuertes a los que el trabajo no parecía vencer ni el clima doblegar. Detrás de la cabecera de la mesa colgaba un espejo grande que reflejaba a todos los comensales. Y en ese espejo, como una pantalla que amplificaba la realidad de una manera caprichosa o de una manera intencionada, se hizo irrefutable algo que ya era obvio con mirar las caras de los peones. En la mesa había hombres que podían haber sido tíos o primos de mis compañeros de colegio en Rawson, hombres con rasgos europeos o mezclas de europeos, con pieles más o menos blancas, ojos más o menos claros, pelos más o menos rubios, pero entre ellos se mezclaba otro grupo aun más grande, con labios más gruesos, ojos más pequeños, frentes más anchas y pieles más oscuras, un grupo que tenía sangre india, algunos tal vez la mitad (como yo), otros acaso un cuarto o un octavo o una porción más diluida, pero sangre india sin duda alguna. Ramón Lista volvía a estar equivocado, la raza tehuelche no desaparecía. Su identidad se esfumaba, su dominio del territorio se perdía, su cultura y sus hábitos quedaban atrás, pero los tehuelches seguían existiendo ocultos en las estancias y en los pueblos, invisibles, como los engranajes de una máquina disimulados detrás de una carcasa de acero. Y con lágrimas en los ojos, unas lágrimas que no se alejaban demasiado de la risa, caí en la cuenta de que esos tehuelches (entre los que me incluía) éramos los mansos y los dóciles, mientras que Circacho y los demás tehuelches que aún vivían en el minúsculo espacio otorgado por el gobierno, esos tehuelches que se obstinaban en permanecer en las reducciones

indígenas eran los irreductibles.

Entre la peonada Orsini conoció a un serbio, un hombre con pocos dientes que hablaba bien italiano y con el que pasó la cena charlando de los quillangos que había comprado, de la poca plata que había pagado y de los indios con los que había charlado. Siguen siendo salvajes, decía. En el siglo XX siguen saliendo a cazar con boleadoras, decía. Siguen bebiendo sangre caliente de guanacos y caballos, decía. Son una pieza de museo, decía. Sin pronunciar palabra cené mi tazón de sopa, un caldo insípido en el que flotaban huesos y papas entreverados con acelgas, hasta que la mesa se comenzó a dispersar. Algunos hombres se sentaron en una esquina a jugar a los naipes, otros prepararon mate y se pusieron a charlar, Orsini siguió hablando con el serbio, mientras los otros, los que yo había identificado como tehuelches o descendientes de tehuelches, o como mapuches o descendientes de mapuches, los callados, los serios y los prudentes, llevaron sus platos en silencio a la piletta y se retiraron a sus habitaciones. Y en ese momento vislumbré con la claridad de un rayo que ese comportamiento circunspecto no surgía de sentirse invisibles, sino todo lo contrario, que la timidez, la parquedad, el lenguaje sobrio de sus cuerpos y hasta esa discreción exagerada con que se conducían eran propios de hombres con una conciencia clara y contundente de cuán visibles eran. Y también pensé que esa acción de esconderse, tan impuesta desde afuera como perfeccionada desde adentro, más que un acto de sumisión era una estrategia de supervivencia, una forma de resistir que, con suerte, los conduciría hacia un futuro lejano, acaso en el siglo XXI o en el XXII, en que esa invisibilidad se tornaría violentamente visible, acusadoramente visible, tan insoportablemente visible que todos los tehuelches juntos, los miles que seguirían viviendo ocultos en pueblos que para ese entonces serían ciudades y en estancias que acaso seguirían siendo estancias, marcharían por las calles y por los caminos para reclamar su territorio sin que nadie fuera capaz de detenerlos.

Ocho

De regreso en Fortín Mercedes noté que el descubrimiento del bisonte, los discursos del señor Horteloup, la charla con Circacho, la imagen de los peones indios de Los Colorados devolviendo sus platos sucios con la mirada baja, o sea esa ventana hacia el pasado, el presente y el futuro de los tehuelches que había abierto el viaje a Santa Cruz, transformaban mis rutinas de novicio, hasta entonces tolerables e incluso amenas, en un tedio insoportable. Mi vida había dado un giro cardinal y las tareas del museo que ordenaba Orsini, las clases que improvisaba Marraschino para continuar mi avance académico y hasta la preparación de las misas, a la que me solía entregar con sincero placer, se convirtieron en obstáculos, obstáculos banales que se interponían al apasionante destino que acababa de vislumbrar. Si mis años en Bahía Blanca habían sido un paso gradual a la adolescencia, el viaje con Orsini fue una zancada a la adultez, tal vez no una adultez plena pero sí de voluntad, de intención, la adultez de quien descubre su norte o al menos distingue una luz que señala ese norte, una luz tenue y titilante pero suficiente para emprender el camino.

Y el camino emprendí, como buen novicio, como hombre de Iglesia en que planeaba convertirme, dando los primeros pasos en las Sagradas Escrituras.

Tiene fuerza como de unicornio, comerá a las gentes sus enemigas y desmenuzará sus huesos (Números 24:8).

¿Confiarás tú en el unicornio por ser grande su fortaleza? (Job 39:12).

Los cuernos del unicornio acornearán a los pueblos hasta los últimos confines de la Tierra (Deuteronomio 33:7).

En la traducción de Reina y Valera publicada en 1909, la Biblia mencionaba varias veces un unicornio, y ese unicornio bíblico con una *fortaleza grande* capaz de llegar hasta los *últimos confines de la Tierra* estaba cien veces mejor retratado por la pintura a orillas del Lechuza que por cualquiera de los caballos con cuernos de porcelana y cuerpos etéreos que reposaban al lado de la Virgen en los óleos y tapices medievales europeos. ¿Por qué nadie había notado las discrepancias entre los unicornios bíblicos y los pintados? Y lo más incomprensible: ¿cómo se explicaba que los tehuelches hubieran pintado una bestia tan parecida a la bíblica en el último confín del mundo?

Mientras los enigmas evangélicos me quitaban el sueño, Orsini comenzó a perturbarme las

horas de vigilia. La visita a la reserva tehuelche le había despertado otro de sus entusiasmos repentinos, un nuevo pájaro se había posado en las ramas de su mente para hacer volar a los quintos avernos las pinturas rupestres, la traducción de los jeroglíficos y la búsqueda de la Ciudad de los Césares. La nueva idea que infectó a Orsini era la creación de una gran sala de exposiciones que bautizó *Modus vivendi tehuelche*, una habitación que tendría más de treinta metros de lado en cuyas paredes se pintarían murales de la meseta y en el centro se construirían dos toldos rodeados por arbustos de molle y calafate disecados y también por ñandúes, guanacos, zorrinos, cuises, maras, zorros, mulitas y pumas embalsamados en poses de un realismo *estremecedor*. Mis trescientas cuarentaisiete láminas de pinturas rupestres terminaron en un rincón del despacho de Orsini y si no hubiera tenido la cautela de rescatar a tiempo la del bisonte (que hasta hoy conservo) habría desaparecido en la basura junto con las demás.

Marraschino, que normalmente mantenía una disimulada apatía por los planes del museo, mostró un interés inusitado, casi infantil, por el *Modus vivendi* al punto de hablar de la idea como propia, lo que Orsini alentaba porque eso ayudaría a conseguir los fondos. Atrapado en ese nuevo fervor Marraschino declaró una mañana que una exposición de esa envergadura atraería indudablemente a visitantes de distintas latitudes, lo que hacía indispensable traducir a otros idiomas todos los carteles y todas las etiquetas, amén de todos los textos explicativos y cualquier otro escrito que se asociara con el *Modus vivendi*. Vamos a traducir sí o sí al inglés, al francés, al alemán y al italiano, dijo, y puede que después al ruso o al japonés y por qué no al chino mandarín que tiene tantos hablantes. Y aunque la propuesta era claramente superflua, Orsini tampoco lo contradijo para que no mermara esa pasión con que el director escribiría las cartas a las autoridades para conseguir el dinero o, más persuasivamente, les hablaría en persona para convencerlos.

De su siguiente viaje a la capital, amén de buenos augurios para el financiamiento, Marraschino trajo a Fortín Mercedes a un joven políglota, un profesor de idiomas de un colegio salesiano de la provincia Buenos Aires que aprovechando el receso invernal iba a *empaparse* del proyecto para luego realizar mejor las traducciones. Su nombre era Giovanni Siccardi, un piamontés miope, de traje, chaleco y corbata, recientemente arribado a Buenos Aires con la indeclinable aspiración de tener éxito en América. La mañana en que Giovanni se presentó en su despacho, Orsini le dispensó un par de minutos, intercambió un par de frases y de inmediato lo puso a mi cargo. A esas alturas Orsini había sumado equinos al proyecto y los dos caballos que planeaba disecar lo esperaban en un carro en la puerta del museo. Acepté hacerme cargo de Giovanni con gusto, no solo porque un piamontés con un traje verde de tres piezas parecía un dignatario extranjero entre la consuetudinaria mugre y anarquía del museo, sino también porque cualquier excusa que me alejara del frenesí de Orsini era recibida como una bendición. Llevé a Giovanni al gabinete, le serví la taza de té con limón que me pidió y antes de empezar a hablar sobre el *Modus vivendi* charlamos de bueyes perdidos, de la Argentina y de la Patagonia, temas

sobre los cuales Siccardi conocía más que muchos argentinos. Giovanni había nacido en Valenza, una ciudad piamentesa de la que se había ido a los veinticinco años con afán de conocer culturas y aprender idiomas. En Hamburgo, la primera ciudad en la que se quedó un tiempo considerable, experimentó lo que más tarde transformaría en un patrón de funcionamiento: enamorarse de una mujer vernácula para aprender el idioma y así franquear las puertas del alma de ese país. El idioma es lo que se escucha de un país, decía Giovanni, pero el alma verdadera, los secretos más profundos están en lo que no se dice o en lo que se calla, que no siempre es lo mismo, y eso solo se devela a través del amor. A los seis meses de conocer a una hamburguesa llamada Adriane, Giovanni ya entendía alemán, al año lo hablaba con poco acento y antes de los dos años no pasaba día sin que alguien lo tomara por un hamburgués. De ahí se fue a Lille, luego a Glasgow y más tarde a Cádiz, donde se enamoró de mujeres cuyos nombres no recuerdo (creo que él tampoco) y desde Cádiz tomó un barco a Buenos Aires. Me hubiera gustado seguir adquiriendo otras lenguas, dijo Giovanni, pero tengo más de treinta años y llegó el momento de aprender otras cosas. Su viaje a la Argentina no había sido para aprender castellano (que ya hablaba a la perfección), sino para contagiarse del espíritu emprendedor de América, de esas ansias de progreso y de expansión que Europa había perdido y que solo el amor de una mujer *americana* le podía enseñar. Quiero comprar una casa grande, tener una familia numerosa, que mis hijos se conviertan en ingenieros, en músicos, en científicos y también en gerentes de banco y por qué no en escritores de poemas o novelas, que aunque serán siempre pobres al menos contarán la historia de la familia y toda familia merece que alguien cuente su historia, ¿no le parece? Y si no es un hijo el que la escriba, acaso será un nieto o un bisnieto. La ambición de Giovanni era más prosaica que la de Orsini, pero de apostar mis últimos centavos al éxito de alguno, lo habría hecho por Giovanni sin hesitar un instante.

Todo lo que Giovanni necesitaba saber del *Modus vivendi*, incluso más de lo que necesitaba saber, lo obtuvo los primeros dos días en Fortín Mercedes. El resto de la permanencia la transcurrió paseando por el pueblo, visitando el bar y principalmente charlando conmigo. Además de políglota, Giovanni era una enciclopedia andante con un despliegue de conocimientos tan insospechados como los nombres de todos los vientos del sur de Asia (con sus velocidades y orientaciones cardinales), la lista de huesos del oído interno de un chimpancé (y la manera en que se articulan) o la línea monástica completa de los reyes de Inglaterra desde los normandos, y eso me llevó a contarle sobre la pintura del bisonte y las menciones en los Evangelios. ¡El unicornio!, dijo Giovanni. ¡Oh, el unicornio!, repitió Giovanni. Ese animal está mencionado nueve veces en la biblia de King James, explicó Giovanni (quien no solo se había enamorado en alemán, inglés, francés y español sino que también había leído todas las biblias en esos idiomas). ¿Cómo se acuerda de que son nueve menciones?, le pregunté. Porque el caballo aparece ciento ochentaiocho veces, la cabra ciento veintinueve, el perro cuarenta, el ratón dos... y así siguió enumerando hasta que le serví más té. En la ciudad de Ravena, continuó Giovanni, se

encuentra la basílica de San Juan Evangelista y en el piso hay unos mosaicos del siglo cinco, en realidad solo quedan fragmentos de esos mosaicos del siglo cinco porque en el siglo dieciocho alguien tuvo la radiante idea de sacar el resto, pero entre esos fragmentos que se conservan está la figura de un animal inusual en Europa, un animal que podría ser un caballo pero no lo es, que podría ser un toro pero tampoco lo es, un animal fornido y con un solo cuerno que en hebreo se llama rem y ese es el unicornio que menciona la Biblia: el re'em de los hebreos. ¿Y por qué los unicornios en los cuadros y tapices son siempre caballos o cabras?, dije. Los europeos europeizamos todo, dijo Giovanni, por eso en los siglos siguientes todos los unicornios se fueron convirtiendo en europeos. ¡Oh, América!, exclamó Giovanni, ¡Oh, América!, volvió a exclamar Giovanni. ¡La mayor gloria de esta tierra es que no hay más remedio que aceptar lo desconocido!

Después de la partida de Siccardi, sin nadie para justificar mis ausencias, el torbellino de Orsini me tragó como arenas movedizas. En ese último viaje a Buenos Aires, Marraschino no solo había hablado con las autoridades salesianas sino también con las del gobierno nacional que, según sus palabras, adoraban a los tehuelches más que a todos los demás indios, mucho más que a los mapuches que eran indios extranjeros, indios chilenos infiltrados desde otro país (lo que era absolutamente falso). Los tehuelches son los únicos indios que el gobierno argentino considera *argentinos*, aseguró Marraschino, y en su opinión eso garantizaría la financiación del proyecto. Ante el inminente envío de fondos, Orsini avanzó a ritmo de ciclón con lo que se pudiera hacer mientras esperábamos el dinero, en particular la disecación de animales. En pocos días el gabinete del museo, ya atestado hasta la asfixia, se atiborró de nuevos ejemplares embalsamados por Orsini con una maestría taxidérmica que infundía en esos animales, tiesos e invariablemente muertos, una vitalidad que hacía pensar en la resurrección, en una resurrección macabra que era solo un anticipo de la monstruosidad que propondría más tarde.

Nueve

A esas alturas de los acontecimientos, faltaban escasos meses para terminar mi noviciado y era necesario dar un próximo paso. Una mañana Marraschino me citó a su despacho, me sirvió una taza de té y después de hacer algunos comentarios sobre mi dedicación al trabajo y mi disciplina en las clases de filosofía me propuso lo que yo fervientemente ansiaba que me propusiera, aquello por lo que había trabajado a destajo, por lo que había tolerado cada una de las locuras de Orsini. ¿Desearías, Manuel, continuar tus estudios en Turín para ordenarte sacerdote?, preguntó Marraschino. ¡Por supuesto!, dije y mi sonrisa se iluminó en la semipenumbra. ¡Que Dios te bendiga!, dijo Marraschino (con una sonrisa tan radiante como la mía) y me informó que tendría que viajar en breve a Buenos Aires para cumplimentar los requisitos con las autoridades de la congregación. Volví a sonreír, esta vez deseando que ese *en breve* fuera lo más breve posible, con la certeza de que mi tolerancia de Orsini y de la vida en Fortín Mercedes había llegado a su fin.

Los días que precedieron mi viaje a la sede salesiana, Orsini mostró comportamientos más extraños de lo habitual, comportamientos alejados de su acostumbrada hipérbole pero que nadie consideró alarmantes, aunque en retrospectiva fueran señales evidentes de la aberración en ciernes. Un lunes por la mañana me pidió que lo ayudara a desplazar hacia un costado la mesa grande del gabinete. Esa misma tarde, con palos que había juntado el fin de semana y los mantos de chulengo que había comprado en la reserva tehuelche, le di una mano para elevar dos toldos que serían los arquetipos de los definitivos una vez construida la nueva sala. El martes, Orsini apiló todas las sillas, los bancos, las dos mesas bajas y otros muebles pequeños en el patio trasero para hacer lugar a los dos caballos que habíamos disecado en el taller de taxidermia unas semanas antes: uno con las manos alzadas escarbando el aire, otro con la mano derecha y la pata izquierda flexionadas a punto de lanzarse a trotar. Ese día también agregó el zorro gris, los cuatro cuises y las dos maras que habíamos embalsamado después de los caballos, amén de otros animales sacados de las vitrinas del museo que servirían como marcadores de posición hasta que terminara de disecar los que faltaban. El miércoles por la mañana lo encontré dentro de uno de los toldos con los ojos enrojecidos, había pasado la noche cortando y cosiendo trozos de arpillera para fabricar dos monigotes rellenos de lana de oveja con los que pretendía recrear a un hombre y a una mujer tehuelches. Necesito más lana y más arpillera, dijo al verme, y siguió zurciendo. El jueves temprano, antes de tomar el pullman a Bahía Blanca pasé por el museo y lo volví a encontrar adentro del toldo, esta vez roncando como un fagot entre los monigotes del hombre y

la mujer. A su lado reposaban tres niños pequeños que había cosido con la arpillera y relleno con la lana que le había comprado el día anterior.

Un pullman me llevó a Bahía Blanca y de allí tomé el tren hasta Buenos Aires. Llegué temprano a la estación de Constitución, a la *fastuosa* estación de Constitución con sus mármoles ostentosos, sus techos infinitos y sus columnas imponentes. Si la estación de trenes de Bahía Blanca tenía un aire de petulancia, la de Buenos Aires era arrogante hasta la desvergüenza. Un tranvía me condujo a la Plaza de Mayo y otro a la sede salesiana en el barrio de Almagro y al pasar frente a la Casa de Gobierno, la Catedral Metropolitana, el Congreso, los soberbios edificios de oficinas y de departamentos con sus cúpulas y portales dorados, me sentí minúsculo e irremediamente ajeno a esa metrópolis, a esa capital de imperio, tan minúsculo como los negros, los árabes, los gitanos, los orientales y todos los otros descartados que tiempo después vería deambular por las ciudades europeas, hombres intimidados y empequeñecidos ante la arquitectura del poder.

Como si percibieran cuánto me amilanaba Buenos Aires, los salesianos capitalinos me ampararon con un cariño pródigo. Manolo de aquí. Manuelito de allá. Manuel, ¿cómo te sientes? Manuel, qué alegría que hayas elegido el camino del sacerdocio. Y a eso sumaban las celestiales comidas de la residencia, carnes que se cortaban con cuchara, espárragos y coles de Bruselas que perfumaban el comedor. Y también estaban las duchas siempre calientes, el colchón blando, las sábanas de lino suavísimo y otros placeres a los que uno no estaba acostumbrado en la Patagonia. La vida allí era de príncipes, ideal para contrarrestar la agravante metrópolis, pero tanta comodidad pronto comenzó a incomodarme. Por más joven e impresionable que fuera, estaba hecho a una vida rústica —¡la Patagonia es tierra de hombre rústicos!— y ese bienestar me volvía enclenque, me adormecía y si quería que los salesianos aceptaran mi candidatura para el teologado, tenía que mantenerme despierto. Y así, como una bendición encubierta, la mismísima Buenos Aires, esa ciudad hostil e indescifrable, se convirtió en el reto para mantenerme presto.

Apenas me lo permitieron mis obligaciones salí a dar paseos. Comencé por las inmediaciones del barrio de Almagro, caminé a lo largo de la avenida Rivadavia con su enjambre de tranvías, automóviles, bicicletas y peatones que parecían estar llegando siempre tarde a algún sitio. Luego continué por Caballito hasta que fui tomando confianza y me aventuré cada vez más lejos. Una tarde fría y soleada tomé un tranvía hasta el Rosedal en los bosques de Palermo. Caminé entre arbustos y flores, rodeé el lago y atravesé explanadas de césped verde como una cacaúta hasta llegar a un gran monumento, una alta base de mármol blanco que sostenía la imponente escultura de la República con sus brazos extendidos y la capa flotando en el viento. Al monumento lo rodeaba una piscina con cuatro alegorías de bronce que simbolizaban los Andes, el Río de la Plata, la Pampa y el Chaco. Di vueltas a la piscina en una suerte de trance, que más que trance era un escrutinio, tratando de pensar por qué (¡y quién!) había decidido que la Pampa fuera una mujer y las demás regiones hombres (¿habían seguido acaso el género de las palabras?), por qué

el hombre que representaba los Andes desenterraba esforzadamente una roca mientras el del Río de la Plata se sentaba plácidamente sosteniendo un remo, por qué (y esto era de lo más confuso) la alegoría del Chaco tenía aspecto de indio y las otras no, mientras una pregunta me horadaba la mente, una pregunta elemental, una pregunta ineludible: ¿cómo sería el monumento que la nación argentina dedicaría a la Patagonia, a la última región conquistada?

Seguí dando vueltas sin que nada me cayera en mientes hasta que en uno de los giros el sol me encandiló y en ese instante de ceguera pude ver con una nitidez escalofriante el futuro monumento a la Patagonia y ese monumento era una vasta losa de mármol blanco sobre la que se alzaban alegorías a lagos y bosques, mesetas y ríos, cordilleras y glaciares, las maravillas de esa tierra sin hombres, esa tierra vacante, esa tierra argentina desde el inicio de los tiempos que solo había que avanzar para ocuparla. Y alrededor de ese monumento también imaginé a un grupo de personas, personas buenas y honestas como las que había cruzado al caminar por los bosques de Palermo, personas que observaban esa enorme losa de mármol con admiración sin percatarse de que en realidad era un sepulcro, una tumba sin inscripciones, una gran lápida muda que ocultaba la fetidez de los miles y miles de cuerpos aplastados en la Patagonia invadida.

Los primeros sacerdotes que me evaluaron concluyeron (y enfáticamente expresaron) que mis capacidades analíticas y mi erudición en filosofía, historia, ciencias, teología y otras disciplinas que ahora no recuerdo superaban las expectativas más exigentes. Era el primer mestizo patagónico que examinaban y eso los volvía propensos a la sorpresa y el entusiasmo desmedidos. Después del último examen de conocimientos, un cura anciano, un cura con la cara y las manos enrojecidas por la eczema, dijo que mi viaje a Turín podría adelantarse para septiembre de ese año (en vez de marzo del siguiente, como había predicho Marraschino) pero que esa decisión quedaba supeditada a la entrevista de Fe. Pues la Fe, querido Manuel, y solo la Fe es capaz de interpelar la inteligencia del hombre para mostrarle su verdadero destino.

Los días hasta la entrevista trascurrieron con una lentitud enervante, acentuada por la vida apacible de la residencia. Para distraerme pasaba horas en la biblioteca (tenía una colección de libros antiguos que avergonzaba a la de Bahía Blanca), ayudaba en la cocina, charlaba con los otros novicios y el resto del tiempo seguía recorriendo la ciudad, cada vez más confiado en mi misión de develarla. Una mañana nublada salí a recorrer los alrededores del Teatro Colón y luego de admirar la fachada (no sin cierto desdén) seguí caminando sin rumbo fijo por la calle Libertad hasta detenerme frente a un edificio peculiar, un edificio que recordaba un templo cristiano pero que en el tímpano, debajo de las arquivoltas, en vez de una cruz tenía una enorme estrella de seis puntas. Las letras hebreas sobre los portales disiparon la confusión y decidí entrar, no solo por la curiosidad de ver cómo los judíos adoraban a su Dios, sino también porque recordé el re'em que había mencionado Siccardi y presumí que sería un buen lugar para expandir mi entendimiento sobre el unicornio bíblico. Crucé el portal con pasos inciertos y a medida que mis pupilas se adaptaron a la falta de luz se fueron delineando los contornos de un templo que en

esencia seguía siendo parecido a los que conocía, había menorás en vez de santos, estrellas de David en lugar de cruces, pero la nave central con techos altísimos, la alfombra roja entre hileras de asientos, el ábside detrás del altar, el atril con un gran libro abierto no eran diferentes a los de nuestras iglesias. Un chistido que parecía provenir de ninguna parte me hizo dar vuelta y en una esquina oscura vi a un hombre que movía la mano sobre la cabeza intentando decirme algo. Impaciente ante mi desconcierto me ofreció una gorra pequeña tejida con lana negra. Me disculpé y le agradecí, me cubrí la cabeza y le dije que buscaba información sobre un animal hebreo, un animal muy antiguo mencionado en la Torá. El hombre me condujo por pasillos angostos cada vez más oscuros, aunque de una oscuridad límpida y sosegada, que desembocaron en una sala donde se encontraba un rabino, un hombre de unos cuarenta años, tal vez cincuenta, con una barba negra y enrulada que tomaba mate mientras leía un libro que podría haber tenido tres o cuatro mil páginas. El rabino levantó la cabeza y me miró con unos ojos gélidos, unos ojos negros cuya mirada no parecía salir de las pupilas sino de un lugar más profundo. Me ofreció una silla y durante los primeros minutos continuó liado en su telaraña de pensamientos, de la que emergía por momentos para preguntarme mi nombre, de dónde venía, qué estaba buscando. Le hablé efusivamente de la pintura del bisonte, de los hallazgos del unicornio en la Biblia, del re'em hebrero y el rabino me escuchó sin parecer escucharme hasta que finalmente enderezó la espalda y aclaró la garganta. El re'em se remonta a los inicios de la civilización, me dijo, a la Babilonia antigua y casi todos los eruditos coinciden en que es un animal de un solo cuerno. Ctesias, un médico griego que había visitado Persia, es quien lleva a Europa las noticias de ese unicornio y lo describe como un bóvido, acaso parecido a un rinoceronte, pero de cualquier manera una bestia portentosa, un animal ingobernable con un cuerno ancho y tosco muy distinto a la imagen que tenemos ahora de los unicornios, a esas cabras y esos caballos que los europeos, como han hecho siempre... Europeizaron, dije. Y el hombre me miró como si no le gustara que le completaran las frases.

El rabino salió de la habitación y regresó con un libro muy antiguo que tenía las tapas forradas con piel de oveja. Hay un mito que no se sabe bien de dónde proviene, dijo el rabino, abriendo el libro en una página ilustrada con un grabado de un león dorado y un unicornio plateado. El león representa el Sol, dijo el rabino, y es la fuerza de la dominación que persigue incesantemente al unicornio, representado por la Luna, que reina en la armonía y la cooperación. A través de los tiempos el unicornio ha venido huyendo del león, se ha ido alejando hasta los sitios más recónditos en búsqueda de tierras sin mal donde continuar su reinado de concierto y avenencia. La leyenda dice que cuando el león por fin atrape y someta al unicornio, no será la Luna sino el mismísimo Sol el que se oscurezca. El rabino cerró el libro y se sirvió otro mate. ¿Pero eso no se opone a la idea de que el unicornio es un animal salvaje e indómito?, dije, y el rabino me miró como si no le gustara que lo contradijeran. Una de las pocas cosas que se aprenden con los años, dijo, es que muchas son blancas y negras al mismo tiempo.

Salí de la sinagoga con los ojos del rabino grabados en las retinas. Mientras me dirigía a la parada del tranvía y más tarde caminaba de la parada del tranvía hasta la residencia y después charlaba con los otros novicios y les contaba que había visitado un templo judío (sin darles demasiados detalles) esos ojos seguían allí como un faro que iba conectando la pintura del bisonte en el arroyo Lechuza, los unicornios de la Biblia, las charlas con Siccardi sobre el re'em y la leyenda del Sol y la Luna, estrellas que iban insinuando la constelación de mi gran teoría, la teoría de que los tehuelches eran un pueblo elegido.

Diez

La entrevista de fe, huelga decir, fue más ardua que los exámenes de conocimiento, mucho más ardua. El axioma salesiano era incontestable. Creer es bueno. Dudar es malo. Y como joven impetuoso mis dudas eran muchas, dudas que con el tiempo se transformarían en certezas que defendería a capa y espada, pero que en ese momento, desde mi inmadurez, solo me atrevía a ocultar. No ponía en tela de juicio la Génesis ni el Juicio Final, nada en mí cuestionaba la resurrección de la carne ni la Santísima Trinidad, tampoco sospechaba de la omnipresencia divina ni de la virtud de los santos, pero cuando se hablaba del mejor destino para los tehuelches todo en mí vacilaba. En el centro de un escritorio largo estaba sentado el salesiano máximo, la sotana abotonada hasta la nuez de Adán parecía ahorcarlo y era el único que llevaba una capa, los otros seis sacerdotes que lo flanqueaban solo vestían sotanas negras. Después de casi dos horas en las que los seis sacerdotes no cesaron de interrogarme, el salesiano máximo aclaró la garganta y en la sala reinó un silencio sepulcral. Como hijo de indio y europeo, dijo (y esa sería la última pregunta), como hombre de dos mundos y también como futuro sacerdote, como futuro salesiano, ¿cómo piensas acercar la salvación al pueblo tehuelche o a cualquiera de los demás pueblos indígenas de la Patagonia? ¿Cuál es para ti la mejor manera de acercarles la palabra del Señor, de educarlos, de civilizarlos, de ayudar a que esas pobres almas menesterosas alcancen una vida digna? Con la claridad de un fogonazo comprendí que el salesiano máximo me había colocado ante una bifurcación y que uno de los caminos de esa bifurcación era decirles la pura verdad, decirles que los tehuelches poco tenían de incivilizados, que de qué educación me estaba hablando y que la única indignidad que sufrían era por culpa de los colonizadores, por la manera en que los habían arrinconado en un espacio vital infame, etcétera, etcétera, etcétera, y también comprendí que por ese camino mi aspiración al teologado terminaría allí mismo. El otro camino era el de las medias verdades que, como todos sabemos, se asemejan mucho a las buenas mentiras. Aclaré la garganta y respondí con el mayor aplomo que mis nervios me permitieron. Como hijo de indio y europeo, dije, como hombre de dos mundos, estoy en una situación privilegiada para acercarles la Salvación a los tehuelches y ese privilegio es mi máxima aspiración moral. Y después me callé para esperar su reacción, porque cualquier otra cosa que dijera habría mostrado que mi idea de Salvación estaba muy lejos de la de ellos.

Esa noche, mientras dormía agotado por la entrevista, dos ojos fulgurantes se me presentaron en sueños. No eran los ojos del rabino ni los del salesiano máximo, tampoco eran los del balsero João ni los de Nándor, eran unos ojos más voluminosos, con el iris y las pupilas negras como el

carbón y el contorno blanco inyectado en sangre, dos ojos que me escudriñaban como a un espécimen bajo la lupa, que se volvieron cada vez más grandes, que se acercaron cada vez más hasta que alcancé a delinear alrededor de ellos una cabeza peluda y a oler un aliento ácido que me hizo fruncir la nariz. La cabeza se sacudió y gruñó con violencia, como si algo le doliera. Abrí los ojos para salir de ese sueño, que más que sueño era una pesadilla, pero allí seguían esos ojos y también un hocico y una boca babeante y un enorme cuerno curvo. La bestia dio pasos hacia atrás y hacia delante, rascó el piso con las pezuñas, cabeceó como hacen los caballos y después de estarse quieta un rato dio un último respingo, que se podía entender como un hasta luego, y se esfumó tan misteriosamente como había venido. Me mantuve en un duermevela hasta la hora del desayuno, y a las ocho en punto me presenté en el despacho del salesiano máximo para escuchar el veredicto de la entrevista. Has sorteado todos los obstáculos, querido Manuel, me dijeron. En septiembre zarpas rumbo a La Crocetta.

Me quedaban dos semanas para regresar a Fortín Mercedes a terminar tareas pendientes en el museo, ordenar mis cosas y alistarme para cruzar el océano. Al volver encontré a Marraschino, notablemente alterado, en la parada del pullman. Apenas me dio tiempo de agarrar la valija y me separó del grupo de pasajeros para contarme que Orsini llevaba encerrado en su despacho varios días y que, a pesar de las infinitas veces que se había instalado detrás de la puerta exigiendo, ordenando y hasta suplicando que abriera, Orsini se negaba a atenderlo. ¿Por qué se niega?, pregunté. Porque yo me niego a aceptar la locura que me ha propuesto, dijo Marraschino, agitando los brazos por encima de la cabeza.

Camino al museo me contó que el día de mi partida Orsini le había mostrado los monigotes de arpillera. Se lo veía contento, dijo Marraschino, orgulloso de su trabajo, los ponía en diferentes posiciones, los subía y los bajaba del caballo. Al día siguiente volvió a hacer lo mismo, pero el tercer día su humor se tornó agrio. De un momento para el otro los monigotes le parecieron grotescos, una mala caricatura de los indios que arruinaría el realismo que intentaba darle al *Modus vivendi*. Al día siguiente desapareció de Fortín Mercedes, lo buscamos en el bar, incluso le pedí a uno de los mozos que se fijara si estaba en ese lugar de mala vida que suele frecuentar, pero nada. Regresó dos días después más exaltado de lo normal (si es que eso es posible) y se encerró en el taller de taxidermia otros dos días completos. A la mañana del tercer día me vino a buscar a mi despacho. Parecía un niño ansioso por enseñar el último juguete que le dejaron los Reyes Magos. Al entrar al taller los vahos del formol me marearon, eran vahos muchos más potentes que los de costumbre. Después vi las herramientas ensangrentadas y la pila de vísceras que Orsini no había tenido la delicadeza de tirar la basura, y una vez que los ojos y la garganta y el estómago, que venían resistiendo al límite de lo posible, se acostumbraron a ese horror y pude seguir mirando, el corazón me dio un vuelco, la cabeza me dio un vuelco, el alma me dio un vuelco y me desplomé contra el piso de cemento. Orsini había conseguido, continuó Marraschino, de fuentes que se negó a develar y con artimañas que se rehusó a explicar, dos

cadáveres de indios, posiblemente mapuches (¡porque no eran tehuelches!) y los embalsamó en poses de un realismo más estremecedor del que venía imprimiendo a los animales disecados. Cuando volví en mí, Orsini estaba tranquilamente sentado en una silla, ofreciéndome una taza de té como si mi desvanecimiento no hubiera sido más que una indisposición pasajera, como si no hubiera ninguna causa que lo justificara, y cuando me recompuse lo suficiente para recriminarle la aberración que tenía frente a mis ojos, Orsini me miró como si yo hubiera perdido el juicio. ¡Como si yo hubiera perdido el juicio! Imagínate, Manuel. Le dije que no iba a permitir que exhibiera esas monstruosidades y entonces me tomó de los hombros y me sacó del taller a empujones, me dijo que pensara lo que le había dicho y que no regresara hasta que no estuviera dispuesto a incluir esos cadáveres en el *Modus vivendi*.

Cuán profunda debió ser su desesperación, cuán extraviado debió sentirse Marraschino para convencerse de que un novicio de apenas veinte años lo sacaría de ese atascadero, pero esa convicción ciega me hizo al menos intentarlo. Orsini me recibió con la cordialidad de siempre, con la jovialidad de siempre, con la enajenación disimulada de siempre, como si en mi ausencia no hubiera ocurrido nada digno de destacar. Me preguntó sobre Buenos Aires, sobre los salesianos, me felicitó por el paso que estaba por dar y me advirtió que los turinenses olían mal pero que la comida, aunque no le hacía sombra a la siciliana, se dejaba comer. Cuando mencioné los indios embalsamados, Orsini dio un suspiro y fingió desplomarse sobre la silla. Me ofreció llevarme al taller para mostrarme los cuerpos, pero me negué lo más cordialmente que pude. Marraschino lo va a tener que aceptar, me dijo, tarde o temprano lo va a tener que aceptar. Dudo que lo vaya a aceptar, dije. Los capuchinos tienen cuerpos embalsamados en las catacumbas de Palermo, dijo. Pero en Palermo la gente *quiere* que sus muertos estén en las catacumbas, dije. El museo de ciencias naturales de La Plata está repleto de esqueletos de indios y ninguno pidió estar ahí, dijo. Y así continuamos, yo cada vez con menos argumentos, Orsini cada vez más encolerizado, hasta que le comuniqué, del modo más tajante que me permitía el terror que me inspiraba, que la sentencia de Marraschino era definitiva. Lo que me queda entonces es horadarle el culo, dijo Orsini. ¿Qué dice?, le dije. Que le tendré que horadar el culo a ese cura maricón, dijo. No deje que el enojo ponga en su boca palabras soeces, dije. Un pedazo de verga siciliana es lo que Marraschino necesita para convencerse, dijo. No tiene que recurrir a la blasfemia, le dije. ¿O acaso no es eso lo que les gusta a todos los salesianos, acaso no sueñan todos con que les horaden el culo?, dijo. No me sorprendería que vos en cualquier momento empieces a soñar con que te horaden el culo, dijo. Está diciendo cosas terribles, dije, con el cuerpo trémulo y los músculos acurrucados ante la imagen temeraria que Orsini acaba de plantar en mi mente. ¡Curas maricones!, Orsini golpeó los puños contra la mesa. ¡Sin mis indios no hay *Modus vivendi* y sin *Modus vivendi* no hay Orsini!, sentenció y la frase encerró una calma desconcertante, una calma inesperada en un hombre tan iracundo, una calma que indicaba que el convencimiento de Orsini era indeclinable.

Esa noche Orsini dejó el cuarto que ocupaba en la residencia salesiana, mudó sus pertenencias a la pensión y pasó los días siguientes entre el prostíbulo y el bar, borracho como una cereza al brandy. Cuando lo volví a ver dos o tres días después, había perdido peso y le bajaban unas ojeras violetas hasta la mitad de las mejillas. Avisale al maricón de Marraschino que mañana salgo para Buenos Aires, me dijo.

Marraschino consiguió dos lotes en el cementerio para enterrar a los indios embalsamados y me pidió que dejara el museo lo más ordenado posible a la espera del reemplazo de Orsini, que podía demorar meses. Dos semanas después, desde un barco gigantesco que me llevaba a Italia, veía cómo la ciudad se empequeñecía, como el país se empequeñecía, como quedaban atrás Orsini, Marraschino, Fortín Mercedes, la mismísima Patagonia y se abría ante mí una nueva página de mi vida.

Once

Antes de zarpar pasé unos días en Buenos Aires tramitando el pasaporte y comprando (con el estipendio de la congregación) el baúl de viaje recomendado por otros salesianos fogueados en cruces transoceánicos, un cofre con un diseño sorprendentemente práctico que asentado vertical al abrirlo se convertía en un armario con cajones de un lado y perchas del otro. También compré un cinturón y zapatos negros del mejor cuero argentino, medias y ropa interior de algodón fino, a lo que se sumaron los pantalones, las camisas y las chaquetas que el sastre salesiano me había hecho a medida, más un abrigo grueso y largo hasta los talones que la congregación me proveyó para las frías noches turinesas. Mi corazón estaba a punto de explotar y debo admitir, no sin sonrojarme, que me dejé llevar por el entusiasmo, me dejé impresionar por mis nuevos atuendos, caí incluso en la vanidad de observar, sin duda excesivamente, a esa nueva persona ante el espejo, a ese mestizo acicalado y bien vestido a punto de internarse por las venas de Europa pleno de confianza y determinación.

El resto del tiempo en Buenos Aires lo pasé en toda clase de despedidas con los nuevos amigos salesianos de la capital, largos almuerzos y cálidas cenas sazonadas de risas y buenos deseos. Y en esos días también conocí a los dos seminaristas que viajarían conmigo en el mismo derrotero turinés: Martín Nachtigall, un joven de una delgadez preocupante acentuada por músculos fibrosos y venas prominentes, y Pedro O'Murchadh, un pelirrojo de cara redonda y pecosa que parecía salido del bosque de Sherwood sobre el que me leía la señora Cunningham.

El siete de agosto de mil novecientos veinticinco nos embarcamos en el *St. Olav*, un buque de bandera noruega de la naviera Norsk Lloyd que hacía la ruta Buenos Aires-Oslo y nos dejaría en el puerto de Cádiz. Fue un viaje lento, respunteado por vómitos y mareos peores que los padecidos en ese buque mercante al que había subido con Orsini. Después de un par de jornadas de engañosa calma vinieron días interminables de tormentas y mala mar en las que el *St. Olav* se mecía al tuntún de olas alarmantes al punto de obligarme a atarme con sogas para no estrellarme como un proyectil contra las paredes del camarote. Martín y Pedro, como si llevaran en la sangre el recuerdo del cruce oceánico de sus padres o abuelos, eran inmunes a los sacudones de ese navío exaltado y seguían yendo de la cubierta al comedor, del comedor a la sala de juegos y de allí de vuelta a la cubierta como si la mar fuera un estanque y eso me dejaba solo en el camarote durante horas mirando a través del ojo de buey los crepúsculos atlánticos, la oscuridad marina interminable y más que nada leyendo, cuando los mareos me lo permitían, novelas de Dumas y de Victor Hugo, de Jules Verne y de Stevenson o cualquier otra que encontrara en la improvisada

biblioteca del barco. Y así pasé los días, sentado en muebles de maderas claras extraídas de algún bosque escandinavo, leyendo libros de aventuras y oliendo a mar. Mientras las noches eran interrumpidas por despertares donde el bisonte trasponía la barrera entre el sueño y la vigilia sin solución de continuidad, como si el vaivén de las olas lo volviera cada vez más desafiante.

Después de los días que varamos para una reparación en el puerto de Mindelo, en las islas portuguesas de Cabo Verde, la mar nos dio un respiro y esas últimas noches antes de llegar a destino dormí como un infante. Bien descansado y con buena mar, durante el día departí más con Martín y con Pedro quienes, mientras yo me calmaba con la calma del océano, se alborotaban al punto de la euforia ante el inminente arribo a costas europeas, ante la proximidad de la mítica tierra de sus ancestros, tierra de la que tantas historias les habían contado, sobre la que tantos libros habían leído, con la que tantas veces había soñado, no solo sus propios sueños sino también los de sus padres y madres y tíos y abuelos, sueños heredados de otros que son siempre los más desmedidos, tierra que aunque lejana aún de la Irlanda o de la Lituania de sus familias, era tierra europea al fin y al cabo, y apoyar los pies sobre sus costas de algún modo cerraría la llaga abierta por la nostalgia, esa nostalgia por lo que no se conoce, que es la peor de las nostalgias, esa nostalgia lánguida de los argentinos descendientes de europeos que siempre me genera confusión y pena. A esas alturas de mi vida, mi apellido Palacios, el fantasma de ese padre asturiano o gallego o vasco, se había reducido a una anécdota, como la meningitis o las clases de dibujo de Nándor, que poco tenía que ver con mi genealogía. Ya entonces me sentía (y sigo sintiéndome) puramente americano, qué digo americano, me sentía tehuelche, un eslabón de una cadena interminable que se remontaba hasta mucho antes de que América tuviera ese nombre.

Lágrimas brotaron de los ojos de Martín y de Pedro al apoyar sus trémulos pies en las costas de Cádiz, al detenerse ante la catedral de la Santa Cruz sobre las Aguas, esa basílica tan barroca, tan neoclásica, ¡tan majestuosa! Mudas quedaron sus voces al caminar por la playa de La Caleta, ese antiguo puerto de fenicios, de cartagineses... Y ante esas emociones desbordantes, que yo no compartía por más que me esforzara, sentí que más allá de tener un mismo pasaporte, de hablar el mismo idioma con casi las mismas inflexiones, yo era oriundo de otra geografía, y no hablo de geografía de mapas sino del lugar desde donde uno mira al mundo. Para mí, Europa no era más que la metrópolis mayúscula de mi metrópolis minúscula, la invasora de mi invasor, un sitio distante que solo me inspiraba la desafectada curiosidad del visitante.

En Cádiz comimos pescaíto frito, vimos el atardecer en el Campo del Sur y escuchamos el lamento apagado de un cante jondo. Cuánta pena y cuánto dolor había en ese cante. Un tren nos llevó a Sevilla y visitamos su catedral de puntas de antorchas, el patio de columnas de los Reales Alcázares, vimos la Giralda con su giraldillo azotado por el viento. En la judería, extraviados en ese laberinto de callejas angostas, una gitana me tomó la muñeca y no la soltó hasta que abrí la palma. Al final de este viaje encontrarás el amor, me dijo. Y yo le pregunté de qué amor hablaba

pues al único sitio al que me dirigía era el sacerdocio. El amor que veo no es divino, dijo la gitana y no dejó de sonreír hasta que le pagué dos duros. En Sevilla tomamos un tren que surcó los agrestes campos andaluces. Vimos casas de paredes blancas y techos de tejas apiñadas alrededor de castillos con murallas de piedra ocre y gris. Vimos hileras de olivares que subían y bajaban colinas manteniendo una sorprendente perpendicularidad. Los andaluces son agrestes pero prolijos, comenté en voz alta. Pasamos por Granada, con su belleza tan oscura, por Murcia y Valencia (ciudades que a Martín y a Pedro les parecieron olvidables), bordeamos el Mediterráneo, pasamos por Tarragona y vimos su enorme anfiteatro y por fin llegamos a Barcelona, la más linda de las ciudades ibéricas. Allende los Pirineos, travesamos la campiña francesa y Martín destacó la belleza de los amarillos de finales de estío. Más tarde vino la encantadora Costa Azul, el cruce de los Apeninos y de allí la maravillosa Turín.

Acunada por el verdísimo valle de Susa, Turín se erguía repleta de castillos y de palazzi y de puentes de piedra que cruzaban el río Po cada doscientos metros. Orsini estaba en lo cierto, los turinenses olían mal pero la comida era exquisita, diez veces mejor que la española (que en un principio me había encandilado) y cien veces mejor que la francesa (que desde el primer bocado me pareció tan repugnante como pretenciosa). Años después, ya de regreso en la Patagonia y hastiado de la carne de capón con papas hervidas y cansado de las frutas y verduras enlatadas, me brotarían lágrimas de solo pensar en un buen brasato al barolo, en un vitello tonnato rebotante de anchoas, en el olor a ajo de la bagna cauda, el dulzor de los amaretti, el deleite obsceno de un zabajone.

El resplandeciente edificio salesiano, terminado de construir hacía apenas dos años, se alzaba en el número veintisiete de la Via Caboto, tenía cinco pisos y ocupaba una manzana entera. Aunque cumplía una modesta acción pastoral desde una iglesia dedicada a Maria Ausiliatrice, su principal razón de ser era la formación teológica de seminaristas italianos y de otras partes del mundo, no solo de América, también de África y de Asia y del resto de Europa. Ese edificio era —¡de tantas maneras era!— una Torre de Babel. Muchachos de pieles rosadas, negras o marrones, altos y bajos, corpulentos y esmirriados, que hablábamos las lenguas más dispares y traíamos a cuestras las costumbres más disímiles, compartíamos aulas, mesas y dormitorios, oraciones y estudio, juegos y salidas. Éramos una pequeña muestra de la humanidad toda y detrás de las puertas de ese seminario buscábamos acercarnos al cielo a través del conocimiento de las Escrituras, del estudio de la Palabra del Señor, del ejercicio de la Oración, pero también mediante el reto de comprender otros idiomas, de desentrañar otras culturas, de acercarnos los unos a los otros en un acto de caridad que superaría todo recelo, que desintegraría cualquier barrera, que desterraría el odio y la pendencia. Ese seminario no podía estar más lejos del internado de Rawson, y no hablo de millas ni de kilómetros sino de humanidad. En La Crocetta las diferencias nos igualaban, las disparidades nos unían y esa vecindad entre hermanos tan distantes nos acercaba al Señor más que cualquier plegaria.

Y por esas mismas causas la vida en Turín era extraña, como si la mayor parte del tiempo viviéramos en un lugar sin nacionalidad ni patria donde el muchacho criado desnudo en una tribu angoleña, el que había estudiado en un colegio de Boston, el nacido al lado de un monasterio en Kioto e incluso el mestizo forjado al azote del viento patagónico fuéramos la misma cosa, pero al atravesar esas puertas y salir a las calles de Turín se volvían a destacar las diferencias, nos volvíamos otra vez *peculiares* con nuestras pieles de colores distintos, nuestras lenguas distintas y nuestros modos extraños entre esa masa uniforme de piamonteses altos y rubios, con ojos claros que nos miraban con una mezcla de prejuicio y simpatía.

Pero no quiero ser injusto, pues muchos italianos trataban nuestra peculiaridad con respeto. Y en lo que a mí respecta, incluso los turineses de las cepas más rancias no consideraban mi mestizaje una minusvalía, sino más bien lo contrario. Si en Argentina los mestizos infundían recelo en los ignorantes, desprecio en los intolerantes, compasión en los caritativos, para muchos italianos éramos seres singulares y pintorescos, pertenecientes a la indefinible categoría de lo exótico. Y la persona que más me hizo sentir de esa manera fue sin duda la *Contessa* de Ponteverdi.

Doce

Durante muchos años (que algunos medían en décadas) la *Contessa* de Ponteverdi había tenido como confesor a un salesiano que la convirtió en amiga devota de la congregación y en una de sus benefactoras más magnánimas. No era fácil adivinar su edad, es posible que tuviera más años de los que la gente creía, pero eso poco importaba porque la *Contessa* era una de esas raras mujeres a las que la edad enaltece sin restarle atractivos. Cuando la conocí me pareció de una belleza deslumbrante, me podrían haber dicho que tenía más de setenta años e igual me hubiera parecido deslumbrante. Tenía todos los encantos de una *donna torinese*: esbelta, cabellos teñidos de rubio (que sin duda siempre habían sido rubios), ojos cansados, como si mirar le requiriera un ejercicio físico, y una voz grave, cercana a la de un barítono y gastada por cigarrillos que fumaba con desparpajo aunque fuera indecoroso para una dama.

A las pocas semanas de llegar a Turín la *Contessa* organizó una *soirée* en su palazzo para dar la bienvenida a algunos de los nuevos seminaristas. Digo algunos porque sin disimulo dejó afuera a los asiáticos (sus ojos le generaban desconfianza), a los europeos del Este (sus voces eran demasiado altisonantes) y a los italianos, por supuesto, porque su principal interés era lo extranjero, lo exótico. El palazzo de Ponteverdi se erigía frente a una gran explanada de adoquines con una fuente en el centro, una fuente de una sencillez tan prosaica que parecía puesta adrede para resaltar la fastuosidad de la residencia condal. En la puerta nos recibió un sirviente con chaleco y moño que nos condujo por anchas escalinatas de mármol gris y por salones con pisos de maderas policromadas y paredes revestidas con telas azules acentuadas por molduras blancas que se continuaban en techos abovedados, decorados a su vez con frescos de ángeles, sátiros, faunos y flora de todo tipo. Cuadros colgaban por doquier, óleos enormes enmarcados en dorado entre los que creí distinguir, si no me confundió el nerviosismo ante tanta riqueza, un Rubens y un Caravaggio.

Entre los invitados estábamos los latinoamericanos Martín, Pedro y yo, un colombiano llamado Héctor que renqueaba porque de niño un jabalí le había desgarrado el talón, un peruano hijo de una familia aristocrática de Arequipa (cuyo nombre he olvidado) y Vicente, un mexicano que cantaba sonos en una guitarra de cuatro cuerdas. También estaban los nigerianos Olisa y Utibe, un sudafricano blanco de Ciudad del Cabo llamado Maxwell, un sudafricano negro de nombre Bheka y los cuatro etíopes, muchachos de buen porte y semblante, cuyos nombres tampoco recuerdo. Terminamos el recorrido en una estancia que se utilizaba como comedor, aunque llamarlo comedor no le hacía justicia pues aquello parecía la sala de banquetes de un

emperador exuberante empeñado en intimidar a dignatarios extranjeros. De los muros colgaban cabezas disecadas (recuerdo un tigre asiático y un elefante de la India), un gong japonés de tres metros de diámetro, máscaras africanas (entre las que los etíopes encontraron tres de la Eritrea) y mapas antiguos de diversas épocas y tamaños. Al lado de una chimenea gigantesca había estanterías con más souvenirs de sitios remotos, junto a antiguos libros manuscritos con tapas forradas en piel de oveja, libros de horas con sus breviarios y también ejemplares de los primeros textos hechos en imprenta. En una estantería separada y más ancha que las demás había brújulas, taxímetros, compases, sextantes y otros instrumentos náuticos que, según nos enteramos después, habían sido empleados por los ancestros de la familia condal.

Una hora y media más tarde, cuando ya parecía imposible comer otro de los canapés que los sirvientes nos ofrecían en bandejitas o escuchar una explicación más sobre las máscaras africanas de boca de los etíopes, apareció la *Contessa*. Llevaba un vestido amarillo hasta los talones y como única alhaja un collar de perlas cultivadas en los mares de Filipinas del tamaño de uvas enormes. En los brazos sostenía un perro pequeño, negro y lampiño, que presentó como Sansón. No hizo falta más que un destello de su sonrisa para que todos disculpáramos su demora (al menos yo sé que la disculpé, que consentí su tardanza del mismo modo que más tarde consentiría otras cosas). La *Contessa* se dirigió a cada uno con la maestría de un diplomático, pasando del italiano al inglés o al español siempre que hiciera falta. ¿Etiopía? ¡Qué guapo el emperador Rasta Fari! En la cena que compartimos en Ginebra dejó a todas las mujeres prendadas. ¿Medellín? Me hago traer el café La Bastilla en sacos desde Colombia, no he bebido en mi vida un café más sabroso. ¿Ciudad del Cabo? Lo que daría por ver otro atardecer en Buena Esperanza. Y así siguió hablando con Vicente del desierto de Sonora, con Pedro y Martín sobre paseos en lancha por el Tigre y la fastuosa *fattoria* en la pampa húmeda que había visitado en la Argentina, pero cuando llegó mi turno pareció quedarse sin palabras. Es la primera vez que veo a un argentino que no es blanco ni tiene ojos celestes, dijo finalmente. Yo soy tehuelche, le dije. ¿Tehuelche?, dijo ella. Patagón, dije. ¿Como los de Pigafetta? Esos mismos, dije. La *Contessa* volvió a observarme, como si lo hiciera por primera vez. Vos y yo tenemos mucho que hablar, dijo, mucho que hablar.

Los diez comensales nos sentamos en una mesa en la que podían haber comido veinte o treinta, la *Contessa* en una de las cabeceras, con Sansón en un banco a su lado, y los demás a un metro de distancia el uno del otro. Media docena de sirvientes entraba y salía con fuentes de comida mientras otros montaban guardia alrededor de la mesa para asegurarse de que nuestras copas nunca estuvieran vacías o que en las bandejitas a la izquierda de nuestras copas nunca faltara una lasca de pan. Ante la duda de cuándo y cuál cubierto tomar, sobre si beber de tal o cual copa, nuestros movimientos iban detrás de los de la *Contessa* como una hilera de gansitos que imitan a la mamá gansa, lo que era sin duda aconsejable porque cuando Pedro enroscó sus tallarines con la ayuda de una cuchara, la *Contessa* lo interrumpió con un grito. ¡Así comen los napolitanos!, dijo, y procedió a mostrarle cómo enroscar tallarines en el aire con un giro elegante

del tenedor. Las entradas, el primero y el segundo plato, los postres y el café desfilaron delante de nuestras narices llenando la sala de aromas a romero, a tomates asados y caldo de gallina, a albahaca y almendras, a crema, setas y nuez moscada, a pimienta y canela. Cada tanto la *Contessa* le hacía una pregunta a Maxwell, o a Utibe o a Vicente o a cualquier otro y a sus respuestas replicaba con una risa sonora, una risa que según se la mirara podía ser de admiración o de displicencia. Y cada vez que su risa estallaba, yo la observaba y pensaba en Dalila, en María Magdalena, en Susana... Una mujer bella con una risa mordaz. Una mujer bella con una risa bella. Pero de inmediato me esforzaba para borrar esas imágenes de mi cabeza.

Recuerdo que en algún momento, tal vez antes de que sirvieran el tiramisú y la pannacotta, la conversación viró hacia las metrópolis europeas y sus colonias. Con cierta cautela los nigerianos mencionaron el Congo Belga y las iniquidades de Leopoldo II. Aparte de necio, Leopoldo tenía aliento a cebolla y muy mal sentido del humor, dijo la *Contessa*, dando a entender que su afiliación aristocrática no le restaba ecuanimidad. Después se habló mal de Francia e Indochina, no tan mal de España y América Latina (cuyo recuerdo colonial era más distante) y pésimamente de Inglaterra y Sudáfrica. Aunque no se puede negar que los bóers son gente bastante despreciable, dijo la *Contessa*, mostrando que su aristocracia sí interfería a veces con su misericordia. Y recuerdo que cuando me invitaron a participar, opté por callarme. ¿Por qué este silencio, Manuel?, me pregunté y la respuesta tuvo la claridad de un resplandor: mi colonia y mi metrópolis no figuraban en sus listas, la Patagonia y la Argentina para el resto del mundo, o para los pocos en el mundo que conocían su existencia, tenían una relación engañosamente distinta a las que se criticaban esa noche. Y recuerdo que después de beber el lemoncello me sentí irremediablemente triste, como si hubiera comprendido por primera vez que nuestra tragedia patagónica, tan parecida a las tragedias congoleñas o indochinas o de cualquier otra colonia, no se podía contar del mismo modo y acaso por incompatible se hacía más insoportable. Y entonces me dije, recuerdo claramente que me dije, si querés que el mundo oiga la historia tehuelche, Manuel, tenés que contarla de una manera distinta, de una manera copernicanamente distinta.

Después de la cena nos retiramos a los sillones que rodeaban la chimenea, cercanos al ventanal que se abría a los patios internos del palazzo. La *Contessa* se apoltronó en un sillón borravino con Sansón en el regazo, y los demás se fueron acomodando en los otros sofás mientras yo observaba por la ventana una fuente, una suerte de abrevadero con la estatua de un ángel negro que orinaba dentro de un cántaro. Manuel, escuché decir a la *Contessa*. Cuando me di vuelta vi que señalaba un asiento a su lado. Siéntate aquí, Manuel. Seguí sus órdenes y un sirviente volvió a llenar mi vasito de grappa. Celoso de su ama, Sansón me gruñó como si planeara comerme un pedazo del brazo. ¡Quietos!, gritó la *Contessa*, y ese grito, el más altivo y despótico que había escuchado en mi vida, detuvo al perro en seco. Me cuesta creer lo afortunada que soy, dijo la *Contessa*, volviendo a endulzar su voz. Sin duda es una mujer muy afortunada, dije, moviendo la

mano en un semicírculo para destacar la belleza y la abundancia que nos rodeaba. Me refiero a la fortuna de tenerte aquí esta noche, dijo la *Contessa*. No entiendo a qué se refiere, dije avergonzado. La *Contessa* dejó a Sansón en el suelo, se puso de pie y tomó de la estantería un libro muy antiguo: *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, de Antonio Pigafetta.

Pigafetta es un ancestro directo de nuestra familia, dijo. Abrió el libro y comenzó a leer. El capitán general Fernando de Magallanes había resuelto emprender un largo viaje por el océano, donde los vientos soplan con furor y las tempestades son muy fuertes. ¡Cuánta poesía!, dijo la *Contessa* y el salón, segundos antes poblado de conversaciones superpuestas, se sumió en un silencio apenas interrumpido por los ecos lejanos de los sirvientes. La *Contessa* continuó. Había decidido abrirse un camino que ningún navegante había conocido hasta entonces. ¡Familia de osados aventureros la nuestra!, volvió a acotar la *Contessa* y así siguió, saltando de página en página, hasta llegar a la descripción de los indios patagones: Apareció un hombre desnudo de estatura gigante... bailaba y cantaba... era tan alto que le llegábamos a la cintura y estaba bien proporcionado.

Esas últimas frases provocaron entre los invitados una risa incómoda, una risa motivada tal vez por la desnudez del indio o por su gigantismo (¿en relación a mi altura?) o acaso por la mirada que me lanzó la *Contessa*, una mirada de serpiente a punto de arrojarse sobre un ratón. En Fortín Mercedes, Orsini tenía una copia del libro de Pigafetta en italiano, una copia que había leído decenas de veces y de la que recordaba pasajes de memoria. En un instante pasé de avergonzado a intrépido y le pedí a la *Contessa* que me dejara continuar con la lectura. De pie y con el libro en una mano leí: Cuando el gigante estaba en la Capitanía General, en nuestra presencia se maravilló mucho e hizo señales con un dedo levantado hacia arriba, en la creencia de que habíamos llegado desde el cielo. Terminé la frase con el dedo apuntando al techo. Cuando quité la vista del libro, la mirada de serpiente de la *Contessa* se había reemplazado por la de una ratona, una ratona embelesada.

Por las calles oscuras de Turín caminamos de regreso al edificio de la Via Caboto encomiando la generosidad de la *Contessa*, alabando su linaje y su refinamiento, saboreando el placer de haber sido partícipes, al menos por unas horas, de un mundo de privilegio que ninguno había tocado de tan cerca. Todos parecían impresionados y conmovidos, admirados ante la dicha de la aristocracia, pero para mis adentros pensaba que, entre tanto lujo y dispensa, esa mujer parecía estar sola, irreparablemente sola.

Trece

Los días que siguieron desbordaron de tareas, ejercicios y labores. El padre Helmut, un bávaro de Würzburg de casi dos metros y con el cuerpo de un levantador de pesas, inició su programa anual de ejercicios calisténicos a los que decidí sumarme. De lunes a domingo, a las cinco de la mañana, un grupo de diez seminaristas —pantalones hasta las rodillas, medias que cubrían el resto de las piernas, zapatos blandos de cuero y camisetas blancas de manga larga— íbamos hasta las orillas del Po a hacer flexiones de brazos y de piernas, a dar saltos, a hacer ejercicios para fortalecer el abdomen y a trotar elevando las rodillas a la altura del pecho. A eso se añadían las clases de latín (que me presentaban una dificultad particular), los estudios de los grandes teólogos y de los grandes filósofos, las salidas a visitar familias menesterosas y las labores de limpieza y cocina que nos asignaban en el seminario. A la par de esa vorágine, las apariciones del bisonte unicornio se volvieron más asiduas, no solo de noche sino también de día. En cualquier instante en que mi mente no estuviera ocupada, la bestia se presentaba desafiante, animándome no sabía bien a qué, excitándome no sabía bien cómo, conduciéndome al desasosiego que me llevó a buscar erróneamente una solución en el confesionario. Y en esa tempestad que era mi vida, una tarde recibí una invitación de la *Contessa* para tomar el té en su palazzo.

Llegué unos minutos antes y me abrió la puerta ella misma. Qué bella estaba, con un vestido gris y unos pendientes rojos de rodocrosita. Me los trajeron de Argentina, dijo al saludarme, hacía tiempo que no me los ponía. Atravesamos otra vez el palazzo hasta el salón donde habíamos cenado. Uno de los sirvientes, un hombre bajo y fornido con rulos oscuros y piel cetrina (el único presente en el palazzo), nos llevó una bandeja con una tetera de porcelana china, dos tazas que hacían juego, una azucarera y un plato con masitas. Con qué mano tomar la tetera, qué hacer con el dedo meñique al levantar la taza, cómo masticar las masitas sin hacer ruido. Las reglas del protocolo me causaban una incomodidad que la *Contessa* se apuró en disipar. Cuéntame de la Patagonia, dijo, recostándose sobre el sillón borravino. Con un sorbo de té apuré lo que estaba masticando y hablé de las vastas mesetas, de los enormes cañadones amarillos y anaranjados, le hablé del viento sempiterno y de los anchos lagos y los larguísimos ríos con aguas heladas hasta que la *Contessa* levantó la mano para que me callara. Hizo sonar una campanilla y apareció el sirviente con una botella de grappa y dos vasitos. La *Contessa* se acercó al gramófono, hizo girar un disco y se volvió a reclinar en el sillón. Nada mejor que el preludio cuatro de Chopin para escuchar historias de la Patagonia, dijo, pero cuéntame de lo pequeño,

Manuel, que de lo grande que es la Patagonia ya todos hemos escuchado bastante. Bebí la grappa de un trago y le hablé de mi madre, de la casita en el bosque encantado en la estancia de los Cunningham y de Humpty Dumpty. La *Contessa* se sentó a mi lado y me apoyó la mano en el hombro. Sigue contando, me dijo. Me serví más grappa y le conté de Ayzo y de cómo cabalgábamos en la ribera del río Chubut, le conté de los ñandúes machos que cuidaban a sus charitos... La *Contessa* me acarició el pelo. Sigue contando, ordenó. Me serví más grappa y, al compás de esa música que más que enmarcar historias patagónicas parecía desatar los más bajos instintos, seguí hablando del arroyo Lechuza, de las pinturas rupestres, de la conversación con Circacho, hasta que la *Contessa* me tomó de la mano y me condujo a una recámara. Era más grande que cualquier recámara que hubiera visto y tenía una cama con pilares en tirabuzón y un techo del que colgaban cortinas azules. Detrás de esas cortinas azules, en esa semipenumbra en la que apenas nos veíamos, la *Contessa* me condujo por laberintos carnales con los que nunca había soñado, mientras yo la seguía torpemente, cautivo entre un deseo ingobernable y una culpa imposible de asumir. En un momento me quedé dormido. Cuando desperté, había caído la tarde y estaba desnudo. Al lado de la cama montaba guardia el sirviente fornido con mi ropa colgando del antebrazo. ¿Dónde está la *Contessa*?, pregunté. La Señora *Contessa* se ha retirado, dijo. El sirviente dejó mi ropa sobre la cama y se dio vuelta. Cuando esté pronto, dijo, lo acompaño hasta la puerta.

Esa noche, en vez del bisonte, soñé con mujeres sin ropas en cuartos desvencijados, mujeres de pieles oscuras que gemían, tal vez de dolor o tal vez de placer, mujeres que extendían las manos y movían los dedos invitándome a que me acercara. También soñé con niños pequeños, niños desnudos que lloraban o reían. Me desperté con un sobresalto mayor que cuando se me aparecía la bestia unicornia, mi corazón retumbaba como el gong japonés de la *Contessa* y me prometí que nunca más volvería a ese palazzo, promesa que incumplí cada vez que la *Contessa* volvió a mandarme una invitación.

Las visitas reiteradas al palazzo no causaron sospecha en el seminario. A esas alturas, quien más, quien menos, todo el mundo tenía alguna razón para salir, solo o acompañado, a atender obligaciones allende los muros salesianos. Con la *Contessa* repetíamos la escena del té y las masitas, los vasitos de grappa y mis historias de la Patagonia al compás de Chopin hasta que más tarde despertaba en esa misma cama con el sirviente fornido a un costado y mi ropa colgando de su brazo. Y a pesar de que estaba desnudo, hacía un esfuerzo para no pensar que estaba desnudo. Y aunque tenía recuerdos de lo que había sucedido en esa cama, intentaba pensar que no tenía ningún recuerdo.

Un día de abril del año siguiente, después de casi un mes sin saber nada de ella, recibí muy temprano una invitación de la *Contessa* para ir a verla esa misma mañana. Volvió a recibirme en la puerta, pero en vez de sus exquisitos vestidos de usanza, llevaba pantalones grises y una blusa negra, ropa que uno podía llamar de entrecasa, aunque en una *Contessa* eso tiene un significado

relativo. La noté exaltada, por las escalinatas de mármol y los pisos de madera sus pasos eran más cortos y más rápidos. Me dijo que quería mostrarme algo. En realidad dijo: hay algo que tienes que ver con tus propios ojos, Manuel, con tus propios ojos. Yo la seguí (como lo había hecho otras veces), pero esa mañana, acaso por la hora temprana, o por esa propuesta de *ver* algo, el temor y la culpa, sumado a algo de vergüenza, se convirtieron en una borrasca de emociones incontrolable. Cuando llegamos a la estancia donde siempre nos reuníamos, el cuerpo me temblaba. La *Contessa* me preguntó si me sentía mal y le dije que no, que era solo una zozobra pasajera, nada que el aire primaveral turinés no pudiera calmar. Mejor abrimos la ventana, dijo y llamó al sirviente con una campanilla. Tal vez haga aún demasiado frío para abrir la ventana, dije, no me lo perdonaría si la *Contessa* se enfermara por mi culpa. La *Contessa* sonrió con una sonrisa confusa y cuando se apersonó el sirviente, en vez de mencionar la ventana le ordenó que trajera brandy. Son la diez de la mañana, dije. La mejor hora para un brandy de Jerez, dijo la *Contessa*. Con la copa en la mano, indicó una puerta que hasta el momento no había notado, una puerta de baja estatura que se ocultaba detrás de una estantería. Lo que te quiero mostrar está ahí, dijo, y me ordenó seguirla.

Entramos en una especie de despacho sin ventanas atiborrado de objetos catalogados y dispuestos con una escrupulosidad militar. Había mapas y óleos enrollados, vasijas que parecían mayas o aztecas, cabezas de estatuas que podrían haber sido de Indonesia, un bloque de mármol con escritura cuneiforme, monedas de cobre griegas o romanas y otras cosas que ya no recuerdo. Cada objeto tenía una etiqueta de papel atada con un hilo blanco. En el centro del despacho había una mesa donde la *Contessa* desenrolló un delgado cuero con un mapa dibujado. Me lo trajo anoche un hombre de Ankara, dijo. Me piden una pequeña fortuna, pero estoy tentada a comprarlo y quiero escuchar tu opinión. El mapa era de América del Sur e incluía un pedazo de África occidental. El cuero es de gacela, dijo la *Contessa*, pero lo singular no es eso, lo que le da un valor incalculable a este mapa es que fue hecho en 1513 y muestra la Patagonia, con una precisión sorprendente, siete años antes de que Magallanes regresara a Sevilla con noticias sobre la vuelta al mundo. ¡Siete años antes de que Pigafetta conociera a los indios patagones!

El mapa había sido hecho por el cartógrafo turco Piri Reis. El año de factura, 1513, estaba escrito en el mapa y había sido fehacientemente corroborado, o al menos eso aseguró la *Contessa*, lo que indicaba que Reis había usado fuentes distintas a las europeas, fuentes que provenían tal vez de civilizaciones marítimas antiquísimas. Y mientras la *Contessa* seguía enumerando las razones que justificaban dilapidar parte de su fortuna condal para hacerse con el mapa, yo solo tenía ojos para una de las ilustraciones con las que el cartógrafo, o los ayudantes del cartógrafo, lo habían decorado. Además de las cuatro o cinco esferas que disparaban rayos como soles, el mapa estaba adornado con carabelas y bergantines dibujados sobre el océano, con un árabe en turbante, un negro con corona, un avestruz y un elefante sobre el continente africano. Sobre Sudamérica había loros, una pareja de monos que bailaba, un antílope de dos cuernos y

también la imagen que absorbía toda mi atención: un animal de un solo cuerno, un animal muy parecido al re'em que había descrito Siccardi, una mezcla de caballo con buey no muy diferente a la pintura del bisonte del arroyo Lechuza, un animal unicornio que bien podría ser el que mencionaba la Biblia.

La zozobra se transformó en un temblor, un temblor extraño que me convulsionaba el cuerpo sin que me moviera. La voz de la *Contessa* se volvió apenas audible. Las vasijas aztecas, las cabezas indonesias y las monedas romanas se convirtieron en una nebulosa. ¿Me estás escuchando, Manuel?, dijo la *Contessa*. No recuerdo cuánto tiempo pasé con los ojos clavados en el mapa, deslumbrado por ese unicornio, inconsciente de lo que sucedía alrededor. ¡Manuel!, dijo la *Contessa* y me sacudió del brazo. Cuando recobré el sentido, me costaba respirar. Necesito tomar aire, dije. Pero te estoy hablando, dijo la *Contessa*. No puedo respirar bien acá, dije. No me estás escuchando, Manuel, no estás prestando atención a lo que te estoy preguntando, insistió la *Contessa*. Caminé hacia la puerta y entonces escuché el grito. ¡Quieto, Manuel!, con la misma voz despótica con la que le había gritado a su perro. Me volvió a bajar otro escalofrío por la espalda y solo puede pensar en irme lo antes posible. Atravesé la telaraña de salones y escaleras de mármol, atravesé pasillos que nunca había visto y otros que tal vez sí recordaba hasta que finalmente di con una puerta que abría a las calles de Turín y de allí seguí hasta las orillas del Po. Me quité la camisa, el pantalón, los zapatos y las medias, los até firmes con el cinturón y me lancé a correr por la vera del río. Cualquiera hubiera dicho que el Demonio se había apoderado de mi cuerpo y si alguien me hubiera preguntado de qué me escapaba o hacia dónde me escapaba no habría tenido respuestas. Pero de lo que estaba seguro, categóricamente seguro, era de que mi exaltación no era demente, sino todo lo contrario, mi exaltación era eléctrica, eléctrica y diáfana, una de las más diáfanas de mi vida.

Con las piernas agotadas y los pies adoloridos de clavarse piedras y espinas, me quité los calzoncillos y me sumergí en el Po. Había corrido hasta las afueras de Turín y mis únicas compañías eran una vaca plumiza que pastaba inalterada en la otra orilla, una pareja de mirlos negros con picos anaranjados que se perseguían bajo el influjo de la primavera, y los Alpes, los verdes y majestuosos Alpes que nos enmarcaban como un óleo de Camillo Cabutti. Dentro del agua me acordé de Ayzó en el río Chubut, me acordé de mi madre y de Circacho, me acordé de las fotos de los indios que iban a Saint Louis y de algún modo sentí que ese baño era un baño bautismal. Me sequé al sol y me senté debajo de un árbol a repasar la locura de esa última hora.

Mi gran teoría sobre el pueblo tehuelche estaba pergeñada desde hacía tiempo. La pintura rupestre del bisonte, las menciones de la Biblia al unicornio, las historias de Siccardi y las del rabino apuntaban en esa dirección, pero faltaba un elemento, como las llagas que necesitó tocar Santo Tomás, para permitirme creerla. Y ese elemento era el dibujo del animal con un cuerno que acababa de ver en el mapa de Piri Reis, la prueba de que alguien, incluso antes de la llegada de Magallanes, había visto ese animal unicornio camino hacia el sur del continente. Enmarcado

por esas montañas sublimes, tracé el primer bosquejo, un bosquejo que necesitaba algunas pruebas más, que aún dejaba preguntas sin responder, pero un bosquejo al fin y al cabo de mi Gran Teoría: los tehuelches eran el pueblo elegido por Dios para cuidar del unicornio bíblico. En ese primer esbozo imaginé a los tehuelches como una tribu de Asia Menor, o de un sitio cercano a Asia Menor, escogida por Jehová no solo por su superioridad física, también por su sentido de justicia, su resistencia y su fuerza descomunal para proteger al bisonte unicornio, a ese animal sagrado, ese símbolo de fuerza y de armonía. Siguiendo el designio divino los tehuelches se habrían embarcado en el periplo de atravesar la Asia completa, sus llanuras, sus cordilleras, sus ríos y sus tundras, hasta llegar al estrecho de Bering, cruzar por el hielo al continente americano y seguir bajando hacia el último confín del planeta, a esa tierra sin mal, a la Patagonia agreste y desolada, al mejor lugar en el mundo para proteger a un unicornio, o a cualquier otra cosa si vamos al caso, de la malicia, de la crueldad y de la execración, de las garras de ese león dorado que aparecía en el libro del rabino.

Regresé a la Via Caboto de noche y me vi obligado a mentir. Conté que una pandilla de malvivientes me había querido robar lo poco que llevaba conmigo (en realidad no llevaba nada), conté que había corrido para perderlos de vista hasta extraviarme y que una familia campesina, gente tan generosa, tan dispuesta a ayudar, me había dado cobijo y guiado parte del camino de regreso. Pobre Manuel, dijeron todos, qué suerte que te encuentres bien, y con la mirada baja cené y me fui a dormir temprano. A partir de ese momento la bestia no volvió a aparecer en sueños ni tampoco en la vigilia. La *Contessa* tampoco volvió a mandarme invitaciones, ni yo intenté contactarla. Cada vez que pensaba en ella, el grito de *¡quieto!* me volvía a dar el mismo escalofrío. Desconozco si compró el mapa de Piri Reis, aunque todo indicaría lo contrario pues ese mapa apareció cuatro años más tarde en el palacio de Topkapi de Estambul, causando una controversia entre geógrafos e historiadores que hasta hoy, cuarenta años después, no se ha dirimido por completo.

Catorce

Mi Gran Teoría tenía algunas incógnitas (en realidad estaba plagada de incógnitas). ¿Cuánto tiempo les había llevado a los tehuelches el viaje desde Asia Menor hasta la Patagonia? ¿Habían marchado incesantemente o habían establecido residencias prolongadas a lo largo del camino? ¿Por qué Dios había decidido proteger ese animal en particular y no otros? ¿Se trataba de una manada de bisontes machos y hembras que nacían, se reproducían y morían, o era una única bestia, una bestia inmortal mas no invencible, y por eso necesitaba del cuidado de la tribu? Y la más inquietante de todas: ¿cuál era el estado actual de ese animal? ¿Habían muerto todos o acaso el último de ellos seguía con vida, oculto en algún cañadón de la meseta? Los interrogantes bruñían en mi mente como una horda de cotorras, una horda que por momentos sonaba más fuerte que cualquiera de mis certezas, y a fin de aplacar ese alboroto, de darle claridad a ese aturdimiento, decidí que mi teoría necesitaba de un mayor sustento científico.

Con el beneplácito de mi tutor académico me inscribí en la Università degli Studi di Torino, una de las más antiguas y prestigiosas de Europa, para tomar una clase de arqueología, una de sánscrito (y así iniciarme en la filología) y una de antropología, una disciplina novedosa dictada por un discípulo del gran Marcel Mauss, el antropólogo y sociólogo francés que acababa de publicar *Essai sur le don*, un estudio que contraponía al utilitarismo inglés la idea de reciprocidad entre los pueblos. Los edificios de la universidad tenían un lujo similar al palazzo de la *Contessa*: patios de adoquines con arcos abovedados, techos altísimos, bancos y pupitres de las maderas más finas. Y en esos patios y en esas aulas leí, entre otras cosas, el ensayo de Mauss que hablaba de los kula de las islas Trobriand y de cómo mediante el intercambio de objetos ese pueblo fortalecía sus relaciones, leí que entre ellos existía una obligación de dar, de recibir y de corresponderse y eso generaba no solo riquezas y alianzas, sino también un profundo sentido de fraternidad. Y entonces recordé *At home with the Patagonians*, donde Muster contaba los encuentros de los tehuelches con los mapuches y con los manzaneros, las ceremonias de ofrenda y recepción de regalos, prácticas casi idénticas a las descritas por Mauss, que mostraban un tejido social entre los pueblos patagónicos mucho más sofisticado y humano que la brutalidad *utilitaria* que impusieran luego los invasores argentinos.

Después de meses de estudios edificantes en la universidad, de días sosegados en el seminario, cuando mi vida se asemejaba a una goleta que cruza mares de buenos designios, un golpe artero, como el chicotazo de una rama baja que tira al suelo al jinete distraído, me devolvió a la realidad. Una mañana me citaron al despacho del abogado de la congregación. ¿Qué motivo podía tener

un letrado eclesiástico para hablar conmigo? Al subir las escaleras un leve mareo me hizo tomar de la barandilla. El abogado era un hombre joven con corbata azul y mirada esquiva, que me recibió en compañía de un amanuense en un despacho del quinto piso del seminario. Me hicieron sentar. ¿Desea tomar algo? Un té, dije. Un té, enseguida se lo traen, dijo el abogado. El amanuense salió de la habitación y nos quedamos solos. Mientras yo observaba los grandes volúmenes de jurisprudencia, los diplomas enmarcados en la pared, una mosquita que revoloteaba sobre el crisantemo blanco a medio marchitar en un florero, el abogado tamborileaba los dedos contra el escritorio al ritmo de algo que sonaba a un aria de Verdi. El amanuense trajo el té en una bandeja de madera sobria, como todos los utensilios salesianos. ¿Azúcar? No, gracias, dije. Tomé la taza. El abogado se aclaró la garganta. Ha llegado el momento, hermano Palacios, de dar inicio a la petición de la dispensa papal. ¿Dispensa papal?, dije. La dispensa que debe otorgarle Su Santidad por ser mestizo. ¿Dispensarme por ser mestizo? El abogado repitió la frase y entrecruzó los dedos.

El requisito de que me informaban no era nuevo (tenía cuatro siglos), o sea que los salesianos de Buenos Aires, al menos los que habían alentado mi viaje a Turín, lo desconocían o prefirieron que me lo comunicara otro. A partir del siglo XVI en las colonias de América se habían instaurado dispensas papales para permitir que se ordenaran sacerdotes los hombres nacidos de relaciones *sine nuptiis*, en las que uno de los padres (normalmente la madre) era un *salvaje* no bautizado, pues como mestizos carecían del derecho a ser miembros de la Iglesia (en realidad carecían de casi todos los derechos). El abogado volvió a aclararse la garganta y me explicó que la competencia para otorgar la dispensa pertenecía al Romano Pontífice, pero se podía iniciar el proceso con un escrito ante un prelado turinés. No estoy muy familiarizado con este tipo de casos, dijo, pero querría suponer que la aprobación, siempre que el pedido esté bien sustentado, no debería ser un problema.

Al borde estuve de estrellar la bandeja contra los diplomas. Ganas tuve de convertirme en la mosquita y desaparecer dentro del crisantemo. Quise gritar, o acaso lo que quería era llorar y no me atrevía a admitirlo. Giré la cabeza y vi mi reflejo en la ventana —la cara asustada, los ojos encendidos— y me pregunté qué camino debía tomar ante esta encrucijada. Entonces mi reflejo movió los labios por su cuenta, como si se desdoblara, y me dijo: Manuel, el camino más probo no es siempre el más sencillo. En realidad, lo que mi reflejo me dijo fue que zanjara esa afrenta ahí mismo, que enmendara esa humillación ahí mismo, que me enfrentara a la Iglesia ahí mismo o de lo contrario me olvidara de ser sacerdote. ¿Es posible obviar al prelado turinés?, dije. ¿A qué se refiere?, dijo el abogado y le pidió al amanuense que abriera la ventana. ¿Es posible presentar la solicitud directamente al Romano Pontífice?, dije. El procedimiento para cualquier dispensa comienza siempre con el prelado local, dijo el abogado. ¿Pero es posible obviar ese paso?, insistí. Supongo que es posible, dijo el abogado, aflojándose el nudo de la corbata. ¿Es posible obviar ese paso?, le preguntó al amanuense. El amanuense consultó un libro con tapas

rojas que estaba sobre el escritorio. Sí, es posible obviar al prelado, confirmó, pero en ese caso deberá enviar el pedido usted mismo al Vaticano. ¿Está seguro de que quiere tomar esa vía?, dijo el abogado. Lo que quiero es presentar el pedido en mano al Sumo Pontífice, dije. ¿En mano, al Sumo Pontífice?, dijo el abogado. En mano, dije. Eso sería en extremo heterodoxo, dijo el amanuense. No hay garantía de que Su Santidad lo vaya a recibir en persona, dijo el abogado. Y de no conseguir la audiencia, se podría demorar su ordenación como sacerdote, dijo el amanuense. No me importan las consecuencias, dije y ahí terminamos esa primera conversación. Era la hora del almuerzo. Camino al comedor se disipó la furia, se extinguió el valor que me había llevado a pedir la audiencia y una vez sentado en la mesa entre los otros seminaristas lo que quedó fue la pena, la pena honda de ser mestizo, de tener que disculparme ante el Papa por chuchó, por *mongrel*, y me sentí otra vez tan desdichado como en el internado de Rawson: el más distinto entre los distintos.

Las semanas que siguieron estuvieron marcadas por la espera de la contestación papal, una espera que me sumergía en un mar de odios y de dudas, que me hacía cuestionar hasta el bosquejo mismo de mi Gran Teoría. Pero cuando la angustia amenazaba superar los límites de mi resistencia, el profesor de arqueología anunció que la universidad recibiría la visita de un científico ruso, un erudito que venía de Moscú para dictar una conferencia sobre paleontología, una conferencia que me ayudaría a hacer a un lado la respuesta papal por un tiempo.

El nombre del conferencista era Grisha Vyrypayev. Tenía cabellera negra y barba larga. El traje y la corbata al estilo occidental resaltaban cuán oriental era, una suerte de cosaco ilustrado, un hombre capaz de combinar los últimos avances científicos con sapiencias tan arcanas como la Rusia misma. Sus manos trazaban círculos en el aire mientras describía glaciaciones, grandes diluvios y enormes animales extintos. Su voz cavernosa hipnotizaba al público. ¡Oh, el mamut!, exclamaba. ¡Oh, el tigre de dientes de sable! Las mujeres temblaban al oírlo, difícil decir si por temor a esas bestias gigantescas o porque su voz las perturbaba de maneras más escandalosas. Después de casi dos horas de mantener al público en vilo, anunció que terminaría hablando del animal más enigmático de todos, del animal que más leyendas había engendrado y que también guardaba uno de los mayores misterios de la paleontología.

A principios de 1878, dijo el ruso, en una red de pescadores del Volga apareció un cráneo de un metro de longitud. El cráneo tenía una protuberancia en el ceño que atestiguaba la existencia previa de un cuerno que, a juzgar por el tamaño de las cavidades dejadas por los vasos sanguíneos, poseía dimensiones enormes. (¡Enormes!, repitió con los brazos en el aire). El descubrimiento de ese cráneo se publicó en la revista *Nature*, en agosto de ese mismo año, y confirmó otros hallazgos parciales, de dientes y pedazos de mandíbulas, que habían intrigado a científicos desde principios del siglo XIX y apuntaban a la existencia de un animal con un solo cuerno, una especie de búfalo unicornio. Desde que oí hablar de él, su singular anatomía me resultó fascinante. Pero a medida que estudié las crónicas y las leyendas que lo mencionaban

descubrí algo mucho más sorprendente: a diferencia de cualquier otra especie, este animal parecía estar en un desplazamiento constante a través de la historia. Aparece primero mencionado en la Torá y en la Biblia, por lo que suponemos que habitaba en Oriente Medio hace varios milenios. En el siglo X antes de Cristo, el historiador griego Ctesias describe un animal similar al regresar de sus viajes por India, pero a partir de entonces en esa región ya no hay menciones a esa bestia. En China se encontraron tallas de madera y piedra con forma similar a la de este unicornio, tallas que por su estilo datan del siglo II *después* de Cristo, pero no existen otras tallas anteriores ni posteriores de ese animal. Si esa cronología indicaba una marcha hacia el extremo noreste de Asia, la pregunta era: ¿cuán lejos había llegado? Hace unos años recibí noticias de que en la mitología de los evenks, un pueblo nómada de la Siberia cercana a Alaska, había un buey de gran tamaño con un solo cuerno. Viajé hasta la tundra a investigarlo. Los evenks, como muchos de nuestros sufridos pueblos de la Siberia, son gente callada, desconfiada de los forasteros, por lo que tuve que pasar con ellos varios días, participar del armado y desarmado de sus campamentos, de sus largas caminatas, incluso sumarme a la cacería de renos para ganarme su confianza, hasta que una noche alrededor de unos de esos fuegos que encienden dentro de las carpas escuché a un anciano cantar una canción, una canción que hablaba de que siglos atrás en su tierra vivía un temible buey de tamaño gigantesco y con un solo cuerno en el medio de la frente. Tan largo era el cuerno que hacía falta un trineo, *un trineo entero solo para transportar el cuerno*. De ese modo comprobé que este búfalo unicornio había cruzado la Asia completa, desde Israel hasta el estrecho de Bering. Pero a partir de allí desaparece en un halo de misterio. ¿Continuó su viaje hacia algún otro sitio o se extinguió en la punta noreste de Asia bajo las flechas de los cazadores? Prometo, querido público, que no cesaré de investigar hasta encontrar la respuesta.

El auditorio estalló en un aplauso, las mujeres dejaron de temblar y los hombres vitorearon al ruso como si fuera un cantante de ópera. Yo solo podía pensar en los ancestros de los tehuelches, en esa ruta que les había imaginado y que el erudito acababa de confirmar. Tenía que hablar con él, tenía que decirle que conocía la continuación americana de la historia de ese búfalo, de ese bisonte unicornio. Pero en pocos segundos el ruso quedó encerrado en un círculo de entusiastas y por más que me apresuré hacia el podio y peleé para abrirme paso entre la multitud, cuando me faltaban un par de metros para llegar a él, una de las autoridades de la universidad se lo llevó del brazo con la excusa de un banquete en la embajada rusa. En la universidad me informaron al día siguiente que el ruso había partido temprano para Francia. Me dieron la dirección de una universidad moscovita adonde podía escribirle, pero me advirtieron que estaría varios meses de gira porque después de Francia planeaba ir a los Estados Unidos de América.

La conferencia del ruso me llenó de nuevos bríos. En la biblioteca de la universidad encontré el ejemplar de la revista *Nature* que hablaba del cráneo en la red de los pescadores del Volga. El artículo se titulaba *The Elasmotherium* (infausto nombre para tan excelsa creatura) y había sido

publicado en agosto de 1878, lo que confirmaba lo dicho por el ruso. También encontré el libro *Indika*, de Ctesias, que mencionaba *asnos salvajes con un cuerno de un codo y medio de largo*, y en una Encyclopaedia Britannica di con la fotografía de una talla china de un bóvido con un solo cuerno. Aunque no logré encontrar documentos sobre la mitología evenk, tenía suficiente para escribir una hipótesis científica para mi teoría que, con la pintura rupestre del arroyo Lechuza y la ilustración en el mapa de Piri Reis, completara la historia del ruso. Y con ese entusiasmo estaba en mi cuarto, papeles desparramados sobre mi mesa de estudio, mordiendo el lápiz mientras pensaba en la mejor manera de conectar los datos asiáticos con los americanos, cuando golpearon a la puerta para avisarme que el abogado necesitaba hablar conmigo.

Quince

El abogado estaba solo. Me ofreció un té. Le acepté una taza solo para acompañarlo. Su Santidad le ha concedido la entrevista, dijo. ¡Una bendición del cielo!, exclamé. ¿Usted entiende que el Sumo Pontífice es un hombre muy ocupado? Lo entiendo claramente, dije. ¿Está seguro de que lo entiende?, preguntó el abogado. Estoy seguro, el Sumo Pontífice está lleno de responsabilidades, de exigencias, sus días deben parecer muy largos. No es solo eso, dijo el abogado, el Sumo Pontífice recibe diariamente a gente muy importante, gente que le insume mucho tiempo, la entrevista con usted durará unos pocos minutos. Estuve a punto de cuestionar el uso de la palabra *importante*, pero me quedé callado porque quería saber hacia dónde se dirigía. Su pedido *debe* ser leído antes por uno de sus secretarios, apostilló el abogado. ¿Uno de sus secretarios? La decisión de otorgarle la dispensa deber ser tomada de antemano, dijo, no es algo que el Sumo Pontífice quiera dirimir allí mismo. ¿Uno de sus secretarios?, repetí. Tengo entendido que los llaman *actuarios*, pero para el caso es lo mismo. ¿Cuándo debo enviarla?, pregunté mordiéndome la rabia. Antes del viernes, dijo el abogado y me entregó una hoja manuscrita. El amanuense había copiado la solicitud de dispensa que un peruano mestizo, también salesiano, había presentado quince años atrás. Nos gustaría que la utilizara de ejemplo y me dejara revisar su versión antes de enviarla, dijo el abogado. Se sirvió otra taza de té. Espero que entienda, hermano Palacios, no somos nosotros los que pedimos la dispensa. Son ellos.

Los días que me llevó escribir la petición los pasé sumido en la humillación y la furia, y a esa humillación y a esa furia se contraponía el orgullo, por momentos desmedido, en otros insignificante, de haber demostrado (o estar a punto de demostrar) que mi gente, y por ende yo, descendíamos de un Pueblo Elegido. Era como acariciar una pequeña cicatriz dentro de una gran llaga, y ese vendaval de emociones mantenía mi pluma tan seca como el arbusto más marchito de la meseta. En las pocas horas libres que me dejaban la universidad y el seminario, caminaba hasta algún bar alejado, pedía un *espresso*, tan negro y tan cargado como mi propia vida, y apoyaba sobre la mesa el cuaderno, el lápiz y la carta del mestizo peruano (hedionda de sumisión y reverencia), pero en vez de escribir, mi mirada se perdía en los transeúntes, en las familias con sus niños vestidos de domingo (aunque no fuera domingo), en las madres vestidas como la *Contessa* (aunque nada tuvieran de *Contessa*) y en los hombres con sus ternos y sus sombreros haciendo juego. La felicidad es como un escaparate, pensaba, el escaparate de una tienda a la que no tengo permitido entrar.

A poco de ahogarme en las peligrosas aguas del desánimo, una mañana en que el sol turinés

calentaba más que de costumbre, en que la brisa fresca del inicio del día me reconciliaba con la vida, tuve una revelación, un golpe de lucidez, y comprendí que la única manera de redactar mi pedido de dispensa era transitar el mismo camino que en la entrevista de fe, pero redoblando la apuesta. En uno de esos cafés a orillas del Po, con la mente algo nublada por los *espressi* y los *amaretti*, redacté un borrador. Como futuro sacerdote salesiano, escribí, como futuro versado en las ciencias de la arqueología, de la antropología y de la filología, como profundo conocedor del idioma y de las costumbres tehuelches (aunque en eso exageraba) ofrezco a la Santa Iglesia mi condición de mestizo como un don, un don que me convierte en apto mensajero del Señor para propalar su Verbo entre todos los feligreses, entre blancos e indígenas, pero en particular entre los indígenas, entre esos descartados, entre esas almas maltratadas por el mundo. Ser mestizo, escribí, es un privilegio que Dios me ha otorgado para cumplir una misión, misión por la que estoy dispuesto a ofrecer hasta mi último aliento, hasta mi última gota de sangre.

Este pedido de dispensa no es un pedido de dispensa, dijo el abogado. Más bien es todo lo contrario, dijo el amanuense. Es improbable que el Sumo Pontífice acepte estos términos, dijo el abogado. Lo que ha escrito puede resultar en extremo heterodoxo en el Vaticano, dijo el amanuense. Tuve dudas, reconozco que por momentos dudas tenebrosas me helaron la espina dorsal, pero era demasiado tarde para echarme atrás. Dejemos que eso lo juzgue Su Santidad o sus actuarios, dije y me despedí amablemente del abogado y de su amanuense. En el tren nocturno a Roma, acunado por el traqueteo del vagón, soñé que caminaba por el lecho de un lago seco, uno de esos lagos de la meseta con suelos arcillosos que al secarse se agrietan y se separan en trozos encastrados como rompecabezas. Solo que allí los trozos estaban suspendidos en el aire sobre un precipicio que no parecía tener fondo y se sacudían como en un terremoto (tan comunes en Italia, tan raros en la meseta).

Me alojé en una pensión humilde del Trastevere, a metros del Ponte Sisto, donde solían quedarse los salesianos rasos cuando venían a realizar trámites a la capital. Un paseo por Roma parecía ideal para recuperar un poco de la dicha y del entusiasmo derrochados en la dispensa papal. Caminé por la orilla del Tíber hasta el Ponte Cavour y de allí hasta la Piazza di Spagna. Trepé los escalones y paseé por los jardines de la Villa Borghese, tan frondosos, tan bien cuidados. Bajé hasta la Piazza del Popolo, desolada y triste. Volví a caminar por el Tíber de regreso al Ponte Umberto I y de allí me interné de nuevo en la ciudad. En la Piazza Navona, la más bella de todas las plazas de Italia, volví a sentirme afligido y me senté a tomar un café. Su Santidad Pío XI es un hombre erudito, me dije. Su Santidad es un estudioso de la literatura y de la ciencia. También es amigo de las misiones y ha declarado públicamente que su deseo es impulsar la labor misionera en todo el mundo. Pío XI no solo aceptará el pedido de dispensa (eso era lo que menos me preocupaba), también tendrá un gesto que enmendará la afrenta, me dije. Terminé el café con el optimismo a media asta y regresé a la pensión a paso lento para observar los detalles de ese museo viviente de la cristiandad y del occidentalismo que es la ciudad de

Roma.

La entrevista con el Sumo Pontífice era a las nueve y cuarto de la mañana siguiente. A las ocho llegué al Vaticano. ¿Me dejé impresionar por la imponente columnata de Bernini, por la majestuosa Basílica de San Pedro? ¿Me rendí ante el descomunal tamaño de la arquitectura, ante la exhibición de riqueza? ¿Me amilané ante el despliegue de poder? Por supuesto. Cuando llegué al encuentro con Su Santidad, me sentía como un pichón de alondra mojado por las lluvias de abril. Pío XI estaba sentado en una silla de madera que entre tanta opulencia parecía humilde. Miraba hacia la ventana con la expresión distante, o tal vez estaba cansado, como si ya hubiera recibido suficiente gente ese día, o acaso no estaba cansado, sino redactando en su mente la próxima encíclica o imaginando un paseo por el bosque. De cualquier manera parecía distante, inaccesible, y eso me puso incómodo. Pero cuando giró la cabeza vi su cara redonda, las gafas redondas, ese lunar redondo que le asomaba en el costado izquierdo de la boca, y esas facciones le dieron un aire de hombre clemente. Me arrodillé y le besé el anillo y le dije que venía a dispensarme. El Sumo Pontífice me miró extrañado y de reojo consultó a uno de sus actuarios. El actuario hizo un gesto que no entendí, podía haberle recordado la razón de mi visita o podía haberle dicho que estaba tan confundido como él. Hojeó unos papeles, tomó uno y se lo alcanzó al Papa. Pío XI se limpió las gafas con un pañuelo y leyó en silencio levantando las cejas y frunciendo el ceño. Por fin apoyó el papel sobre el regazo, acercó su cara a la mía y, echándome sobre la nariz una vaharada de café con leche y pan y manteca, habló en latín. No había nada por qué dispensarme, me dijo (o entendí que me decía con mis tenues rudimentos de latín). Yo era un hijo de Dios como cualquier otro hijo de Dios. Más que hijo de Dios, me aclaró (o pareció aclararme), yo era un soldado del Señor, un soldado que defendería a los pueblos del mundo. Después me dijo que el corazón de Dios estaba conmigo y que Su corazón también estaba conmigo y por último me entregó la hoja de papel que le había dado el actuario mientras me decía *Onmia cum deo* o algo parecido, y con eso dio por terminada la entrevista. Me volví a arrodillar. Le besé otra vez el anillo y una lágrima se deslizó por mi mejilla, una lágrima que se derramó sobre la bella piedra que lo adornaba y allí quedó hasta que uno de sus escoltas la limpió con un trapo.

Al volver a atravesar la columnata de Bernini una ráfaga me arrancó la dispensa de la mano y la llevó volando hacia el centro de la Plaza del Vaticano. La perseguí dando saltitos hasta detenerla con el zapato contra un adoquín. Le limpié la marca de la suela y respiré aliviado apretándola contra el pecho. No la había ojeado todavía, obnubilado por la magnanimidad del Papa, conmovido por sus palabras misericordiosas, no había mirado aún mi dispensa. Me protegí del viento detrás de una columna y comencé a leer con la misma emoción con que había escuchado las palabras del Sumo Pontífice. El texto, pródigo en palabras compasivas, navegó sobre el mar de absolución, surcó olas de piedad, hasta que algo lo detuvo en seco: el destinatario no era Manuel Palacios, sino Alexious Kowatenski o Kowalewski. Regresé corriendo a las

oficinas papales, pero uno de los soldados de la guardia suiza me detuvo en la puerta. Me han dado el papel equivocado, le dije. Las franjas amarillas y azules del traje y el penacho rojo flameando en el casco del guardia no se condecían con su expresión pétrea. Me dieron la dispensa equivocada, insistí. Sin torcer la mirada incommovible, el guardia me pidió que lo esperara. A la media hora regresó en compañía de otro actuario que se deshizo en disculpas y me entregó otro pedazo de papel. Gracias, le dije, y lo leí ahí mismo. La nueva dispensa estaba dirigida a Manual Palacios (lo verifiqué dos veces), pero el texto recordaba demasiado al anterior, se podría decir que era idéntico al anterior, como si mi perdón fuera igual a cualquier otro perdón, a cientos de otros perdones escritos en serie. ¿Era una mera formalidad lo que acababa de cumplir? ¿Era el resabio de una ley perimida que solo persistía porque nadie se había tomado la molestia de derogar? He pasado semanas peleando contra un fantasma, me dije, y cuando estaba a punto de caer otra vez en el desánimo recordé que los fantasmas del mal no son otra cosa que el mal mismo y que las maldades muertas se reencarnan siempre en otras más grandes y más temibles. La pelea, o lo que hubiera sido, había valido la pena. Plegué el papel en dos, lo guardé en el bolsillo y declaré la batalla dirimida.

Crucé el puente Amadeo Savoia y volví a perderme en la ciudad. Mi mente volvía a tener espacio para admirar las fachadas amarillas y anaranjadas de los edificios, los picaportes labrados de los portales, las balaustradas de los balcones, mi corazón se volvía abrir al canturreo de las aves que surcaban los cielos de Roma, al olor de los pinos que bordeaban el Tíber. No recuerdo cuánto tiempo caminé, pero en algún momento un aroma a castañas asadas me condujo hasta el Campo dei Fiori. Compré un cono de cartón repleto de castañas calientes y me detuve a masticarlas, perezosamente, con los ojos cerrados para sentirlas desmenuzarse en mi boca. Cuando iba por la vigésima o la trigésima, unos brazos fuertes me tomaron de sopetón desde atrás, me elevaron unos centímetros del suelo y por poco me asfixian. El cono cayó al suelo y las últimas castañas se perdieron entre las hendidias de los adoquines. Cuando me liberé y logré darme vuelta, me topé con la cara de Ricardo Orsini.

Dieciséis

¿De qué diablos te vienes escapando a Roma?, dijo el siciliano con su catarata de energía intacta. De ningún diablo, respondí con el aliento cortado, vengo de reconciliarme con la Iglesia. Orsini lanzó una de sus carcajadas de trueno. La iglesia es una puta, Emanuele, y nadie se reconcilia con una puta. O le das lo que quiere y te deja que te metas en su cama. O no le das lo que quiere y te pega una patada en el culo. El resentimiento le está nublando el buen juicio, dije. Orsini no escuchó o hizo como que no escuchaba y sin preguntarme si había almorzado, me arrastró del brazo hasta el Mar Tirreno, un restorán desangelado con paredes pintadas a la cal en una de esas callecitas que se desprendían del Campo dei Fiori.

Nos sentamos al lado de una ventana en una mesa con un mantel de cuadrillé azul y blanco. En un idioma que supuse siciliano, Orsini le pidió al mozo *vermicelli* al brócoli como primer plato, y mejillones en salsa roja y conejo con setas y papas como segundos. Las voces de los comensales eran festivas, sus gestos aparatosos, un retazo del sur de Italia en el medio de Roma, un ambiente de jolgorio que se llevaba de perlas con mi renovada alegría. Mientras la salsa verde de los *vermicelli* le chorreaba por el mentón, Orsini me contó que al regresar de Argentina pasó un tiempo en Erice viviendo de ahorros. Me dediqué al amor, Emanuele, después de tantos años de mujeres feas en la Patagonia, extrañaba a mis sicilianas como un beduino extraña una ducha después de atravesar el Sahara. ¿Se bañan a menudo los beduinos?, pregunté. No lo sé, dijo y continuó. Unos meses más tarde mi primo me consiguió un cargo de inspector de alcantarillas en Roma. No te parecerá un trabajo digno para un arqueólogo, pero lo es. ¡No te imaginas las cosas que ocultan las cloacas de Roma, Emanuele!. Prefiero no imaginarlo, dije, masticando una papa salpicada con perejil. Orsini terminó de un trago la jarra de vino y pidió otra. ¿Qué tal la vida en Turín?, me preguntó. Estupenda, le dije. Y mientras él descuartizaba el conejo y separaba valvas de mejillones, le conté de mis compañeros del seminario, de las clases de la universidad y, tomando coraje, le conté también sobre mi Gran Teoría.

¡Es un reverendo disparate!, dijo Orsini. Sabía que el seminario te iba a volver loco o maricón. O peor aún: loco y maricón. Por lo que veo loco ya estás, pero sodomita aún no te has vuelto, ¿verdad? No, dije. ¿No es verdad que no te has vuelto sodomita o *no* te has vuelto sodomita?, dijo. No soy sodomita, ni estoy loco, ni mi teoría es un disparate, dije. Sin duda es un disparate, dijo Orsini, sacándose un hueso de conejo de la boca. Solo a un loco se le puede ocurrir conectar la Biblia con una pintura rupestre o el dibujo en un mapa turco con la mitología de un pueblo siberiano.

¡Cómo me arrepentí de abrir la boca! ¡Oh, Dios mío! Cómo me arrepentí de exponer mi tierna teoría, mi teoría apenas infante, mi teoría que acababa de ver la luz del sol, a la lengua lacerante de ese siciliano desquiciado. Y además de arrepentido estaba enojado. Extraña respuesta para alguien que pensó que los jeroglíficos tehuelches lo llevarían a la Ciudad de los Césares, respondí. Yo nunca mezclé la religión con la ciencia, dijo. Pero lo más disparatado de tu teoría, Emanuele, no es tu alquimia teológico-científica, sino poner a los tehuelches, que para muchos apenas alcanzan la categoría de humanos, a la par de los israelitas y de los cristianos. Más que absurda, tu teoría es una transgresión, y las transgresiones se castigan peor que la locura.

Las frases de Orsini estuvieron a punto de atravesarme como una lanza envenenada, y si no una lanza, lo que tal vez era excesivo, como una pequeña flecha que con su punta inyecta el tósigo de la desesperanza. Pero por suerte, como la mayoría de sus pensamientos, este tampoco duró mucho. Aunque si lo pensamos mejor, continuó, existe una manera de lograr que el mundo te crea, o mejor aún, que no pueda evitar creerte. ¿Cuál es?, dije. Que encuentres a ese bisonte unicornio vivo o muerto, mucho mejor vivo por supuesto, en la meseta patagónica y lo presentes al mundo como prueba.

La idea de encontrar al bisonte se había asomado antes a mi mente, pero sin intenciones de quedarse, nunca había sido más que una de esas liebres que aparecen al costado de la ruta y se alejan dando brincos. Supongo que hasta ese momento, en la inocencia de mi juventud, había apostado todo a la esperanza de lo que mi hipótesis sugería, a la noción que plantaría en las mentes de los otros. Pero Orsini tenía razón, sin evidencia de la llegada del bisonte a la Patagonia mi teoría estaba inconclusa. *Offerens in corpore*: vivo o muerto, debía presentarle al mundo el cuerpo de la bestia. El siciliano siguió hablando y comiendo y bebiendo el vino espeso de la jarra, pero ya no lo escuchaba. Mi mente se retiró del Campo dei Fiori dejando que su voz se fundiera con las de los otros sicilianos o napolitanos o calabreses, voces que ensordecían el restaurante desde que nos sentamos y ahora servían para ahogar la voz de Orsini, mientras yo me transportaba con la mente a la meseta, caminaba por cañadones, atravesaba vegas, cruzaba ríos.

De repente es invierno y la nieve me azota la cara, pero sigo avanzando hasta ver una huella y siguiendo esa huella doy con otro indicio, acaso una rama quebrada, y entonces siento el olor, ese olor a macho cabrío que percibía cuando la bestia se aparecía en sueños, y me meto en una cueva y allí está el bisonte, que me mira con desconfianza, que bufa y raspa el suelo con las pezuñas. De a poco se calma, deja que me acerque, y le toco el cuerno, le acaricio el lomo, tengo que mostrarte al mundo, le digo, y el bisonte se vuelve manso como un lago y me deja llevarlo conmigo.

¡*Cannoli* de postre!, gritó Orsini, haciendo trizas mi ensoñación con su voz de estrépito. Por supuesto, le dije, y una parte de mí le agradeció por lanzarme en esa cruzada, mientras la otra supo en ese instante que el siciliano había hecho algo mucho más tremendo. Orsini me había contagiado su forma de pensar, había instalado uno de sus pajaritos en las ramas de mi mente, un

pajarito que con mi testarudez y mi perseverancia (cualidades de las que él adolecía) no se iba a alejar volando tan fácilmente.

Antes de despedirnos Orsini sacó del bolsillo una moneda antigua, la cara de Constantino en un lado, Rómulo y Remo mamando de la loba en el otro. La encontré en una alcantarilla, dijo. Es de oro y es muy antigua, dije. Y ahora es tuya, dijo Orsini. Vale una fortuna, dije. Por el tiempo compartido, dijo Orsini. El siciliano apoyó la moneda en mi palma y con sus manos gigantes me forzó a encerrarla con los dedos. Tomé el tren a Turín esa misma tarde. En la oscuridad de la noche, acompañado por el traqueteo monocorde del vagón, el entusiasmo de hallar al bisonte me mantuvo despierto y en esas horas de insomnio el deseo de regresar a la Patagonia se hizo insoportable.

Diecisiete

En marzo se anunció que la fecha de la ordenación sería en junio y a partir de entonces las horas se transformaron en minutos, los minutos en segundos y el tiempo no parecía alcanzar para nada. Los borradores fallidos de mi disertación de teología se amontonaban abollados en la papelería, decenas de libros para los exámenes de la universidad me esperaban impacientes sobre el escritorio, y a eso se sumaba la preparación para la ceremonia. El padre Tarabaglia, un salesiano de Trieste con una joroba del lado izquierdo que le obligaba a hablar de costado, estaba a cargo del ceremonial y nos hacía ensayar dos veces por semana cómo entrar a la iglesia, dónde sentarnos, la manera en que nos acercaríamos al altar cuando el obispo pronunciara nuestros nombres. ¿Podíamos mirar a la cara al monseñor obispo o solo le miraríamos las manos, los dedos, ese anillo dorado parecido al del Papa? ¿Le sonreiríamos o debíamos permanecer circunspectos? Los detalles eran innumerables y Tarabaglia los llevaba con las riendas cortas, como un cochero decidido a que su yunta de caballos no se le desbocara. Se ocupaba también de nuestros atuendos, de las visitas al sastre que nos cortaría el traje de lanilla negra y la camisa blanca con el cuello sacerdotal que vestiríamos por primera vez con el orgullo de un niño que estrena pantalones largos. Y ese mismo sastre más tarde nos confeccionaría la casulla de presbítero, una túnica blanca con bordados amarillos que un ser querido, normalmente un familiar, le colocaba al flamante presbítero durante la consagración. Y esa lista de seres queridos también la llevaba Tarabaglia con la precisión de un censista: la madre de Pedro venía en camino desde Argentina, la familia entera de Vicente —madre, padre, tres hermanos menores, una hermana mayor y un abuelo ciego en silla de ruedas— venía desde Guadalajara, también viajarían familiares de los seminaristas europeos e incluso de algunos africanos. El resto, aunque no había reglas estrictas, se esperaba que eligieran a alguien dentro de la congregación.

Inicialmente había pensado que Tarabaglia me invistiera, un hombre afectuoso y conocedor de las idas y vueltas del protocolo, pero en uno de los ensayos, al acercarme a hacerle una pregunta, noté que su aliento parecía emanar de las entrañas de un muerto, y no estoy hablando de un muerto reciente. El olor me torció el estómago y no quería volver a sentirlo en tan sacro momento. Entonces pensé en Helmut, el profesor de calistenia, que en las mañanas frías a orillas del Po, entre gritos y gotas de transpiración, había aprendido a temer y apreciar en intensidades similares. Pero Helmut era un hombre de pocas palabras, un hombre distante que me haría sentir demasiado solo en un momento tan sublime. Por más que repasaba la lista de los otros salesianos, incluso la de los profesores de la universidad, no encontraba a nadie que me

convenciera, y a medida que se acercaba la fecha de la ceremonia mi indecisión comenzó a irritar a Tarabaglia.

Además de los detalles visibles de la ceremonia, que desvelaban a todos por igual, a mí también me desvelaba uno invisible, un detalle oculto para todos menos para Dios. Más allá de pecadillos veniales —un poco de envidia, una pizca de enojo, tal vez un dejo de incredulidad ante los incuestionables hechos divinos—, mi conducta había sido siempre irreprochable, pero hacía un tiempo llevaba auestas un pecado que podía ser mortal. Tantas veces me desperté sobresaltado en la oscuridad de la noche, el sudor frío pasmándome el cuerpo como un mar helado. Oh, Dios. ¡Cómo deseaba quitarme ese peso de encima y cómo desconfié de Tu piedad infinita! Una tarde el peso de la culpa le ganó al temor al castigo. Con los labios trémulos, el cuerpo un tembladeral, me acerqué al confesionario. Padre, he pecado. Cuéntame, hijo. El sudor me volvió a helar el cuerpo: la voz era la misma con la que había hablado del bisonte, una voz carrasposa que me puso el alma en un hilo. He cometido un pecado que podría ser mortal, dije. *¿Podría?*, dijo el padre. Es que no estoy seguro, dije. Cuéntame, hijo. He sucumbido a deseos carnales, dije. *¿No estarás hablando de la bestia? ¿Qué bestia?*, dije. Del minotauro. No hablo de ninguna bestia, dije, hablo de una mujer. El confesor hizo silencio, yo hice silencio y cuando la suma de los silencios se tornó insostenible el confesor se aclaró la garganta y me preguntó de qué mujer hablaba. *¿Importa eso?* Por supuesto que importa, dijo. Una mujer mayor, una mujer que podría ser mi madre o mi abuela, según cómo se la mire. *¿Y cuán carnal fue la relación?* No entiendo la pregunta, dije. Es una pregunta muy sencilla, dijo el confesor. *¿Quiere saber si nos quitamos la ropa?* Por ejemplo, dijo el confesor. Sí, nos quitamos la ropa. *¿Qué más?* *¿Quiere saber si posé la mano sobre su cuerpo?* Por ejemplo, dijo el confesor. Sí, posé la mano en algunas partes de su cuerpo. *¿Qué partes?* Las partes privadas, las partes de una mujer que un seminarista nunca debería tocar, dije. *¿Qué más?* *¿Quiere saber si estuve dentro de ella?*, dije y mi temblor parecía sacudir el confesionario. Por ejemplo, dijo el confesor. Sí, estuve dentro de ella, pero no todo el tiempo. Y así continuó un interrogatorio que me hizo recordar ofensas más inverecundas de las que me hubiera querido recordar, y cada ofensa se fue enhebrando en un rosario que terminó teniendo muchas más cuentas de las que me hubiera gustado enumerar. Cuando terminé de hablar, exhausto y estremecido, el confesor volvió a hacer silencio, pero esta vez no fue un silencio absoluto, a través de la rejilla se escuchaba un murmullo, como si hablara con Dios o acaso con él mismo. Pasaron unos segundos que parecieron minutos, horas, jeones!, hasta que el padre volvió a aclarar la garganta. *¿Conoces la coronilla de la Divina Misericordia?*, dijo. No la conozco, padre. Pues es hora de que te la aprendas de memoria, hijo, porque para que tu arrepentimiento alcance la medida justa, deberás rezar cinco coronillas no más despertarte, otras cinco antes del almuerzo, diez en las horas de la tarde y otras cinco antes de irte a dormir. *¿Eso es todo?* Eso es todo, dijo el padre. Y ahora ve con Dios, que en su corazón encontrarás clemencia para todos tus pecados. Me retiré del confesionario ligero como una pluma. Más que

una pluma, ligero como un plumón de ganso que la brisa hace danzar en arabescos como volutas de humo.

Cada vez más irritado por mi indecisión, Tarabaglia me llamaba a su despacho con frecuencia. Faltan cuatro semanas para la ceremonia, Manuel. Faltan tres semanas, Manuel. ¡Solo faltan diez días, Manuel, y eres el único que no me ha dado el nombre! Cuando restaba una semana me presenté en su despacho a comunicarle mi decisión. ¿Quién es esta persona?, dijo. Una persona amiga, dije. ¿Ha pasado por el sacramento de bautismo? Estoy seguro que sí, dije. ¿Es una persona piadosa? A su manera, diría que lo es. ¿Es una persona honorable? Según sus códigos de honor, es bastante honorable. Entonces dile que se presente el día antes para que le explique dónde se sentará y lo que tendrá que hacer, dijo Tarabaglia con una sonrisa de alivio.

El tres de junio de mil novecientos treintaidós, mientras Alemania disolvía su parlamento y allanaba el ascenso de Adolf Hitler, nosotros nos dirimíamos en planchar pantalones, lustrar zapatos y peinarnos una y otra vez frente al espejo para estar lo más presentables en nuestro encuentro con Dios. La iglesia de Maria Ausiliatrice estaba colmaba. El incienso nublaba la vista y anesthesiaba el olfato. El órgano tronaba como si le hubieran triplicado los tubos. Una escolanía de niños cantaba el avemaría como solo lo haría un coro de ángeles bajados del cielo. La feligresía mezclaba a los turineses con los familiares de los futuros presbíteros. Trajes azules y grises los hombres, faldas oscuras las mujeres, los niños con pantalones cortos y camisas tan blancas como su inocencia, las niñas con vestidos de encajes y los cabellos recogidos en cintas y trenzas. El obispo, finalmente, tomó la palabra. Por imposición de mis manos, anunció, os conferiré el sacerdocio para administrar la gracia de Dios a favor de Sus hijos, a favor de la Iglesia y con carácter especial a favor de la juventud, de los niños y de los jóvenes pobres y abandonados que tanto desvelo le han causado a nuestro querido Don Juan Bosco. Giré la mirada. Dos hileras de bancos detrás de mí, con la barba mal rasurada y un traje verde que le quedaba chico, estaba Ricardo Orsini.

Unos días antes, mientras acomodaba el desorden de libros y papeles de mi cuarto, volví a dar con la caja donde había guardado la moneda de oro. Pasé el dedo sobre el relieve de Rómulo y Remo, sobre sus cabecitas de niño que miraban las ubres de la loba con las bocas abiertas de hambre, y comprendí por qué Orsini me la había regalado. Roma había nacido del mito de una loba, de un animal que alimentaba a esos mellizos indefensos, que les daba las fuerzas suficientes para crear una de las ciudades más poderosas del mundo, una de las civilizaciones más grandes de la historia, civilización que había visto sus glorias pero que también había sido arrastrada por el barro, humillada y corrompida, y que tarde o temprano se las ingeniaba para renacer y esa inmortalidad, esa fuerza inexpugnable venía de la leche de esa loba. Orsini me había regalado esa moneda para decirme que mi Gran Teoría estaba buscando probar eso mismo. El pueblo tehuelche había surgido como protector de un animal, y no de cualquiera, de un animal bíblico y sagrado, y por ende su fuerza procedía también de un animal, como la de Rómulo y

Remo, como la de Roma misma. Esa moneda era su bendición a mi lucha. Si logras demostrar tu teoría, imaginé decir a Orsini, ese pueblo tehuelche, ahora pisoteado, marginado, olvidado por Dios y por el mundo, volverá a resurgir entre las cenizas como mi pueblo italiano. Orsini tenía que colocarme la casulla, el siciliano era lo más cercano a un familiar que tenía en Italia, qué digo en Italia, era lo más cercano a un familiar que tenía en el mundo.

No hizo falta más que una carta para que aceptara, y sé que vino para acompañarme en la ceremonia tanto como para divertirse volviendo a estar entre los salesianos de incógnito. Para evitar que alguien lo asociara con el incidente de los indios embalsamados, lo presentamos bajo su segundo nombre y el apellido de su madre.

Fui uno de los últimos diáconos que llamó el obispo. En el pasillo central Orsini se me sumó y caminamos juntos como si él me entregara a Dios. Al subir al altar, Orsini se separó unos metros a la izquierda, como el resto de los familiares, y desde allí, con una expresión grave observó al obispo pronunciar las palabras de mi consagración. Tarabaglia le alcanzó mi casulla y Orsini la tomó con las dos manos. Caminó tres o cuatro pasos hasta quedar a mi lado y con sus brazos de gigante, con sus manos poderosas, con sus dedos gordos y largos levantó la casulla por encima de mi cabeza, la rodeó sobre mis hombros e hizo pasar el botón de hilos dorados por el único ojal. Apoyó la mano sobre mi cabeza, lo que de algún modo rompía el protocolo, me besó la frente y me susurró al oído: *Vi benedico nel nome di Sant'Agata, la santa della Sicilia.*

Dieciocho

Pedro O'Murchadh aprovechó la llegada de su madre para llevarla en una maratón de museos y catedrales europeas que iniciaba en el sur de Austria, pasaba por Alemania, Países Bajos, Inglaterra e Irlanda (¡su amada Irlanda!) y culminaba en España. Martín Nachtigall fue a visitar a sus parientes lituanos, hombres y mujeres posiblemente tan altos y tan rubios como él que vivían en un sitio remoto llamado Bedugné donde el vodka se destilaba con papas y nabos y, cuando esas verduras escaseaban, con cualquier otra que tuvieran a mano. Regresé a Buenos Aires solo, en un barco de bandera francesa que, desafiando todas las leyes de la física, se bamboleó más que el noruego que me había traído. Y en los tumultuosos días de ultramar, mi mejor compañía fue la copia que había comprado en Italia de *At home with the Patagonians*, el libro de George Masters que hasta ese momento solo había consultado en bibliotecas y ahora era mío para leer y releer cuantas veces quisiera, para subrayar y anotar frases en los márgenes, para dibujar lo que se me ocurriera en los espacios en blanco; en otras palabras, proferirle el mayor honor que se puede proferir a un libro: tomar posesión de él como si lo hubiera escrito uno mismo. Y en esa lectura detallada, algunas palabras iniciaron el recorrido inverso al que suelen hacer las palabras. En vez de deshacerse en oraciones que más tarde se disuelven en párrafos y luego en capítulos hasta desaparecer dentro de una historia más grande, algunas comenzaron a separarse del resto, a materializarse, y de pronto palabras como *diestros*, *criaturas*, *carcajadas* u *Orkeke*, y otras como *toldos*, *hospitalario*, *Valeska* o *almohadones*, se independizaron de lo que el libro estaba contando, cobraron vida propia y así dejaron de servir para dar nombre, para calificar o describir cosas y se transformaron en puertas que se abrían a un mundo que visitaba con alegría y también con dolor.

Pero no solo las palabras me cautivaban, el libro también tenía láminas ilustradas por un tal Zweker, una media docena de dibujos de líneas que reproducían escenas de la vida tehuelche: la partida de la caravana al amanecer, la persecución de guanacos, el cruce de un río, un baile alrededor de una fogata. En la mano de Zweker los rostros tehuelches habían perdido algo de su angulosidad, de su incomparable belleza, y se asemejaban a los anodinos rostros europeos. Los guanacos que había dibujado, con el cuerpo cubierto de lana y las patas cortas, más que guanacos se parecían a las vicuñas de los Andes del norte. Pero más allá de esos detalles, las ilustraciones recreaban el espíritu tehuelche, esa cosa tan intangible que llamamos *vida*, con un realismo sorprendente para un artista que probablemente no había visto un indio en su vida, ni había puesto pie en un sitio remotamente parecido a la Patagonia. Y al observar los dibujos de Zweker,

pensaba en Musters, en la manera en que el inglés había sido capaz de transportar al ilustrador al entorno de la meseta patagónica. Las palabras no podían ser suficientes, Musters tenía que haber echado mano a otros recursos.

Imaginaba a los dos ingleses en un salón victoriano, una habitación inmensa con una gran biblioteca y una mesa de billar. Musters acaricia la libreta de apuntes que trajo de su viaje. Zweker, sentado a un costado, es acaso unos años menor que él, tal vez más delgado y debilucho, un *artist* que admira a ese explorador que no tiene miedo de lanzarse a los peligros más absurdos. Musters la acerca la libreta y le pide que la huelga para que penetre por sus narices el olor rancio de las capas de guanaco mojadas por la lluvia, la picana de ñandú asándose a las brasas, el tufo de cuerpos que duermen acurrucados en el toldo para pelear el frío de la meseta. Musters suelta la libreta, se pone de pie y describe, gesticulando como un pantomimo, los aperos de los tehuelches, las monturas, los palos que sostienen los toldos. La admiración de Zweker, que ya era exagerada, crece un poco más. Musters se saca la camisa para explicar la musculatura de los hombres, flexiona los bíceps y levanta los brazos. Salta y corre alrededor del salón gritando las palabras tehuelches que recuerda. En los ojos de Musters el salón victoriano se ha convertido en la meseta y lo que está permitido y lo que no, esas reglas arbitrarias que rigen el comportamiento humano, ya no son las mismas. El explorador está feliz, o más bien exultante, porque después de tantos meses en Londres extraña a los tehuelches como nunca ha extrañado nada en su vida y transmitirle sus experiencias a Zweker es la mejor excusa para regresar a la Patagonia aunque sea con la mente. Ante un Zweker que lo mira tan sorprendido como embelesado, Musters se quita los pantalones y se arremanga los calzoncillos blancos para asemejar un chiripá. El explorador se monta a un caballo que no existe y lanza flechas imaginarias desde un arco que solo él ve. Toma un taco de billar y lo transforma en lanza. Se ríe y a Zweker se le ocurre que tal vez esté borracho, pero la risa del explorador es contagiosa y el *artist* no puede evitar reírse. Y entonces, intoxicado por las carcajadas de ambos, Zweker se quita la chaqueta, la camisa, los zapatos y el pantalón, y ahora tenemos a dos hombres educados, a dos europeos *civilizados*, que saltan y gritan por ese enorme salón victoriano hasta que el alboroto es tan grande que llega a los oídos de la esposa de Musters. La mujer irrumpe en el salón sin aviso y el hechizo se rompe. Los hombres se quedan quietos, se miran el uno al otro como si recién se dieran cuenta de que están saltando en paños menores y se apresuran a vestirse ante los ojos confusos de la señora Musters. Pero lo que acaba de suceder es suficiente, Zweker entendió más allá de las palabras lo que quiere contarle Musters y, pluma en mano frente al papel blanco, dibuja estas láminas, el único registro visual de ese mundo que nunca vio, pero que de algún modo sí vio, la incuestionable evidencia de que, antes de la invasión argentina a la Patagonia, los tehuelches no solo eran felices, sino que su relación con la meseta era más sofisticada que la de los militares o los colonos o los simples oportunistas que los invadieron.

Después de haber visto a los tehuelches en la reserva de Camusu Aike ceñidos a una milésima

de su territorio, estacionarios, impedidos de perseguir guanacos y ñandúes, obligados a reemplazar toldos por ranchos de adobe más pobres que los que uno veía en los barrios más pobres de los pueblos patagónicos, luego de verlos devenidos en peones de estancia, en hombres callados que miraban al suelo para esconder su presencia, el candoroso retrato de Musters y Zweker de la vida tehuelche a fines del siglo XIX, de esa vida perdida, me producía un dolor inenarrable y una furia incontenible, al tiempo que me urgía a encontrar a ese bisonte, a probar mi Gran Teoría para que el mundo entero ya no tuviera la opción de ignorar lo que había ocurrido, lo que estaba ocurriendo y, peor aún, lo que podría llegar a ocurrir si no se hacía algo para evitarlo.

Más allá de los momentos de lectura, el barco francés lo recuerdo como un martirio. Los techos bajos del camarote, el mobiliario de madera oscura y las sábanas grises eran tan repelentes como la comida, que además de ser comida de barco guisada con ingredientes mustios, ¡era comida francesa! La mala mar me había reducido el estómago al tamaño de una nuez y solo me acercaba al comedor los mediodías para procurar ese bocado, o a lo sumo dos, que bastaba para saciarme. Después de almorzar, si eso se podía llamar almuerzo, los días en que la furia de las olas se tomaba un respiro, caminaba por la cubierta con la esperanza de que la caricia del viento me transportara a la Patagonia, que después de tanto tiempo y tanta distancia, añoraba hasta las lágrimas. Pero las más de las veces los vientos de ultramar eran grises y húmedos, y su grisura y su humedad arrastraban una soledad voraz, la soledad de los náufragos, la soledad de un barco a la deriva, y eso me hacía extrañar aun más mi querido viento patagónico, blanco y limpio como el abrazo de un amigo. Y también hubo veces en que más que gris, el viento era negro, y más que húmedo era sucio, y al otear el horizonte sentía que la negrura se me colaba por dentro y que la suciedad me manchaba por fuera y eso me hacía pensar en otros miles de hombres que, como yo, en los últimos cuatrocientos años se pararon alguna vez en la cubierta de un barco que cruzaba el Atlántico desde Europa hacia América y sintieron que su interior se iba volviendo más oscuro y su exterior se manchaba, y eso de algún modo eso me ponía en su compañía, una compañía lejana pero palpable, que más que compañía parecía una convivencia forzada con seres detestables a los que no desearía nunca verles las caras.

En uno de esos paseos por cubierta, entre las reposeras donde las damas se sentaban a leer novelas y los señores a fumar habanos, vi a tres niños jugar sobre un tablero con forma de mapa moviendo figurines de animales y de personas tallados en caoba o en otra madera oscura. Las narices anchas (demasiado anchas), los mentones afilados y los ojos verdes hacían pensar que eran hermanos, aunque uno tenía rizos negros como el alquitrán y los otros dos, rubios como el trigo a finales de verano. Entre ellos mezclaban el inglés con el portugués, pero a la joven que los cuidaba desde una reposera se dirigían en alemán. Arrojaban dados de colores y reordenaban figurines: un elefante y una jirafa para aquí, tres muñequitos que parecían partisanos para allá, una granjera hacia una punta, tres gansos hacia la otra. La etiqueta en el tablero leía: *Adventures*

in the Real World, pero el mapa poco de real tenía, con un solo continente y contornos que no representaba ningún territorio conocido de este mundo. ¿Cuáles son las reglas?, les pregunté. Los dados rojos dicen adónde van las personas y los verdes adónde van los animales, me respondió el niño de rizos negros. ¿Y los azules? Esos son para matar, para matar a la gente o a los animales. Cuando atracamos en Río de Janeiro, vi a la familia bajar del barco: la madre, una mujer gorda con pelo corto, el padre alto y elegante, también estaba la joven que hablaba en alemán, pero solo dos de los niños. ¿Dónde está el de cabello oscuro?, pensé. Seguí a la familia con la mirada mientras descendían por la escalerilla, abrazaban amigos o familiares, y cuando empezaba a impacientarme la ausencia del tercer niño, lo vi aparecer corriendo y sumarse al resto como si hubiera emergido de la nada. El niño giró la cabeza y miró hacia el barco, como si buscara a alguien entre los que estábamos apoyados en la barandilla. Cuando dio conmigo, me saludó con la mano y me sonrió con una sonrisa de niño que carecía por completo de la inocencia de un niño.

Al llegar a la Argentina me comunicaron que mi destino de presbítero era Río Gallegos, la ciudad continental más al sur del planeta, la ciudad que el gobernador Ramón Lista había elegido como capital para el territorio de Santa Cruz. El cura que me informó de mi destino me advirtió que era la ciudad más fría y ventosa del país. Cualquiera diría que es el escondite del Diablo, dijo. Nada más celestial que el viento y el frío, le contesté. Y si hablamos del Diablo, yo diría que se esconde en todas partes.

El buque mercante que comunicaba Buenos Aires con Río Gallegos demoraba dos semanas y surcaba aguas más turbulentas que las que acababa de cruzar desde Europa. De solo pensarlo, el estómago se me hacía una trenza. Unos días antes de la fecha de salida, llegaron noticias de que la Aeroposta Argentina, una compañía de aviones franceses, acababa de abrir una ruta de correspondencia desde Buenos Aires hasta Río Gallegos. La Aeroposta utilizaba los aviones Laté 25 que, una vez terminada la guerra, sin necesidad de arrojar bombas ni hacer volar ametralladores, buscaban usos más benévolos (y redituables). Eran aviones pequeños con sitio para el piloto, la correspondencia y cuatro pasajeros. En el vuelo programado para el siguiente domingo había un espacio disponible y, después de meditar si me sentía capaz de elevarme por los aires en una máquina de metal, lo acepté. Nada podía ser peor que regresar al océano. Y nada, descubrí más tarde, se comparaba a observar la Patagonia desde el cielo.

Despegamos del aeródromo de General Pacheco piloteados por Rufino Luro Cambaceres, un piloto diestro que surcó los aires con una suavidad que mantuvo mi estómago en su sitio y me permitió disfrutar de la vista a través de la ventana. Desde la cubierta de un barco, la distancia de viaje es inmedible para el ojo humano. Se suceden las olas, algunas inofensivas, otras escalofrantes, pero el mar se repite a sí mismo y el avance, o la ilusión de avance, es abstracto: los días tachados en un almanaque, las actualizaciones de itinerario anunciadas por el capitán, el punto que hacemos avanzar sobre un mapa que imaginamos en nuestras cabezas. Desde un tren,

aunque la marcha es evidente y vemos pasar árboles, casas, algún rebaño de ovejas detenido en una aguada, estamos demasiado cerca de la tierra para medir la magnitud del camino transitado. Pero desde un avión, desde la perspectiva de tres mil metros de altura, la distancia se vuelve gráfica, uno la toca, la mide con los dedos. Desde la ventanilla del Laté se desplegó ante mí por primera vez la real dimensión de la *distancia patagónica*: la que la mantuvo a salvo de la colonización española durante casi tres siglos. La misma que, en los últimos cincuenta años, había ocultado las atrocidades más feroces del gobierno argentino.

El Laté fue haciendo paradas en una ristra de pueblos costeros que, vistos desde arriba, conformaba una suerte de columna vertebral de la invasión argentina hacia la Patagonia, una columna que se volvía más precaria y desolada a medida que nos alejábamos de la metrópolis. En cada pueblo nos deteníamos unas horas y a veces, entre el té con leche y las tortas fritas que nos ofrecía en los aeródromos, charlaba con Cambaceres. Le comenté cuánto me había impresionado la vista desde el avión, y me dijo que eso no era nada comparado con sobrevolar la cordillera de los Andes. Y allí me contó sobre esos laberintos, los meandros que se veían entre los cerros, una observación aparentemente sin importancia que poco después sería crucial para llegar hasta el bisonte.

Diecinueve

El pueblo de Río Gallegos tenía unos tres mil habitantes y se erigía sobre el estuario del río que le daba el nombre, estuario que todos conocían como la *ría*. El colegio salesiano era un edificio de dos plantas con ventanas grandes, las más grandes del pueblo, divididas en paneles que le imprimían a la construcción una elegancia que se agradecía en un lugar que podía jactarse de algunas cosas, pero no de su elegancia. Mi cuarto estaba en la parte posterior: una habitación modesta con una cama, una mesa de trabajo, un armario y una ventana (mucho más pequeña que las del frente) desde donde podía ver los techos bajos de zinc del resto de las casas y de los galpones que abundaban en Río Gallegos.

Los alumnos eran en su mayoría hijos de estancieros vascos, ingleses, asturianos, croatas o franceses, familias con dinero suficiente para mantener una segunda residencia en el pueblo y pagar la cuota del colegio, y a esos alumnos se sumaban los hijos de argentinos del norte, de chilenos del sur y otros niños de piel más oscura (entre los que había tehuelches o mestizos de tehuelches) cuyas familias vivían en los barrios pobres y servían, de un modo u otro, a las familias de los estancieros. Esos niños pagaban la mitad de la cuota o no pagaban nada.

Mi tarea principal, tal vez debería decir excluyente, era la de profesor. Me asignaron las clases de biología, historia, geografía e inglés (por ser el único que lo hablaba) y más tarde las de educación física. No era lo que esperaba de mi vida como presbítero, en realidad nunca había tenido claro qué esperar de mi vida como presbítero, pero ese nuevo ambiente, esas nuevas tareas me parecieron decepcionantes y me hicieron sentir que me faltaba el aire. Tal vez por eso, como antídoto contra la asfixia, me aboqué a la docencia esmeradamente, con una habilidad en aumento, con una confianza que crecía. Preparaba las clases con la seriedad de un cirujano que se alista para salvar vidas, y las dictaba de la misma manera. A falta de manuales, con la ayuda de los escasos libros de la biblioteca, escribía e ilustraba a mano apuntes que luego de reproducir en el mimeógrafo encuadernaba también a mano. Cuando los libros se hicieron escasos, envié pedidos a Buenos Aires, y esas remesas que llegaban por barco fueron transformando los humildes anaqueles de la biblioteca en una colección que en pocos años fue la envidia de otras del sur patagónico. También preparaba cuadernillos con ejercicios de inglés, diagramas de las líneas monásticas europeas y hasta esquemas del interior de un pez para las disecciones que realizábamos con los alumnos en un laboratorio de biología improvisado en un aula pequeña que no parecía tener uso definido.

A las pocas semanas también me hice cargo de las clases de educación física cuando el

profesor anterior, que había viajado a Buenos Aires un par de meses atrás por problemas de salud, anunció que las complicaciones médicas le impedían regresar. Durante la ausencia del profesor las clases se habían mantenido vivas gracias a dos mujeres, esposas de colaboradores salesianos, que a falta de conocimientos de deportes y calistenia, mantuvieron el entusiasmo de los niños a través de la indumentaria. Hábiles para confeccionar ropa (como la mayoría de las mujeres de colonos), les cosieron pantalones cortos negros, camisetas blancas con rayas celestes o verdes para diferenciar equipos y unos sombreros blancos de ala redonda, atados con fuerza debajo del mentón, que según cómo se los mirara parecían más apropiados para un paseo por el trópico. Desde las ventanas del segundo piso, me mareaba ver esos sombreros correr de una punta a otra del patio como una marabunta de escarabajos blancos. Y cuando el director me anunció mi nueva tarea, la asumí con una media sonrisa que apenas ocultó mi descontento.

El entusiasmo de los niños por las clases de educación física era indestructible. Incluso luego de sumarle los ejercicios de calistenia más duros que me había enseñado Helmut, el ímpetu seguía intacto y los niños aparecían en el patio antes de la hora. Por eso me sorprendió la tarde en que faltaron los hermanos Rotel, dos niños tehuelches que parecían mellizos aunque se llevaban más de un año. El preceptor me informó que estaban en penitencia. ¿A causa de...? Estaban hablando en indio, dijo. ¿En indio? En uno de esos idiomas que nadie entiende. Los hermanos Jamieson hablan inglés entre ellos y nadie les dice nada, dije. Pero ese idioma se enseña en el colegio, dijo el preceptor. ¿Y si hablaran francés? El preceptor no contestó. Le pedí que me llevara donde estaban los hermanos Rotel y los encontré en un aula, con sus uniformes de educación física puestos, arrodillados sobre granos de maíz. Tomé al preceptor del brazo y lo llevé a un costado. La próxima vez que haya un problema de disciplina con alumnos de calistenia, consulte antes el castigo conmigo, le dije. Yo sigo las órdenes del director, dijo el preceptor.

Al día siguiente me reuní con el reverendo Cuevas. ¿Le sirvo un té?, dijo el director. ¿Un té? No, gracias. Se lo nota mal dormido, dijo. Vengo a hablar del incidente con los hermanos Rotel. ¿Los hermanos Rotel? Los niños tehuelches que fueron castigados ayer por el preceptor. Sí, claro, los niños tehuelches, dijo Cuevas. Me pregunto si el preceptor está interpretando bien las órdenes que usted le dio. ¿Mis órdenes? Las de castigarlos por hablar en su idioma. El director hizo sonar los dedos y me miró por encima de los anteojos. ¿Usted sabe cómo vive esa gente, hermano Palacios? ¿A qué se refiere?, le dije. ¿Usted sabe de dónde provienen esos niños? He estado en la reserva de Camusu Aike, dije. ¿En Camusu Aike?, dijo Cuevas, sorprendido. Pasé por ahí hace unos años, dije. Entonces podrá comprender mi preocupación mejor que nadie. ¿Qué preocupación?, dije. Habrá visto que están sumidos en la incultura, en la vagancia, alejados de la mano del Señor, y también de la mano de la civilización y del progreso. Habrá visto la manera en que el mundo los está dejando atrás, dijo Cuevas. Es nuestro deber encaminarlos hacia el futuro, y avanzar hacia el futuro significa a veces olvidar el pasado. Conté hasta cinco antes de

responder. Si un idioma no se habla, se muere, dije. Y si muere el idioma, muere la cultura. ¿De qué cultura me está hablando?, dijo el director. Volví a contar hasta cinco, o acaso hasta diez o veinte, y finalmente decidí no responder. Le pedí que me dejara a cargo de la disciplina de los alumnos de educación física no solo durante, sino también antes de las clases, a lo que respondió con una afirmación a medias.

Cuando me estaba poniendo de pie, Cuevas me detuvo con la mano. Hurgó entre los papeles de su escritorio y me dio uno para que leyera. Era un informe oficial enviado desde Santa Cruz a Buenos Aires para explicar la situación del indio. Entre otras cosas que he olvidado, o prefiero no recordar, allí se describía a los tehuelches como *dóciles, timoratos pero haraganes, y borrachos*, y se recomendaba, para salvarlos de su mísera situación, *enseñarles nuestra vida, acostumarlos a nuestro idioma, tarea ardua que solo podrán lograr hombres que consagran todas sus energías a realizar el bien comunitario, como las Congregaciones Salesianas*. Como verá, dijo Cuevas, no somos nosotros.

Después de la cena salí a caminar por la ría. Tomé una de las piedras planas de la orilla y la lancé sobre las aguas del Gallegos, iluminadas esa noche por una luna grande y redonda. La piedra rebotó contra la superficie plateada del agua, dio tres o cuatro saltos cortos y se hundió en el río. Arrojé otra piedra y otra más y, mientras las veía rebotar sobre el agua, me decía a mí mismo que las palabras del Señor eran tantas y tan diferentes, y que las maneras de interpretar esas palabras eran tantas y tan distintas, que dos presbíteros, o tres o cuatro, o acaso diez o más, con formas e ideas diametralmente opuestas deberían ser capaces de encontrar todas las que les hicieran falta sin repetir ninguno las del otro. Continué arrojando piedras y repitiéndome esas frases hasta que me cansé y regresé a dormir con el alma más tranquila.

La tranquilidad duró poco. Esa noche soñé con una laucha que caía dentro de un tarro de leche, uno de esos tarros de metal con la boca ancha que se usan en los tambos. Había escuchado una vez una historia, que más que historia parecía una fábula, en la que una laucha se cae en un tarro de leche. La laucha mueve las patitas para no naufragar y en su agitación va transformando la leche en manteca, una manteca cada vez más sólida, cada vez más contundente, sobre la que la laucha no solo hace pie sino que eventualmente se queda dormida y sueña que está muerta y ha llegado al cielo de las lauchas, donde todo tiene un embriagador aroma lácteo. La versión de mi sueño era distinta. La laucha era yo y, por más que me movía frenéticamente, no llegaba nunca a endurecer el líquido. Tal vez la leche en mi sueño era demasiado magra, o acaso mis patitas eran demasiado pequeñas, o mi energía, esa energía que salía de los escondrijos más profundos de mis músculos, no alcanzaba para solidificar la manteca. Por más que batía y batía me seguía hundiendo y la leche me tapaba el hocico y se metía por la nariz y me mojaba los pulmones hasta que me desperté tosiendo.

Con la respiración entrecortada me vestí frente al espejo ovalado de mi cuarto y, hablándole a mi reflejo, me recordé que pertenecía a la congregación salesiana. Manuel, ahora eres miembro

de los salesianos. Y también perteneces a un colegio, me dije. Y las congregaciones y los colegios tienen sus normas, dictadas desde adentro o impuestas desde afuera, pero normas al fin y al cabo, que como hoy rigen el trato con los indios, mañana dictan los castigos de los alumnos y pasado mañana vaya uno a saber qué. Pero piensa que esas normas no son diferentes de las que rigen la poesía. Eso recuerdo que me dije, piensa que los poetas deben respetar el número máximo de sílabas, el orden algebraico de las rimas, y que esas reglas que los restringen son las mismas que los han impulsado a buscar composiciones nuevas, prosodias inauditas, yambos que resalten sílabas inadvertidas para crear así los sonetos más hermosos, los poemas más conmovedores. Las limitaciones que te imponga la congregación salesiana son una bendición del Señor, me dije, para que tu creatividad se expanda más allá de lo imaginado.

La mañana pasó entre una clase y otra, entre el pretérito perfecto del inglés y las cordilleras del Himalaya, entre las tripas de una trucha y las esposas de Enrique VIII. Al almuerzo, cuando miré el plato con el mismo guiso de carne de capón, con las mismas papas demasiado hervidas y las mismas chauchas insípidas traídas en lata del norte argentino, sentí nostalgia por la comida turinesa y una claustrofobia indescriptible, como si cada bocado de ese guiso fuera un clavo del ataúd que representaba mi vida, una vida encerrada en ese edificio con nueve ventanas donde me iba acorralando, o me *iban* acorralando, imperceptiblemente.

Ese día fue uno de los peores (si no el peor) desde mi llegada a Río Gallegos y habría terminado con esa nota sombría si a la hora de la cena no hubieran arribado al colegio dos presbíteros, uno delgado y bajo, el otro alto y panzón, que se apersonaron en el comedor justo antes de que sirvieran el postre. Eran una suerte de Don Quijote y Sancho Panza, pero con las alturas cambiadas. Vestían sobretodos oscuros hasta los talones y sombreros negros de ala ancha cubiertos de polvo. Los otros curas se levantaron a saludarlos, les ayudaron a quitarse los sobretodos, les colgaron los sombreros del perchero y los acribillaron a preguntas como a un soldado que regresa del frente de batalla. Yo me quedé observándolos desde la silla con el presentimiento de que esos dos hombres habían llegado para cambiar mi vida.

Veinte

El presbítero delgado se llamaba Ignacio Jiménez, y el alto y barrigón, Tobías Murch. Eran misioneros que pasaban el año entero recorriendo Santa Cruz, desde el lago Buenos Aires hasta Río Turbio y desde Caleta Olivia hasta el Cabo Vírgenes, para hacer llegar la palabra del Señor hasta los rincones más solitarios de ese inmenso territorio apenas habitado. Todos los colegios salesianos de la Patagonia se llamaban *misiones*, lo que en cierto modo nos convertía a cada uno de nosotros en un misionero, pero Jiménez y Murch (comprendí después) agregaban a ese significado noches dormidas sobre catres maltrechos, acurrucados entre cueros de oveja o sobre una manta tirada en el suelo al lado de un cañadón, ellos le sumaban viajes en camionetas destartaladas, en carretas tiradas por bueyes o simplemente a caballo o a pie (de lo que daban cuenta sus maltratados zapatos de cuero). Ellos eran nuestros apóstoles, nuestros Pedro y Pablo, nuestros Lucas y Santiago, dispuestos a hacer frente a cualquier adversidad, a correr cualquier peligro, resueltos a realizar cualquier esfuerzo para propalar el Verbo Divino. Y amén de sus tareas pastorales, como celebrar misas en altares transportados en mochilas, officiar bautismos, primeras comuniones, casamientos, extremaunciones y, cuando no llegaban a tiempo, bendecir a los muertos sobre las tumbas que se improvisaban en las estancias o en los cementerios que comenzaban a crecer en las afueras de los pueblos, Jiménez y Murch visitaban regularmente las reservas tehuelches que en esos años se habían abierto en el territorio de Santa Cruz, no solo para acercar la palabra de Dios sino también para llevarles víveres, ropas y otras cosas que los indios necesitaban cada vez más.

Los misioneros se sentaron en la punta de la mesa y la cocinera les sirvió dos platos enormes del mismo guiso de capón que acabábamos de cenar. ¡Cómo extrañaba estos guisos!, dijo Murch, con una mano asiendo la cuchara como manija y con la otra acercando el plato a la boca. Y en lo que Jiménez comió tres o cuatro bocados, Murch se zampó dos platos. Como Marco Polo, como Cristóbal Colón o el mismísimo Pigafetta, estos misioneros eran grandes cronistas con algo de fabuladores. Desde el momento en que se sentaron a comer, y hasta el último instante antes de volver a partir (un par de semanas después), Jiménez y Murch no dejaron de contar lo que habían visto, lo que habían escuchado y lo que habían hecho en su última gira (que a veces confundían con giras anteriores), alternándose cortésmente el rol de narrador o interrumpiéndose sin permiso para corregir un detalle erróneo o agregar una anécdota olvidada. Pero más allá del deseo de informar (que sin duda existía) y el afán de entretener (que también era palpable), en los días que siguieron comprendí que en ellos *relatar* implicaba una necesidad más profunda, como si contar

todos y cada uno de los eventos de sus viajes fuera una catarsis, una especie de purga que les vaciaba la mente para permitirles descansar, reponerse de tanta experiencia, pero que en breve ese descanso devenía en desasosiego, como si el vacío de las mentes purgadas les generara una abstinencia, un apremio por volver a llenarlas con experiencias nuevas, y esa inquietud fuera la que los impulsaba a salir otra vez de gira, como un borracho regresa a su ginebra o un apostador a la mesa de ruleta, atrapados en ciclos de viajar y descansar, de vivir y contar, de los cuales, paradójicamente, parecía emanar la energía inagotable que los mantenía en movimiento.

Una de las noches después de su llegada, en una de esas rondas que se formaban alrededor de ellos después de la cena, escuché de sus bocas una historia que me reconectó, de un modo que podría llamar eléctrico, con mi Gran Teoría, con ese *leitmotiv* que aunque subyacía a cada momento de mi vida, desde mi regreso a la Patagonia se había quedado mudo. Recuerdo que era verano porque eran las nueve o diez de la noche y entraba suficiente luz por las ventanas para no necesitar de los faroles a querosén. Llevábamos cuatro días en Cañadón León, comenzó a contar Jiménez. Tres días, corrigió Murch. Estábamos esperando que el mecánico arreglara la camioneta para seguir camino rumbo al Cardiel, continuó Jiménez, lo que al final nunca sucedió porque el repuesto no llegó y tuvimos que completar el recorrido a caballo. Y una parte a pie, aclaró Murch. Como decía, continuó Jiménez, estábamos varados en Cañadón León, sin mucho que hacer porque ya habíamos bautizado a todos los niños, celebrado siete matrimonios y bendecido todos los edificios nuevos. Y también habíamos acondicionado la pieza misional, agregó Murch, con unos colchones nuevos que nos habían regalado y un armario pequeño para guardar nuestra ropa. Ya caída la tarde, retomó Jiménez, poco antes de la hora de la cena se apersonó en la pieza misional un paisano de a caballo acompañado por un carro cargado de niños. Todos moritos los niños, acotó Murch, y el paisano los traía para que los bautizáramos. La mayor tendría unos doce años, continuó Jiménez, y los demás estaban escalonados en edad hasta el más pequeño que apenas superaría el año. El paisano era hombre blanco y cristiano, de nombre Juan Vázquez, y estaba muy interesado en llevarse los certificados de bautismo, que es la única forma de identificación con la que cuentan. Y eso vale tanto para los moritos como para los indios puros, aclaró Murch. La madre es una india tehuelche, continuó Jiménez, y no había venido porque estaba amamantando al hijo número doce y no le gustaba hacerlo en el carro, con los sacudones que da en estos caminos olvidados de Dios. Como nos habíamos quedado sin formularios impresos, tuvimos que escribirlos a mano uno a uno, así que cuando terminamos el último ya era noche cerrada. Le sugerimos a Vázquez que pasara la noche en el pueblo, que no eran horas para recorrer leguas de campo en un carro con tantos niños. El señor Bolsch tiene un hotel muy bien presentado en Cañadón León, acotó Murch, y a pesar de que eran moritos los alojó con gusto y sin cobrarles. Era evidente que el paisano no tenía un centavo en los bolsillos, aclaró Jiménez. Incluso les dio de cenar en el restaurante, continuó Murch. Ante la insistencia del señor Bolsch, continuó Jiménez, terminamos cenando con ellos y hablando con el paisano. Vázquez nos contó

que vive entreverado con los indios en una casita de adobe, en uno de los cañadones de la reserva indígena del Lote 6. Que habíamos visitado varias veces, aclaró Murch, pero a esta gente no la había visto nunca porque viven en lo que llaman el Lote 6 *alto*, que está más retirado y es de difícil acceso. Por eso era la primera vez que los niños venían al pueblo, continuó Jiménez, era la primera vez que veían a un hombre cristiano que no fuera su padre. Terminada la cena el señor Bolsch mandó a los niños a jugar un rato en el patio mientras terminaban de preparar las habitaciones. Afuera había dos farolas de querosén que proyectaban una luz blanca sobre los niños y les multiplicaba las sombras. En la negrura de la noche, acotó Murch, el patio parecía un escenario espectral. Desde el comedor nos quedamos observando cómo hablaban en círculo, continuó Jiménez, y vimos que mientras hablaban hacían movimientos con las manos que parecían estudiados. Después se dispersaban, todos menos uno, y ese que quedaba solo colocaba las dos manos juntas sobre la cabeza, extendiendo los dedos índices para formar una especie de cuerno, se agachaba y comenzaba a perseguir a los demás. El niño con el cuerno perseguía a los otros hasta que acorralaba a uno y lo tocaba con el cuerno para convertirlo en el siguiente animal encornado. Eso se parece al juego que hacen los niños en Pamplona con las manos a los costados de la cabeza como si fueran toros, dijo Benedicto, un cura aragonés. Eso es lo curioso, dijo Jiménez, porque cuando le preguntamos al paisano, nos dijo que el juego lo habían aprendido con los indios y los tehuelches no han tenido mucho contacto con los toros. ¿No será un carnero?, dijo Benedicto. Los carneros tienen cuernos enroscados que no apuntan hacia adelante, dijo Jiménez, amén de que los niños representaban un animal de un solo cuerno, un unicornio de algún tipo. Un unicornio, repitieron los otros curas a coro como si recién hubieran caído en mientes. ¡Qué curioso!, dijo Benedicto. ¡Muy curioso!, dijeron los demás. Y como si esa historia hubiera tenido la misma importancia que cualquier otra, pasaron a hablar de una estanciera inglesa que vivía sola y cazaba pumas con escopeta y que a pesar de ser protestante los había recibido muy bien en su estancia, que era además una de la mejor puesta de la zona.

Esa noche apenas dormí y no dejé pasar la tarde siguiente sin hablar con ellos. En el tiempo muerto entre las clases de educación física y la cena, los encontré en la cocina tomando mate con tortas fritas y charlando con la cocinera, tal como suponía, pues en los días que pasaban en el colegio, Jiménez y Murch parecían exentos de cualquier obligación que no fuera descansar. Les pregunté si podíamos hablar en privado y fuimos al comedor aprovechando que a esa hora estaba vacío. Ellos apenas me conocían de nombre, así que les conté de mi vida, de mi trabajo con Orsini (sin divulgar los detalles más incómodos) y en particular de nuestro viaje al arroyo Lechuza. Les dije que me resultaba curiosa la conexión entre el juego de los niños y la pintura del bisonte con un solo cuerno, pero lo hice de una manera cauta, como probando las aguas, porque después del castigo de los hermanos Rotel y de la charla con el director, después de la carta del gobierno que había leído, e incluso después de escuchar a Murch y a Jiménez usar la palabra *moritos* para referirse a los niños mestizos, ya no estaba seguro de nada. ¿Es usted

mestizo?, dijo Jiménez. La pregunta me sorprendió porque, por discreción o por evitar ponerle nombre a lo que ninguno quería nombrar, nadie me la hacía. Soy mestizo tehuelche, respondí. El misionero sonrió, una sonrisa de dientes grises y desparejos, y estiró la mano hasta posarla sobre la mía. Me miró con unos ojos que lagrimeaban, no estoy seguro si de dicha o de pena, y me dijo que los tehuelches eran sus hijos predilectos, que los tehuelches eran la razón más poderosa para retomar sus viajes, que los indios eran los que más los necesitaban y los que más generosamente los recibían. Murch, que observaba nuestras manos entrelazadas con cierta incomodidad, agregó con una voz más grave de lo normal: Usted tiene que estar orgulloso de llevar sangre tehuelche. Claro que lo estoy, dije y retiré la mano.

A partir de allí se pusieron a hablar de los indios y lo que dijeron no hizo más que confirmar lo que había visto y escuchado en mi visita a Camusu Aike. La vida nómada de los tehuelches se había vuelto imposible porque las estancias que el Estado había dado en propiedad en los últimos años habían dividido el territorio con alambrados. Algunos estancieros se compadecían de los indios y los dejaban guanaquear en sus campos, pero los perros de los indios mataban muchos corderos y ya les estaban prohibiendo la entrada a casi todos los campos. Me confirmaron que las reservas que les habían asignado, no solo la de Camusu Aike, sino también las del lago Cardiel y el lago Viedma, eran páramos sin aguadas o con aguadas saladas o salobres (adjetivos que nunca logré diferenciar) y que los suelos eran areno-arcillosos (vocablo que Murch utilizó más de una vez). Agregaron que incluso esos terrenos pobres y escasos estaban ahora bajo la amenaza de ser ocupados (algunos ya habían sido ocupados en parte) por estancieros vecinos, gente sin escrúpulos que esgrimía que como los indios no los utilizaban para ganadería eso les daba derecho a alambrear terrenos de las reservas para sumar a sus campos. La cuestión, dijo Jiménez, es que cada vez son más pobres, cada vez están más flacos y cada vez hay más tísicos. Si no se hace algo, dijo Murch, van a desaparecer. Desaparecer no es la palabra correcta, les dije. Hay cientos de ellos en las estancias como peones en los puestos peor pagos, y también en Río Gallegos y en otros pueblos viviendo en los barrios más humildes. Más que desaparecer se están convirtiendo en los más pobres de los pobres, en los más descartados de los descartados, en la mano de obra barata, en las personas que el mundo siempre, no importa dónde sea, ha considerado invisibles. Y a los que persisten en las reservas, agregué, a esos pocos irreductibles, los están transformando en piezas de museo, en el capítulo de un libro de historia, como si de ellos solo se pudiera hablar en tiempo pasado. Pero que quede claro que en el tiempo presente (y ahí mi voz temblaba de emoción), en este presente y en muchos presentes futuros, los tehuelches siguen y seguirán poblando el territorio entero de Santa Cruz, aunque ya no como tehuelches, sino como una triste sombra de lo que fueron. Jiménez y Murch me escucharon en silencio y por la expresión de sus caras no me quedó claro si me habían entendido. Pero de cualquier manera, entre nosotros se entabló una suerte de alianza, una alianza imperfecta, porque sus sentimientos hacia los indios, si bien eran nobles y genuinos, estaban demasiado cerca de la caridad. Una

caridad mejor entendida que la del director Cuevas, es cierto. Una caridad que incluía la defensa de algunos de sus derechos, como la protección de las tierras otorgadas por el gobierno, pero caridad al fin y al cabo, cuando los tehuelches no necesitaban caridad ni patronazgo, sino una rescritura de toda su historia reciente que los devolviera al único lugar donde debían estar: hijos de la tierra con derechos iguales (¡o superiores!) a cualquier colono recién llegado y libres de la mano opresora del gobierno argentino invasor.

Veintiuno

Unos días después, tan repuestos de la gira anterior como ansiosos por la siguiente, Jiménez y Murch partieron en un nuevo recorrido misionero que incluiría, además de los pueblos y las estancias, las reservas de Camusu Aike, la del lago Cardiel y la del lago Viedma, con la intención de llegar hasta el lago Buenos Aires, en el extremo noroeste del territorio de Santa Cruz. Me prometieron que estarían atentos a cualquier otro indicio sobre ese animal unicornio y me lo comunicarían por carta para ayudarme con mi *investigación arqueológica*, eufemismo que ocultaba mi verdadera intención de rastrear esa bestia hasta encontrarla, viva o muerta.

Mi rutina retomó el curso normal de preparación y dictado de clases, con las ocasionales salidas por las noches a lanzar piedras a las aguas de la ría, pero ya nada era como antes. Las llamas de mi Gran Teoría se habían vuelto a encender, mi cuerpo y mi mente volvían a bullir y la ansiedad por recibir alguna noticia de Jiménez y Murch se convirtió en la principal razón para levantarme por las mañanas. Pero la carta de los misioneros se hizo esperar varios días, varias semanas, y cuando la expectación se estaba volviendo insoportable, tuve la fortuna de recibir otra que durante un tiempo me mantuvo entretenido. La otra carta era de Grisha Vyrypayev, el científico ruso que había dado la conferencia sobre el elasmoterio.

La carta de Grisha estaba llena de tristeza, pero de esas tristezas optimistas que albergaban el germen de la esperanza. El ruso pedía disculpas por demorar en contestar (había pasado más de un año desde mi carta) y adjudicaba su tardanza a problemas de salud. Un parásito, explicaba, un gusano microscópico con los hábitos más dañinos del reino animal se le había metido en la sangre en su visita a los evenk, en Siberia, durante su viaje en búsqueda del unicornio. No sé si me contagié el parásito del agua, de la comida o de las mujeres y de los hombres con los que tuve contacto cercano, contaba Grisha, aclarando que los evenk eran un pueblo inclinado a mantener relaciones corporales muy íntimas sin importar las diferencias de sexo o edad. Después de dar vueltas por Europa y Estados Unidos procurando algún tratamiento (viajes que había financiado con conferencias como a la que yo asistí en Turín), ahora estaba en Moscú, abatido, esperando que la muerte le llegara de la manera más pronta e indolora posible. Había jurado dar mi vida por la ciencia, se lamentaba entre signos de exclamación, pero nunca imaginé que sería de esta manera. A pesar de su estado, Grisha mostraba entusiasmo por mi carta y por mi hipótesis sobre la llegada del bisonte unicornio (que siempre llamó elasmoterio) al sur de la Patagonia. Tu historia completa mi historia, decía, y eso me permite morir con la tranquilidad de que mi trabajo no se disolverá en el éter, que alguien continuaría con la búsqueda de esa fabulosa

creatura. Pese a la cordialidad, no se privó de decir que mi teoría de que los tehuelches eran un pueblo elegido padecía de una soberbia inexcusable (u otro epíteto equivalente, en el inglés atravesado en que escribía). Si vamos a seguir esa línea de razonamiento, agregaba, debemos decir que todos los pueblos a lo largo del recorrido de la bestia, desde Asia Menor hasta Patagonia, fueron elegidos por Dios. Grisha se explayaba luego en detalles de su apartamento moscovita, hablaba de las paredes tapizadas de libros, del olor a remolacha y carne de cerdo que le cocinaba la mujer que lo cuidaba, hablaba también de la soledad de su dormitorio con una gran ventana en el techo por la que miraba las estrellas cruzar el cielo de Asia, las mismas estrellas que horas antes habían surcado los cielos de Siberia y que noche tras noche hacían el recorrido inverso al del elasmoterio. Por último, pero no antes de detallar que la universidad de Moscú le estaba preparando grandes honores por su brillante y fecunda carrera que esperaban dárselos antes de su muerte, Grisha asumía el papel de profesor, o mejor aún de consejero, y me recriminaba falta de solidez. Tu teoría carece de una prueba fundamental, decía. ¿Cómo justificas que Dios eligiera proteger solo ese animal y no otros? ¿No se te ocurrió pensar que ese punto será el primero que te cuestionará la Iglesia y también el resto del mundo? Y con la generosidad de los grandes científicos, Grisha me proporcionaba la pieza faltante. Unos años atrás, dijo, en una cueva situada en algún lugar de Palestina un colega de la universidad “obtuvo” un pequeño rollo de cobre (las comillas que encerraban *obtuvo* no eran fáciles de interpretar). El rollo tenía escrituras en la lengua de los nabateos, un pueblo semita que habitaba el desierto del Neguex en la orilla oriental del río Jordán, lengua que nadie en Rusia podía traducir con precisión, pero que de todas maneras alguien había interpretado en parte y en esa interpretación había descifrado (entre otras cosas) que Jehová efectivamente había elegido a una bestia, que podía ser tanto el elasmoterio como un elefante o cualquier otra, porque sobre la especie nadie podía hablar con certeza, y que le había pedido a su Pueblo que la protegiera. Ese animal, agregaba, sin duda podía ser el emblema del Bien, que tú has propuesto inteligentemente en tu carta, y por eso Jehová le pidió a ese pueblo, sin especificar tampoco qué pueblo, que la resguardara del Mal. Grisha se despedía afectuosamente, esperando recibir noticias mías, aunque no estaba seguro de que su tiempo en la Tierra le alcanzara para eso.

La carta del ruso no solo aportaba un pilar fundamental a mi teoría —Dios sí había elegido un animal, de hecho un único animal, como insignia del Bien—, también me recordaba que mi paso por la Università degli Studi di Torino me había convertido en algo más que un presbítero. ¿Era un siervo del Señor? Por supuesto, pero también un hombre de ciencias, al que otro científico como Vyrypayev trataba como a un par y al que le confiaba el futuro de sus investigaciones. Eso ofició como una suerte de viento, y no hablo de los vientos patagónicos que por lo general surcan cielos luminosos, hablo de esas ráfagas que cada tanto barrían las cerrazones de Turín, un viento que disipó las nubes negras que me oscurecían el juicio desde la llegada a Río Gallegos, un viento que me permitió ver, con la claridad de un refucilo, que las ciencias eran la llave para salir

del encierro del colegio, que la arqueología era mi pasaporte de regreso al mundo para encontrar la bestia unicornia.

En los días que siguieron fui recuperando, a pasos cortos pero firmes, la confianza y la fe, una confianza y una fe que aliviaron la claustrofobia del colegio y el tedio de las clases, que amenazaban con fundirse las unas con las otras. Pero cada tanto regresaban los días en que mi determinación flaqueaba, en que la seguridad en mí mismo parecía una hoja seca a merced de una borrasca y lo único que me consolaba, o al menos calmaba mi pesadumbre antes de ir a dormir, era caminar por la ría y lanzar piedras al agua haciéndolas llegar lo más lejos posible. Y ese vaivén, ese subibaja entre la esperanza y la autocompasión (la más imberbe de todas las desdichas), no se detuvo hasta que finalmente llegó la anhelada carta de los misioneros.

La carta estaba firmada por Jiménez, quien luego de los detalles sobre el pato asado que habían comido en la estancia de unos austríacos, el ropero y la mesa de luz que habían conseguido para la pieza misional de Cañadón León y otros detalles imposibles de recordar, contaba su visita a los tehuelches. Después de pasar unos días en Cañadón León, decía, seguimos hacia la reserva del Lote 6 en el lago Cardiel. Nos llevó tres días de cabalgata y otras tantas duras noches a la intemperie, pero valió la pena. ¡Los tehuelches son tan amables, tan hospitalarios! Al vernos aparecer a caballo por el cañadón, con nuestros sobretodos negros y los cuellos blancos de sacerdote, se mostraron tímidos y solo asomaron las cabezas detrás de las rocas y de las matas, pero nomás desmontamos se acercaron a saludar y a charlar, y finalmente nos invitaron a entrar a una de las casas. Como recordará de su visita a Camusu Aike (de la que tanto nos relató), aquí también hay viviendas de adobe y techos de chapa, donde viven las parejas más jóvenes con sus hijos, mientras los más viejos siguen todavía en los toldos de cuero de yeguarizo que montan entre las matas altas de calafate. La casa tenía dos habitaciones, una donde comen y cocinan, y la otra donde duermen, sin camas, solo unas mantas de guanaco en el suelo para los niños. Cuando se hizo de noche, nos dieron de cenar y nos invitaron a hospedarnos con ellos. Terminamos durmiendo en la sala comedor, enrollados entre nuestras pilchas y acompañados por los perros, unos galgos escuálidos y llenos de pulgas, contra una pared cercana al fuego de la cocina para aprovechar el calor. Al amanecer la claridad que entraba por la ventana me despertó antes que los demás, y al abrir los ojos descubrí algo que había pasado desapercibido la noche anterior: la pared tiznada de hollín estaba decorada con dibujos hechos con tizas, esas tizas rojas, verdes y azules que se usan para marcar las ovejas. Eran figuras de animales y se notaba que estaban hechas por niños, no solo porque estaban cerca del piso, sino también por la simpleza de los trazos. Estaban los típicos guanacos, los avestruces, las mulitas e incluso un puma, o algo que pretendía ser un puma. Pero un poco más alejado y más alto que los demás, había un dibujo diferente al resto: era la imagen de un bisonte con un solo cuerno muy similar al dibujo que usted nos mostró de la pintura rupestre en el arroyo Lechuza. Era el único dibujo de color rojo y claramente había sido hecho por un adulto. Cuando despertó el padre de la familia, de nombre

Hilario Casimiro, le pregunté sobre la pintura del unicornio. Hilario hablaba muy bien castellano y hasta ese momento había estado muy dispuesto a responder cualquier pregunta, pero se mostró reticente a hablar del dibujo. Encendió la lata de combustible donde cocinan, preparó unos mates y se puso a charlar de otras cosas. A media mañana improvisamos una misa en el salón de la casa, a la que asistieron muchos de los indios. Después nos invitaron a comer un asado de potranca con ellos, y allí pudimos conocer a los más ancianos, que no habían salido de sus toldos mientras realizábamos el sacramento. Uno de los ancianos, un hombre de casi cien años según me dijeron, pasó el almuerzo observándome de una manera casi impertinente. Hilario me dijo que el viejo se llamaba Dionisio y que estaba un poco loco, que no le hiciera mucho caso. Pero ese hombre me daba curiosidad y, cuando la muchedumbre se fue desperdigando, me le acerqué. Le conté quién era y a qué venía. Él me miró y asintió con la cabeza. En un impulso le pregunté sobre el unicornio, si sabía quién había hecho la pintura que había visto en la casa. No me entendió, o pretendió no entenderme, así que saqué mi libreta y dibujé, con mis limitadas habilidades, la imagen que había visto en la pared. El anciano se puso serio y empezó a negar con la cabeza. Se me ocurrió entonces contarle lo que usted nos había dicho, que el unicornio era un animal sagrado mencionado en la Biblia y que, como hombre de la Iglesia, como representante de Dios en la Tierra, mi obligación era velar por él. No sé si Dionisio me entendió o hizo como que entendía (pocas palabras conozco del tehuelche y él apenas algunas del castellano), pero su expresión cambió: los ojos pasaron a tener una mirada de urgencia y las manos se movían como si dibujaran en el aire. Señalando con el dedo hacia el oeste, me dijo algo que alcancé a registrar como *choche*. Le pedí que lo repitiera, pero no me hizo caso. Siguió señalando y diciendo otras cosas en tehuelche de las que solo logré recordar *kálten káltenk ámien*, porque la repitió varias veces. Hilario me dijo que *choche* quiere decir *uno*, pero las otras palabras no las reconoció. Es muy probable que las esté transcribiendo mal, pero me queda la esperanza de que sus conocimientos del idioma indio alcancen para descifrarlas. Dios bendiga al presbítero Palacios, etcétera, etcétera, etcétera...

Como buen narrador, Jiménez sabía que las buenas historias cabalgan sobre los detalles minúsculos, pero ni siquiera esa maestría para respuntar la historia con sus acostumbrados pormenores —el sabor dulzón de la carne de yeguarizo, los rojos y amarillos de las mantas de guanaco, la tos que venía molestando a Murch desde hacía una semana, los planes de regresar a Cañadón León para pasar las Navidades allí antes de retomar camino...— disimulaba que las noticias del bisonte no eran muchas y acaso no muy fiables. Cuando queremos que algo sea cierto, y esto lo sabe hasta el más necio, la mente se vuelve pródiga y antojadiza. ¿Cuán grande era el parecido entre el bisonte de tiza y mi dibujo del arroyo Lechuza? ¿Cuánto de la renuencia de Hilario a hablar no era un simple desinterés por un dibujo que, más allá de que Jiménez creyera obra de un adulto, podía ser de un niño un poco más diestro para el arte que los demás? Lo mismo se podía decir de la conversación con Dionisio. ¿Cuán grande había sido el

entendimiento? ¿Cuánto más grande la incomunicación? Pero ese hallazgo era el primero desde mi regreso a Patagonia, lo único que tenía por el momento, y mi corazón ignoró la vaguedad y se prendió de la perspectiva, por mínima que fuera, de que los misioneros hubieran encontrado la punta de la madeja de Ariadna.

Veintidós

¡Oh, Señor! ¡Cuántas cárceles construimos alrededor de nosotros mismos, y cuán grande la alegría al derribarlas! En mi cabeza volvió a resonar la voz de Orsini, la estertórea, la profunda voz del siciliano que esta vez pareció salir de una de esas cavernas en las que no deberíamos aventurarnos nunca. La voz repitió algo que ya me había dicho: las mejores mentiras, Emanuele, son las que más se parecen a la verdad. Y bajo ese influjo traduje la carta de Grisha, o más bien escribí una versión de la carta del ruso, con la que me presenté en el despacho de Cuevas.

¿Un mate cocido?, dijo Cuevas. Acabo de tomar. Permítame que insista, dijo el director y me sirvió una taza. He recibido carta de un colega ruso, dije, de un destacado científico de Moscú. ¿Un colega? Usted estará al tanto de mis estudios en la Universidad de Turín. Por supuesto, dijo Cuevas, dando un sorbito al mate. ¿Usted estudiaba...? Arqueología. Gran ciencia, la arqueología, dijo. Justamente de eso trata la carta, dije. El arqueólogo Grisha Vyrypayev viene siguiendo desde hace años la ruta de un animal parecido a un rinoceronte que podría haber migrado hasta el sur de la Patagonia. En una conversación que tuve con él en Turín, continué, le comenté que en breve regresaría a este extremo del mundo y por eso se ha comunicado ahora conmigo.

La carta de Grisha era diferente a las que normalmente se recibían en el colegio y la diferencia consistía en la tinta, una tinta verde que según le diera la luz brillaba como una esmeralda y ese brillo le imprimía a cada palabra un halo de verdad o de misterio, dependiendo de quién la mirara. Coloqué la carta sobre el escritorio, en frente de Cuevas, y al lado puse mi traducción, escrita sobre hojas ásperas de cuaderno y con la misma tinta negra y opaca que usábamos todos. El director miró la carta del ruso, pasó los dedos sobre las letras como si leyera braille, y luego tomó la traducción.

Estimadísimo Doctor Palacios (en mi traducción, Grisha nunca me trataba como presbítero), retomando el interesantísimo intercambio de ideas que tuvimos en Turín sobre su futuro trabajo en la Patagonia, habiendo quedado tan impresionado con sus conocimientos de paleobotánica, de megafauna, etcétera, etcétera, etcétera..., le propongo que se sume oficialmente al proyecto de investigación de la Universidad de Moscú como Investigador Asistente a cargo del Área Patagónica y lo antes posible comience con las investigaciones necesarias para etcétera, etcétera, etcétera...

Cuevas apoyó la traducción sobre el escritorio, se llevó la taza de mate cocido a la boca y la vació de un sorbo. Era difícil saber si estaba impresionado o confuso. ¿En Rusia son todos

comunistas?, preguntó, y con comunista comprendí que quería decir ateo. Sí y no, respondí. ¿Sí y no? No todos lo son, dije. El doctor Vyrypayev es creyente. ¿Un cristiano ortodoxo?, dijo Cuevas. No se lo pregunté, pero cuando lo conocí en Turín llevaba un crucifijo de madera colgado del cuello, un crucifijo con la talla de Jesús más bella que haya visto en mi vida, la corona de espinas dolía de solo mirarla, y en ese crucifijo... ¿Y cómo piensa compatibilizar esa investigación con sus responsabilidades docentes?, me interrumpió Cuevas. Pensaba sumarme al viaje de los misioneros durante el receso de Navidad, dije. ¿Viajar con Jiménez y Murch? Cuevas enderezó la espalda, apoyó los codos en el escritorio y se quedó un rato girando los pulgares. La labor de los misioneros es pastoral, dijo, y lo que usted propone no tiene nada que ver ni con la Iglesia ni la religión.

Ganas tuve de explicarle que el real objetivo de mi viaje era religioso en un sentido más profundo que cualquiera de las encomiables tareas de Jiménez y Murch. Ganas me dieron de elevar la voz y propalar hacia los cuatro rincones de esa habitación los fundamentos de mi Gran Teoría, pero por supuesto no lo hice. Hay más de una manera de servir al Señor, dije, y esa frase, por motivos que no comprendí del todo, motivó en Cuevas un ataque de familiaridad, o tal vez de camaradería. Se sirvió otra taza de mate cocido, volvió a llenar la mía y se tomó un tiempo, que sin duda me pareció excesivo, para contarme de su vida y de la filosofía que regía su vida y en esa historia, de la que recuerdo poca cosa, lo que no olvido es que mencionó a otros directores y a otros asistentes y a otros amanuenses, que habló de secretarías y de ministerios y de autoridades, que enumeró oficinas y covachuelas, lo que no hizo más que confirmar que Cuevas era la quintaesencia de un funcionario, lo que se podría llamar un burócrata, y como tal profesaba un gran respeto por ese concepto tan maleable, tan proclive al mal uso, por esa noción tan mal interpretada de las jerarquías. Si este científico ruso lo ha nombrado asistente de su proyecto de investigación, dijo, lo correcto es que usted cumpla con su deber.

Antes de retirarme, Cuevas me preguntó cómo se llamaba el animal que estábamos buscando. Elasmoterio, respondí sin pensarlo demasiado, y de allí en más siempre que hablé con él seguí usando intencionadamente ese apelativo grotesco que no hacía justicia a la magnífica bestia que nombraba, pero servía de protección, como el capullo tosco de una crisálida que oculta a su ninfa hasta que se convierte en la libélula que finalmente enfrentará al mundo.

Con la venia de Cuevas les comuniqué a los misioneros que me reuniría con ellos en Cañadón León apenas iniciara el receso escolar. Como respuesta recibí una carta de Murch en la que me advertía que no estarían en Cañadón León para esa fecha, sino en el lago Posadas, unos trescientos kilómetros hacia el noroeste. El nuevo itinerario se debía, según explicaba, a que un estanciero aragonés los había ido a buscar en su camioneta para que oficiaran la boda de su hija con un joven pariente lejano que acababa de llegar de Santander. El estanciero estaba desesperado, decía Murch. El novio, un muchacho de rasgos finos y modales delicados, criado en un pueblo de montaña rodeado de pastos verdes y senderos brumosos, había cruzado el océano

para casarse con su hija, pero al llegar a la meseta patagónica, al ver la sequedad, el fustigue del viento, la soledad de los campos, había sufrido un colapso y llevaba días sin comer ni salir de su habitación. A la madre de la novia le aterrorizaba que el joven decidiera marcharse o, peor aún, se muriera en la estancia sin casarse con su hija. Antes viuda que plantada en el altar, había sentenciado, y le había ordenado al marido conseguir un cura lo antes posible de donde pudiera. Después de compartir su desesperación con los misioneros, el aragonés los cargó en su camioneta y los llevó a su estancia cerca del lago Posadas. Oficiar la boda requirió que Jiménez hablara con el novio durante unas horas (sin demasiado éxito) y que luego Murch, sacando ventaja de su altura y gran fortaleza, lo sacara a la fuerza de la cama y lo obligara a ponerse el traje y la corbata y los zapatos recién lustrados. Concluido ese trámite los misioneros se habían desplazado a un asentamiento cerca del lago, donde impartirían catequesis a los niños de una escuela con internado hasta que llegaran las Navidades. Ese súbito cambio de planes, que además de súbito era a todas luces azaroso, no fue más que un indicio de lo que comprobaría al reunirme con ellos. A diferencia del colegio, con sus horarios, reglas y procedimientos, donde la subordinación era la norma y los subterfugios la única manera de quebrantarla, Jiménez y Murch disfrutaban de una libertad impensable para cualquier otro presbítero, la libertad que me hacía falta para cumplir con mi destino de hallar la bestia.

La carta de Murch, además de avisarme que tendría que viajar trescientos kilómetros más para encontrarme con ellos, incluía otra noticia sobre el bisonte, un hallazgo casual (como son siempre los mejores hallazgos) que prometía ponerme más cerca de la bestia de lo que imaginaba. La carta decía: Estábamos cenando en el comedor de la escuela de este pequeño poblado, una gran sala con dos mesas largas donde la señora Rosa Del Güercio da de comer a algunos de los maestros, y también a los arrieros y a los carreros que pasan todo el tiempo por esta zona, unos guisos casi tan buenos como los del colegio. Las mesas tienen unos manteles de hule estampados con la bandera de España que alegran la sala con ese rojo sangre y ese amarillo girasol que brillan con la luz de un farol de querosén que se enciende al caer la tarde. Esa noche el comedor estaba más tranquilo de lo habitual. Al principio los únicos comensales éramos Jiménez y yo, hasta que apareció un baqueano, un hombre de sombrero de ala caída y piel curtida por el viento. Se presentó como Reyes y, aunque al principio se mantuvo callado, apenas tomó confianza (pero no antes de beber el único vaso de vino que la señora Rosa les permitía a los paisanos) comenzó a contarnos que venía de Chiloé, que había pasado unos años en Punta Arenas y de allí había cruzado los Andes hacia el lago Argentino y después había venido hacia el norte hasta el lago Posadas, donde le habían prometido un trabajo estable. Antes de hablar con Reyes, habíamos estado haciendo anotaciones en la libreta donde registramos los eventos diarios que usamos luego para los informes a las autoridades salesianas. Cuando abrió la puerta el último comensal de la noche, un hombre que venía vendiendo mercadería por las estancias, el viento dio vuelta las hojas de la libreta y dejó expuesto el dibujo del bisonte que Jiménez había hecho para

mostrarle a Dionisio en el Cardiel. Reyes estiró el cuello. ¿Ese dibujo ha sido del Cerro de los Indios?, dijo. Es del arroyo Lechuza, dijo Jiménez. Aquí cerquita ha habido uno casi igual, dijo Reyes. ¿Qué es el Cerro de los Indios?, pregunté. Un muro de piedra lleno de pinturas, dijo Reyes. Ha habido muchos garabatos y también ha habido un buey cornudo como el de ese dibujo. El día siguiente conseguimos un par de caballos y luego de recorrer con Reyes casi una hora llegamos al cerro, un paredón de roca repleto de arte rupestre, tal como lo había descripto. Entre dibujos de guanacos, avestruces, cazadores persiguiendo presas con lanzas y otras figuras abstractas difíciles de interpretar, a unos cinco metros de altura, separado de todo como si le hubieran reservado su propio altar, estaba la imagen de su bisonte: grande y majestuoso, ensalzando su cuerno hacia los Cielos en postura desafiante. Al verlo, nos quedamos mudos de la emoción. Es un animal hermoso y a pesar de la simpleza del dibujo se nota la gran fuerza que tiene. Dios bendiga al presbítero Palacios, etcétera, etcétera, etcétera...

¡Otra pintura del bisonte! Mis ojos repasaban la carta para confirmar que no había leído mal, mientras mi corazón retumbaba y mi alma se reía por dentro, una risa que me hacía pestañear, que me hacía tamborilear los dedos de los pies y de las manos, que me llevaba a dar zapatazos contra el suelo cuando nadie me veía. Si la carta anterior pecaba de vaguedad, esta rebosaba de certeza, una certeza relumbrante que prometía convertirse en una estrella más en la constelación que trazaba el mapa de mi vida.

¿Percibí ecos de Orsini al pensar que unas pinturas rupestres me develarían el camino a lo que estaba buscando? Por supuesto. Pero una voz me recordaba que, a diferencia del siciliano, yo no buscaba la quimérica Ciudad de los Césares. Mis pasos seguían los de una criatura cuya existencia insinuaban mapas, rabinos y científicos, de la que hablaba hasta la mismísima Biblia. Y la voz también me decía que mientras Orsini procuraba fama y provecho personal, mi búsqueda se acercaba si no al altruismo (pues yo también soy indio), sí a la hidalguía, al quijotismo de demostrarle al mundo quiénes eran los tehuelches, quiénes *éramos* los tehuelches, y lo que por ende valíamos.

Pero por las noches mi mente se nublaba con el humo de los sueños y a través de esa bruma asomaba la voz de Orsini. Emanuele, nuestras stirpes son las mismas. Emanuele, tu ambición es mi ambición, ¡tu epofenia es mi epofenia! Y yo sacaba los brazos de debajo de las frazadas y los abría y los cerraba para disipar la bruma, pero cuando la bruma se disipaba aparecían su cara, sus labios y sus dientes, veía la lengua moverse y disparar gotas de saliva. Orsini gritaba cada vez más fuerte, su rostro casi pegado al mío, y lo que más me aterraba no era su aliento a ajo y albahaca, ni la barba mal afeitada alrededor de la boca, ni el colmillo torcido que apuntaba hacia afuera. Lo más perturbador del sueño era que la proximidad de esa cara me hacía sentir como un niño al que lo abraza su padre.

Veintitrés

Si desde mi llegada a Gallegos el tiempo avanzaba como una yunta de bueyes cansados, a partir de la carta de Murch voló como un avión con viento de cola, un avión artífice del vuelo que tiene por delante. Me apresuré a calificarle a los alumnos sus insectos clavados en planchas de cartón, sus mapas coloreados de Europa o Asia, sus composiciones en inglés sobre las aventuras de John y Jane y también adelanté los exámenes orales para dar tiempo a que cualquier disputa sobre cualquier nota se dirimiera antes del quince de diciembre: el día en que terminaban las clases y comenzaba mi viaje. El tiempo escaseaba. Los alumnos regresaban al colegio después de la Epifanía y eso me daba apenas tres semanas para buscar al bisonte.

Comencé la travesía de seiscientos kilómetros en la camioneta de un croata, un hombre delgado como el tallo de un ruibarbo y con una voz metálica que llenaba la cabina con una fuerza inconcebible para un cuerpo tan flaco. Me dijo que tenía sesenta años y llevaba cuarenta viviendo en este *fin del mundo*, lo que era virtualmente imposible pues ningún croata, hasta donde yo sabía, se había aventurado tan al sur en el siglo XIX. Por momentos su tráquea proyectaba una voz furiosa, como si encendiera una radio sintonizada con una estación perdida en otra parte del planeta donde hombres tan delgados como él fueran capaces de abrir la boca e intimidar al mundo. Y con esa voz me habló en un tono paternal que se volvía cada vez más autoritario. Tienes que andar con cuidado en la Patagonia, dijo. No creas que ese atuendo religioso te va a proteger de la maldad que abunda en estas tierras. Para empezar, ten cuidado de los asturianos pues son mala gente, mineros muertos de hambre devenidos en anarquistas o comunistas. Cuídate también de los ingleses, que pueden parecer más refinados pero son igual de miserables: ladrones de tierra y explotadores de peones. Dios te libre de los alemanes, que aunque son pocos no por eso menos malvados. Los alemanes son capaces de robarte el caballo y el perro y convertirlos en salchichas. Ni hablar de los sirios, esos son de los que más debes cuidarte, hombres sin moral que van con sus carromatos por las estancias vendiendo chucherías y estafando a la gente, metiendo gato por liebre, llevando escondidas mujeres y alcohol para emborrachar a los peones y desvalijarles hasta el último peso. Los irlandeses parecen mejor gente, pero son tan rufianes como los otros. Y después vienen los portugueses y los galeses, que son particularmente ruines. Y mejor no hablo de los chilenos, esos superan la categoría de miserables, esos son criminales.

¿Y qué opinión le merecen los indios?, le pregunté. ¿Qué indios? Los tehuelches, los patagones, dije. Los indios se murieron todos en el siglo pasado, dijo el croata. Los únicos indios

que quedan son esos argentinos que vienen del norte, y esos sí que son los más miserables de todos.

El croata me dejó en Paso Ibáñez y desde allí continué hasta Cañadón León en el camión de una familia de irlandeses que, después de descargar lana en el puerto de Santa Cruz, regresaba con la caja tapizada de sacos de arpillera vacíos. El irlandés tenía mandíbulas anchas y un hoyuelo en el mentón en el que le gustaba meter el pulgar. Iba con su mujer y sus cinco hijos, entre ellos un bebé de pecho, que aprovecharon el viaje al puerto para visitar al médico en Paso Ibáñez. El irlandés me ofreció viajar en la cabina, pero preferí la caja para disfrutar del aire limpio y observar el paisaje desde los cuatro puntos cardinales. A través de la luneta veía la nuca del padre, el cabello negro de la madre recogido en una trenza, las caras de los niños que cada tanto giraban para mirarme con esos ojos verdemar y sonreírme con las narices mucosas y las mejillas enrojecidas. El camión avanzaba por el ripio, el padre fumaba cigarrillos, la madre amamantaba al bebé y los niños cantaban en un idioma que sonaba tan arcano como el aonekko de los tehuelches.

El último tramo del viaje me llevó tres días y lo hice a caballo, parando en la primera estancia que apareciera después de la caída del sol, sin importar cuál, confiando en la hospitalidad de los colonos, siempre dispuestos a dar comida y abrigo a los viajeros, más aún a un religioso. La recepción que me dieron los misioneros en el lago Posadas fue calurosa, o más que calurosa. Jiménez me abrazó varias veces repitiendo qué honor es tenerlo con nosotros, hermano Palacios, qué alegría nos trae su compañía y otras cosas por el estilo. Y mientras Jiménez me abrazaba, Murch hacía ruiditos ininteligibles y golpeaba las palmas contra los muslos como si intentara levantar vuelo. Como los grandes hombres que eran, miraban su labor con humildad y la de los otros con admiración. Sentían que mi presencia los elevaba cuando en realidad era todo lo contrario.

Mientras nos poníamos al tanto de las novedades, mi estómago tronaba como el prelude de una tormenta. Era tarde para el almuerzo, pero temprano para la cena, lo que motivó una larga elucubración sobre dónde alimentarme, elucubración del todo innecesaria ya que el único sitio donde podía comer un visitante en el lago Posadas era la cocina de la escuela. La señora Del Güercio, una mujer enjuta que acompañaba lo que decía con una sonrisa, mantenía por fortuna la cocina encendida. De hecho no parecía apagarla nunca, lo que tenía todo el sentido del mundo pues en esa gran habitación, con tres cocinas de acero inglés alineadas como las calderas de un trasatlántico, se preparaban desayunos, almuerzos, meriendas y cenas para los más de treinta alumnos de la escuela, los maestros, el director, los preceptores, el personal de maestranza, los misioneros (cuando estaban de visita) y cualquier arriero, mercachifle, carrero o viajero errante que recalara en el lago Posadas.

Después de tanto viaje, el aroma a salvia y a romero del guiso, el pan caliente que me trajeron en una canastita y el vino tinto que me sirvieron en una jarra con forma de pájaro ayudaron a que

el alma, como quien dice, me volviera al cuerpo. Y al retomar la conversación de una manera más distendida confirmé lo que venía percibiendo desde mi llegada: lejos de Río Gallegos, Jiménez y Murch se transformaban en personas diferentes. Había en ellos una falta de planificación, un derroche de energía, un descuido sintáctico en la construcción de las frases, como si estuvieran todo el tiempo bajo los efectos del vino tinto (lo que no era cierto) o bajo el influjo de otro estimulante más pernicioso (lo que tampoco era cierto) o como si al recorrer los senderos patagónicos por su cuenta, los principios que regían la vida salesiana desaparecieran, o ellos los hicieran desaparecer, y eso les diera una libertad desconcertante, una libertad siempre en peligro de desbocarse, como quien se asoma a un precipicio y contempla la posibilidad de abrir los brazos y lanzarse, lo que por supuesto nunca sucedía.

Con el tiempo descubrí que ese cambio merecía una explicación más sencilla. Los días de Jiménez y Murch en el colegio eran un hiato consagrado a narrar. De hecho era lo único que hacían cuando estaban en Río Gallegos, amén de redactar informes que, en sí, eran otra forma de contar sus viajes. Un narrador debe ordenar recuerdos, escoger unos detalles y descartar otros, en otras palabras aclarar sus pensamientos de una manera artificiosa y disciplinada. Si sus días en el colegio eran una novela, las giras misioneras eran la vida que la alimentaba, una vida caótica e impredecible, como todas las vidas, hasta que dejaba de serlo cuando uno la ordena para contarla.

A eso de las cinco salimos a tomar el aire y a estirar las piernas. Esa aldea minúscula a orillas del lago Posadas había nacido en el siglo XIX como el corazón de una factoría lanera de ingleses que, cuando los precios de la lana bajaron demasiado y los conflictos gremiales aumentaron demasiado, la subdividieron y la vendieron. La parcela con las grandes instalaciones, que ahora llamaban poblado, quedó en manos de los hermanos González Pedroso. Unos años después de la compra, el gobernador de Santa Cruz, Juan Manuel Gregores, les pidió a los Pedroso que donaran algunos de los edificios, en desuso desde hacía años, para una escuela rural con internado. Los dos pabellones con paredes blancas y techos de chapas rojas y verdes, que en su momento alojaban a los cientos de peones solteros de la factoría, se convirtieron en un dormitorio para varones y otro para niñas. El comedor se transformó en un salón de actos y los dormitorios de los peones casados en aulas. En las casitas de los antiguos capataces vivían ahora los maestros, los preceptores, los ordenanzas y el director, y también había espacio para los misioneros que aparecían una o dos veces al año, los troperos que en otoño y primavera pasaban con sus rebaños desde los campos de verano a los de invierno, y también los carreros que transportaban fardos de lana hacia los puertos del Atlántico.

Estábamos aún en la meseta, pero al oeste se divisaba claramente la cordillera de los Andes. Las montañas eran colosales y con eso quiero decir que eran ineludibles, que sus alturas dominaban el territorio entero. Y también quiero decir que su aura era todopoderosa y a la vez benévola, lo más cercano a una deidad a la que llega la topografía. Las cimas nevadas volvían

más azul el cielo y más negra la roca, pero también marcaban, como una empalizada que prorrumpe de las entrañas de la tierra, el final de un territorio. En dirección al Atlántico la meseta no guarda límites, la infinitud es pavorosa, pero aquí mostraba un inicio o un final, según quién lo miraba. Y acaso eso me hizo presentir —antes de las señales que aparecieron después y de los eventos que se desencadenaron después— que había llegado al sitio donde mi gesta realmente comenzaría (o llegaría a su fin), que los hechos que hasta ese instante se habían asociado con el bisonte unicornio habían sido un prelude, una obertura en la que todos los *leitmotive* de esa historia, de esa grandiosa historia, habían sido insinuados (todos, sin excepción) pero que a partir de ese instante se empezaba a ejecutar la obra verdadera.

Los atardeceres de diciembre duran hasta casi la medianoche en el lago Posadas, y en esa primera tarde, en esa primera y larga tarde realicé dos descubrimientos importantes. Después de dar varias vueltas por las calles del poblado (que apenas podían llamarse calles), nos sentamos a descansar sobre un montículo de piedra y allí les dije a los misioneros que quería visitar la pintura del bisonte. ¿Podemos ir esta tarde?, preguntó Jiménez en voz alta. Se supone que dentro de un rato tengo que contar la historia de Noé en catequesis, dijo Murch. Y yo bendecir los carneros que Pedroso bajó de la montaña, dijo Jiménez. Pronunciadas esas frases, los misioneros sostuvieron un concilio silencioso, como si ciertas decisiones las tomaran mejor sin hablar, y luego de mirarse a los ojos por un rato dijeron al unísono que podían pasar esas obligaciones para el día siguiente y salir ahora mismo.

Si algo abundaba en ese poblado eran caballos, y también mulas y burros y bueyes que la gente vendía, compraba o alquilaba o simplemente dejaba al cuidado de Herman, el austríaco que regentaba un establo con paredes gruesas de piedra y corrales de madera lustrada que ostentaba un pesebre de longitudes faraónicas. Herman nos recibió con una sonrisa a la que le faltaban varios dientes. Estaba levantando bosta con una pala y fumando al mismo tiempo, tareas que a todas luces no se llevaban bien pues con cada palada el viento le volaba polvillo a los ojos y cada vez que el austríaco los limpiaba con el revés de la mano se le caía el cigarrillo de la boca. Al igual que la señora Del Güercio, y los otros pobladores que fui conociendo después, Herman miraba a los misioneros con ojos embobados de cariño, de agradecimiento y de cariño. La gente del Posadas trataba a Jiménez y a Murch con el respeto que inspira un padre y la ternura que inspira un niño, y ay de que quisieran algo o expresaran la intención de querer algo, porque todos se desvivían para que lo tuvieran. En cuestión de minutos Herman trajo tres caballos ensillados, tres altos y fornidos caballos patagónicos con el pelo brillante y los músculos prestos para el galope.

Antes de ir al cerro le vamos a mostrar el lago, dijo Jiménez. Hermoso lago, dijo Murch. Pletórico de romanticismo, dijo Jiménez. Para que se dé una idea, sus afluentes se llaman Furioso, Tarde y Oro, dijo Murch extendiendo la mano como si declamara una poesía. Cabalgamos menos de una hora y llegamos a la orilla del lago, que efectivamente era hermoso. Y

amén de hermoso, extraño. El lago que llamaban Posadas era pequeño, con la forma de un cuadrado de unos siete u ocho kilómetros de lado, separado de otro mucho más grande por un istmo, un terraplén de apenas doscientos metros de ancho y varios kilómetros de largo que avanzaba en una línea sorprendentemente recta, como si hubiera sido construido por la mano del hombre (lo que era imposible). A esa rareza se sumaba que las aguas del pequeño lago Posadas eran celestes, casi turquesas, mientras que las del más grande, al otro lado del terraplén, eran azul oscuro. Jiménez y Murch desensillaron, pero yo continué por el istmo —aguas celestes a diestra, azules a siniestra— pues recordé de pronto la primera carta de Jiménez, esa frase que repetía el anciano tehuelche Dionisio, *kálten, káltenk ámien*, cuando le preguntaron por la pintura del bisonte. En su momento la había traducido como *celeste, azul celeste*, y así como la había traducido la había descartado porque no le encontraba sentido, pero ahora tenía todo el sentido del mundo. Más aún al recordar que Dionisio la repitió apuntando hacia el oeste, en dirección a ese lago que ahora tenía ante mis ojos, o mejor dicho *esos lagos*, con aguas celestes y azules separadas por un terraplén que cuanto más lo miraba más artificial parecía. Como si esa coincidencia no fuera suficientemente curiosa, a unos pocos metros dentro del Posadas, de las aguas emergía un promontorio de roca en forma de arco, un promontorio tosco y asimétrico que recordaba el pórtico de una catedral sumergida. Sugestionado acaso por el istmo y por los colores de las aguas, mi mente imaginó que ese arco de roca debía marcar una entrada. ¿Hacia dónde? No lo sabía, pero sin dudas una entrada a alguna parte.

Volví al galope a compartir mis hallazgos. ¡Dionisio, celeste, azul, el terraplén, el pórtico...! Los misioneros me miraron con caras de niños que escuchan un cuento de hadas, o con caras de niños que creen como tortolitos en un cuento de hadas, y esa candidez hizo retumbar en mi mente la voz de Orsini. ¡Tu epofenia es mi epofenia! ¡Tu locura es mi locura! ¿Estaba transitando la ruta del delirio? ¿Estaba siguiendo los pasos de ese siciliano trastornado?

Pero esa duda, o ese dejo de duda, no persistió demasiado. Desde el lago continuamos camino y en menos de media hora divisamos el Cerro de los Indios, un paredón rojizo de unos veinte metros de altura y unos mil de ancho plantado en el medio de la planicie, lejos de cualquier cosa que le obstruyera la vista. Al igual que la cordillera y el pórtico sumergido, el cerro tenía un aura mística, o al menos a mí me pareció que la tenía y me pregunté por qué. ¿Por qué parece religiosa esta geografía, Manuel? Por los colores, me dije. El rojo del cerro, el azul de un lago, el turquesa del otro, la nieve blanca, la roca negra. Estábamos rodeados por colores puros y vibrantes, más vibrantes que la vida misma, y cuando el hombre se acerca a una pulsión vital tan poderosa, en lo único que puede pensar es en Dios o en algo que se le parezca.

El Cerro de los Indios no podía parecerse menos al arroyo Lechuza; si el otro era verde, este era árido; si el otro estaba resguardado, este desprotegido. Pero las pinturas eran casi las mismas: guanacos perseguidos por cazadores, huellas de pumas y choiques serpenteando por la roca, figuras abstractas de significado incierto y también las manos, esas manos superpuestas que

marcaban al mismo tiempo la presencia y la ausencia del hombre. La pintura del bisonte se hallaba a unos seis metros de altura, como la del arroyo Lechuza, y eso reforzaba la explicación de Orsini de que esas pictografías elevadas habían sido hechas cuando el suelo de la meseta era mucho más alto, siglos antes de que los españoles trajeran a América las vacas o cualquier otro animal remotamente parecido a mi bisonte. Trepé sobre unos bloques de piedra desprendidos del muro y llegué hasta mi unicornio, hasta la bestia de mi sueño y mi desvelo, ese animal bello y salvaje con su cuerno siempre apuntando al cielo. Esta vez estaba solo, sin los hombres ni los guanacos ni las flechas que lo acompañaban en el arroyo Lechuza, y aunque su color era más negro que rojo era indudablemente el mismo animal. Tan embelesado estaba que me tomó un rato ver otro dibujo justo en frente: unos círculos que se encerraban a sí mismos con una equidistancia asombrosa, flanqueados por otros redondeles más pequeños que según se los mirara parecían burbujas o monedas y que en conjunto formaban una especie de laberinto. ¿Quién me había hablado de laberintos? La pregunta comenzó a girar en mi mente como un torbellino, como un ciclón en el medio del océano, hasta que recordé los meandros en la cordillera. Cambaceres, el piloto de la Aeroposta, había dicho que sobrevolando las montañas a baja altura se ven líneas escondidas entre los Andes, líneas como senderos sinuosos, como arterias anidadas, líneas que parecen laberintos.

La roca donde estaba parado parecía la proa de un barco a punto de hundirse y era difícil mantener el equilibrio. Me senté a horcajadas y dejé que mi mirada se perdiera en la meseta, la expresión estólida, observando al mismo tiempo todo y nada. Así pasé un rato hasta que volví a ver a Murch y a Jiménez. Estaban a varios metros del paredón jugando con lo que parecía una pelota de trapo, lanzándola lo más alto que podían para hacerla caer en las manos del otro. Mis ojos empezaron a seguir el arco de la pelota, izquierda arriba, derecha abajo, derecha arriba..., hasta concentrarse en el punto más elevado, ese instante de la trayectoria en que la pelota deja de subir, pero aún no empieza a bajar sino más bien se detiene, como si flotara, como si midiera lo que está por suceder y necesitara un instante para disipar el miedo a caer y entregarse a su destino, rendirse al inexorable poder de la gravedad. Allí estoy yo, pensé, a punto de rendirme por completo, a punto de dejarme llevar por la gravedad de mi historia. En ese trance aún escuchaba la voz recurrente de la duda, la que me acusaba de delirante, de seguir el destino de Orsini, pero la otra voz, la de la esperanza y el optimismo, la de la convicción, se empezó a oír más y más fuerte hasta acallar las otras. Y esa voz me decía: Manuel, la cuestión ya no es si debes permitirte creer, sino todo lo contrario. La cuestión es si puedes permitirte no creer.

Bajé y les dije a Jiménez y Murch, con una seguridad incuestionable, que había encontrado el camino hacia el bisonte. ¿Cuál es el camino, hermano Manuel? Hacia las montañas, dije, y los misioneros me miraron a los ojos mientras mis ojos contemplaban los Andes con una mirada soñadora, una mirada creyente y esperanzada, una mirada que en otras circunstancias hubiera parecido ingenua pero en ese momento era la de un visionario. En la cabalgata de regreso los

misioneros hablaron de la cordillera y de los chilenos que la cruzaban, de la misa que celebrarían antes de la cena, de cómo había amainado el viento a esa hora... Yo me mantuve en silencio, demasiadas palabras revoloteaban en mi mente como para articularlas, para decirlas en voz alta.

Veinticuatro

Esa noche el comedor de la señora Del Güercio se llenó de gente. En una de las mesas nos sentamos los tres sacerdotes en compañía de Herman y el maestro catalán, un hombre de ojos pequeños que subrayaba lo que decía moviendo las manos y dando golpecitos en el piso con la suela del zapato. En la otra mesa estaban Aurora, la mujer gorda que limpiaba la escuela, un carrero de barba pelirroja que venía de Chile con lana para el puerto de Santa Cruz y un mercachifle que, contradiciendo lo que me había advertido el camionero croata, no era sirio sino andaluz. Durante la cena hablamos del bisonte, del laberinto y de los riesgos de aventurarse en las montañas, pero también hablamos de otras cosas. Alguien, no recuerdo quién, sacó el tema de lo sagrado. La señora Del Güercio, mientras iba y venía con fuentes de remolachas asadas, costillas de capón al romero y papas sazonadas con trocitos de perejil, dijo que para ella la comida era sagrada y aclaró que con comida no hablaba únicamente de los platos que nos servía sino también del pasto que alimentaba al capón y del agua y de los minerales que alimentaban al pasto y a las remolachas y a las papas, lo que demuestra que todo lo que comemos está hecho de agua y de tierra, dijo, y qué puede ser más sagrado que eso, amén del aire que respiramos. El maestro catalán dijo que aunque era ateo, tolerante de las religiones eso sí, pero ateo recalcitrante, creía en lo sagrado y en lo profano, que para él equivalían a lo perenne y a lo fluctuante y que enseñar a un niño a leer y a escribir, a sumar y a restar, enseñarle por qué la raíz de una planta crece hacia el centro de la tierra y el tallo hacia el cielo era una obligación perenne, y por lo tanto sagrada, de cada pueblo con su prole. Herman se había mantenido callado, fuera porque no quería mostrar los dientes o porque no le gustaba que le escucharan el acento alemán, pero de esta conversación sí participó y dijo que para él sagrados eran los olores. Cuando nos callamos para que elaborara la frase, el austríaco se acoquinó un poco, tartamudeó y hasta salpicó algunas palabras en alemán pero al final explicó, de la mejor manera que pudo, que así como el incienso aroma las iglesias y cada vez que uno entra en un templo ese olor nos recuerda que hemos puesto pie en sitio sagrado, el olor de la bosta y de la meada de los burros y de los bueyes, el tufillo del pelo sudado de un caballo debajo de la montura, mezclado con el perfume de la avena y de la alfalfa que cada día pasaba con la horquilla de la parva al pesebre, convertían el establo en un templo, en un lugar sagrado donde él era, con todo respeto de los religiosos presentes, una especie de sacerdote: el capellán de las bestias de carga. Mientras tomábamos la sopa de nabos que la señora Del Güercio nos sirvió para bajar el cordero, la palabra pasó a Aurora y ella dijo, persignándose varias veces, que lo único sagrado era Dios, declaración con la

que coincidieron el carrero y el mercachifle efusivamente, tan efusivamente que parecía menos por convicción que por ganas de seguir tomando sopa. Por supuesto que Dios es lo más sagrado, dijeron Jiménez y Murch, pero agregaron que su labor misional era también sagrada para ellos, casi tan sagrada como Dios. En mi cabeza seguían aleteando otras palabras y otras frases, y tal vez por eso cuando me llegó el turno dije algo sin pensarlo demasiado, dije que para mí lo sagrado era el origen. ¿El origen?, dijo el maestro dando un golpe con el zapato debajo de la mesa. El origen, repetí. ¿El origen de qué?, dijo Murch. El origen de los pueblos, dije, y me enderecé en la silla. La señora Del Güercio se detuvo entre las mesas con una fuente en las manos, el resto de los comensales apoyaron los cubiertos sobre la mesa. ¿El origen de qué pueblos?, dijo el mercachifle con una voz tan aguda que pareció salir de los labios de una mujer. El de aquellos a los que se lo han quitado, dije, el de los que se habla malintencionadamente como si no tuvieran origen en ninguna parte, porque al desaparecer el principio de un pueblo ya deja de importar su final y así es más fácil aniquilarlos sin que a nadie se le mueva una pestaña. No estoy de acuerdo con que el origen sea tan sagrado, dijo el carrero, que hasta el momento casi no había abierto la boca, y no antes de explicar que era hijo de una familia judía escapada de Ucrania a raíz de no recuerdo qué pogromo, dijo que si había un pueblo en el mundo sobre el que no se dudaba el origen, ese era el hebreo, lo que nunca había evitado que cada tanto intentaran aniquilarlo sin que a nadie se le moviera una pestaña. Esa acotación dejó a todos en silencio, un silencio que se prolongó hasta que la señora Del Güercio preguntó si alguien tomaba café, un silencio que agradecí porque la observación del ucraniano había puesto en tela de juicio un aspecto de mi Gran Teoría que nunca había cuestionado: de llegar a corroborar el origen del pueblo tehuelche, lo que ya era una empresa difícil, ¿tendría valor para algo?

A partir de la mañana siguiente los días tomaron una dimensión distinta, esos largos días estivales en los que la luz duraba casi veinte horas se volvieron más cortos, cada minuto parecía un segundo, cada hora un minuto, y todo fue un frenético alistamiento para la expedición: pertrechos, mulas, brújula, víveres y mi corazón latiendo como las alas de un colibrí. Pero abastecerme para incursionar en las entrañas de la cordillera no era suficiente, también había que desgranar y pesar otras opciones. Herman, quien acaso por vivir entre animales tenía más sentido común que el resto de los pobladores, me advirtió que no fuera solo, que consiguiera un baqueano. Si alguien tiene que guiarlo, dijeron los misioneros, ese es Reyes.

Reyes era un chileno de piel oscura, con el pelo largo recogido detrás de las orejas y los ojos enrojecidos como un nictálope. Hablaba en voz baja y entre frase y frase levantaba las cejas y entrecerraba los párpados como si le gustara rumiar lo que iba a decir. Hacía unas semanas había tomado un puesto de ovejero en la estancia Cruz del Sur, de don González Pedroso, pero el estanciero no puso peros a que me acompañara, menos si era un pedido de Jiménez y Murch. Yo tuve mis dudas, pero estaba ansioso por empezar la travesía y no quería perder más tiempo. Reyes era un hombre pequeño con ideas pequeñas, y con esto no menosprecio su inteligencia

pues a todas luces era un hombre despierto, pero uno de esos a los que la vida ha acorralado en una esquina estrecha, la esquina de la subsistencia, del pan de cada día, y cualquiera que haya pasado demasiado tiempo en ese sitio pierde la ambición necesaria para imaginar algo grandioso, y grandioso era una palabra que apenas alcanzaba para nombrar lo que estábamos por hacer. Y era obvio que no me tomaba en serio, la idea de ir en búsqueda de un bisonte con un solo cuerno no tenía ningún sentido para él. Cuando se lo expliqué tuvo que esforzarse para no reírse. Pero sabía lo que necesitaba saber, no dejaba de hacer comentarios sobre cuántos caballos y cuántas mulas harían falta, cuánto descendería la temperatura a medida que subiéramos la montaña, la cantidad de porotos, carne seca y pan sin levadura que debíamos llevar, etcétera, etcétera, etcétera, y con eso me convencí de que las cosas terminarían encontrando su sitio una vez que nos conociéramos.

Lo otro a sopesar era por dónde iniciar la búsqueda. La cordillera es un cordón kilométrico de montañas endentadas, de senderos que serpentean entre glaciares y lagos, de desfiladeros aprisionados entre pendientes nevadas y abismos de vértigo. ¿Dónde estarían esos recovecos, esas sinuosidades de las que me habló Cambaceres? Cuando los mencioné, Reyes me miró como si le hablara de fantasmas, pero luego dijo que dentro de las montañas se veían las cosas más extrañas y que si esos recovecos existían, los íbamos a encontrar. De lo que yo estaba seguro, sin necesidad de que lo confirmara nadie, era que las pinturas en el Cerro de los Indios, las aguas azules y celestes de los lagos y ese extraño pórtico que emergía del Posadas eran coincidencias suficientes para suponer que, si el bisonte y su laberinto estaban en alguna parte, era cerca de allí. Decidimos entonces comenzar por el cerro San Lorenzo, la montaña más elevada de Santa Cruz, que estaba detrás del lago y coronaba el territorio entero.

La salida se fijó para el veinte de diciembre, así dar tiempo a que el mercachifle andaluz me trajera los prismáticos que había prometido conseguirme en un pueblo cercano y asistir a la celebración anticipada de la Nochebuena que la escuela planeaba para el diecinueve, el día antes de que los alumnos partieran a festejar con sus familias las Navidades verdaderas. Faltaba muy poco para salir y cuanto más se acercaba el momento, más nervioso me ponía. Había cruzado el océano hacia adelante y hacia atrás, había ido a Roma a enfrentar al Santo Padre, pero si los nervios eran la medida de algo, la búsqueda del bisonte representaba un desafío más grande o de una naturaleza distinta, sustancialmente distinta. Por las noches la bestia volvió a aparecer en sueños, los sueños más dionisiacos de los que tengo memoria, en los que no solo me fundía dentro del bisonte o me transformaba en parte del bisonte sino también veía mujeres desnudas, mujeres de piel oscura que sudaban y olían a hembras en celo, mujeres que extendían los brazos y curvaban los dedos pidiéndome que me acercara, rogándome que me lanzara sobre ellas y las poseyera sin ningún miramiento. ¿Por qué aparecían esas mujeres descarriadas? ¿Por qué me pedían, o nos pedían, que hiciéramos con ellas lo que nos placiera?

El antiguo comedor donde otrora se alimentaban los cientos de peones de la factoría inglesa se

había convertido en el salón de actos de la escuela. A las cinco de la tarde del diecinueve de diciembre, el recinto estaba colmado. En las sillas de adelante se ubicaron unos cuarenta pupilos, chicos de entre ocho y catorce años, hijos e hijas de familias de estancieros, peones y policías de frontera desparramadas unos doscientos kilómetros a la redonda. Entre ellos estaban el director y su esposa (una mujer muy hermosa, maestra de los grados más bajos), otro matrimonio de maestros y luego el profesor catalán, que era el único soltero y daba clase a los pupilos más grandes. Por detrás se ubicó la familia González Pedroso, la señora Del Güercio, Aurora y los demás hombres y mujeres que trabajaban como ayudantes de cocina, personal de maestranza o preceptores de los dormitorios. Después estaban los padres y las madres y los hermanos de los pupilos, gente de campo visiblemente incómoda en ropa de domingo, que esa tarde había llegado a caballo, en carros o en camionetas a participar del acto antes de llevar a los pupilos de vuelta a sus casas. Por detrás de todos estábamos Murch, Jiménez y yo, acompañados por Herman, un par de arrieros que llevaban un piño de ovejas para la estancia Tucu Tucu, un carrero chileno y el mercachifle andaluz que había regresado al Posadas a dejarme los prismáticos.

A diferencia del colegio de Rawson, donde yo era el único mestizo, entre los estudiantes había más de media docena de tehuelches o mapuches, o quizá mestizos de tehuelches o de mapuches o para el caso de chonos o de shelk'nam o de cualquier otro pueblo indio de este lado o del otro de la cordillera, pero eso no evitó que los protagonistas de la obra navideña (menos uno) fueran hijos de colonos europeos. José y María entraron por la puerta trasera del auditorio y avanzaron entre el público, pidiendo posada y abrigo, camino hacia un tablado que estaba al frente y donde se había montado un pesebre que parecía una versión a escala del de Herman o de cualquier otro pesebre solitario de la meseta. La niña que representaba a María tenía unos doce años y vestía una túnica blanca y un pañuelo blanco con un histrionismo solemne, un histrionismo que la transformó en una Virgen tan real, tan incuestionablemente desesperada por encontrar posada para su niño en esa noche aciaga, que conmovió a más de uno hasta las lágrimas. El niño rubio que la acompañaba, un crío asustado que al principio parecía a punto de llorar de la vergüenza, debió contagiarse del talento pues de a poco se convirtió en un José hecho y derecho, en el padre de nuestro Redentor tan pobre y tan desesperado como María por conseguir esa posada que nadie le daba, por procurar abrigo sin que nadie se compadeciera, una familia que huye de la maldad de Herodes, que se resiste a ser una víctima más de la matanza de los inocentes. María llevaba en brazos algo que al principio supuse un hatillo de ropa, una pieza más de utilería como la vara de lenga que usaba José como bastón, hasta que entre las mantas se vio aparecer una mano y luego un brazo pequeñísimo. ¿Dónde habían conseguido un bebé de carne y hueso?, me pregunté. Mientras María y José y el Niño avanzaban entre la gente, en el piano sonaba una música que me recordaba los nocturnos de la *Contessa*, una música que inquietaba el alma y reblandecía el corazón, y una vez que subieron al tablado, alguien corrió en el techo la cortina de una claraboya que proyectó sobre ellos una luz tan potente que por un momento les borró los detalles de las

caras y me permitió proyectar sobre sus rostros los rostros de otras madres y de otros padres y de otros niños que a través de los siglos huyeron de otras matanzas de inocentes ordenadas por los otros Herodes de la historia, como si esa luz cenital que les borraba los rasgos fuera una luz divina, una señal del Señor que conectaba a las víctimas a través de los tiempos, las de Israel con las del Congo, las de los pogromos con la de los indios patagónicos.

Un niño vestido de pastor se aproximó con una oveja de tiro, otro con un ternero negro de hocico blanco y luego otro con una mula cuyo pelaje refulgía como el bronce. Detrás aparecieron Melchor y Gaspar con turbantes rojos, azules y amarillos y por último Baltasar, que no tuvo que tiznarse la cara porque era un indio, el único indio en el tablado, un muchacho alto y fuerte que me hizo recordar a Ayzo. Los visitantes y los emisarios rodearon al Niño, que ahora reposaba en una cuna elevada de alfalfa desde donde se le veían no solo las manos y los brazos sino también la cara redonda y los ojos brillantes, y al pie de la cuna depositaron las ofrendas de miel, de pan y de leche, y en ese instante sentí que ese amor era el amor del mundo, esa compasión la de la humanidad toda y respiré hondo confiado de que hasta en el punto más perdido de la meseta la salvación todavía era posible.

Veinticinco

Muy temprano por la mañana, no sin antes intercambiar abrazos y buenos deseos con Murch y Jiménez, nos lanzamos con Reyes a bordear el lago contiguo al Posadas, un lago gigantesco que comenzaba en Argentina con el nombre de Pueyrredón y terminaba del otro lado de la cordillera bautizado por los chilenos como Cochrane. Amaneció ventoso, como casi todos los días, pero a media mañana el viento se detuvo y las aguas del lago quedaron quietas, tan quietas que más que aguas parecían una superficie metálica, un espejo donde el cielo y las nubes, unas nubes blancas como la nieve y grises como la lluvia, se reflejaban junto a las montañas y a los árboles y a las piedras de la orilla con una nitidez sobrenatural. De repente todo quedó duplicado, el arriba se confundió con el abajo y el paisaje se calcó a sí mismo, como si una única versión de su imagen no fuera suficiente para alojar tanta hermosura.

Desde el principio Reyes se mostró diestro y con la mente unos pasos por delante. A la mañana cazó una liebre para el almuerzo. Por la tarde, otra para la cena. Cuando desensillaba a recoger las capturas, juntaba ramas secas y las cargaba sobre las mulas para no demorarse al hacer las fogatas. Ese primer día habló poco mientras cabalgamos y en los descansos hizo acotaciones breves sobre el clima o me preguntó qué tal la montura o si el caballo respondía al freno. Pero durante la cena habló más. Lo primero que me contó fue que se había criado en la isla de Nayahué, en el archipiélago de Chiloé, y que sus padres eran de origen español. ¿Los dos?, dije. Los dos, dijo. Luego me contó de sus hermanos, muchachos fuertes y amantes de los juegos bruscos y de las bromas pesadas, y también habló de los pequeños predios donde plantaban trigo y del mortero de piedra donde lo molían y de las embarcaciones de troncos que construía su padre para pescar. En uno de esos silencios largos que hacía, le dije que mi madre era tehuelche. ¿India?, dijo. India pura, dije. Reyes frunció las cejas, entrecerró los ojos varias veces y luego me dijo que *le parecía* que su abuelo era indio. El segundo día me reveló, como si fuera la primera vez que hablaba de ella, que su madre era india huilliche. El tercer día me contó que su padre era mestizo chono y que el apellido Reyes venía del abuelo paterno, el único europeo de la familia y del que se sabía muy poco. Esas aclaraciones, que en boca de Reyes tuvieron el tono de una confidencia, crearon entre nosotros un acercamiento mayor que lo llevó a hacerme preguntas de índole religiosa: cuándo se vuelve mortal un pecado, qué pecados nos llevan a las puertas del infierno y otras similares que me dieron a pensar que, solapadamente, buscaba confesarse de algo.

Las primeras noches no hubo luna y la oscuridad, cuando por fin se ponía el sol poco antes de

medianoche, tenía una negrura profunda donde las estrellas titilaban con una intensidad que hacía audible sus latidos. Al contemplar la hidra, la corona australis o cualquiera de esas soberbias constelaciones, uno caía en el exceso de pensar en *diamantes colgados del cielo* o en *gotas titilantes de luz divina*, pues la adjetivación excesiva y la hipérbole en el lenguaje se volvían inevitables. Estábamos en el trozo de la Patagonia que los fotógrafos como el suizo Frédéric elegían para mostrar a Europa, que los cronistas extranjeros retrataban en sus historias, el trozo de la Patagonia que en las décadas venideras atraería a hordas de viajeros del mundo entero para verlo y fotografiarlo ellos mismos.

En la tarde del tercer día nos alejamos del lago en dirección al cerro San Lorenzo, internándonos en un bosque que se fue volviendo oscuro y espeso. Las copas de los árboles se entrelazaban como las bóvedas de una basílica, un manto de hojas y ramas crujía bajo los cascos de las cabalgaduras y el aire olía a una vegetación muerta que se pudría mientras otra crecía impetuosamente. Reconocí algunas de las especies que había dibujado para el museo de Fortín Mercedes: las hojas plegadas como fuelles de acordeón del *Nothofagus pumilio*, la flor amarilla de la *Alstroemeria pelegrina* y las rojas del *Notro coccineum* que parecían sangre que salta a borbotones. Al ganar altura el bosque se fue haciendo más ralo y los árboles más bajos. En el cuarto día, si uno levantaba la mirada veía nieve sobre las cumbres y nubes sobre la nieve: blanco contra blanco que hacía imposible saber dónde terminaba una cosa y empezaba la otra. Al bajar la mirada el blanco se salpicaba del color de la piedra, luego la piedra quedaba salpicada de blanco hasta que la nieve desaparecía y quedaba al desnudo el negro del feldespato, el verde de la arenisca y el bermellón de la biotita. Sin árboles ni arbustos que la disimularan, la brutalidad de la orografía era intimidante: la piedra vomitada violentamente desde el centro de la tierra, congelada en estructuras que perfilaban los labios de una mujer, un sombrero, la torre de un castillo o las orejas de un conejo, formas fantasmales que sumadas la inconmensurabilidad de la escala imprimían al paisaje una dimensión irreal en la que por momentos uno dejaba de sentirse humano.

Una vez que el bosque quedó atrás, nos deteníamos cada tanto donde encontráramos una buena roca para subir a otear el horizonte. Así pasamos tres o cuatro días, circunvalando el cerro San Lorenzo a la distancia, escudriñando con los prismáticos un territorio que apenas variaba: montañas más montañas, nieve más nieve, roca más roca, una redundancia que no tardó en volverse enajenante. Las únicas sinuosidades, lo único que tímidamente se parecía al laberinto pintado en la roca, eran las líneas de los glaciares que descendían del San Lorenzo empujando su camino entre las rocas. Al principio me resistí a asociarlas con un laberinto y más aún con el refugio de un animal. ¿Qué lugar podía ser más inhóspito y estéril que los hielos de un glaciar?

Durante la cena y antes de quedarnos dormidos, Reyes continuó contando su infancia en Nayahué, una infancia miserable, o que él recordaba como miserable, en una familia con once hermanos, la mayoría varones, que compartían una única pieza de paredes de madera por las que

se colaban la lluvia y el frío, una casa desamparada donde lo único memorable era que a veces había algo para llevarse a la boca, aunque fuera un cuenco de sopa de cebollas. Reyes hablaba con fruición de las cebollas, de las que se hallaban varios tipos en esa isla fértil donde todo crecía vigorosamente, en especial las de piel morada y las de piel marrón y también otras de piel blanca que en vez de esféricas eran ahusadas y que su madre empleaba no solo para sopa sino también para una interminable variedad de guisos y estofados. Su padre era borracho, uno de esos borrachos callados que pasan el día durmiendo o sentados con la mirada perdida, y cuanto más dormía y menos trabajaba, menos trigo, menos pescados y menos cebollas había, lo que ponía a la familia, en particular a los hermanos mayores que tenían un genio opuesto al del padre, de un humor violento. A los catorce años, después de una pelea con uno de sus hermanos, se marchó de la isla al continente. Se escondió en la bodega de un barco pesquero que había echado anclas no muy lejos de la costa, donde lo descubrieron a la mañana siguiente impregnado de un olor a mariscos que tuvo que frotarse la piel con limón para quitárselo. Primero fue a Puerto Montt, donde lo emplearon como estibador, un trabajo que empezaba al alba y acababa al anochecer, lo que en verano se traducía en catorce o quince horas, y donde después de unos meses lo acusaron de robar una chaqueta (de lo que era inocente) y un par de kilos de arroz (de lo que era culpable) y lo echaron a patadas. De allí se fue en otro barco a Punta Arenas, pero esta vez pagó el pasaje limpiando las bodegas, que si bien tenían un aire estanco y pútrido, al menos no olían a mariscos. En Punta Arenas consiguió trabajo en uno de los astilleros que reparaban barcos de gran calado, esos barcos mercantes que antes de la construcción del canal de Panamá estaban obligados a dar vuelta por el Cabo de Hornos para llegar de Barcelona a Lima o de Acapulco a Oporto. El trabajo en el astillero era peor que el de estibador, pues le asignaron, al igual que a todos los otros hombres de rasgos indígenas, las tareas más sucias y más agotadoras, pero al menos pagaba lo suficiente para comer, no mucho pero sí todos los días, y para dormir en una habitación compartida con otros cuatro hombres. Una noche, justo antes de dormirmos, mencionó a una mujer de nombre Margot, una mujer de la vida con quien dio a entender, de un modo velado e impreciso, había tenido su primer encuentro carnal a los diecisiete años. ¿Ese es el pecado al que se refería con esas preguntas que me hizo antes?, le dije. ¿Eso también es pecado?, preguntó Reyes.

En los días que siguieron nuestro trayecto se volvió errático y más de una vez tuve la sospecha de pasar dos veces por el mismo sitio. Y cuanto más perdido me sentía, más miraba los glaciares y más parecidos los veía al laberinto (o el laberinto más parecido a los glaciares) hasta que me convencí de que debíamos ascender el cerro San Lorenzo, que debíamos llegar al nacimiento de los hielos. Reyes no quería. Tregar con caballos y mulas era peligroso: los desfiladeros eran angostos, los precipicios demasiado escarpados, el viento helado nos iba a quemar la piel. Usted será el baqueano, pero yo doy las órdenes, dije con una prepotencia inusual en mí, una prepotencia que en los días que siguieron me llevaría a tomar decisiones cada vez más

irreflexivas. Reyes se retobó un poco pero finalmente dio de él lo que de él se esperaba y aceptó, aunque no sin cambiar notoriamente en su actitud. Si hasta ese momento me había tomado como un cura excéntrico, un cura simpático con ideas peregrinas, un cura que a un hombre laico como él, no sin dejarse influenciar por cierto prejuicio, le parecería víctima de un delirio místico, de un delirio inocuo y hasta risible, pero místico al fin de cuentas, ese cura se convirtió de repente en un general que ordena el avance de la tropa aunque se juegue la vida. Ante sus ojos me transformé en un hombre con autoridad, una autoridad cercana a la locura.

A partir de entonces avanzamos la mitad de las veces con Reyes al frente y la otra mitad con Reyes en la retaguardia. De vez en cuando yo detenía la marcha y le sugería que tomáramos tal o cual desvío, a lo que él respondía siempre eligiendo el contrario, lo que me llevó a proponer caminos que no quería tomar para asegurarme de avanzar por los que creía correctos. Si alguien nos hubiera visto habría pensado que la ligereza del aire o la luz a esas alturas, una luz que rebotaba en la nieve y cegaba las retinas, nos mantenía en una especie de embriaguez (aunque no lleváramos ni una gota de alcohol). Sin embargo, si ese alguien imaginario se hubiera metido en nuestras cabezas habría visto que más que borrachos estábamos perdiendo los cabales, al menos yo sé que estaba en las fronteras de perder el juicio.

Reyes siguió ahondando en temas morales, en particular sobre las culpas y las penitencias. En un momento mencionó el *castigo más peor*. ¿De qué habla, Reyes?, dije. De que muera el alma, dijo. ¿Y cómo es esa muerte?, pregunté. Uno anda pesado como si se le ha caído encima un fardo de lana, dijo. A uno no le ha gustado la comida aunque ha sido sabrosa, no se ha reído aunque alguien ha dicho un chiste, el pecho no se abre aunque se ha visto a una mujer hermosa. ¿A usted le pasan esas cosas?, dije. A veces, dijo Reyes, a veces tengo miedo de que se me muera el alma.

El terreno se fue volviendo más difícil. Una mañana trepamos varios peñascos escarpados, con piedras y tierra suelta que los cascos de los caballos lanzaban hacia atrás como proyectiles. Luego continuamos sobre la cresta de un acantilado, Reyes adelante, detrás de él su mula, luego la mía y por último yo. La cresta se fue haciendo más angosta, en un momento no quedó espacio para dar vuelta, pero tampoco parecía posible seguir avanzando. De repente la mula de Reyes trastabilló. Las piedras retumbaron por el precipicio, mi caballo relinchó y dio unos pasos hacia atrás. La mula intentó hacer pie, pero finalmente cayó por el barranco arrancando las sogas que la ataban a la montura de Reyes y a mi mula con un tirón que por poco nos arrastra a todos. La bestia se desbarrancó unos treinta o cuarenta metros hasta dar contra una saliente de roca donde se desplomó con un ruido seco. Las pilchas de Reyes, la única olla, parte de los víveres y un atado de leña siguieron rodando más allá de la saliente. Me bajé del caballo abrazado al cogote para no desmoronarme. Reyes hizo lo mismo. La mula tenía manchas de sangre en la cabeza y en el lomo, pero aún se movía. Reyes tomó la escopeta y la dejó quieta con el primer disparo.

Continuamos con los caballos de tiro hasta que la cresta se abrió en una pequeña explanada. Aparte de más espacio donde movernos, no había mucho más de qué alegrarse. El aire frígido

prometía una noche helada, noche que habría que capear con el par de cobijas que quedaban en mi mula. Sin la olla, había que ablandar la carne seca con los dientes. De los víveres quedaban porotos, algo de carne, unas lascas de pan y un poco de café. El atado de leña duraría con suerte dos o tres noches. Preparamos café en un pequeño jarro de metal que iba en mi mula y nos sentamos sobre las monturas a masticar la carne resignadamente.

Si alguien nos hubiera visto en ese momento, si alguien hubiera comparado mi expresión vivaz con la afligida de Reyes, si alguien hubiera escuchado mi voz brillante como una corneta contra la opaca de Reyes, habría notado de inmediato que nuestras voluntades se hallaban en las antípodas. Reyes quería regresar a toda costa y yo quería continuar a toda costa. Desafiando la pérdida de las mantas y de los víveres, desdeñando el pronóstico de las noches heladas, algo me decía que estábamos cerca, algo vibraba dentro de mí como la vara de un zahorí en la proximidad del agua. Aunque también se podría decir que lo que estaba en las antípodas eran nuestras locuras, la mía en la versión intrépida, del que pierde no solo el miedo, sino el miedo al miedo, y la de Reyes en la versión del tremendista, del que se convence de haber llegado a un punto sin retorno, a un sitio parecido a la antesala de la muerte del que hay que salir corriendo en la dirección contraria.

Al amparo de la roca la sombra mantenía la tierra húmeda, así que dormimos en el medio de la explanada aunque nos diera el viento. Nos acostamos sobre mandiles y cojinitos y nos tapamos cada uno con una cobija. Reyes se puso a hablar del frío y de la humedad y de la mula desbarrancada y de la leña que no teníamos y entre esos lamentos ensartaba otras historias. Mencionó las letrinas del astillero de Punta Arenas, la mierda pegada en la tabla donde se sentaban a cagar cientos de hombres al día, la orina que impregnaba esa tabla y también las tablas del piso, el olor a vinagre y ácido bórico del agua con que las limpiaba. Habló del día en que cedieron las tablas y terminó con medio cuerpo sumergido en mierda, de cuando se acercó a la cabina del capataz para limpiarse en la canilla y el hombre lo detuvo con el grito de que se fuera y ya no volviera. Más tarde mencionó a Margot, contó que sin dinero no podía volver al burdel y entonces la visitaba en una casita precaria en un barrio donde todas las casitas eran precarias hasta que una noche la encontró con otro hombre, un hombre que aparentemente estaba tan ebrio o más que él, y palabra va, palabra viene, insulto va, insulto viene, hubo una pelea. Luego pasó a decir frases que si bien no parecían extrañas, sí evocaban algo más grande, como que la suerte estaba aliada con la muerte o que uno ha de pensar lo que hace antes de hacer lo que piensa y otros retruécanos sobre la culpa y la muerte, sobre el destino y la suerte, y entre esas digresiones, que no siempre eran claras, dijo que había matado a un hombre. He acuchillado a un hombre, dijo, por eso me he venido escapando de Chile. El silencio se volvió espeso, insoportablemente espeso, por un rato solo oíamos el viento contra nuestras orejas. ¿Busca la absolución de Dios?, dije. Reyes me miró perplejo. ¿Quiere conseguir el perdón de Dios por mi intermedio?, insistí. Eso no ha de perdonarlo nadie, dijo.

Un rato después el silencio se volvió a interrumpir, pero esta vez por el castañetear de dientes y el tiritar de nuestros cuerpos. Estaba claro que al azote del viento y con una sola cobija nos íbamos a morir de frío y sin decir palabra nos fuimos acercando. No recuerdo si él me abrazó a mí o yo a él, pero terminamos añudados el uno contra el otro. El olor de Reyes era pungente, como si además de la falta general de aseo, sudara aún las cebollas de Nayahué. Mi olor era acaso peor, no lo sé, pero así nos mantuvimos hasta la primera luz, debajo de esas cobijas donde se entrecruzaban no solo los vahos de dos hombres mugrientos, sino también dos formas opuestas de ser mestizos: la resignación y la impertinencia.

La mañana siguiente fue la más extraña de todas. Los amarillos con que normalmente iniciaba el día se transformaron en púrpuras, rojos, anaranjados y otros colores incendiarios a los que era difícil encontrarles nombre. Más tarde el cielo viró a un gris acerado y sobre nosotros se posó una cúpula de nubes que apenas velaba el sol, una cúpula delgada y sin costuras que por momentos se confundía con un cielo despejado. Ablandamos la carne a mordiscones y mojamos el pan en el café. Reyes evitaba mirarme a los ojos. Dos días, le dije. Si no encontramos nada en dos días, regresamos. No dijo que sí ni que no. Ensilló los caballos, ajustó la carga de la mula y continuamos la marcha. Un par de horas después nos detuvimos en la siguiente explanada a estirar las piernas. Yo tomé los binoculares y Reyes cargó la escopeta. Voy a cazar algo para el almuerzo, dijo. No hemos cruzado más que lagartijas, dije. Reyes señaló el cielo. Media docena de cóndores planeaba rozando la cúpula de nubes. Los pájaros ven mejor que las gentes, dijo.

Me senté en el borde de un risco. A poca distancia veía el cerro San Lorenzo, el glaciar Calluqueo y la laguna de aguas grises donde desaguaba el glaciar. Tomé mi libreta y unos lápices de colores y dibujé las montañas y el glaciar y el misterioso nacimiento de los hielos. Tracé los contornos de los cerros —el San Lorenzo en el centro y otros cuatro alrededor— y luego las líneas donde la roca cambiaba de negro a gris o de negro a marrón, los bordes de la laguna y las bajadas sinuosas del glaciar. Me faltaban detalles. Con la ayuda de los prismáticos completé las combas del hielo, las rocas marrones contra el fondo gris, las rocas negras contra el marrón y las rocas rojas contra el blanco, por último los chorrillos de deshielo y los manchones de nieve en las laderas. Cuando volví a mirar el reloj habían pasado dos horas. Me puse a masticar otro pedazo de carne mientras apreciaba mi obra. El dibujo, sin faltar a la modestia, tenía un parecido sorprendente con el original.

Transcurrió otra hora. ¿Cuán lejos se había ido Reyes? ¿Habría terminado en el fondo de un peñasco? ¿Habría regresado al Posadas? Caminé en la dirección en que se había marchado y lo llamé a voces con las manos a los costados de la boca, pero la única respuesta fue el eco de mis gritos. Me di por vencido y regresé a donde estaban los caballos, y al desandar mis pasos sentí que la preocupación por la suerte de Reyes se iba transformando en calma, una calma que encerraba una premonición, o acaso más que eso, una calma que encerraba la certeza de que el bisonte se me presentaría cuando estuviera solo.

Tenía frío. El sol que filtraban las nubes apenas derretía la helada de la noche y el viento soplabla en ráfagas violentas, ráfagas que cambiaban de dirección y amenazaban con voltearme, ráfagas cargadas de nieve y trocitos de hielo que me abofeteaban como perdigones. Abotoné el abrigo, enrollé la bufanda sobre las orejas y me puse los guantes de cuero de oveja que me había prestado Herman. Volví a sentarme con los prismáticos en el mismo risco, a otear el mismo paisaje, pero de pronto ya no era el mismo. O no exactamente el mismo. Una de las rocas en el codo norte del glaciar había desaparecido. Miré el dibujo, volví a mirar el glaciar, superpuse el dibujo contra el glaciar. Era indudable: una de las rocas ovaladas que había dibujado hacía apenas una hora ya no estaba. ¿Cómo pudo esfumarse una piedra?, me dije. ¿O es que no era una piedra? ¿Habré dibujado un cóndor?, me dije. Las plumas del cóndor no son rojas, las plumas del cóndor son negras como la noche. ¿Entonces qué dibujé?, me dije. ¡¿Entonces qué dibujé?!

Volví a barrer con los prismáticos los alrededores del glaciar y todo estaba igual excepto la piedra roja que faltaba. El bisonte, me dije. Has dibujado al bisonte mientras estaba quieto y lo tomaste por una roca. Rendido ante esa evidencia, desde el centro de mi cuerpo, desde un punto muy profundo de mi vientre, emanó un golpe de electricidad, una electricidad como de centella que se expandió a los brazos y a las piernas. Las manos se sacudieron solas, los pies retumbaron contra el piso sin que yo los moviera y en ese estremecimiento se cruzaron por mi mente varias hipótesis que, según quién las oyera, podían resultar lógicas o ridículamente disparatadas, hipótesis basadas en el supuesto, menos lógico y más disparato todavía, de que el bisonte, con una visión diez veces más potente que un águila, me había visto. ¿Utiliza la quietud como camuflaje?, me pregunté. ¿O su quietud se debe a una enfermedad, a una herida o simplemente al paso de los años? O tal vez está jugando conmigo, me dije, quedándose quieto para que no lo reconozca y moviéndose luego para confundirme. Si eso era cierto, ¿era el juego de escondidas un intento de comunicarse? Y esta hipótesis quedó conmigo, que la bestia me estaba llamando.

Veintiséis

Bordeando las montañas, avanzando a caballo por crestas y explanadas, llegar hasta el codo norte del glaciar llevaría tres o cuatro días. Pero a tiro de línea, según la distancia angular de los prismáticos, el recorrido se reducía a dos kilómetros, como mucho tres. La última parte de ese recorrido era una cuesta que no parecía difícil de subir a pie, pero para llegar a esa cuesta tenía que descender quinientos metros por una pared de granito empinada que caía en una pendiente de setenta grados o tal vez más. Envolví carne y pan en una cobija, me até la cobija a la espalda y, mientras elegía el mejor lugar para iniciar el descenso, me pareció ver a lo lejos que Reyes regresaba. Hice pie en una de las cornisas y comencé a bajar.

Fui encontrando salientes angostas donde apoyar un solo pie y otras más anchas donde detenerme sobre los dos. Recuerdo que me sentí ligero. Mi cuerpo delgado y fibroso está hecho para bajar y subir montañas, pensé, mi cuerpo está hecho para llegar al bisonte. Y eso era todo lo que podía pensar, pues mi concentración se consumía en encontrar el próximo sitio para apoyar el pie izquierdo, o el derecho, dónde hacer zigzag o de qué reborde tomarme con la mano. En una cornisa angosta zafó la bota y en la pelea para recuperar el equilibrio me corté los dedos en el filo de una saliente. Detuve la sangre con el brazo en alto y me vendé con un jirón de la camisa, pero el dolor apenas me dejaba usar la mano. El viento barrió de pronto la cúpula de nubes y el sol se reflejó de pleno contra el gris de la roca. La mica, que cubría con pizcas el granito entero, resplandeció con tanta fuerza que me obligaba por momentos a cerrar los ojos. No recuerdo cuánto tiempo después caí. Di una gran vuelta en el aire y aterricé con la espalda. Ese primer impacto dolió menos de lo esperado, pero luego vino un descenso a los tumbos que, aunque intenté atajarlo con manos y pies, no hubo manera de detenerlo. Vueltas y más vueltas y con cada rebote quedaba suspendido en el aire y en uno de esos instantes de ingravidez, que también fueron de clarividencia, pensé en mi muerte por primera vez ese día. Unos tumbos más tarde mi cabeza dio un golpe y me detuve. Abrí los ojos y hacia arriba vi la misma roca, la misma nieve y el mismo cielo, pero desde ese ángulo parecían otros, como si la caída me hubiera depositado en otra montaña, en una montaña que seguía siendo la misma y a la vez era esencialmente distinta. Moví los dedos de la mano, los dedos del pie, separé un codo del suelo, separé una rodilla del suelo. ¡Estaba vivo! Tomé conciencia de que estaba vivo y di gracias a Dios con un amor renovado por todos aquellos que habían llenado mi existencia: mi madre con su silencio, Ayzo con su estirpe, Orsini con su locura, Jiménez y Murch con su amistad y la *Contessa* con sus transgresiones. Poco después perdí el conocimiento.

Dos días más tarde Reyes me encontró en una cueva, acurrucado como un niño y totalmente desnudo. La herida en la nuca, un corte de cinco centímetros, estaba limpia y empezaba a cicatrizar. El tajo de los dedos también estaba limpio. Tenía raspones por todo el cuerpo, pero ninguno sangraba, y estaba repleto de picaduras, algunas pequeñas como la punta de un alfiler y otras del tamaño de una uva.

A partir de que Reyes me encuentra en la cueva, los recuerdos son borrosos. Reyes me da de beber y me pone pedacitos de pan en la boca. Reyes desaparece y luego regresa acompañado de Herman y Murch. Me colocan en una especie de camilla, me cargan en los hombros y me suben con sogas. Luego recuerdo un meneo que puede ser de un caballo o de una mula. Miro el cielo, escucho voces y me vuelvo a desmayar. Finalmente me despierto en una cama blanda a la que llegan los aromas de la cocina de la señora Del Güercio.

Tengo la boca seca. Me incorporo en esa cama blanda y la visión se me vuelve negra, llena de puntitos de luz semejantes a las pizcas de mica de la montaña. Pero las pizcas no están quietas, se alejan y se acercan, se dispersan y se unen como si hicieran una danza, o acaso no es una danza sino un intento de recuperar un orden que las elude. La señora Del Güercio me alimenta con un caldo de hígado de capón que, por el aroma a tomillo y pimienta negra, me recuerda la comida de Turín, y entre los tazones de caldo me trae buñuelos rellenos de mermelada de calafate. Entre la sopa y los buñuelos aparecen Murch, Jiménez o Herman, o dos o tres de ellos a la vez, a ver cómo estoy y a preguntarme, o preguntarse, que sucedió entre la caída y el rescate. ¿Cómo caminaste hasta la cueva? ¿Te lavaste las heridas en un chorrillo? ¿Por qué te quitaste la ropa? ¿Serán de pulgas las picaduras? ¿Pueden las pulgas dejar ronchas del tamaño de una uva? Yo los escucho en silencio, asiento o niego con la cabeza, hasta que con el tiempo, palabra a palabra, frase a frase, recupero el habla.

Hay sucesos en la vida, los primordiales, los que nos prefiguran y modifican, que toman tiempo aprender a recordarlos, hallar la forma de narrarlos, juntar el coraje para hacerlos públicos. A veces pienso que nunca deberían ser narrados, que al ponerlos en palabras no hacemos más que reducirlos, que al transmitirlos los traicionamos, pero la vida no siempre nos da el privilegio de mantenernos callados. Ahora, más de cuarenta años después, recuerdo mejor lo que pasó después de la caída, puedo contar los sucesos con cierta congruencia, pero en la cocina del lago Posadas las palabras se cruzaban, se mezclaban las ideas, y esas palabras e ideas enrevesadas fueron las que Murch o Jiménez o Herman o la señora Del Güercio o quienquiera que tuviera al frente escucharon en silencio como quien deja discurrir las sentencias de un loco, como quien oye una letanía que no amerita preguntas ni respuestas.

¿Qué fue lo que, malamente, intenté narrarle a ese público paciente y descreído en la cocina del lago Posadas? ¿Cuál era la verdadera historia escondida detrás de esas palabras inexactas?

De la caída me despierta un olor acre, un olor pungente semejante a las sales de amonio que resucitan a las mujeres de sus desvanecimientos. Trato de moverme, pero no hay parte del cuerpo que no me duela, en especial la nuca y los dedos. Los oídos me zumban como un panal de abejas. Me duelen las órbitas de los ojos y veo borroso —¡pero veo!—, y al echar una mirada a izquierda y derecha no hallo la fuente de ese olor avinagrado. Me cae una gota en la frente. Miro hacia arriba y veo que el cielo sigue despejado. No es lluvia, me digo. Caen dos gotas más. Miro hacia atrás, forzando los ojos a pesar del dolor, y mi corazón se detiene.

¿Qué veo, o qué recuerdo ver? Una enorme boca abierta. Veo la cara interna de dientes amarillos más grandes que mi nariz. Eso es lo que recuerdo, el revés de dientes con el filo gastado, con manchas oscuras que al mirarlas mejor se convierten en agujeros oscuros llenos de comida putrefacta que bien podía explicar el origen de ese olor rancio. Son dientes sin puntas ni colmillos, no están hechos para hincar o desgarrar, menos aún para dar muerte. En otras palabras, son los dientes benévulos de un herbívoro. Veo labios negros surcados por estrías hondas y un paladar gris que se vuelve más oscuro hacia el fondo de la boca. También veo la lengua, una lengua rugosa con manchas blancas y negras, una lengua cubierta de baba que continúa goteándome sobre la cara. Tengo asco y tengo miedo. No tengas miedo, Manuel, me digo. Pero el miedo se propaga como una enfermedad infecciosa. Los dientes son benévulos, me digo. La lengua y la baba son benévolas. Pero mi mente no escucha. Ningún argumento hace desaparecer esas fauces gigantescas en las que cabe mi cabeza entera, fauces que tal vez no busquen hacer daño pero son capaces de hacerlo, como la navaja que hoy nos afeita y mañana nos degüella.

Orsini contaba que de niño veía cardúmenes de delfines acompañar el barco pesquero de su padre, delfines plateados que lo fascinaban de esa manera desbordante en que lo fascinaba todo. Una tarde que el barco se detuvo a recoger redes, ante un descuido de su padre se quitó la ropa y se tiró al mar con el corazón cargado de entusiasmo, con la certeza de que, desnudo y en el agua y al lado de esos seres mágicos, se convertiría en uno de ellos. Pero al quedar rodeado por veinte o treinta delfines, el mero tamaño de las bestias y la fuerza descomunal con que golpeaban las aletas contra el agua lo paralizaron. El niño Orsini cerró los ojos y se quedó inmóvil y, de no ser por otro de los pescadores que lo vio a tiempo, habría terminado en el fondo del mar con los pulmones llenos de agua salada. Poco separa la euforia del espanto, decía Orsini. Y frente a mi bestia, termino de comprender su sentencia.

La baba se me mete en los ojos y me arde. Cierro los párpados y entonces su respiración se hace más presente. Respira lento, me digo. La mitad más lento o un tercio más lento que yo. El elefante respira diez veces más pausado que el conejo, me digo. La ballena, cien veces más pausado que el ratón. Siguiendo esa lógica, el cuerpo del bison debe ser cinco veces, diez veces más grande que el mío. La baba me sigue cayendo sobre los ojos, las mejillas y la boca. De repente siento un calor inexplicable. Horas atrás temblaba de frío y ahora el sudor me moja la ropa. Muevo la mano hacia los botones del abrigo y el suelo retumba. Un golpe estalla al lado de

mi oreja y me vuelvo a quedar inmóvil. Los golpes se vuelven más violentos, ora a la derecha, ora a la izquierda, como si la bestia brincara por encima de mi cuerpo. ¿Puede una bestia tan pesada dar brincos tan largos? Quiero ver lo que sucede, pero al abrir los ojos la baba me arde y me obliga a cerrarlos con más fuerza. El calor se vuelve asfixiante y, al mismo tiempo, parece officiar como anestésico. Contraigo los músculos (con movimientos apenas perceptibles para la bestia) y compruebo que me duelen menos. Qué cosa más extraña, me digo, qué cosas más extrañas están sucediendo. El miedo se va convirtiendo en terror, no solo por los golpes que ensordecen y los bufidos que espantan, mi mente también ha empezado a hablar. Esa voz cínica, que me he esforzado en mantener callada, retoma su insidia. ¿Quién te creíste que eras, Manuel? ¿Un domador a quien las bestias se le rinden a los pies? ¿Quién te creíste que eras, Manuel? ¿Ese niño que vive al final del camino al que le llegaría la bolsa de lana? *Baa, baa, black sheep*. Manuelito, ingenuo. Manuelito, arrogante. ¿A ver quién saca a Manuelito de este embrollo en que se ha metido?

Los golpes se vuelven más lejanos y se pierden de a poco. En el silencio creo escuchar su respiración, más calma y silenciosa, pero cercana todavía. El calor no cede, la sal del sudor me hace arder las heridas como la baba los ojos. Calor y ardor. ¿Cuánto tiempo más podré aguantarlos? Transcurren unos segundos y entro en duda. ¿Es una respiración la que oigo? ¿O es el eco de un viento que da vueltas por alguna otra parte? La duda crece. ¿Estoy solo?, me digo. ¿Estuve solo todo el tiempo? Y una voz en mi mente me contesta: qué iluso has sido, Manuel. La duda desemboca en la certeza (o el temor) de que el bisonte se ha desmaterializado, que su aparición ha sido el truco de un ilusionista: un engaño de la mente. Eso me digo, que la caída de la montaña me ha vuelto peligrosamente sugestionable. ¿Por qué siento esta quemazón? Camino con los dedos hasta los botones del abrigo y los abro con los ojos cerrados. Me lo quito sin hacer movimientos bruscos, deteniéndome a comprobar que el silencio sigue siendo silencio, o que si algo lo interrumpe no es más que el sonido del viento. Sigo teniendo calor. Con los ojos aún cerrados, me saco las botas, las medias, el pulóver, la camisa y los pantalones. Me limpio la cara con la camisa, tomo coraje y abro los ojos. Lo primero que miro es mi cuerpo. Imposible no hacerlo, el sudor se ha mezclado con la sangre y me ha teñido el cuerpo de rojo. Me siento y miro hacia ambos lados. Estoy en un pequeño valle, un valle verde y escondido que desde los riscos no se veía. ¿Estoy solo?, me digo. Estás solo, me contesto. Y mi corazón se debate entre la pena de que el bisonte haya sido un espejismo y el alivio de no tener una bestia de trescientos kilos goteándome baba en la cara, abriendo su boca gigantesca sobre mi cabeza. Pero ese debate dura poco. Se vuelven a escuchar golpes lejanos que se hacen cada vez más fuertes, cada vez más cercanos, hasta que lo veo aparecer: un animal de unos dos metros de alto por cuatro o cinco de largo. ¡Es gigante!, me digo. ¡Mucho más grande de lo que nunca soñaste! El cuerpo está cubierto por un pelambre que nace marrón en el lomo y se vuelve rojizo hacia los lados, un pelambre apelmazado como en los perros sarnosos que le cuelga casi hasta el suelo. Las patas

son más robustas que las de un buey y las pezuñas retumban contra el suelo levantando polvo. La cabeza alargada emerge de un pecho ancho. Los ojos pequeños parecen encendidos, como si de ellos emanara luz, y unos centímetros más arriba nace el cuerno curvo, un cuerno que no tiene brillo ni lustre, un cuerno maltrecho por viejas peleas o simplemente envejecido por el paso del tiempo. La velocidad a la que avanza hace añicos mis teorías sobre su supuesta quietud. Es un animal vital, me digo. El ímpetu de su galope es temerario. Y por segunda vez ese día pienso en mi muerte. ¿Es este mi destino?, me pregunto en los segundos que quedan para que me embista. ¿Es mi destino morir encornado para que, en un sacrificio máximo, sea mi muerte la que le muestre al mundo la existencia del bisonte? Un instante antes de tocarme, el bisonte gira las pezuñas y me esquivo apenas, dándome un azote en la cara con la cola. Se aleja varios metros, da vuelta y repite el galope y el esquivo. ¿Intenta asustarme? ¿O se está divirtiendo antes de acabar conmigo? No recuerdo cuántas veces me pasa por el costado, pero de a poco pierdo el miedo, acaso por la repetición de la maniobra, o tal vez porque dentro de mí, a pesar de que sus asaltos sean formidables, intuyo que se trata de un juego, no el de un gato con un ratón moribundo, sino un juego de acercamiento. En uno de los galopes se detiene a un par de metros. Da un paso hacia atrás, otro hacia adelante. Titubea, pero finalmente se acerca. Me toca con el hocico el hombro, con el cuerno el brazo, me olfatea. Vuelve a dar pasos hacia atrás y adelante, todavía vacila, pero me vuelve a olfatear. Y de pronto siento su lengua en la nuca y la baba me chorrea por la espalda. El bisonte me está lamiendo, me está limpiando el sudor y la sangre. Siento un placer extraño, o más que extraño, inadmisible, y me entrego a ese placer como quien se ofrenda ante un ser más grande: me incorporo y pongo los brazos y las piernas en cruz. El bisonte me lame la espalda y el pecho, los brazos y las piernas, me lame la cara y la entrepierna. Los lengüetazos no carecen de ternura, pero en ellos subyace un nerviosismo, como si en cualquier momento el amor pudiera trocar en una ferocidad violenta. A pesar de mi entrega y del placer inenarrable, una parte de mí se mantiene recelosa. El bisonte me lame como una yegua a su potrillo, como una perra a sus cachorros. ¿Y si acaso no es un macho? Hay vacas con cuernos, hay cabras con cuernos. ¿Por qué nunca consideré que el bisonte fuera una hembra? ¿O que fuera ambas cosas, por más extraño que parezca?

Los lamidos continúan y nuestra relación ha cambiado. Quiero decir, el espacio entre nosotros ha cambiado. O más bien, las fuerzas que repelen a un hombre de una bestia, o a una bestia de un hombre, ya no están. Hemos dejado de pertenecer a categorías diferentes y entre nosotros todo es un continuo de músculos, pelos y sangre, de piernas para caminar, de bocas para comer, de pulmones para dejar que entre el aire. Le toco el pelo, ese pelo enmarañado que tiene un olor tan pungente como el aliento, pero que en vez de repelerme me calma. Pienso en la muerte por tercera vez ese día, pero ya no por temor a perecer, sino todo lo contrario. Pienso en la muerte porque, dado a elegir, me gustaría soltar el último aliento en ese estado de gracia. Con la bestia lamiéndome el cuerpo, con mi mano acariciando su pelo, mi cuerpo, mi alma y mi mente se

vuelven una sola cosa, y esa cosa se convierte en una con la bestia y luego se expande a la montaña y a la meseta, acaso llega hasta el mar. Soy parte de todo y de nada al mismo tiempo. ¿No es eso lo que ocurre en el instante anterior a la muerte?

Hay saltos temporales que hasta hoy sigo sin explicar. De pie y con los brazos en cruz paso a estar montado sobre el lomo de la bestia, o más bien desplomado: mi cabeza reposa sobre el pelo y mis brazos cuelgan a los costados de su cuerpo mientras la bestia camina hacia alguna parte. Siento un pinchazo en el muslo derecho, otro cerca de la ingle y a partir de ahí los pinchazos de repiten por todo el cuerpo. ¿Qué está sucediendo?, me digo. Debajo del pelambre descubro un submundo de insectos y de larvas de insectos y también de ácaros y otros parásitos infames: garrapatas más gordas que mi pulgar, piojos hinchados de sangre, gusanillos largos y amarillos que se enroscan entre sí. Debajo del pelo que lo oculta, un universo de seres abyectos vive gracias a la vida que le roba a la bestia. Atrás queda el éxtasis, ese momento de gracia en que deseé morir para inmortalizarlo. Es un animal de carne y hueso, me digo. Un animal sujeto a la mugre y a la escatología. Es un animal vulnerable, me digo. Quiero rascarme las picaduras, pero mi cuerpo no responde. Estoy abatido y me dejo llevar por el bisonte, me dejo llevar a donde quiera llevarme, me dejo llevar con una confianza plena y un corazón que, menos extático y más sombrío, ahora siente un amor infinitamente profundo.

Hay una última escena que no sé bien dónde ubicar. Estoy sentado en algún lugar, puede que en el valle o en la cueva, con los brazos rodeando las piernas y el mentón reposado en las rodillas. He vuelto a sentir frío, el calor que me asfixiaba se ha disipado tan misteriosamente como vino. El bisonte me acerca la cara y yo miro dentro de sus ojos, ojos que siguen encendidos y ahora me piden que los oiga. Pero no son los ojos los que hablan, lo que escucho son gruñidos y resoplos, lo que oigo es un clamor animal que se prolonga por un tiempo indefinido. ¿Es una historia lo que me está contando, es un sermón como el de Jesús en la montaña o es tan solo la queja de un animal dolido?

Veintisiete

Como dije antes, el verdadero encuentro con el bisonte poco se parece a lo que conté en los días que siguieron a mi rescate. A medida que recuperé el habla, de mi boca salieron palabras sueltas, como quien dice pelambre, cuerno, pezuñas o gusanos, que junto con otras palabras, al ordenarlas en mi mente significaban una cosa pero al decirlas significaban otra. No sé bien qué significaban, puede que no significaran nada y por eso ni Jiménez, ni Murch, ni Herman, ni ninguno de los que me escuchaba hiciera preguntas o comentarios. Más tarde combiné las palabras en pequeñas frases, como quien dice pezuña que golpea contra el suelo o baba que arde o cuerno gastado por el tiempo, pero esas frases nunca llegaron a ser más que pinceladas borrosas en una pintura borrosa que, como los cuadros más osados de los impresionistas, hacía falta distancia para descifrarla.

Con Reyes tuvimos una charla pero sus palabras aclararon poco, por no decir que no aclararon nada. Se apersonó una mañana sin anuncio, preparó el mate y se puso hablar de ovejas perdidas como si nuestro viaje nunca hubiera sucedido, o como si hubiera algo de nuestro viaje sobre lo que prefería no hablar. Las preguntas que le hice las respondió tomándose su tiempo, como si estuviera eligiendo entre varias respuestas. ¿Cómo no morí de frío? En esa cueva ha hecho un calor muy raro, dijo. ¿Hacia dónde se dirigían las huellas del animal? No ha habido ninguna huella de ningún animal, dijo. ¿Y de dónde venían mis huellas entonces? Tampoco he visto sus huellas, dijo.

La noche después del encuentro con Reyes tuve un sueño. Caminaba solo entre montañas que se parecían mucho a las que habíamos cabalgado con él, solo que allí la roca era gris, la nieve era gris, y el cielo y las nubes tenían un tono plumizo que podía acercarse más al blanco o al negro pero nunca dejaba de ser gris. Mi sotana era lo único de color, un marrón mortecino como el pelo de un topo que ha pasado días bajo tierra. Después de andar y andar sobre riscos donde apenas cabían mis pies, envuelto en una bruma fría y espesa como la noche, veo a un hombre desnudo sobre una cornisa muy angosta al otro lado de un precipicio que cae en picada hacia un fondo que apenas se vislumbra. No me alejan de él más que unos metros, pero debajo hay un abismo insondable desde donde sube esa bruma que me nubla la vista. El hombre está temblando y por momentos se estremece con la violencia de un poseído. ¿Tiene frío o miedo? ¿Está por lanzarse al vacío o evitando caerse? Una ráfaga disipa brevemente la bruma y caigo en cuenta de que el hombre es Ayzo, el mismísimo Ayzo que ahora también ha notado mi presencia y no sé si me reconoce o me toma como a un extraño, porque la bruma regresa y ya no puedo ver la expresión

de su cara. Ayo ya es un hombre, pienso. Es más alto y fornido que aquel muchacho que recordaba del internado de Rawson, tiene piernas y brazos de hombre, tiene el sexo de un hombre. Y justo cuando estoy pensando en cuánto ha crecido, Ayo se cubre el sexo con las manos. Su temblor, que antes parecía motivado por el frío o por el miedo, ahora parece de pudor, o acaso de miedo y pudor. Se cubre la desnudez ante un extraño, pienso. Y entonces le grito: ¡Ayo, soy Manuel! Ayo se acucilla y esconde la cabeza entre las rodillas. ¡Soy Manuel!, repito. ¿Tienes frío?, le grito. Me quito la sotana, la enroscó en un hatillo y se la lanzo con fuerza, pero a la mitad del precipicio el hatillo se detiene y queda flotando sobre el abismo. Estiro un brazo para agarrarla, pero no la alcanzo. Pongo los pies en punta y me inclino hacia adelante y extendiendo el otro brazo hasta quedar flotando sobre el abismo. Alzo la vista y Ayo ya no está. ¡Ayo!, grito a toda voz. ¡Ayo! ¡Ayo! Y me despierto con la garganta enronquecida.

El día siguiente amanecí transformado y, a medida que recuperé la complejidad sintáctica y mi mente retomó el uso pleno de sus facultades, en vez de esforzarme en explicar mejor mi encuentro con el bisonte, hice exactamente lo contrario. Metí, como quien dice, violín en bolsa, con la esperanza de que esas primeras cosas que había dicho sobre la bestia quedaran en el recuerdo de mis amigos como los ecos vagos de un delirio y pasé a hablar de otras cosas. No solo recuperé la sintaxis y las facultades, sino también el sentido común.

Con su voracidad de museólogo sin escrúpulos, Orsini me había convencido en ese restorán del Campo dei Fiori que la única manera de demostrar mi teoría y convencer al mundo de la humanidad de los tehuelches, de su estatura moral y religiosa, era presentar la evidencia: mostrarle la bestia unicornia. Pero finalmente había visto, con una luminosidad que me atrevería a llamar celestial, que el siciliano estaba groseramente equivocado. El bisonte no permanecía en la montaña para que yo lo encontrara y lo mostrara al mundo, sino todo lo contrario. Hacer pública su existencia no haría más que atraer hordas de curiosos y de científicos, de periodistas y de políticos, seres malintencionados, seres tan abyectos como las garrapatas y los piojos que ya le chupaban la sangre, solo que capaces de un perjuicio mil veces más maligno. El bisonte permanecía en la montaña con un fin más grande, millones de veces más grande. Al esconderse en la cordillera la bestia preservaba algo que apenas me atrevía a llamar *espíritu* (aunque era la primera palabra que me venía en mentes), algo que tal vez se escondía en esa especie de sermón que le escuché entre soplidos y bufidos, algo que acaso no se podía comprender de la manera en que normalmente acostumbramos a comprender las cosas. El bisonte como manantial. El bisonte como luz. El bisonte como punto de llegada o de partida para los que, guiados por el azar o por una obsesión tan improrrogable como la mía, dieran con él de una manera no menos misteriosa que las misteriosas maneras en que algunos elegidos han llegado a Dios. Y si me atrevo a decirlo, el encuentro con el bisonte fue de alguna manera, o de todas las maneras, un encuentro con Dios, un encuentro cardinal que terminó de iluminar la misión que me ha traído a esta vida: hacer visible al pueblo tehuelche.

Ut visibilis: hacer visible lo que no se ve, hacer visible lo que otros han vuelto invisible, hacer visible pues lo que no se ve no se siente y lo que no se siente se olvida y lo olvidado es primo hermano de lo destruido.

Esas dos palabras, que por momentos parecían un poema y en otros una súplica, se convirtieron en una consigna, en el lema que el bisonte de algún modo, con su mirada profunda y silenciosa, con esa mirada plena de una sabiduría que hombres comunes, más aún un joven exaltado como el Manuel de entonces, apenas alcanzan a vislumbrar, me encomendó en aquellas montañas. Una sabiduría que respondía a siglos infames de colonización con dos simples vocablos, dos palabras eléctricas y musicales como el doblar de una campana que fueron marcando la melodía de lo que sería mi misión de allí en adelante. El bisonte, esa esencia pura, ese espíritu indómito, debía permanecer intacto y oculto. Lo que yo, el sacerdote mestizo Manuel Palacios, el humilde servidor de mis hermanos tehuelches debía hacer era otra cosa.

Hacer visible para que lo olvidado se desolvide, para que lo que no se siente se vuelva a sentir, hacer visible para salvar de la muerte lo que está a punto de ser destruido.

Veintiocho

La Patagonia se invadió desde el norte y desde el sur, escribí en unos cuadernos de hojas cuadriculadas en los que mi letra se esforzaba por no salirse de las líneas, unos cuadernos con tapas anaranjadas que ahora, en el ocaso de mi existencia, vuelvo a leer con la nostalgia de quien mira una foto en la que se ve más joven, en la que se reconoce enamorado de la vida y convencido de poder rescatar al mundo de la desdicha, o sino el mundo que sin duda sería un exceso, al menos esa pequeña parte que uno ansiaba amparar. De regreso en Río Gallegos, recluido en ese edificio de nueve ventanas que no por elegante era menos oprimiente y en un estado de gracia que por momentos parecía una continuación de esas horas mágicas vividas con el bisonte, convertí mi encierro salesiano en una trinchera y transformé los cuadernos en armas. La palabra como sable. La palabra como arcabuz. Sables y arcabuces para salvar a mi pueblo.

Invadir la Patagonia por el norte exigió fuerza militar: ejército argentino enfrenta a nación mapuche, escribí. Alonso de Ercilla, un soldado español que en el siglo XVI peleó la Guerra de Arauco en el sur de Chile, ya le había advertido al mundo, en versos que escribió primero en cortezas de árboles y luego publicó en libros al regresar a Europa, que los mapuches (bautizados *araucanos* por los europeos) eran *de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos*, dijo que eran *de nervios bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes y atrevidos...* y también había dejado claro que *no había habido rey jamás que sujetase esta soberbia gente*. Esa nación mapuche, vigorosa y combativa, desplegada desde siempre de un lado al otro de la cordillera de los Andes, había detenido por siglos el avance de los chilenos en el Biobío y el de los argentinos en el río Colorado, hasta que a fines del siglo XIX los invasores cambiaron los viejos fusiles de chispa, que disparaban con la imprecisión de un espástico y se recargaban con la lentitud de una marmota, por los letales Remington de retrocarga, y con esas nuevas escopetas en la espalda y con esos nuevos revólveres en la cintura los malnutridos y malformados soldados argentinos se nimbaron de la superioridad mecánica que les dio la victoria sobre las soberbias anatomías mapuches.

La invasión desde el sur no necesitó militares, escribí. Solo hizo falta que europeos barbudos y malolientes, buscavidas sin escrúpulos, marginados de sus aldeas y de sus poblachos por carecer

de las mínimas virtudes para una vida civilizada, se lanzaran a atravesar medio planeta para llegar al fin del mundo, o lo que ellos veían como fin del mundo desde su constreñida visión europea, en aras de hacer fortuna cazando ballenas, lobos o nutrias, o buscando oro en las cosas barrosas de Tierra del Fuego. Hombres para quienes el mundo era un hervidero de crueldad e injusticia en el que no había diferencia entre disparar a un ñandú o a un indígena. Hombres que construyeron pequeños pueblos, con sus pequeños almacenes de provisiones y sus pequeños prostíbulos de mujeres gastadas, desde donde se hicieron fuertes para expandir su dominio sobre todo el territorio, subyugando a los indígenas con alcohol, contagiándoles pestes o simplemente matándolos en masa. Botellas, bacterias y balas: las tres b de la colonización (que en realidad son cuatro, si sumamos la Biblia).

Pero la victoria más destacada no fue desplazar, encerrar en campos de concentración o abiertamente matar a miles de hombres, mujeres y niños mapuches, tehuelches, shelk'nam y yaganes, etcétera, etcétera, escribí, sino haber convencido al mundo de que nada de eso estaba sucediendo, que no hacían otra cosa que ocupar una tierra inhabitada que esperaba plácidamente la llegada de los argentinos. Ni todos los Houdinis del mundo, junto a todos los asistentes de Houdinis del mundo, hubieran sido capaces de hacer desaparecer a millares de personas detrás de un doble fondo con la elegancia con la que el gobierno argentino había evaporado a naciones enteras delante de las narices de los argentinos y del resto del mundo, naciones que durante siglos habían habitado un territorio de dimensiones pantagruélicas que los argentinos, unilateralmente y sin dar explicación alguna, habían decidido que les pertenecía desde el inicio de los tiempos. Y el artilugio al que habían echado mano para este acto de prestidigitación había sido la palabra. *El plan del Poder Ejecutivo es contra el desierto para poblarlo*, habían dicho. Los indios nunca habían existido, o si habían existido ya estaban extintos, y si acaso quedaban unos pocos, no eran más que un obstáculo. *Este desierto brillará con una aurora color de rosa cuando los indios sean exterminados o reducidos, cristianizados y civilizados*, habían dicho. Los indios invisibles, los indios despojados de la categoría de humanos.

A la palabra me enfrentaré con la palabra, escribí en esos cuadernos anaranjados. Y en los años que siguieron al encuentro con el bison, en Río Gallegos mi tiempo libre desapareció. Las mañanas se consumían en dar clases de inglés, biología y geografía, yendo de un aula a otra con tiempo apenas para recoger en la sala de profesores el mapa de África con los países coloreados según la potencia europea que los sometía o la lámina con las vísceras de un sapo delineadas en rojo y verde o el juego de cartas con dibujos de animales y sus nombres en inglés que preparaba para ilustrar las lecciones. Por las tardes, después de almuerzos en que comía apenas media ración de guiso para evitar la tentación de la modorra, me ocupaba de las clases de educación física y continuaba preparando materiales didácticos para las próximas lecciones hasta la hora de

la cena, que también mantenía dentro de los límites de la frugalidad porque por las noches, en la tranquilidad de mi cuarto y con la clarividencia que me había dado el bisonte, me dediqué a lo que más me importaba: estudiar la cosmogonía tehuelche, descifrar su historia, registrar su lengua con anotaciones primero y grabaciones después que recolectaban para mí Jiménez y Murch, esos queridos misioneros siempre dados a ayudarme con mis ideas peregrinas, siempre dispuestos a llevar adelante mis planes más trasnochados. En otras palabras, me aboqué a convertirme en el erudito de la cultura tehuelche que debía ser a fin de que mi palabra tuviera la suficiente autoridad para derrocar todas las otras palabras.

Ut visibilis significó entonces regresar a mi pueblo del doble fondo donde los habían ocultado, convertirlos nuevamente en seres humanos, o acaso en más que meros humanos: en seres paradigmáticos y modélicos que encandilaran los ojos de los argentinos, los ojos del mundo. Y a eso eché manos, como quien dice, sin darme cuenta de que me convertía en un engranaje más de una trampa cuasi perfecta, de un discurso perverso iniciado por Pigafetta en el siglo XVI sobre los gigantes patagones, que conduciría inexorablemente a declarar, con una impunidad absoluta, la “extinción tehuelche” en el siglo XX. Pero me estoy adelantando, como ya lo he hecho más de una vez al contar esta historia, y hay otras cosas que debo decir antes.

El siete de julio de mil novecientos treintaisiete, Río Gallegos se despertó a una mañana tan blanca como la tristeza que me venía lastimando el corazón en esos días. Blancos los techos y las calles, blanco el patio de baldosas marrones del colegio, blanco el alféizar de la ventana con sus cristales surcados por trazas de escarcha. Va a ser un día gélido, me dije al salir de la cama, tan frío como esta puntada que me venía perforando el alma.

A media mañana, mientras me restregaba las manos sobre la estufa a querosén de la sala de profesores, me trajeron una carta. ¿Más malas noticias de las que ya he recibido?, me pregunté y la abrí sin mirar siquiera el remitente. Pero las noticias eran todo lo contrario, las noticias eran tan al contrario que mis ojos se abrieron como tragaluces y mi corazón aleteó como un petirrojo. El Instituto de Antropología del Museo Etnográfico de Buenos Aires me invitaba a un simposio sobre indígenas argentinos para que conferenciara sobre los tehuelches, para que hablara de mi pueblo. Después de publicar con menos gloria que pena decenas de artículos en revistas salesianas, después de los rechazos al intentar publicar los mismos artículos en revistas no salesianas, después de todas las cartas que había enviado a académicos e investigadores sin obtener respuesta, el mundo científico por fin reconocía mi existencia. ¡Cuán profunda mi emoción! ¡Cuán inocente mi entusiasmo!

La alegría de esa carta derriñó a su vez la tristeza que me había dejado otra misiva, un par de semanas antes, en la que me comunicaron la muerte de Grisha Vyrypayev. El científico ruso, contra los pronósticos de los médicos rusos y también de los franceses, los alemanes y los

estadounidenses que habían estudiado su infección con ese gusano microscópico de Siberia, que a falta de otro nombre lo habían bautizado *Grishum siberianus infectioso*, había sobrevivido por casi cinco años los pronósticos que, con más optimismo que convicción, le daban apenas unos meses más en este mundo. Viendo cruzar el sol y las estrellas por la claraboya desde la cama en que había quedado postrado, Misha me había escrito en unas hojas ásperas, que a pesar de la travesía transoceánica seguían impregnadas del olor a carne de cerdo y remolachas que le cocinaban las mujeres que lo cuidaban, largas cartas en las que debatía mis avances sobre el conocimiento de mi pueblo, en las que me animaba a no rendirme ante la dificultad de revertir el olvido, la marginación y la pobreza en la que se sumergían los tehuelches, cartas que habían sido mi única compañía como antropólogo durante esos años de aprendizaje solitario. Y con esa última misiva regresaba una última carta mía dentro de otro sobre con una escueta nota, escrita en un inglés tan burocrático como ininteligible, que explicaba, o intentaba explicar, que el gran científico Grisha Vyrypayev había pasado a mejor vida, o tal vez *había dejado* la vida o *pasado a peor vida*, era difícil estar seguro, pero de lo que no cabía duda era de que había muerto.

Subí a mi cuarto con la carta del Instituto de Antropología apretada contra el pecho, cerré la puerta y la releí en voz alta hasta convencerme de que la buena noticia, que por momentos temía que fuera una alucinación gestada por el blancor apabullante de ese día nevado, era cierta. De reojo me miré en el espejo, la sotana abotonada hasta el cuello y la boina marrón escondiendo la calvicie incipiente de mis más de treinta años, y de repente me vi a mí mismo, desgarrado y ojeroso, iluminado cruelmente por el sol enceguedor del mediodía que multiplicaba hasta la náusea los surcos de mi cara, y allí me vi con el ceño fruncido y la mirada trasojada, como si hubiera pasado los últimos años en una cueva oscura cual anacoreta que solo es disciplina y devoción, y ahora es solo piel y huesos pero con la mente colmada de conocimientos sobre el pueblo tehuelche, en otras palabras, una figura cercana a la de un loco, a la de alguien que ha perdido el contacto con la realidad y se ha mudado por un tiempo a un mundo paralelo, un mundo que había operado en mí como una especie de claustro que de algún modo también se asemejaba al capullo de una larva dentro del cual me había metamorfoseado en el experto, en la autoridad indiscutida que a todas luces debía ser para llevar adelante mi cometido. La carta prometía dejar atrás un largo período de oscuridad y eso me producía una mezcla de excitación y de nostalgia, de temor y de entusiasmo, pero sin duda me hacía dar cuenta de que esa larga noche preparatoria me había afilado como el sable de un guerrero, me había munido de las ideas agudas y de las palabras cortantes indispensables para esa gesta que por fin daba comienzo, y para que esta gesta nunca perdiera la fuerza necesaria, como principal virtud de esa vida de ermitaño debía preservar la férrea voluntad de defender a mi pueblo.

Y en ese momento escuché una voz, que podría haber emanado de mi figura desgachada en el espejo o acaso venido de más lejos, del corazón mismo de la cordillera, para recordarme que había sido el bisonte quien me había señalado la real dimensión de la batalla, que llegar a él

había sido siempre un inicio y nunca un fin, y eso era justamente lo que le había escrito a Grisha en esa última carta que no había alcanzado a leer. La sabiduría del bisonte es la sabiduría de la tierra, le había escrito, o más que de la tierra, de la permanencia, de la obstinación y de la rebeldía.

Y mientras escuchaba golpear el viento contra los vidrios de la ventana, un viento espasmódico que marcaba el fin de la nevazón y prometía un frío aun más intenso, aunque no era frío lo que yo sentía sino un calor que emanaba de los rincones más profundos de mi ser, ese viento sonaba como el tuntún de un tambor de guerra, un tambor sin ritmo definido pero con una determinación definida, y a su compás apoyé mi nariz contra el vidrio y miré los techos rojos y verdes de las grandes barracas de Río Gallegos, y con la vista seguí más allá y contemplé la meseta toda, desde los Andes hasta el Atlántico, desde el cabo de Hornos hasta el río Colorado y en ese sobrevolar imaginario de la Patagonia entera me sentí preparado para mostrarle al mundo que mi pueblo no era acaso un pueblo elegido, en los términos religiosos que había pensado en un principio, pero sí ejemplar, poseedor de una belleza sin parangón y un espíritu sublime que inspiraría a los argentinos a encontrar ese camino probo que, luego de décadas de ser nación independiente, parecía cada vez más lejos. Al fin les diría a quienes no lo sabían, y les recordaría a quienes sí lo sabían pero preferían olvidarlo, que los tehuelches eran hombres y mujeres bellos, generosos con los forasteros, más compasivos que cualquier criollo, hábiles como pocos en la caza, diestros en el armado de toldos y en la manufactura de mantas de piel, que su lengua era más compleja que muchos de los idiomas europeos y su cosmogonía era monoteísta como la cristiana. Y entonces, no sin antes reiterar hasta la náusea las virtudes de mi pueblo, les contaría la ignominia en la que vivían ahora, la indignidad en la que estaban sumergidos, las enfermedades y las muertes, el hambre y las humillaciones, con la esperanza de que la compasión y la vergüenza de los invasores (pues ni en los peores invasores la maldad es absoluta) abriera espacio a la posibilidad de salvarlos.

Y eso fue un craso error.

Veintinueve

La realidad no existe, solo las palabras que la empañan. Aunque también hay palabras que la iluminan. En la pavorosa oscuridad del simposio sobre indígenas del Instituto de Antropología, mi ponencia sobre los tehuelches fue una vela, una vela insignificante que encerraba la posibilidad de un incendio.

El simposio tuvo lugar en el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, un edificio elevado en las márgenes del parque Centenario, doce hectáreas de jardines diseñados por un arquitecto francés y contruidos por el gobierno argentino para conmemorar el siglo transcurrido desde la separación entre las colonias del Río de la Plata y España. Pero más que un símbolo de ese distanciamiento, el majestuoso lago artificial con sus paseos de árboles europeos era más bien un acercamiento con el viejo continente, como si esos cien años fuera del dominio de España hubieran servido para demostrar no solo que Buenos Aires podía ser más europea que cualquier ciudad europea, sino además convertirse en la digna metrópolis de sus propias colonias.

En la fachada del museo donde se realizó el simposio había gárgolas de cabezas de pumas, búhos de hierro en las puertas y, entre los sobre relieves con guanacos y cóndores, maras y jabalíes que adornaban las paredes, había uno con una familia de indígenas, probablemente del Chaco, sentada delante de unos cerros. La recepción de la sala de conferencias estaba decorada con banderas y escudos celestes y blancos. Camareros vestidos de frac se paseaban entre la gente ofreciendo copas de jerez desde bandejas plateadas mientras un cuarteto de cámara entonaba en una esquina melodías de Julián Aguirre. En la primera conferencia sobre los guaraníes, a cargo de un pelirrojo con la nariz afilada, se mencionó dos veces la palabra “canibalismo” y cuatro veces “apareamiento”. El experto en los puelches, que además de académico era poeta, mezcló descripciones antropológicas con la lectura de párrafos de *La Cautiva*, de Esteban Echeverría, donde los indios se perdían en largas noches orgiásticas abrevadas por la sangre caliente de los yeguarizos. En la conferencia sobre los comechingones se escucharon los adjetivos “salvaje” y “ebrio” siete y nueve veces respectivamente, y el verbo “domesticar” se mencionó más de veinte (o acaso más de treinta, aunque no podría asegurarlo pues a partir de los veinticinco dejé de contar). El hombre que discursó sobre los querandíes habló extensamente de la forma craneal y la longitud de las falanges, y relacionó la distancia entre los ojos con la escasa inteligencia.

Mientras escuchaba las conferencias al borde de la náusea o del escalofrío, alguien me avisó que mi turno era el siguiente. Con mi traje negro recién comprado y el cuello blanco de sacerdote

resaltando mi piel oscura, subí al podio con el recelo de una gacela en un simposio de taxidermistas. Tropecé con el escalón, se me cayeron los anteojos y al recogerlos me golpeé contra el podio, pero cuando comencé a hablar, no sin antes aclararme la garganta con un tosido ronco, surgió en mí una inusitada confianza, una confianza en cierto sentido nueva, pues no era lo que yo acostumbraba llamar aplomo o seguridad en mí mismo, sino más bien un estado de gracia que aumentó la sonoridad de mi voz y transformó el bullicio inicial en un silencio casi mortuario. Grisha tenía razón, mis contrincantes eran feroces, la oposición a mi lucha, monolítica, ¿pero para qué habían servido entonces tantos años de reclusión y estudio si no para enfrentarla y demolerla? Y así, poseído por un espíritu que solo podía provenir del bisonte, comencé a hablar como si Él hablara a través de mí, como si yo fuera su médium, o más que médium esa fusión que había imaginado entre nosotros, solo que al revés pues ahora yo era la cabeza y Él mis piernas.

Un día apareció de improviso en la playa un hombre de estatura gigantesca, escribió Pigafetta, dije, y así el cronista de Magallanes, en esa primera circunvalación al globo (que acaso no fue la primera) dio a conocer la existencia de seres de dimensiones sobrehumanas en un confín que para los europeos aún no tenía nombre. Pigafetta los bautiza Patagones y acuña así uno de los topónimos más míticos del planeta. Un par de siglos después, dije, el jesuita Thomas Falkner, un inglés protestante devenido católico que pasó la mitad de su vida entre los indios del sur, habló de los patagones como *hombres altos y corpulentos, gente inocente y sincera, hombres de bien*, y los llamó tehuelhet. *Que aunque no son gigantes sí son altos*, dijo Antonio de Viedma, dije, *con una combinación armoniosa de estatura, belleza y bondad. Las mujeres son bellas*, también dijo Viedma, dije, *en particular por el color de la piel, y los hombres son sencillos, dulces e inocentes, conocen minuciosamente el paisaje y planifican detalladamente sus viajes. Son ciertamente la raza más alta que en algún lugar hayamos visto*, dijo Charles Darwin, dije. Hablé después de mi adorado George Musters y de su adoración por los tehuelches, de ese viaje iniciático de nueve meses donde se había sentido *At home with the Patagonians*, según versaba el mismísimo título de su libro, entre gente más compasiva y hospitalaria que cualquier chileno o argentino. Y citando frases enteras de su libro, frases dignas de un antropólogo excelso escritas cuando la antropología aún no existía como ciencia, expliqué la organización familiar, las estrategias de cacería, la fabricación de toldos, los hábitos funerarios y la sofisticada relación con sus pueblos vecinos. Continué hablando de la complejidad de la lengua aonekko y de la cosmogonía tehuelche, que mis queridos Jiménez y Murch me habían ayudado a investigar. Y luego hablé, en un tono más sombrío, de las reservas asignadas por el gobierno, de los campos secos y pelados en los que vivían decenas de familias, de la imposibilidad de cazar, de la tisis y del alcohol. Por último dije: hasta donde llega nuestra capacidad de conocimiento, los tehuelches son (o acaso dije *somos*) los hijos de la tierra. Ellos les dieron los primeros nombres a las montañas y a los ríos, trazaron las primeras rutas, encontraron los primeros refugios. Su historia

es la historia de siglos de un territorio y si esa historia muere, lo que comience después será tan débil como un pequeño vástago que crece sobre las raíces muertas de un árbol que alguna vez fue frondoso. Los tehuelches son el tronco robusto y las ramas robustas a las que tenemos que sumar las nuevas ramas, porque las ramas que se unen fuertemente las unas a las otras devienen indestructibles. Apoyé los anteojos sobre el podio y la sala se hundió en un silencio aun más profundo, un silencio que tensó el aire hasta que alguien se atrevió a romperlo con un tenue aplauso.

Bajé del escenario con el corazón en un remolino. Los asistentes me rodearon al punto de la asfixia, me miraban fijamente sin ningún desparpajo, algunos me palmearon la espalda, otros me acariciaron la cabeza. ¿Acaso para comprobar cuán gruesos eran mis cabellos? ¿Me agradecían la charla o querían disecarme? ¿Había entendido alguien lo que había dicho, había alguna posibilidad de que alguien entendiera algo? Me sentí mareado y confuso, pero más que nada solo, inconmensurablemente solo. Hasta que de repente, apenas perceptible entre el bullicio, escuché que una voz familiar mencionaba mi nombre, una voz que no estaría a más de un metro detrás de mí pero parecía venir desde muy lejos. Me di vuelta y lo que encontré me confundió por un instante. Si antes de escucharla hubiera visto a esa anciana con los cabellos teñidos de rojo, con esa camisa alegre de flores amarillas y el brazalete de turquesas que por poco se le caía de la muñeca, si hubiera visto las zapatillas azules que vestía en vez de los zapatos de cuero de las otras damas, si hubiera observado la comodidad de sus pantalones, que parecían más bien los que alguien llevaría en su casa en un día de lluvia, habría sido imposible reconocer a Roberta Cunningham. Pero su voz, esa voz melodiosa que me leía poemas de niño, solo podía provenir de ella.

You've come a long way, little boy, me dijo al oído en ese susurro apagado en que se dicen los secretos. Y esas palabras, o tal vez simplemente la cercanía de su voz, produjeron una sugestión hipnótica. La gente a mi alrededor se fue transparentando hasta desaparecer por completo, todos menos la señora Cunningham, cada vez más nítida y sentada ahora en una mecedora con otra camisa de color gris, sin flores y abotonada hasta la barbilla, con los pantalones devenidos en una falda que dejaba apenas ver las puntas de unas botas de cuero marrón. *Sit by me, little boy*, me dice Roberta golpeando las palmas contra el regazo y, como si de una aparición se tratara, un libro se corporiza en sus manos. *We are going to read from The Book of Life*, dice y abriendo una página al azar lee en un idioma que ya no es inglés, tampoco español y aunque suena muy parecido al aonekko es improbable que lo sea porque la señora Cunningham no habla ninguna lengua india. No entiendo lo que lee, pero presiento que habla de un campo donde los árboles no crecen, un campo de pastos amarillos y secos donde el viento nunca deja de rugir. Estamos sentados en el porche de Bajo el Amor, es el mismo, y aunque la pintura está descascarada se lo ve bien cuidado, adornado con nomeolvides y siemprevivas en macetas que cuelgan de la baranda. Las paredes del porche están pintadas de verde esmeralda. Las flores son fucsias y

amarillas, celestes y rojas. En el cielo hay nubes que parecen liebres o tal vez cueros de liebres colgados de un alambre que vuelan en formación como las aves. Se escucha el viento, un viento que por momentos parece un huracán, pero solo se lo escucha, porque al reparo del porche ni siquiera los pétalos tiritan. Roberta lee, y yo, acunado por su voz musical, me voy quedando dormido y sueño que estoy en ese mismo porche, solo que las paredes son violetas y las flores son blancas y que en vez de Roberta es mi madre la que lee (o pretende leer pues era analfabeta) y al arrullo de su voz me vuelvo a quedar dormido y a soñar dentro de ese segundo sueño dentro del primer sueño y así continúan anidándose los sueños hasta que me sobresalta un voz alarmada. *Mañuel, Mañuel! Are you alright?* La gente reaparece y con ella el bullicio, y veo que la señora Cunningham, nuevamente con el pelo rojo y la camisa de flores, me mira con cara de preocupación.

Roberta me llevó a una silla al costado de la sala y le pidió a uno de los camareros una copa de jerez. Te ayudará a subir la presión arterial, me dijo. Después de esa copa pidió otra para mí y una para ella, y después pidió otra más y entre copa y copa me dijo que había vendido Bajo el Amor a unos asturianos y comprado una casa con jardín en el barrio de Flores. Hace ya más de diez años que vivo en Buenos Aires, me dijo con una voz que sonaba lenta y dulce como el jerez. Sus hijas, Molly y Dolly, se habían ido a estudiar a Londres. La una se había casado con un pastor anglicano de mal carácter y la otra con un comerciante de telas de lino que por las noches cantaba en las operetas de Gilbert y Sullivan. Tiene una buena voz de tenor, dijo Roberta, tarareando el estribillo que bien podría haber sido de una opereta. El señor Cunningham había muerto tiempo después de la partida de las hijas en un accidente con la prensa de fardos. La palanca se zafó y lo lanzó como a un hombre bala por encima de los bretes, dijo Roberta. Se estrelló contra los ganchos donde colgaban los cueros. Con la ayuda de un peón de confianza, un hombre bajo y de piel oscura venido de Chiloé, Roberta siguió administrando la estancia un tiempo que no duró mucho. En la década del veinte, me dijo, una estancia pequeña daba para comer. No sé si para mucho más que eso, pero para comer daba. En los años treinta ya ni eso. Aunque esa no fue la verdadera razón para irme, me dijo después del quinto jerez y con la solemnidad de una confesión. La verdadera razón es que cuando no hay con quien hablar en la meseta, el viento comienza a decirte cosas tremendas, cosas inenarrables que solo el viento patagónico se atreve a decir. Y lo peor no es lo que dice, sino lo que pregunta. ¿Cómo se llamaba tu madre, Mañuel? Yo siempre la llamé Madre, dije. Nosotros la llamábamos María porque así la llamaba tu padre, pero el viento me preguntaba cuál era el nombre que le habían dado sus padres al nacer. ¿Cuál era el verdadero nombre de esa mujer que te limpiaba la mierda del baño?, me decía. ¿Cuál era el nombre de esa mujer tísica que se arrastraba para barrerte la casa?, me decía. Y esa no era la única pregunta, había otras que ni siquiera me atrevo a repetir, Mañuel. Preguntas que lo mismo me hacían llorar desconsoladamente que tirar de espanto la noche entera.

Unos minutos después, mientras Roberta me contaba sobre el pino de Bajo el Amor que había

trasplantado en su patio de Flores o acaso del viaje que haría pronto a Londres, una mano se apoyó en mi hombro, una mano fuerte de un brazo fuerte que me hizo sentir algo cercano a una descarga de electricidad. Cuando me volteé, vi a tres hombres. Los tres llevaban los mismos trajes de color azul marino, las mismas corbatas marrones y los mismos pañuelos de seda de color marfil asomando por los bolsillos de las chaquetas. A primera vista parecían iguales, pero en realidad estaban llenos de detalles que los hacían diferentes. El primero tenía un lunar en el cuello que intentaba tapar con la camisa y al mover la cabeza quedaba al descubierto. El segundo llevaba un sombrero marrón que le sumaba, como poco, cinco centímetros al metro noventaicinco que medía. El tercero, el que me había apoyado la mano, tenía el bigote más ancho y con el lado derecho más oscuro que el izquierdo.

La primera impresión que me dieron fue más bien amenazante, lo que se condecía con la omnipotencia que reinaba en esa sala rebosante de superioridad, solo que el resto de los asistentes, un grupo variopinto de antropólogos de pacotilla, aspirantes a antropólogos de pacotilla y el público lego que se había acercado a curiosear, podía ser vistos, si uno consideraba esa omnipotencia una miopía más que un pozo infinito de maldad, como los representantes irreflexivos de una raza y de una historia, mientras que estos hombres solo podían ser vistos como los agentes del servicio secreto de un plan maquiavélico. Sacaron sendas tarjetas de sus bolsillos y se presentaron como funcionarios del Ministerio del Interior.

Nos han impresionado mucho sus indios, dijo el primero. Sus indios son muy diferentes a los otros indios, dijo el segundo. Casi no parecen indios, dijo el tercero. ¿Qué quiere decir con que no parecen indios?, dije. Pues, eso mismo, que no parecen indios. El primero volvió a hablar y dijo algo sobre la inspiración. Sus indios nos han inspirado, dijo. El segundo se metió las manos en los bolsillos y dijo algo sobre la virtud. Pensábamos que no existían indios virtuosos, dijo. Luego se quitó las manos de los bolsillos y aclaró: con esto no quiero insinuar que hayan dejado de ser salvajes, sino que sus indios parecen haber encontrado una manera virtuosa de ser salvajes, y llevándose la mano a la frente hizo un gesto que lo mismo quería expresar inteligencia que locura o cualquier otra cosa. El tercero dijo algo sobre los haces. Habló de haces de leña, de haces de hierba y luego dijo que la metáfora de las ramas del árbol robusto que al unirse se vuelven indestructibles lo había llevado al borde de las lágrimas. Queremos conocer a sus indios, dijo el primero. Pero más que nada queremos que el flamante asesor en temas indígenas del Ministerio del Interior le preste especial atención a sus indios, dijo el segundo. El flamante asesor está llegando esta semana de Italia, dijo el tercero. ¡Recomendado por el mismísimo Duce!, dijo el primero. ¿Cómo se llama ese asesor?, pregunté.

Ricardo Orsini, respondieron al unísono.

Un temblor me cruzó desde la coronilla hasta la punta de los pies, un temblor que mezclaba el deseo de volver a ver al siciliano con el horror de lo que ese hombre sería capaz de hacer. Cuando me di vuelta, Roberta había desaparecido. Hasta el día hoy me pregunto si de verdad

alguna vez estuvo allí.

Treinta

Perdón por la digresión, pero quiero decir que no es disparatado conectar las muertes por la fiebre amarilla con las de la campaña del desierto y menos aún con las de la ocupación del sur la Patagonia. A un argentino le puede parecer lo más disparatado del mundo, pero no es para nada disparatado: las conexiones entre esas muertes son tan claras como un fucilazo, tan claras como una mañana de otoño sobre esta meseta interminable.

Podemos empezar por el número. Se sabe con cierta certeza, gracias a que alguien se tomó el trabajo de contarlas y dejarlas anotadas en un papel, que las muertes por el brote de fiebre amarilla, que diezmó en 1871 el sur de la ciudad de Buenos Aires, superaron las catorce mil. Las víctimas indígenas ante el avance militar a la Patagonia, que comenzó a pleno siete años después, puede que hayan sido muchas más, aunque no lo sabremos nunca con precisión porque nadie se tomó la molestia de llevar registro. Pero más allá de que unas se hayan contado o otras no, lo que las conecta es que ambas superan el límite de la compasión humana. Hay quienes se detendrán en diez, otros tal vez en cincuenta o un poco más. Para mí son diecinueve, cuando el número de muertes supera las diecinueve el corazón deja de contar y las agrupa a todas en una muerte sin nariz ni ojos, sin nombre ni edad: una muerte abstracta que inspira un dolor abstracto.

Un cura polaco que nos visitó hace años en Río Gallegos, un hombre delgado como un espárrago que sufría ataques frecuentes de una tos que le venía de la infancia y lo llevaba al borde de la asfixia, me contó que en un pueblo cercano a la frontera entre Polonia y Rusia, un pueblo de menos de quinientos habitantes llamado Tachi, o Tajki u otro vocablo similar en polaco que es un idioma con una ortografía sin ninguna lógica, los pueblerinos querían elevar un monumento a los caídos en la primera guerra. A principios de los años veinte muchos pueblos ya planeaban monumentos a sus muertos, monolitos de mármol negro o de granito gris oscuro que es casi negro y más barato que el mármol, algunos con estatuas de bronce o de cemento, otros con fuentes iluminadas, monumentos que más allá de los materiales costaban invariablemente una suma de dinero que la población de Tachi o Tajki, reducida un puñado de ancianos, viudas y niños y sumida en esa miseria profunda de las posguerras, que también es una miseria lúgubre y en ocasiones agonizante, no tenía ninguna chance de juntar y, ante la imposibilidad poder pagar por un bloque de mármol o granito y menos aún por una estatua, la idea del monumento comenzó a desvanecerse hasta que una de las viudas, en una de esas tardes en que se juntaban a hilar lana de oveja teñida con jugo de remolacha en ruedas de hilado en las que nunca faltaban el canto y las lágrimas, propuso transformar las ruinas de la casa de una de las familias que había

perecido por completo en la guerra —abuelo, madre, padre y tres hijos— en el monumento a los caídos. Era una casa humilde, una sola habitación grande con muros de piedra y techos de paja dañados en un bombardeo que, con la ayuda de los pocos ancianos a los que aún les quedaba fuerza en el cuerpo y de los niños que de a poco se convertían irremediabilmente en hombres, la repararon y recrearon lo más cercano a como era cuando la familia vivía. La puerta se dejaba entreabierta para que cualquiera pudiera entrar y quedarse allí el tiempo que quisiera. En las mañanas alguien encendía un fuego debajo de una olla tiznada que colgaba del dintel de la chimenea, no sin antes llenarla con agua sazónada con hojas de cedro que al hervir soltaban un aroma amargo. La mesa estaba puesta con platos de cerámica rosada, vasos de vidrio azul y servilletas dobladas en triángulos como si la familia estuviera a punto de sentarse a comer. Los catres estaban tendidos con sus edredones de parches. Junto a la ventana, sobre una mesa pequeña que hacía las veces de escritorio, se había colocado una carta inconclusa encontrada debajo de los escombros, dos hojas de un papel casi transparente donde alguien, probablemente la madre, informaba a uno de los hijos en el frente de combate acerca de los detalles de la vida familiar: la venta de dos corderos de más de ocho kilos, el nacimiento de un bebé con seis dedos en el pueblo vecino, la tormenta que había transformado el chorrillo detrás de la casa en un río caudaloso durante más de dos días... La carta se detenía abruptamente en la media frase: “Apenas vuelva a salir el sol”, como si el remitente hubiera ido a servirse un té o acaso a revolver la olla del guiso y el bombardeo no le permitió regresar. Al lado de la frase inconclusa había un lápiz con la punta afilada. El cura polaco, que en esos años se pasaba de pueblo en pueblo rociando con agua bendita cada nuevo monumento que se erigía, monolito tras monolito y estatua tras estatua que cada vez se parecían más los unos y las otras, cuando entró en esa casita de un solo cuarto con olor a cedro, con la mesa tendida y las camas hechas, cuando vio la carta inconclusa y el lápiz a su lado sintió que se le helaba el cuerpo y, fingiendo uno de esos ataques de tos a los que todos estaban acostumbrados, se fue a un rincón para que no lo vieran llorar. Los monolitos de piedra, las estatuas y más aún las fuentes, me dijo, buscan lo contrario de recordar, buscan quitarle el rostro a la muerte.

En un viaje a Montevideo vi el cuadro *Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires*. Es del artista uruguayo Juan Manuel Blanes, acaso el más importante pintor uruguayo del siglo XIX (aunque no falte quien lo cuestione) que durante el brote de fiebre amarilla de 1871 estaba en la Argentina bajo el mecenazgo de Urquiza. Blanes, un artista prolífico con una debilidad por el realismo y también por la tragedia, pinta un óleo de dos metros treinta por uno ochenta con una escena de la peste. Sobre un piso de ladrillos, un piso rústico de una vivienda pobre, yace una mujer que, por el color gris que Blanes usa para la piel, un gris claro que también es violáceo, sabemos indudablemente que está muerta y suponemos, por una taza y una cuchara tiradas a su lado, que tal vez se haya desplomado mientras tomaba el último sorbo de su existencia o acaso mientras iba a llenar la taza, lo que es más probable porque no hay agua derramada en el piso. A

la derecha del cuadro vemos a un hombre acostado sobre un catre con el torso desnudo y por el color de la piel, el mismo tinte mortecino que Blanes usa para la mujer, suponemos que está muerto o que le falta poco, aunque lo más probable es que siga aún vivo porque de lo contrario le quitaría el protagonismo de la muerte a la mujer y Blanes, si hay algo que hace muy bien, es respetar los protagonismos. La puerta doble que da a la calle está abierta y en el umbral están parados dos hombres vestidos con levitas negras, camisas blancas y zapatos de cuero, hombres que bien pueden ser médicos o funcionarios del gobierno que andan de casa en casa inspeccionando las muertes y que obstruyen gran parte de la visión de lo que está afuera. Los dos miran a la muerta con seriedad, pero una seriedad mezclada con sentimientos distintos: el que se toma las manos a la altura del vientre, que por la barba blanca y las canas sabemos que es el mayor de los dos, combina la seriedad con algo cercano al desprecio, mientras que el más joven, que se ha quitado el sombrero y lo sostiene en alto, frunce el ceño en una mezcla de perplejidad y respeto. A la derecha de los hombres de levita y apoyado sobre el marco de la puerta está un joven de unos catorce o quince años. El joven está descalzo, lo que indica que es otro inmigrante pobre que bien podría ser pariente de la mujer muerta o del hombre agonizante o de ambos, pero en vez de mirar a la muerta o al otro enfermo mira al hombre que se ha quitado el sombrero, como si ese gesto fuera el más importante de la escena. En la calle, que apenas vemos a través del poco espacio que dejan los hombres de levita, se vislumbran dos caras: la de un hombre con sombrero que se cubre la nariz y la boca con un pañuelo y la de otro con un traje gris claro, un hombre que mira hacia el cuarto con cara de pena y también de resignación y bien podría ser el viudo. En esos años la muerte era una experiencia cotidiana, solemne y también religiosa, pero sin por eso dejar de ser cotidiana y Blanes, que es muy consciente de eso, agrega un elemento que la convierte en trágica: un bebé que no puede tener más de un año de vida está sentado en el suelo con las manos apoyadas sobre el seno izquierdo de la madre muerta. Blanes pinta al bebé en gamas de anaranjado y amarillo, los únicos tonos cálidos del cuadro que lo hacen parecer más vivo que cualquiera de los demás, y así como está vivo está confuso, con esa confusión desesperada de un infante ante una madre que no le responde. Hace un siglo que Blanes pintó ese cuadro y con solo mirarlo unos segundos sentimos el dolor del flagelo de la peste como si estuviéramos allí, en ese mismo conventillo, mirando al bebé y a la muerta.

Yo imagino un lienzo más grande que el de Blanes, tal vez de cuatro metros por tres. En el fondo hay una meseta que termina en un cañadón desde donde se puede ver el mar y una playa con guijarros rojos, verdes y azules, una de esas playas frías y ventosas del Atlántico sur en las que nadie nunca se mete en el agua. El cielo está encapotado, completamente encapotado como si una nube gigantesca se hubiera posado sobre esas tierras sin intención de retirarse. En el centro del cuadro hay una mujer tirada al lado de un arbusto grande y oscuro, una mujer con rasgos bellos que no lleva un vestido blanco como la del óleo de Blanes sino una capa de piel de guanaco ornada con pequeños rombos rojos y negros. Detrás de ella hay un hombre caído que, si

bien la perspectiva lo hace parecer más pequeño, es sin duda muy alto y también está cubierto por una capa de guanaco solo que decorada con cuadrados amarillos, una capa que apenas le cubre las piernas y deja ver su magnífica musculatura. En este cuadro no hay médicos ni funcionarios del gobierno que examinen los muertos, ni ningún amigo o familiar que los observe, los cuerpos están solos y debemos suponer que con el pasar de las horas se irán descomponiendo hasta que los caranchos se ocupen del resto. A la distancia se ve una niña de pocos años, acaso no más de diez, que se aleja de la escena. La vemos de espaldas y sobre su hombro asoma la cara de un bebé de edad similar al de Blanes, un bebé que observa a quien se pose delante del cuadro con una mirada desesperada, una mirada que perfora. Al lado de la niña y del bebé cabalga un hombre que podría ser un soldado, o acaso un colono, es difícil saber porque el artista lo ha delineado de manera difusa, pero ese hombre es lo único ambiguo en el cuadro, todo lo demás está pintado con una nitidez escalofriante.

Huelga decir que nadie ha pintado ese cuadro y que es probable que nadie lo pinte jamás, ni ese ni ninguno parecido. A nadie le interesa retratar esas muertes, absolutamente a nadie, aunque en ellas se esconda el secreto fundacional de esta nación, de este continente.

Sé que debo contar lo que hizo Orsini en su último regreso a Argentina, sé que me estoy yendo por las ramas como otras veces, pero quiero terminar esta digresión sobre las muertes. No todo se explica con una seguidilla de anécdotas encadenadas, como las que he contado hasta ahora. Hay momentos en que debemos detenernos a conectar cosas. La historia del mundo está cruzada por hilos que atraviesan siglos y continentes, hilos tensados con la fuerza de un titán, hilos esquivos al ojo humano que si los encontramos y los hacemos sonar como las cuerdas de un arpa, develan los misterios más recónditos de la humanidad.

Pero debo admitir también, por más que me pese, que comparar estas muertes no es lo único que motiva este paréntesis, también me demora la vergüenza de volver a hablar de Orsini. Su última incursión en la Patagonia —¡tan impía! ¡tan pseudocientífica!— fue aun más aberrante que los cuerpos embalsamados para su *Modus vivendi*, más humillante que cualquier otra cosa que hubiera hecho antes, tan humillante que acabó con mi idealismo. Es difícil ser idealista y mestizo en esta parte del mundo. Al principio tal vez no, al principio pudo parecerme fácil, como cuando estaba en el noviciado o en el seminario de Turín o incluso después de regresar a Río Gallegos, pero al ver pasar los años y con los años un desfile interminable de salvajadas y crueldades compitiendo entre sí en atrocidad e insidia, el idealismo, ese idealismo del que me quedaba cada vez menos, se me fue volando como una brizna de alfalfa en una ventolera. La vida provoca a veces un desaliento insoportable.

Pero volviendo al tema: esas muertes y el miedo a esas muertes, ese miedo persistente que dejan los fallecimientos en masa, abrieron espacios, espacios enormes y descampados, espacios minúsculos y oscuros, espacios de opulencia y espacios de pobreza, pero espacios al fin y al cabo que quedaron vacíos durante algún tiempo hasta que invariablemente, más temprano o más tarde,

se volvieron a ocupar. En el brote feroz de 1871, la fiebre amarilla mató a uno de cada diez habitantes de Buenos Aires, la mayoría inmigrantes pobres y recién llegados que fallecían de a veinte o treinta al día poniendo a la muerte en un prosenio continuo. Los rostros empapados por la calentura, el hedor de los vómitos, la piel amarilla de los enfermos y los ataúdes atravesando a diario las calles daban a la muerte un protagonismo ineludible que sumía a la población en un miedo constante, un miedo que llevó a las familias pudientes a alejarse lo más posible de la peste dejando atrás sus casas señoriales con decenas de habitaciones con techos de bovedillas y patios de baldosas blancas y negras que olían a jazmín y madreselvas. Y esos espacios abiertos en las casas patricias los fueron ocupando poco a poco los sobrevivientes de la peste: italianos y españoles, búlgaros y rusos, sirios y libaneses, y también negros y mulatos hijos y nietos de antiguos esclavos que acomodaron sus catres y sus bártulos en esas habitaciones más espaciales que la del cuadro de Blanes y se sentaron a tomar el fresco en esos patios de baldosas con olor a flores, compartiendo una intimidad que antes no compartían, hablando medias lenguas, mestizando rezos y comidas, y en la proximidad forzada de esos patios, donde antes se bailarían el pericón o cualquiera de esas danzas absurdas de las clases altas, inventaron el tango, el primer rasgo sólido de identidad de una nación con una identidad raquítica.

Mientras tanto, los mapuches atravesados por las balas de los Remington y los que perecieron de hambre y de sed o simplemente del miedo a estar encadenados a la verja de un campo de concentración; los yaganes y los alacalufes que no sobrevivieron al frío cuando los forzaron a lavarse la grasa de foca y vestirse con telas; los shelk'nam alcanzados por el fusil de un cazador de recompensas que cambiaba un par de orejas o de testículos por unas monedas; los tehuelches, mis queridos tehuelches, desfallecientes por el alcohol y la tristeza, todas esas muertes y el miedo que dejaron grabado en las retinas de los sobrevivientes liberaron un territorio de miles de kilómetros cuadrados, un territorio hostil que se alambró y subdividió en estancias superlativas con enormes dormitorios y enormes galpones para cientos de peones y miles de ovejas, y también en estancias modestas donde hasta los hijos más pequeños de los colonos debían trabajar para asegurar la subsistencia.

De los sobrevivientes indígenas, que fueron miles, los hombres se metieron en esas estancias a trabajar por la comida, las mujeres se casaron con colonos, su descendencia se fue blanqueando, su lengua y religión perdiendo, y así su historia quedó anclada en un eterno pluscuamperfecto, lo que en inglés llaman *pasado perfecto*. Mientras tanto, los inmigrantes que sobrevivieron a la peste fueron construyendo edificios, escuelas y hospitales donde colgaron sus banderas y sus estandartes, óleos y fotos de sus pueblos y paisajes, y allí se juntaron a celebrar sus culturas, hablar sus idiomas, rezar sus rezos hasta que de a poco pudieron subirse al tren de la civilización y el progreso de este país imberbe.

¡Civilización y progreso! Esta nación lanzó al abismo a millares de hombres, mujeres y niños indígenas en pos de la civilización y el progreso. Para mí civilización y progreso son palabras

veladas, palabras que según quién las diga y quién las escuche pueden significar cualquier cosa, pero en el fondo no significan nada. En aras de la civilización y del progreso los argentinos se han convertido todos en asesinos, todos, ¡absolutamente todos!, los que hicieron y los que dejaron hacer, los que sabían y los que prefirieron no saber, una horda de asesinos y de cobardes, que en este caso es lo mismo. Hay quien dirá que son gente buena, que son cariñosos y hospitalarios, a mí también me lo parecen, me he llegado a sentir cercano a algunos de ellos, a pasarle la mano sobre el hombro y decirle algo afectuoso, pero sé que apenas me dé vuelta me clavarán un cuchillo, y no hablo del cuchillo de metal que acaso sus bisabuelos le clavarón a mis bisabuelos, hablo del cuchillo del desprecio hacia la piel oscura, hacia el mestizaje, que es el equivalente de este siglo a las balas del pasado, que es la continuidad inobjetable de esos crímenes, ¡la legitimación meridiana de esos crímenes!

Argentina nunca dejará de ser una nación niña, una niña con la piel ajada por el tiempo, encorvada por los golpes, encanecida por el agobio del fracaso, pero irremediabilmente niña, porque pasar a la adultez es volverse imputable por nuestros crímenes y este país no está ni cerca de comenzar a hacerlo.

Treinta y uno

De la última incursión de Orsini en la Patagonia me enteré por Jiménez y Murch, que a su vez se enteraron de boca de Mabel Roncado, una niña tehuelche de la reserva del lago Cardiel que describió a la comitiva del siciliano, con su camión verde cargado de cámaras fotográficas, cintas métricas y maletines de cuero, como una legión de científicos infernales. Trajeron agujas, dijo Mabel, para sacarnos la sangre.

Un año después de mi conferencia en Buenos Aires, Orsini viajó a la reserva del Cardiel sin siquiera avisarme que pasaría por Santa Cruz. ¡Su avión aterrizó en la mismísima Río Gallegos! ¿Me dolió esa omisión? Por supuesto, me dolió como el olvido de un padre por un hijo. Orsini era el único hombre al que le había perdonado los pecados, y no hablo del perdón de oficio que he dado desde un confesionario, hablo del que necesitó hasta la última gota de mi misericordia para excusar lo inexcusable, un perdón que fue la expresión de amor más sublime que, además de a mi madre y acaso a Ayzó, haya profesado a otra persona. Su desplante, en un primer momento, se me clavó en el pecho como un cuchillo, un cuchillo que luego, a la luz de su atropello en la reserva y la aberración que propuso ante el Congreso de la Nación, fue quedando en el recuerdo como una aguja, qué digo aguja, como un alfilercito que apenas me raspó la piel.

Jiménez y Murch llegaron a la reserva el día después de que la comitiva de Orsini se marchara. Encontraron a las mujeres y a los hombres callados y esquivos, o más que esquivos erráticos, incapaces de articular frases completas o de unir un pensamiento con otro, lo que contradecía su sempiterna habilidad para contar esas historias legendariamente hilvanadas que luego los misioneros repetían en Río Gallegos. Solo Mabel, una niña de once años que por haberse escondido a tiempo detrás de unas matas fue la única testigo indemne de lo ocurrido, tuvo la voluntad necesaria para narrar los hechos. A veces pienso qué habría sucedido si los misioneros hubieran llegado un día antes. No digo que habrían detenido a Orsini, nadie hubiera sido capaz de detenerlo y mucho menos un par de salesianos con caras de hambre y trajes polvorientos, pero al menos lo habrían interpelado, lo habrían puesto incómodo. Ni siquiera eso. La impunidad del maltrato al indígena es inconmensurable.

Luego de recorrer estancias donde bautizaron a un niño de cuatro años que aún tomaba pecho

y a mellizos recién nacidos con ojos amarillos uno y grises el otro; donde oficiaron más de doce misas con el altar portátil que llevaban en la mula de carga; donde bendijeron una tumba con una cruz de madera tallada y otra con un simple montículo de piedras; donde comieron guiso de cordero y asado de cordero y estofado de cordero y durmieron en camas más o menos mullidas y en catres indefectiblemente duros, o sea el popurrí de la vida y la muerte de los colonos patagónicos al que estaban habituados y que siempre los llenaba de alegría y tristeza en cuantías similares, Jiménez y Murch se enfilaron hacia la reserva, la última parada de su gira misionera, parada a la que iban gustosos y que los llenaba de una mezcla de alegría y tristeza que un algún modo era igual a la de las estancias y al mismo tiempo completamente distinta.

El percherón que montaba Murch, un caballo alto y fornido como un buey, rompió dos herraduras en el pedrero entre Las Tocas y la reserva, herraduras que excedían cualquier tamaño corriente y solo las fabricaba el herrero tuerto de Cañadón León con flejes de camión, por lo que para continuar tuvieron que pasar a Murch a la mula y las alforjas al percherón, alforjas que aunque repletas de ropa, caramelos, juguetes y libros para los niños de la reserva pesaban menos que los ciento quince kilos de Murch, a quien la mula, con las herraduras intactas, aún podía soportar.

Con las piernas de Murch casi rozando el suelo, cabalgaron parsimoniosamente hacia la reserva cruzando vegas de pastos verdes y penachos violetas que se ondulaban con el viento, un viento que al amparo de los cañadones se reducía a una brisa que apenas refrescaba esa tarde estival, por lo que las chaquetas negras de sacerdote y los sombreros de ala corta les bastaban para conjurar el fresco. Las paredes de los cañadones eran altas y amarillas y en la piedra esculpida por el viento los misioneros jugaban a encontrar animales. Mira ese hocico de perro, dijo Jiménez. Es un hocico de lobo, dijo Murch. ¿Cuál es la diferencia entre el hocico de un lobo y uno de perro? Pues la ferocidad, dijo Murch. ¿No ves cuán feroz es ese hocico? Para mí tiene una ferocidad normal, dijo Jiménez, la ferocidad normal de un perro. Y así, ora descubriendo animales escondidos, ora silbando canciones que nunca recordaban enteras, les entró la tarde en un cañadón angosto. Acamparon en una cueva que olía a agua de lluvia junto a unos arbustos de molle donde los pájaros, escondidos entre las ramas, cantaban con una fuerza inusual, o al menos así le pareció a Murch. Escucha cuánto más fuerte cantan aquí los pájaros, le dijo a Jiménez con un suspiro que daba a entender que después de una cabalgata en mula por la meseta nada era más reparador, al menos para el alemán, que oír pájaros cantar con energía, con la libertad de aves que trinan a su aire sin que el viento los amortigüe y que en ese deleite producen melodías más hermosas, lo que en la mente de Murch, y acaso también en la de Jiménez, nimbó el cañadón de un aura religiosa.

Se despertaron al alba, hambrientos y mal dormidos, y en una fogata de ramas de molle prepararon un mate para acompañar la hogaza de pan que les habían dado en la última estancia. Cabalgaron dos o tres horas más y, a poco menos de un kilómetro antes de la reserva,

encontraron a Mabel Roncado al lado de una mata de calafate mondándose los dientes con una espina. La niña llevaba los pantalones ajustados con una faja y una camisa roja con volados amarillos. Mabel los miró de reojo, lo que no evitó que Jiménez y Murch vieran su cara afligida o, más que afligida, atormentada, algo inusual en una niña de su edad, más aún en la reserva donde si algo mostraban los niños era una cierta placidez. Le preguntaron si le pasaba algo. Mabel se metió un puñado de calafates en la boca, los masticó nerviosamente y escupió las semillas hacia un costado. Le ofrecieron llevarla de regreso a la reserva. Mabel se metió otro puñado de calafates en la boca y asintió con la cabeza. La subieron en ancas y continuaron camino a paso lento.

La endeblez de esas casas de adobe y de esos toldos gastados, y eso lo pensaron los misioneros cuando me lo contaron, no entonces, les provocó una sensación rara, no solo de fragilidad y de carencia, que de hecho siempre les provocaba, sino también de ternura y de tragedia, una combinación extraña que no supieron cómo explicar en ese momento ni tampoco más tarde. Después vieron a las mujeres y a los hombres con los cuerpos abatidos y las miradas bajas, a los ancianos encerrados en los toldos, a los niños corriendo entre las matas sin emitir sonido, como si jugaran en silencio para no jugar verdaderamente, y cuando se acercaron a la casa de Mabel vieron a su madre debajo de un árbol fumando un cigarrillo que acababa de encender con la colilla del anterior, vieron los dedos trémulos, las manos trémulas, la mirada extraviada, vieron a una mujer ausente que más que sentada debajo de un árbol parecía flotar, ingrávida, como si el peso que la sujetaba al suelo se hubiera esfumado para dejarla a merced de cualquier corriente de aire, de cualquier ráfaga de viento. Jiménez sintió deseos de tomarla de los hombros y sacudirla, o de tomarla de los hombros y darle un abrazo, pero el rostro de la mujer, ensombrecido y levemente inclinado hacia abajo, le indicó que no lo hiciera.

Al principio ni los hombres ni las mujeres, y mucho menos los ancianos o los otros niños, hablaron sobre el día anterior y los pocos que lo hicieron más tarde soltaron frases inconexas, como quien dice nos hicieron sacar la ropa, tenían revólveres en la cintura, las ruedas del camión eran más altas que las de un carro, de modo que la historia, o la versión que me contaron los misioneros, se armó con el relato de Mabel, que luego completé con el informe que Orsini presentó ante el ministerio, informe que me llegó unos meses después con una nota breve donde apenas se disculpaba por no haberme visto. Una disculpa que evitaba admitir que no había tenido el coraje para mirarme a los ojos y decirme lo que había venido a hacer.

Orsini y su comitiva aparecieron de improviso en la reserva del Cardiel alrededor de las diez de la mañana en uno de esos camiones con ruedas grandes que cruzan arroyos, trepan montañas y están pintados de verde opaco para camuflarse en los bosques. En la cabina, además del chofer, venían el siciliano y tres hombres que según la reseña de Mabel podrían haber sido los mismos

que hablaron conmigo en la conferencia en Buenos Aires (sospecha que me ha inquietado hasta la zozobra) u otros completamente distintos. En la caja del camión, protegida por flejes de madera y techo de lona gris, viajaban siete soldados que pertenecían al Regimiento de Infantería Motorizada con sede en Río Gallegos, soldados que Mabel recordaba con uniformes verdes más oscuros que el camión, pelo bien corto y fusiles largos colgando de las espaldas.

Orsini se apeó y caminó hasta un montículo de piedra. Con la cabeza erguida como de costumbre y los cabellos rubios azotados por el viento, gritó a los que se asomaban curiosos desde los toldos y las casas de adobe: ¡No les vamos a hacer daño! ¡No les vamos a hacer daño! Los soldados, como para reafirmar o acaso contradecir sus palabras, se ubicaron detrás de él con los fusiles en las manos y hubo alguno que incluso apuntó a los hombres y a las mujeres sin el menor desparpajo. Por un instante pareció que los indios inermes iban a lanzarse sobre los soldados armados. Justo en ese momento bajaron del camión los tres ayudantes cargados con cámaras, maletines y bancos plegables, y haciendo caso omiso de las miradas confusas y aguerridas de los indios, se dispusieron a agruparlos según las instrucciones de Orsini que, con los brazos en el aire como un general de campaña, indicaba hacer un círculo de hombres, otro de mujeres y otro de niños. Lo que siguió fue una labor con una aparente sistematización que, según el informe de Orsini, conllevó mediciones antropomórficas, extracción de muestras de sangre y confección de mascarillas de yeso, pero en realidad fue un fárrago con olor a miedo y a desinfectante, al son de los gritos de Orsini y del acostumbrado chapurreo de soldados que no terminan de comprender su misión, donde no faltaron forcejeos y pataleos, polvaredas, llantos de niños, gritos en español y balbuceos en aonekko, mientras las cintas métricas se envolvían alrededor de pechos, brazos, cráneos y piernas, una mano blanca clavaba agujas en pieles oscuras y las ampollas de vidrio se llenaban de sangre. A un hombre y a una mujer elegidos por el dedo de Orsini se les inyectó un líquido que los dejó exánimes por el tiempo que hizo menester, o acaso más que menester, para que se secara el yeso con que les cubrieron las caras. Uno de los rostros que desapareció bajo la pasta blanca fue el de la madre de Mabel.

Las tareas de la comitiva terminaron cerca de las seis de la tarde y, mientras los ayudantes y los soldados se disponían a alistarse para la retirada, Mabel salió con sigilo de su escondite y se metió en su casa por la ventana de atrás. Encontró a su madre tirada en un catre, el rostro opaco, restos de yeso desperdigados por el cuello y el pelo. Mabel le apoyó la mano en el hombro. La madre la miró con los ojos vacíos y le dijo: Ya no voy a poder estar más contigo, me sacaron la cara. No, madre, la cara todavía la tiene, dijo Mabel. Pero me mataron un ratito y me sacaron el alma, dijo la madre. Mabel pensó que su madre se había convertido en un fantasma y se alejó corriendo de la casa y de la reserva y pasó la noche al lado de la mata de calafate donde la encontraron los misioneros.

Arrebujados ambos en algo parecido al fastidio, los misioneros narraron varias veces la irrupción de Orsini sin usar paréntesis, sin completar el uno las frases del otro como era su

hábito, una repetición que más que recordar buscaba desleír, como si trataran de enjuagarse, de tanto contar, el manto de desdicha que se les había adherido. Se quedaron en el Cardiel tres días más de lo planeado repartiendo la ropa y los caramelos, leyendo libros a los niños, oficiando misas, tomando mates y hablando con los que iban recuperando las ganas de hablar. Era como caminar sobre los escombros de un vendaval, dijo Jiménez.

Pasados seis meses recibí el informe de Orsini. Me llegó en las primeras horas de un día plomizo en que una lluvia fina, apenas perceptible, acentuaba la quietud de la mañana. Debió ser un sábado, pues el colegio estaba tranquilo, y me recuerdo de buen ánimo. Recuerdo también el leve golpeteo de la lluvia sobre los techos de chapa, el budín con pasas de uva del desayuno, el olor a verbena del jabón con que me había lavado la cara: la felicidad siempre cabalga sobre las cosas más simples. A las nueve me dieron el sobre y el remitente me heló la espalda. Lo llevé a mi cuarto y lo leí sentado en la cama.

Los últimos patagones: Características corporales de una raza desaparecida. Bajo este título Orsini presentaba ante el ministerio un informe de lo que había sido, para el gobierno argentino, una expedición por el sur de la Patagonia en búsqueda de los *últimos tehuelches*, aquellos de los que hablaban Pigafetta y otros viajeros europeos desde hacía cuatro siglos (los mismos viajeros que yo había mencionado inocentemente en mi conferencia). Luego de veintidós páginas de tablas en las que presentaba las medidas antropométricas tomadas durante su visita a la reserva (que iban desde la talla total hasta el diámetro de las orejas), Orsini llegaba a la conclusión irrefutable de que la raza tehuelche se había virtualmente extinguido gracias a la horrorosa degeneración física causada por la mezcla con genéticas foráneas, principalmente de otros indígenas. Luego de lamentar la desaparición del tehuelche como quien llora sobre las cenizas de una catedral devorada por el fuego, el siciliano proponía, como paliativo a tamaña pérdida, medir los daños de esa hibridación con un índice, que llamó *índice skélico*, obtenido mediante el cociente entre la altura de pie y la altura sentado multiplicado por cien, para seleccionar a cuatro o cinco familias que aún mantuvieran *algo* de esa pureza racial y aislarlas en un parque nacional a fin de que se reprodujeran entre ellas y no siguieran degenerándose en los híbridos mestizos en los que se habían convertido los demás.

Estrujé el informe entre las manos. Por la ventana de mi cuarto entraba una brisa agria, de lejos llegaban los ecos desafinados de un acordeón. Los últimos tehuelches. Los híbridos degenerados. La raza desaparecida. Una nación entera se conjura, todos a excepción de un disidente o de un puñado de disidentes se conjuran para solo seguir viendo el telón de ese doble fondo con que se taparon los horrores del pasado y con que se siguen tapando los horrores del presente, una nación entera se conjura para ver ese telón aunque se caiga a pedazos, aunque se desmorone frente a sus ojos. Pensé en los hombres oscuros de la estancia Los Colorados, vestidos con bombachas y fajas y botas que cenaban en silencio con las miradas bajas, pensé en las mujeres indias casadas con hombres blancos que no le enseñaron el aonekko a sus hijos para

que no los hicieran arrodillar sobre maíz en los colegios, pensé en los cientos de hijos y nietos y bisnietos de tehuelches mezclados con quienes tuvieron la suerte o la desgracia de mezclarse que ahora iban por el mundo escondiendo su origen indio como una mancha ignominiosa y también pensé en esos miles que en mis sueños imaginé marchando algún día, tal vez en este siglo o en el que viene, por los pueblos y por las estancias gritando a viva voz que son tehuelches, reclamando a viva voz lo que les pertenece. La desilusión me aplastó como un alud. Por la cabeza se me cruzaban las imágenes de mis sueños y de mis decepciones, de mis teorías y delirios. Miré mi rostro en el espejo, o acaso mi rostro me miró a mí, un rostro que me observó con el estupor y la certeza de quien mira por la ventana un cuerpo que ha saltado al vacío. ¿Qué has conseguido con tus teorías desbocadas, Manuel?, me dijo. Debo admitir que la teoría del pueblo elegido era desbocada, respondí. ¿Qué has conseguido hablando del pueblo ejemplar?, me dijo. Mi intención era... ¿Quién creíste que eras, Manuel? ¿El niño que vive al final del camino y al que le llegaría la bolsa de lana? *Baa, baa, black sheep*. Manuelito, arrogante. ¡Manuelito, el salvador del mundo! Si ni siquiera te has podido salvar a ti mismo.

Me sentía extenuado, un alma penitente atrapada en un dédalo indescifrable. ¿Qué podía hacer? Tres veces intenté abrir la puerta de mi cuarto, las tres no pude, como si el destino quisiera que me quedara allí a escuchar hasta la última diatriba de mi conciencia. ¡Manuelito, el niño al que le llegaría la bolsa de lana! ¡Manuelito, el salvador del mundo! Mi rostro siguió hablando hasta que dejé de oírlo y solo veía su boca con los labios entreabiertos, como si pronunciara palabras inaudibles. Entonces escuché otra voz, o más que una voz un sonido, un sonido que me acunó como un bálsamo. Es el bisonte, pensé. ¿Era el bisonte? No lo sé, pero solo podía pensar en Él y en ese sermón que acaso no era un sermón sino una lengua sin palabras que intentó enseñarme en esa cueva y yo no quise o no pude aprender, una lengua tan abstracta como el dolor más abstracto y tan precisa como la pena más concreta, una lengua capaz de conectar dolores parecidos, porque las fuerzas del mal que avasallaron al indígena continuaron luego con las mujeres blancas que trajeron como prostitutas, con los peones blancos a los que también explotaron y luego fusilaron cuando les hicieron huelga, continuaron con los niños abusados, con los bosques arrasados y los campos consumidos. Las fuerzas del mal como una maquinaria que no distingue lo que tritura. El Bisonte es esa lengua que debemos encontrar, ¡o acaso inventar!, me dije en voz alta. Una lengua que aún no existe y que es un idioma mestizo que encierra un dolor de siglos y es el único capaz de describir la inacabable tragedia, la eternidad de crímenes, la singularidad del sufrimiento, una lengua que no solo incluye el dolor indígena sino también las contraccaras de esta calamidad, pues quienes mataban luego compartían abrazos con amigos, quienes dejaban huérfanos a niños indígenas besaban por las noches las frentes de sus propios niños, quienes llamaban bestias a los tehuelches aprendieron de ellos cómo cazar, dónde hallar agua, cómo protegerse del viento y del frío y también usaron los senderos ancestrales, trazados por los indios a lo largo de los siglos, para encontrar su camino en una meseta inhóspita e

indescifrable.

Pocas veces he llorado en la vida.

Me volteeé hacia el espejo. Mi reflejo se había quedado mudo, inconsolablemente mudo. De a poco se aplacaron los sollozos, recuperé la calma y me hablé a mí mismo con un dolor que, si bien era profundo, no abrigaba la desesperanza. ¿Puedo sentirme derrotado?, me dije. ¿Puedo darme el lujo de aceptar la derrota?



«¿En una sola palabra? Lo describiría como una fuerza. ¿Una fuerza maligna? No es maligna, Padre, aunque sí capaz de hacer el mal. Un mal que depende de la mano que la use, como la navaja que hoy nos afeita y mañana nos degüella.»

Manuel Palacios, un mestizo de madre tehuelche y padre español, nacido en Patagonia en 1904, ingresa al seminario salesiano como única salida para progresar. Un compañero de estudios y luego un excéntrico arqueólogo siciliano lo impulsan a una inesperada gesta para demostrar que los tehuelches son un pueblo elegido.

Viajes entre ciudades patagónicas, travesías a caballo, encuentros y desencuentros con aventureros europeos y con pobladores originarios van punteando el recorrido vital y místico de Manuel.

Novela iniciática y thriller histórico, *Los hombres más altos* nos lleva a transitar la historia más oscura e ignorada de ese territorio mítico y aún inexplorado llamado Patagonia.

«Fabián Martínez Siccardi ha escrito una apasionada y emocionante novela en forma de súplica por la reparación de los derechos de un pueblo pisoteado y vencido.»

J. M. Coetzee



FABIÁN MARTÍNEZ SICCARDI

Es natural de la Patagonia argentina.

Ha publicado las novelas *Patagonia iluminada* (2012), *Bestias afuera* (Premio Clarín de Novela, 2013) y *Perdidas en la noche* (2017), y los ensayos autobiográficos *Patagonian Fox* (Zyzzzyva, San Francisco, 2018) y *Feeling Southern* (Granta, Reino Unido, 2019) en los que explora su conexión con la meseta patagónica y con los tehuelches y mapuches con los que compartió tareas, mates y charlas en la estancia santacruceña de sus abuelos. Su trabajo ha sido traducido al italiano y al portugués.

© Alejandra López

Martínez Siccardi, Fabián

Los hombres más altos / Fabián Martínez Siccardi. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2021.

(Hispanica)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-738-826-8

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

© 2021, Fabián Martínez Siccardi
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: octubre de 2021
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-826-8

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](#)
Instagram: [penguinlibrosar](#)

Índice

Los hombres más altos

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos